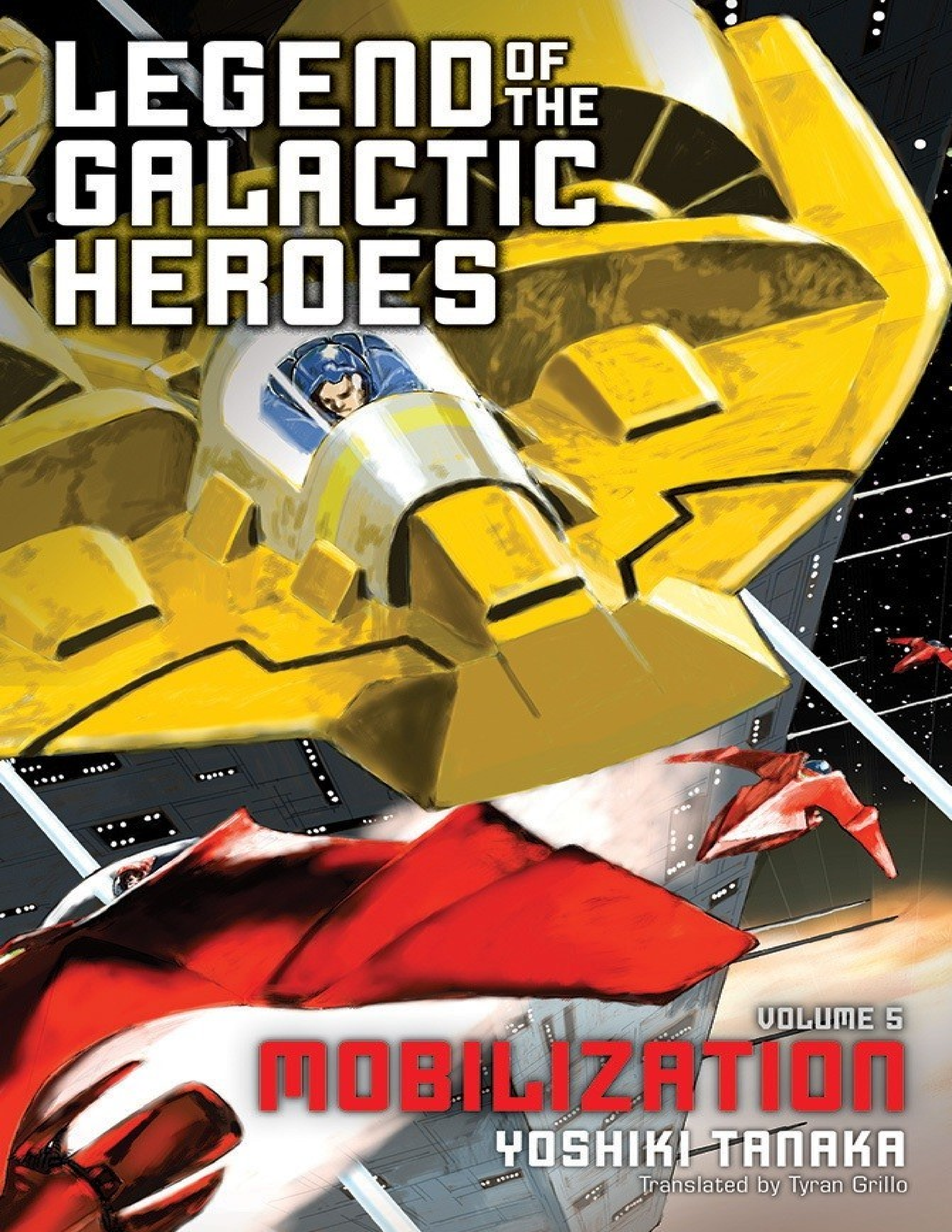
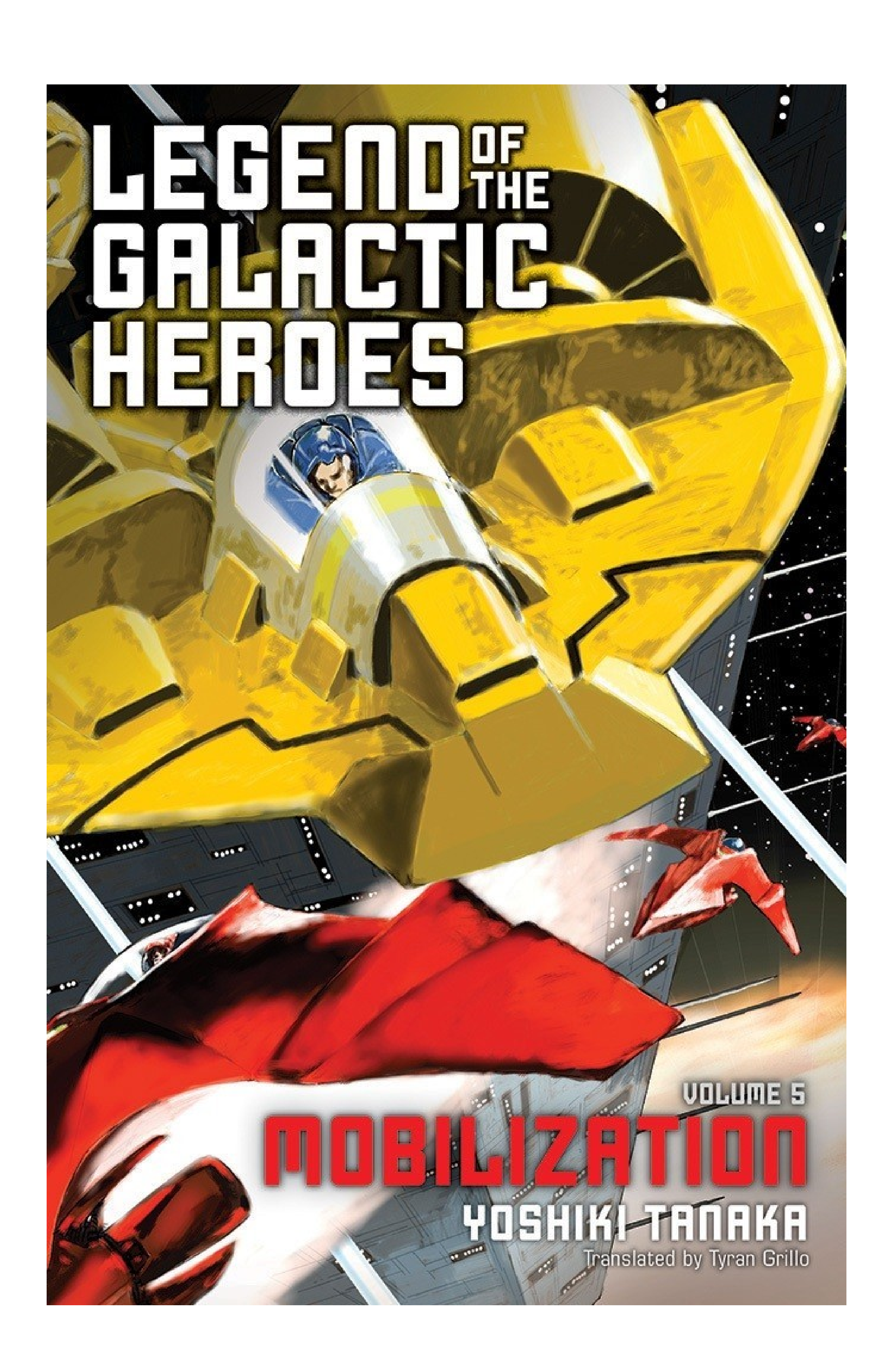

LEGEND OF THE GALACTIC HEROES
VOLUME 5
MOBILIZATION
YOSHIKI TANAKA
Translated by Tyran Grillo


LEGEND OF THE GALACTIC HEROES
VOLUME 5
MOBILIZATION
YOSHIKI TANAKA
Translated by Tyran Grillo

Traducida al español por Ralevon.com (ex-jucagoto)
Edición digital al español por M. Nigthkrelin Subs
Edición digital empaquetada por riojano0

CAPÍTULO 1: LLEGA UN HIERRO FRÍO

I

EN LOS PRIMEROS MOMENTOS DE 799 SE, año 490 del calendario imperial, el Duque Reinhard von Lohengramm miró a las incontables constelaciones que bailaban salvajemente contra un cielo índigo. Los ojos azul hielo del joven conquistador, que cumpliría veintitrés años el año nuevo, lanzaron flechas congeladas a través del techo de cristal duro en una declaración silenciosa: todas esas estrellas distantes existen solo para que yo pueda conquistarlas. Reinhard agitó su lujoso cabello dorado, de espaldas a los comandantes navales imperiales reunidos en su gran sala de recepción. Campanas bombeadas a través de altavoces montados en la pared anunciaron la desaparición del calendario anterior. Reinhard se acercó a su mesa, levantando una copa de champán. Los comandantes los levantaron en especie, llenando la sala con ondas de luz reflejada.

"¡Prosit!"
"¡Prosit! ¡Aquí está el nuevo año!"

"¡Prosit! ¡Aquí está nuestra victoria!" Otra alegría llegó a su punto máximo por encima del resto.

"¡Prosit! ¡Aquí está hasta el final de la Alianza de Planetas Libres!"

El orador sostuvo su mirada en Reinhard, levantando su vaso alto. Todo en él gritaba orgullo y arrogancia. Reinhard mostró una sonrisa elegante y

volvió a colocar su vaso en nuevos gritos y aplausos, lo que hizo sonrojar las mejillas del orador.

La voz en cuestión pertenecía a Isaak Fernand Thurneisen, un vicealmirante imperial. Era joven para estar entre las tropas de Reinhard, la misma edad que su señor. En la escuela primaria, había estado en el mismo cuadro de honor que su jefe de clase, Reinhard, y luego se había hecho un nombre en la Academia de la IAF antes de abandonar la escuela a mitad de camino para unirse a las líneas del frente, acumulando medallas como comandante de combate y táctico oficial. Al contrario de los otros compañeros de clase de Reinhard — muchos de los cuales se habían dedicado, mente y cuerpo, a la Liga Lippstadt en la guerra civil de 488 IC, a su peligro — había demostrado un buen juicio y veracidad al ponerse del lado de Reinhard y a través de sus grandes logros bajo El fallecido Karl Gustav Kempf. Después de la guerra, había dejado a Kempf para servir directamente bajo Reinhard, evitando por poco el destino de Kempf de caer en manos del almirante Yang Wen-li. Esto fue suficiente para convencer a Thurneisen, y a los que lo rodeaban, de que un ángel guardián le había otorgado un misterioso favor. Obligado a cumplir con las expectativas de uno así elegido, sobresalió en todas las cosas. Ya sea en el espacio de batalla o en cualquier otro lugar, Thurneisen se esforzó por ser la estrella más brillante.

Tal celo no fue de ninguna manera inoportuno para Reinhard, pero le recordaba aún más a un hombre que nunca había hecho alarde de sus habilidades, un hombre ahora muerto. Siegfried Kircheis, ese amigo pelirrojo que había salvado la vida de Reinhard a expensas de la suya, nunca habría tolerado semejante regateo. Aunque Reinhard sabía que no debía comparar los dos, por la fuerza de la determinación interna se sintió obligado a hacer precisamente eso.

Más que el esplendor de esta lujosa fiesta, ver a todos vestidos de uniforme, listos para ser enviados en cualquier momento, llenó de orgullo a Reinhard. De hecho, algunos de los asistentes irían al espacio de batalla tan pronto como terminara la fiesta. Estos eran el almirante senior Wolfgang Mittermeier, comandante de la vanguardia de la fuerza expedicionaria, y el comandante de segunda división Neidhart Müller.

Müller, de pelo arenoso, el almirante más joven de la Armada Imperial, cumpliría veintinueve años este año. Su caída del hombro izquierdo era todo lo que tenía que mostrar por las muchas heridas que había sufrido durante una carrera militar inusualmente larga para su edad. De lo contrario, parecía ser cada vez más el manso oficial del personal que se aferraba apasionadamente a los ideales de ofensa viril y defensa tenaz.

Junto a él estaban Mittermeier, quien era conocido como el “Lobo de Gale”, y el almirante senior Oskar von Reuentahl, ahora encargado de capturar la fortaleza de Iserlohn, quienes juntos eran conocidos como las “Murallas Gemelas” de la Armada Imperial. Mittermeier tenía el cuerpo pequeño pero bien proporcionado de un gimnasta. Era ocho años mayor que Reinhard y dos años mayor que Müller — según los estándares de la sociedad, todavía un novato en la vida. Nada de lo cual impidió que Mittermeier hablara como un hombre de experiencia.

“Es alentador ver tanto entusiasmo en la generación más joven”.

Fue el más condecorado de los almirantes que pasaron por el Corredor Phezzan en esta ocasión, con un registro de las llamadas cercanas para demostrarlo. Sin embargo, para él, la bravuconada de los jóvenes almirantes también reveló un subsuelo inmaduro.

“Puede que yo también sea joven, pero no tengo ese nivel de energía”.

La voz de Müller sonó con un cinismo impropio. Entre los soldados más jóvenes, la impaciencia era a veces la norma. Las personas más ambiciosas preferían el cambio a la estabilidad, los tiempos difíciles a la paz, sabiendo que aceleraría su ascenso a la cima. Una ilustración viva de este fenómeno se presentó ante los ojos de Mittermeier y Müller.

Ahora que la supremacía del duque Reinhard von Lohengramm estaba llegando a buen término, las posibilidades de avance entre sus hombres se estaban desvaneciendo rápidamente. En todo caso, su visión estrecha, restringida por barreras de pretensión, efectivamente cerró la puerta a la fama en sus caras. Por lo tanto, incluso mientras los colegas y los mentores jugaban entre sí como rivales, se estaban convirtiendo en compañeros

iguales en la vida y en la muerte. Y debido a que Müller aún no había alcanzado el renombre de Mittermeier o de Von Reuentahl, continuó siendo franco acerca de sus deseos.

“De todos modos, apuesto a que el comandante en jefe de la armada se hará cargo de las fuerzas de la alianza”.

“¿Te refieres al almirante Alexandor Bucock?”

“Es un verdadero veterano. Incluso si combinaras nuestros registros militares, junto con los de von Reuentahl y Wittenfeld, apenas podríamos arañar la superficie de lo que ha logrado ese anciano. Es un museo militar ambulante”.

Mittermeier dio crédito donde era debido. Desde que Müller había conocido a este compañero dos años mayor que él, había intentado conscientemente emular sus virtudes, aunque sabía que nunca alcanzaría la capacidad expresiva de Mittermeier.

“Que conversación tan animada que estás teniendo allí”.

Los dos almirantes se volvieron en dirección a la voz, luego se inclinaron ante su joven señor, que estaba de pie con la copa de cristal en la mano.

Después de intercambiar algunas palabras, Reinhard le hizo una pregunta al Gale Wolf.

“No hay nada que pueda decir sobre un táctico sin igual como usted, pero las Fuerzas Armadas de la Alianza seguramente tomarán represalias una vez que las tengamos acorraladas. Me gustaría saber cómo planea lidiar con eso”.

La copa vacía salpicó sus refracciones del arco iris a través de los ojos del comandante más alto del imperio.

“Si la alianza tiene suficiente poder de fuego, y no les importa sufrir daños colaterales, es seguro asumir que irán cara a cara con nosotros para

bloquear la entrada al Corredor Phezzan. No tendremos más remedio que corresponder, pero nos costará grandes pérdidas y, sobre todo, tiempo. En cuyo caso, las posibilidades de que nuestras fuerzas de retaguardia se muevan hacia Phezzan serían escasas, y sin un núcleo dedicado estaríamos en una grave desventaja”.

El análisis de Mittermeier fue preciso, su presentación de él fue clara. Su audiencia asintió de acuerdo.

“Dicho esto, no veo cómo la alianza tiene los recursos para llevar a cabo tal maniobra en esta ocasión. No pueden darse el lujo de perder, ya que dejaría a su capital indefensa. Su primera batalla se convertiría en la última. Tendrían que rendirse”.

Mittermeier respiró hondo y continuó.

“Al ver que no pueden soportar un ataque frontal, es más probable que nos atraigan a lo profundo de su territorio. Una vez que alcancemos los límites de nuestra movilización, cortarán nuestras rutas de suministro y atascarán nuestras comunicaciones, luego aislarán y eliminarán nuestras fuerzas, una por una, en una recreación casi exacta de la Batalla de Amritsar hace tres años. Si mantuviéramos largas formaciones de batalla para nuestra propia vanidad, estaríamos haciendo exactamente lo que ellos esperaban de nosotros. Pero hay una manera en que podemos ganar”.

Mittermeier se detuvo para mirar a Reinhard. La sonrisa del joven señor era una exquisita combinación de perspicacia y elegancia en reconocimiento de las habilidades de su subordinado.

“Una serpiente de dos cabezas, ¿verdad?”

“Precisamente.”

Mittermeier nuevamente expresó admiración por la perspicacia de su señor. Reinhard cambió sus ojos azul hielo.

“¿Qué dices tú, almirante Müller?”

El almirante más joven de la Armada Imperial hizo una breve reverencia.

“Tengo la misma opinión que el Almirante Mittermeier. Solo, me pregunto si la alianza podrá mantener sus operaciones militares en orden”.

“Siempre habrá esos incompetentes de mente estrecha que miran al enemigo y equiparan el pacifismo con la cobardía”, dijo Reinhard, mostrando una sonrisa burlona a un oponente imaginario.

“Lo que nos da la ventaja. Si podemos arrastrarlos lentamente a una guerra de desgaste sin un propósito táctico, la diosa de la victoria estará de nuestro lado”.

“¿Pero dónde está la diversión en eso?” Reinhard murmuró.

Su expresión podría haber parecido arrogante en cualquier otra cara. Pero como un genio que una vez había vencido a un enemigo el doble de su tamaño en la región estelar de Astarté y, en la región estelar de Amritsar, aniquiló sin precedentes una fuerza naval de la Alianza de Planetas Libres con treinta millones de efectivos, tenía derecho a tal actitud. Lo único que Reinhard odiaba más que un aliado incompetente era un oponente incompetente.

“Solo puedo esperar que nuestros enemigos actúen con algún sentido del método”.

Con esto, Reinhard se despidió de los dos hombres y caminó para unirse a otra charla amistosa.

La secretaria privado de Reinhard, la condesa Hildegard von Mariendorf, se estaba poniendo seria con todo el vino con un poco de jugo de manzana frío. El vicealmirante Thurneisen dejó su vaso vacío y con buen humor habló a la condesa, conocida por su belleza e ingenio.

“Los futuros historiadores seguramente te envidiarán, fräulein. ¿No te unirás a la fiesta y serás un testigo de la historia?”

El vicealmirante Thurneisen, con su rostro juvenil lleno de orgullo exaltado, miró a Hilda para su aprobación. Hilda respondió afirmativamente, pero solo pudo encogerse de hombros en el interior. Nunca había pensado en Thurneisen como incompetente, pero tampoco podía reprimir sus dudas ni una sonrisa irónica por el hecho de que estaba más enamorado de Reinhard de lo necesario. Reinhard fue un genio, sin duda, pero los genios no siempre fueron los objetos de emulación más apropiados. En todo caso, habría hecho mejor para aspirar a la confiabilidad y tenacidad de un Müller o un Wahlen, pero Thurneisen estaba demasiado deslumbrado por el inimitable resplandor de Reinhard como para notarlo.

Dos horas después del año nuevo, el almirante senior Wolfgang Mittermeier dejó su copa de vino y, con un ritmo en su paso, se acercó al joven señor.

“Bien, entonces, Su Excelencia, me despediré”, dijo, inclinándose. Reinhard levantó su mano ligeramente.

“Aquí estaré orando por tu buena suerte en el espacio de batalla. Nos volveremos a encontrar en el Planeta Heinessen”.

El lobo de Gale se encontró con la intrépida sonrisa de Reinhard con una de las suyas y se inclinó una vez más, luego se fue, llevando su cuerpo vestido de negro y plata más allá del brillo de la araña. Los generales Droisen, Büro, Bayerlein y Sinzer siguieron a su valiente y honorable comandante, haciendo su salida sucesivamente. A continuación, Neidhart Müller hizo una reverencia antes de despedirse del salón de banquetes con sus propios hombres a cuestas.

Con un tercio de los asistentes desaparecidos, el estruendo de la conversación se calmó como un susurro de los árboles. Después de hacer sus rondas con los almirantes más importantes, Reinhard se sentó en un rincón alejado de la habitación y cruzó las piernas.

Por un momento, áridas ráfagas de emoción barrieron las llanuras de su corazón. A pesar de sentirse animado por la perspectiva de una batalla épica, su interior se descomprimió y la escena reflejada en ella comenzó a

desvanecerse.

Estaba inquieto: había un salto imposible en su corazón que no podía explicar ni hacer entender a los demás. Una vez que capturé a Phezzan y conquisté la Alianza de Planetas Libres para gobernar todo el universo, pensó, ¿cómo podría soportar una vida sin enemigos?

Cuando Reinhard nació en este mundo, los fuegos de la guerra se habían librado entre el imperio y la alianza durante 130 años. Eso fue 1,140,000 horas. Reinhard solo había conocido la guerra. Para él, la paz era solo una delgada rebanada de jamón encajada entre el grueso pan de la disputa. Pero después de derribar sus némesis y unificar el universo, abriendo así el camino hacia una nueva dinastía, perdería a todos y cada uno de los oponentes contra los cuales podría ejercer su intelecto y coraje.

Este joven de cabello dorado, que desde el primer día había vivido para pelear, ganar y conquistar, tuvo que prepararse para el peso de la paz y el aburrimiento. Entonces otra vez…

Reinhard sonrió irónicamente. Se estaba adelantando a sí mismo. La victoria aún no era suya. ¿Sería una elegía dolorosa para él? ¿Cuántos hombres ambiciosos habían ganado batalla tras batalla, solo para salir del escenario en el acto final? Pero él se negó a ser como ellos. Tenía toda la intención de pasar el día de hoy sin incidentes, mientras dirigía su atención hacia el mañana. A partir de este día, su vida ya no sería la suya.

A las 4:00 a.m. el partido se dispersó, y la gente se fue a sus respectivos alojamientos para prepararse para la batalla por delante. Las naves de la flota del almirante Wolfgang Mittermeier ya se estaban lanzando a los cielos oscuros desde el puerto espacial central de Phezzan. La primera misión del año nuevo del Lobo de Gale fue asegurar el final de la alianza del Corredor Phezzan.

II

Relativamente pocos altos funcionarios de la Alianza de los Planetas Libres estaban levantando sus lentes, ya que la mayoría estaba presa del pánico por una vorágine de nuevas responsabilidades y nada menos que la confirmación de la llegada del nuevo año. Los informes de la ocupación de Phezzan por parte de la Armada Imperial se mantenían en secreto, pero como una bestia enredada, esa información roía un agujero a través de su velo de secreto e inundó los canales de medios de la alianza. Mientras tanto, los principales ejecutivos del gobierno habían reunido sus caras pálidas en una sala de conferencias rodeada de gruesos muros. Pero incluso cuando empezaron a hablar de público, en una esquina a no más de un kilómetro de su mesa redonda, los viajeros espaciales que habían regresado de Phezzan transmitían los peligros por venir.

Sin un plan de defensa efectivo a la vista, los diques de la complacencia se rompieron para desencadenar una corriente fangosa de histeria masiva. La dignidad del gobierno de la alianza apenas fue rescatada por el hecho de que, durante el período de encierro informativo, ningún alto funcionario intentó escapar — aunque los rumores insistieron que esto se debía a que no se habían declarado zonas seguras. Por lo tanto, el gobierno de la alianza no logró recuperar la confianza de la gente, incluso a nivel moral.

En cambio, y sin ningún otro recurso, los buenos ciudadanos recurrieron a las autoridades de su gobierno como medios emocionales. Entre condenar a sus representantes como “incompetentes” y “ladrones de salarios”, exigieron acciones decisivas y contramedidas al mismo tiempo.

Mientras tanto, el gobierno de la alianza estaba bajo el mando del “sofista elocuente” conocido como Presidente del Alto Consejo, Job Trünicht. Como político, pertenecía a lo que podríamos llamar una generación más joven. Tenía una apariencia destacada y una carrera impecable, e incluso era popular entre las votantes mujeres. Un fondo en la industria de defensa había garantizado su acceso a los enormes fondos políticos. Incluso el Congreso militar para el rescate del golpe de Estado de la República, que de otro modo podría haber destruido su reputación, apenas le dejó un rasguño. La gente no esperaba nada menos que la persuasión elocuente en su

discurso. Y cuando no pudieron decidir si solo les estaba pagando por el servicio, se escondió de su “gente amada” y emitió una declaración a través del secretario de prensa del gobierno:

“Me doy cuenta plenamente del peso de mi responsabilidad”.

Diciendo solo eso, y sin aclarar su paradero, había profundizado mucho las dudas de su propia gente. Dijeron ahora que Job Trünicht era un demagogo complaciente que surgió de una civilización clásica que corría con la cola entre las piernas al primer signo de crisis.

El comandante de la fortaleza de Iserlohn, el almirante Yang Wen-li, quien despreciaba a Trünicht con cada fibra de su ser, tenía un punto de vista diferente. Su impresión de Trünicht era la de un hombre que podía salir de cualquier situación. Si la observación de Yang fue una sobrestimación o una subestimación, el hecho fue que Trünicht había herido las expectativas a corto plazo de su pueblo. Para empeorar las cosas, los mismos periodistas de comercio que una vez presentaron a Trünicht tienen un faro de esperanza en la esfera política, y que se ganaron al público a través de sus elogios hacia él, ahora lo perdonaron diciendo: “Debemos darnos cuenta de que no es solo la responsabilidad del presidente, pero la responsabilidad de todos nosotros”. Por lo tanto, la prensa había rechazado las críticas de sus lectores, quienes “solo subrayaban el privilegio de su gobierno al negarse a aceptar sus medidas”.

Walter Islands, presidente del Comité de Defensa, a pesar de no ser más que un hombre de antes de la guerra de Trünicht, no fue necesariamente considerado como indigno de confianza. Trünicht solo lo había nombrado presidente del Comité de Defensa en primer lugar porque los antecesores de la alianza, por temor a la dictadura, habían prohibido legalmente los nombramientos adjuntos de cualquier consejo y presidente del comité. Pero tal como lo confirmaron los chismes maliciosos, el presidente “Movible” Islands no era más que un punto de contacto entre Trünicht y las autoridades militares. Nunca había compartido una opinión o política independiente y parecía estar contento de ser nada más que un estadista de tercera categoría arrebatado como tantas partes sobrantes de la cinta transportadora que unía a Trünicht y las corporaciones de municiones de la

alianza.

Sin embargo, después de la invasión de la Armada Imperial a Phezzan, su valor aparentemente minúsculo recibió una gran enmienda.

Después de manifestar los factores principales detrás de su mala reputación en el futuro, Trünicht se ocultó en un paraíso privado. No fue nada menos que Walter Islands que reprendió a sus confundidos colegas en una reunión de gabinete, donde adoptó medidas políticas para protegerse contra la desintegración del gobierno de la alianza. A mediados de los cincuenta, y ahora sentado por primera vez como ministro de gabinete, parecía diez años más joven a pesar de la difícil situación en la que había sido colocado. Su postura era erguida, su piel luminiscente y sus pasos avanzaban vigorosamente. Lo único que no volvió a la vida fue el cabello que había perdido en su cabeza.

“En lo que respecta a los comandos de batalla, los dejaremos a los expertos. En este momento, debemos decidir si rendirnos o resistirnos. En otras palabras, para determinar el camino futuro de nuestra nación y lograr que todas las autoridades militares lo sigan. Elimine esta responsabilidad ahora, y los efectos se filtrarán a todos los soldados en la línea del frente, lo que provocará una caída caótica y un derramamiento de sangre inútil. Significaría el verdadero suicidio de nuestro gobierno democrático”, dijo Islands.

Al ver que nadie en la asistencia expresó interés en rendirse, el presidente del Comité de Defensa cambió de tema.

“¿Debemos elegir resistir, vamos a luchar contra las fuerzas invasoras hasta que la alianza sea arrasada y todos los ciudadanos hayan perecido? ¿O tomamos las armas como una medida práctica hacia el objetivo más amplio de reconciliación y paz? Esa es la decisión que enfrentamos actualmente”.

Los otros ministros del gabinete se sentaron en un desconcierto silencioso, menos por la gravedad de la situación que el ataque lúcido a su prejuicio por parte de un presidente del Comité de Defensa que, aunque hasta hace poco era un simple funcionario nominal, había captado la situación con un

discernimiento y conocimiento rigurosos, y había Ahora presentaba ante sus colegas el camino más expedito hacia la resolución con un discurso digno como su arma de persuasión.

La existencia de Islands bajo la paz había sido como un parásito en el trasero sucio de esta administración. Pero cuando se enfrentó a una crisis, su espíritu interior surgió poderosamente, como un ave fénix democrático de las cenizas de un político patrocinador. Después de medio siglo de inactividad, su nombre quedaría grabado en la tablilla de la posteridad.

Si bien era cierto que el comandante en jefe de la Armada Espacial de las Fuerzas Armadas de la Alianza, el afable almirante Alexander Bucock, era muy cínico, tal temperamento no tenía ningún efecto sobre su imparcialidad. El viejo almirante, que ahora tiene más de setenta años, estaba más que dispuesto a cooperar con el presidente del Comité de Defensa, un hombre que creía que estaba haciendo todo lo posible como político y como ser humano en una línea de tiempo comprimida. Donde antes había criticado con vehemencia la lasitud y la imprudencia de Islands, ahora veía a un presidente revitalizado que mostraba su rostro en el cuartel general del Comando de la Armada Espacial para criticar abiertamente su propio comportamiento pasado. Bucock estaba medio convencido al principio, pero como el presidente del Comité de Defensa exigió la cooperación de las autoridades militares para decidir los "términos de reconciliación", no pudo evitar pensar que Islands finalmente habían llegado a lo suyo.

"Parece que el ángel de la guarda del presidente del Comité de Defensa ha salido de su jubilación", murmuró el viejo almirante después de que Islands suspendiera la conferencia y saliera de la sala. "Mejor tarde que nunca."

El ayudante de Bucock, el teniente comandante Pfeifer, no estaba del todo de acuerdo con la broma de su superior. Estaba bastante molesto porque Islands no había abierto sus ojos a la realidad antes.

"Tal vez no debería decir esto, pero a veces me pregunto si las cosas no serían mejores si el golpe de estado del año pasado por parte del Congreso Militar para el Rescate de la República hubiera tenido éxito. Podría haber

sido solo el golpe en el brazo que necesitaban nuestras defensas nacionales”.

“¿Y enfrentar el despotismo del imperio y la dictadura militar de la alianza en una batalla por la hegemonía universal? ¿Qué esperanza habría habido en eso?”

El tono del viejo almirante, aunque lejos de ser cínico, era, sin embargo, ácido. La boina negra en la cabeza del anciano hacía que su cabello pareciera un tono más blanco.

“Si hay algo de lo que estoy orgulloso, es haber sido un soldado del republicanismo democrático. Nunca aprobaría convertir la alianza en un sistema antidemocrático como excusa para oponerse a la dictadura política del imperio. Preferiría mucho más que la alianza perezca como una democracia que sobrevivir como una dictadura”.

Al ver que había incomodado al teniente comandante, el viejo almirante sonrió con picardía.

“Supongo que eso suena duro. Pero la verdad del asunto es que si no puede proteger sus principios fundamentales y las vidas de sus ciudadanos, no hay razón para que una nación continúe existiendo como tal. Si me preguntas, vale la pena luchar por nuestros principios fundadores, a saber, nuestro gobierno democrático y las vidas de sus ciudadanos”.

El almirante Bucock se fue a visitar al almirante Dawson, director del cuartel general de operaciones conjuntas y al único hombre de uniforme que pudo llamar con razón a su superior. El director era el tipo oficial mezquino cuyos deberes habían disminuido su tez y su apetito, pero que, a instancias de Bucock, había restaurado su cuartel general al funcionamiento, anticipándose a una batalla defensiva precisa.

Los principales miembros de la alianza habían consolidado sus fuerzas militares. Junto con la Primera Flota bajo el mando del almirante Paetta, desde el año anterior se habían juntado rápidamente algunas flotas más pequeñas, que consistían principalmente en divisiones de infantería pesada

seleccionadas de patrullas interestelares y guardias de todos los sistemas estelares, por un total exiguo de treinta y cinco mil naves. Las naves no probadas y, por lo demás, obsoletos programados para demolición también se incluyeron en ese número, que se utilizarán para la comunicación y como desviaciones. Bucock dividió veinte mil naves no afiliadas con la Primera Flota en la Decimocuarta y Decimoquinta. Lionel Morton fue asignado al primero, Ralph Carlsen al segundo. Al ser interrogados en el cuartel general de operaciones conjuntas, ambos fueron promovidos de la retaguardia al vicealmirante, aunque con el sacrificio de tener que luchar contra tropas desordenadas e inexpertas y recursos inadecuados contra una Armada Imperial infinitamente más fuerte.

Bucock, junto con tres comandantes de la flota y el jefe de personal general de la armada espacial, redactaron planes para contraatacar a las fuerzas imperiales. El jefe de personal general, el vicealmirante Haussmann, tras haberse desplomado por un aneurisma cerebral, había sido trasladado a un hospital militar. El desafortunado jefe general de personal fue relevado de su trabajo cuando todavía estaba en su lecho de enfermedad, y el vicejefe de personal Chung Wu-cheng, un hombre de unos treinta años acostumbrado solo al papeleo, entró en la sala de conferencias a lo largo de la alfombra de su inesperado ascenso. Apenas tres semanas antes, había estado enseñando un curso de postgrado en estrategia en la Academia de Oficiales de la alianza, una joven estrella entre un equipo de profesores ya dotados, pero aquellos con más experiencia en asuntos militares comenzaron a llamarlo panadero de segunda generación. Hace dos años, durante el Congreso Militar para el Rescate del Golpe de Estado de la República, logró reunirse con Bucock, quien estaba bajo arresto domiciliario por incitar a la vigilancia del Congreso. Y ahora, agarrando una bolsa de papel desgastada bajo el brazo de su ropa civil, miró con curiosidad a su alrededor como un tonto campesino.

Chung Wu-cheng se inclinó ante sus superiores desde su importante asiento del consejo y murmuró un saludo, un bocadillo de jamón a medio comer asomándose del bolsillo de su uniforme militar. Incluso el tenaz vicealmirante Carlsen se sorprendió. El recién nombrado jefe general de personal, sin embargo, sonrió con un aire de compostura.

“¿Oh esto? No te preocupes Incluso el pan duro sabe bastante bien cuando lo cocinas al vapor un poco”.

Carlsen pensó que estaba completamente fuera de lugar, pero no le sirvió de nada. Se volvió hacia Bucock.

Su conclusión fue al punto. Involucrar a las fuerzas invasoras de frente al final del Corredor Phezzan fue menos que ideal. Su única opción era esperar a que el enemigo agotara su movilidad y las líneas de suministro, y luego forzar la retirada al codificar sus sistemas de comando, comunicaciones y suministros. Por el momento, la alianza no tenía suficientes fuerzas militares para desplegarse en el Corredor Phezzan.

“¿Qué pasaría si volviéramos a llamar al almirante Yang Wen-li de la fortaleza de Iserlohn?”, Propuso el recién nombrado jefe general de personal, Chung Wu-cheng, el sándwich a medio comer que aún sobresale del bolsillo del pecho.

Los demás quedaron desconcertados por la desconexión entre la seriedad de lo que acababa de proponer y la manera tranquila en que lo había propuesto. Bucock levantó sus cejas blancas a modo de exigir una explicación.

“Los recursos del almirante Yang y la fuerza de su flota son extremadamente valiosos para nuestras fuerzas, pero si lo dejamos en Iserlohn tal como está, sería como poner pan recién horneado en el refrigerador”.

Al hacer uso de este símil, el nuevo jefe general de personal confirmó su condición de “panadero de segunda generación”.

“Una vez que la fortaleza de Iserlohn esté rodeada por fuerzas militares a ambos lados del corredor”, concluyó, “puede estar seguro de que su valor estratégico se disparará. Pero si ambos extremos están igualmente cerrados por nuestro enemigo, Iserlohn estará tan bien como sellado. Incluso si el imperio no captura la fortaleza inexpugnable a través del derramamiento de sangre, habrá logrado que la fortaleza se vuelva impotente sin disparar un solo disparo. Al ver que las fuerzas imperiales ya han pasado por el

Corredor Phezzan, sería inútil desperdiciar más recursos en la protección de Iserlohn".

"Puede que tengas razón, pero el almirante Yang se está enfrentando con una fuerza separada de la Armada Imperial. No es como si pudiéramos sacarlo de allí".

Chung Wu-cheng no se convenció por la observación fastidiosa de Paetta.

"El almirante Yang descubrirá algo. Sin él, estaríamos en una gran desventaja desde un punto de vista puramente militar".

Era una opinión demasiado franca, pero no una que pudieran refutar. Para las Fuerzas Armadas de la Alianza, el nombre de Yang Wen-li se estaba convirtiendo en sinónimo de victoria. Paetta, que una vez fue superior a Yang, había sido rescatado de cierta perdición por parte de Yang en la batalla de Astarte.

"Incluso si hiciéramos una obertura de paz, la Armada Imperial exigiría el control de la Fortaleza Iserlohn como parte de esas condiciones. En cuyo caso, ninguna cantidad de recursos por parte de Yang haría ningún bien a la alianza. Con suficiente fuerza y tiempo en nuestras manos, tal vez sería de otra manera, pero como están las cosas, deberíamos hacer que él haga el trabajo sucio por nosotros".

"Quieres decir que le ordenamos a Yang que abandone a Iserlohn".

"No, su Excelencia el Comandante en Jefe, no hay necesidad de nada tan específico. Bastará con asegurarle a Yang que el Comando de la Armada Espacial asumirá toda la responsabilidad y que debe proceder como mejor le parezca. Supongo que no estará demasiado interesado en quedarse para proteger la fortaleza de Iserlohn".

Concluyendo así su audaz propuesta, Chung Wu-cheng sacó pausadamente el bocadillo a medio comer de su bolsillo y reanudó su almuerzo interrumpido.

III

Los que sufrieron la mayor censura sobre Heinessen eran un grupo de refugiados que una vez se jactaron de formar el "gobierno imperial galáctico legítimo" no medio año antes.

Teniendo en su poder al emperador Erwin Josef II, quien "escapó" de la capital imperial de Odín, y tomando prestado el poder militar de la Alianza de los Planetas Libres, derrocaría a la dictadura militar de Reinhard von Lohengramm. De acuerdo con su pacto con la alianza, un cambio hacia un sistema constitucional era inevitable, pero bajo ese sistema se restauraría la soberanía y el privilegio de la antigua nobleza, y aquellos que no hubieran podido evitar la deserción se recuperarían muchas veces por todas esas cosas que habían perdido El lienzo de su autodeterminación estaba siendo destrozado ante sus propios ojos.

Ya no intentarán esos incompetentes pintar una imagen dulce de la realidad disolviendo sus pinturas en agua azucarada.

Tales eran los pensamientos de Bernhard von Schneider, a quienes el llamado gobierno legítimo había otorgado el rango de comandante. Siendo el espécimen inteligente que era, Von Schneider no tenía ni una pizca de ilusión sobre el castillo de los nobles exiliados en el cielo, construido completamente sobre ilusiones. Aunque se sentía lejos de la desesperanza, tampoco podía actuar como si estuviera observando esta farsa desde una posición privilegiada. El objeto de su lealtad, Wiliabard Joachim Merkatz, desde que desertó del imperio, había sido tratado como un "almirante invitado", pero como secretario de defensa del legítimo gobierno galáctico imperial estaba organizando a regañadientes un nuevo regimiento. Incluso mientras trabajaba incansablemente como ayudante de Merkatz, von Schneider estaba pensando mucho en el futuro.

Si la Armada Imperial invadió a través del Corredor Phezzan, las posibilidades de una victoria de alianza eran escasas. Incluso con el ingenio sin igual de Yang Wen-li de su lado, las escalas estaban en el mejor equilibrio. Tal como von Schneider lo vio, el peor escenario era más que probable.

Lo más que la alianza podía esperar era el alto el fuego y la reconciliación. Como parte de esa reconciliación, los altos mandos del "gobierno legítimo" deberían ser castigados. La paz solo sería una medida temporal. Si alguna vez iba a reconstruir sus fuerzas, la alianza debía enfrentar su egoísmo nacional, lo que significaba que el "gobierno legítimo" se convertiría en su chivo expiatorio. Y el emperador de siete años, Erwin Josef, montaba esa cabra directamente a su lugar de ejecución.

Le dolió a Von Schneider pensar en ese desafortunado niño. El niño emperador, cuya propia voluntad había sido ignorada en todo esto, que había sido explotado como apoyo para la política y las ambiciones de los adultos, merecía simpatía. Pero von Schneider ya no podía permitirse considerar el futuro del emperador. Tuvo que dedicar todos sus esfuerzos a proteger a Merkatz del ciclón político que estaba a punto de golpearlos. Además, debido a que iba contra la conciencia de Merkatz proteger su propia seguridad a expensas de otros, von Schneider tuvo que mostrar su preocupación por Merkatz mientras fingía un desapego emocional. La expresión de Von Schneider se profundizó en intensidad y astucia. El joven soldado se miró en el espejo, recordando un momento en la capital imperial de Odín, cuando las damas en la corte lo conocían como dulce y guapo. Como un hombre en bancarrota que anhelaba su extravagancia anterior, se mostró furioso por su desaliento.

Von Schneider, sin embargo, tenía una responsabilidad voluntaria y una perspectiva del futuro, mientras que la mayoría de las personas ni siquiera podían comprender lo que se suponía que debían hacer para superar hoy, y mucho menos mañana. Pero el primer ministro en funciones del gobierno legítimo, el conde Jochen von Remscheid, había perdido el equilibrio cuando la situación había excedido sus expectativas, y uno solo podía

imaginar cuántos días había pasado tratando de restablecer su equilibrio. Los nobles exiliados, que carecían de opiniones fijas y que bajo la influencia del conde von Remscheid habían dormido la siesta en un jardín de optimismo, habían perdido su razón de ser como objetos del escrutinio burlón de von Schneider.

Desde su fuga con Erwin Josef de Odín, el conde Alfred von Lansberg había sido empleado como subsecretario militar del gobierno legítimo. Su lealtad al niño emperador y a la Dinastía Goldenbaum fue inquebrantable, pero como un hombre poético no solo de corazón sino también de mente, le dolió no haber presentado ningún plan concreto para salvaguardar a la familia real. El ex capitán Leopold Schumacher, quien había alentado su infiltración de la capital, no tenía ningún sentimiento pequeño hacia la traición de la tradición a la familia Goldenbaum real. No saber el bienestar de sus subordinados en Phezzan lo hizo sentir incómodo. Ambos hombres se sentían impotentes, y era todo lo que podían hacer para evitar que sus emociones saltaran al abismo.

La primera reunión de gabinete del gobierno legítimo del nuevo año se convocó apresuradamente, pero de los siete ministros del gabinete, el secretario de finanzas Viscount Schaezler y el secretario de justicia Viscount Herder estuvieron presentes. Entre los cinco que estaban, el secretario de la casa imperial Baron Hosinger estaba echando humo como un dragón que custodiaba su tesoro alcohólico. La botella de whisky en su mano había estado caminando silenciosamente alrededor de la mesa de conferencias. Incluso el secretario de Defensa, el almirante Merkatz, mantuvo un pesado silencio. Esto dejó el debate sobre el futuro del gobierno en el exilio en manos de tres hombres: el primer ministro y el secretario de estado, el conde von Remscheid, el secretario del Interior Baron Radbruch y el jefe del gabinete, el barón Carnap. Al igual que la incubación de un huevo no fertilizado, el debate fue un esfuerzo serio pero inútil y fue interrumpido por la risa histérica del secretario de la casa imperial. Con una expresión de enojo y reproche, Hosinger extendió su rostro azulado y negro en una ostentosa exhibición.

“¿Qué hay de decir la verdad, mi noble caballero leal? No estás preocupado en absoluto por el destino de la Dinastía Goldenbaum. Solo te preocupas

por tu propia seguridad, tú que desafiaste descuidadamente al duque von Lohengramm. Y cuando ese mocoso dorado pise nuestro suelo como vencedor, ¿dónde te esconderás entonces?”

“Barón Hosinger, ¿está seguro de que quiere manchar su nombre en un ataque de embriaguez?”

“No tengo un nombre para entender, su Excelencia, Primer Ministro. A diferencia de ti. Su risa era repugnante, y su aliento apestaba a alcohol”.

“Puedo gritar desde los tejados cosas que nunca dirías por temor a arruinar tu preciosa reputación. Entregar a Su Majestad el joven emperador al Duque von Lohengramm, por ejemplo, solo para ponerse de su lado bueno”.

Esperó con gran expectación las reacciones de sus colegas, cuyo orgullo había herido con una espada inmaterial. Incluso Merkatz tuvo una pérdida momentánea de palabras y miró al secretario de la casa imperial con horror. El secretario del Interior, Radbruch, pateó su silla mientras se ponía de pie.

“¡Un borracho descarado! ¿Cuándo perdiste tu integridad como un noble imperial? Te olvidas de las innumerables gracias y honores que el imperio te ha dado y solo piensas en tu propia seguridad, tú…”

Incapaz de inventar el insulto apropiado, Radbruch se quedó sin aliento y frunció el ceño a Hosinger en su lugar. Escudriñó la mesa redonda en busca de apoyo, pero ni siquiera el primer ministro y el secretario de estado, el conde von Remscheid, hicieron ningún esfuerzo por desentrañar la zarza de este tenso silencio, aunque solo fuera porque entendía que el verdadero oponente de Radbruch no era Hosinger sino el monstruo del egoísmo. Su fea cabeza de debajo de su propia conciencia vergonzosa.

Esta confrontación no fue poca cosa. Aparte de Merkatz, su participación en el gobierno en el exilio fue, en efecto, el resultado del interés propio, y cuando ese interés personal les falló, inevitablemente otro lugar ocuparía su lugar en las etapas de sus corazones. La idea de que habían entregado el niño emperador al Duque Reinhard von Lohengramm para salvar sus

propias pieles, mientras que era un tentador salto de intuición, fue suficiente para sumergirse en un auto-odio tan profundo que el alcohol era su única defensa contra eso.

Para complicar aún más el estado de ánimo de los líderes del gobierno en el exilio, el hecho de que el objeto de su lealtad, el niño emperador Erwin Josef, no podría haberse preocupado menos por su simpatía. Como nunca había aprendido a suprimir su ego, y sin darse cuenta de que lo expresaba solo con una arremetida, este niño de siete años emocionalmente inestable, a los ojos de sus sujetos cansados, también era una manifestación de sus demonios más íntimos. Su lealtad no era más que el narcisismo reflejado en el espejo de la casa de la diversión que era Erwin Josef. Naturalmente, sin embargo, nada de esto era responsabilidad de un niño de siete años que había sido arrebatado de su trono involuntario tan rápido como lo había asumido. De los adultos que lo admiraban y lo respetaban con afecto formulador, ninguno de ellos había asumido la responsabilidad del desarrollo de su carácter.

Erwin Josef ya no era apto para ser llamado emperador. A más de diez mil años luz de distancia, en la capital imperial de Odín, un cambio en el maestro del trono ya estaba en marcha. Después de la partida de Erwin Josef, en el trono de oro y jade estaba sentado un infante cuyos dientes aún no habían llegado: la “Emperatriz” Katharin Kätchen I. Era la soberana más joven en la historia del Imperio Galáctico y también sería la última gobernante de la Dinastía Goldenbaum fundada por Rudolf el Grande hace cinco siglos. Erwin Josef ya estaba incluido en el registro público como un “emperador destronado”.

Cuando el flujo político-militar de los acontecimientos entre el despótico imperio de Lohengramm y la Alianza de los Planetas Libres pasó de ser una corriente rápida a una furiosa catarata, el estado mental de los nobles exiliados se vio inevitablemente afectado. El interés propio reinaba supremo — lo suficiente, como Hosinger había señalado tan descuidadamente, para cegarles al hecho de que habían entregado al “emperador destronado” a su enemigo amargo Lohengramm para protegerse. Tratando de negarlo, vencieron su vergüenza y entregaron al emperador a las manos del enemigo, y sin garantía de que el Duque de

Lohengramm los perdonara. En todo caso, era probable que los persiguiera y castigara severamente por su traición y juego sucio.

Huir de las fuerzas invasoras con la creencia de que un día se restauraría la Dinastía Goldenbaum significaría una vida de vuelo y vagancia. Aunque romántico en teoría, en la práctica tal vida estaría lejos de ser fácil. Sin la protección política de la Alianza de Planetas Libres o la influencia económica y la capacidad organizativa del Dominio de la Tierra de Phezzan, además de carecer de un poder militar incipiente, era poco probable que pudieran llevar una vida en el territorio enemigo. Por mucho que a estos nobles les haya faltado la previsión, no pudieron haber sido *tan* inconscientes.

Al final, no había salida a la vista. Sabiendo que no tenía sentido, von Remscheid sintió lástima por Hosinger y levantó la sesión, habiendo llegado a los límites de su fatiga.

Otra asamblea seria pero improductiva de nobles exiliados se llevó a cabo al día siguiente. Pero Jochen von Remscheid, que ocupaba el cargo de presidente, se encontró con cinco asientos vacíos y el Secretario de Defensa Merkatz, sentado solo en silencio. Von Remscheid había sido dejado alto y seco.

IV

En medio de un trastorno pasivo, la gente temía lo que podría ser de ellos. Incluso si eran demasiado orgullosos para resignarse a la victimización unilateral, los eventos a nivel macro estaban abrumando su fuerza de voluntad y discreción a nivel micro. Era como correr en dirección opuesta a través de la cubierta de un barco: no importaba lo rápido que uno corriera, uno nunca podría llegar a tierra.

Boris Konev sintió esa impotencia en sus venas. Desde que fue publicado

en la oficina del alto comisionado de Phezzan en Heinessen, había estado trabajando como secretario. A pesar de no tener el deseo de ser un funcionario del gobierno, había asumido el cargo por orden del más alto funcionario administrativo de Phezzan, Landesherr Adrian Rubinsky. Boris Konev era un comerciante independiente cuya tendencia a seguir sus propias convicciones era fuerte incluso para un Phezzanese. Su padre y el padre de su padre habían navegado en naves mercantes por todo el universo, superando poderes políticos y militares y viviendo sus vidas basándose en su propia voluntad e ingenio solo. Era una tradición familiar que Boris todavía esperaba continuar, por lo que estar atrapado en una rutina de servicio gubernamental era suficiente para herir su importancia personal.

No pasó ni un solo día sin que pensara en presentar su carta de renuncia y convertirse en un ciudadano común otra vez, abandonando el rango y el título. Ahora que su lugar de nacimiento, Phezzan, estaba ocupado por la Armada Imperial y Landesherr Rubinsky se había ido de incógnito, tenía la intención de abandonar su puesto e ir de incógnito. Y sin embargo se quedó quieto. Por irracional que fuera, estaba debajo de él para abandonar un barco que se hundía.

Temía por su nave mercante *, Beryozka* , que había dejado en casa junto con una tripulación de veinte hombres. Pero las comunicaciones con Phezzan eran, como las rutas que podrían haberlo llevado allí, bajo la estricta suspensión de la alianza, haciendo casi imposible el regreso. Algo dramático, como el retiro de la Armada Imperial de Phezzan o la derrota de las Fuerzas Armadas de la Alianza, tendría que ocurrir antes de que pudiera siquiera pensar en reunirse con su querida nave y tripulación. A los ojos de Boris, la última posibilidad era mucho más probable. Rezó a un dios en el que no creía solo por eso, manteniendo las apariencias en la oficina del comisionado, donde su trabajo ya se había reducido a nada.

Ese año, 799 SE, 490 IC, pasaría a la historia como la marcha más larga de la Armada Imperial Galáctica. Al final del año anterior, después de ocupar Phezzan como base de retaguardia, el imperio había puesto bajo su control a

todos los mundos habitados en el Corredor Phezzan. Al comprender la relevancia del gobierno, la orden de Phezzan se mantuvo estable por el momento. Pero si la ocupación imperial se prolongaba a expensas de sus recursos materiales, los Phezzanese, independientes por naturaleza, se cansarían rápidamente de su sumisión.

Por ahora, el deber y las preocupaciones de Wolfgang Mittermeier no estaban atrasados sino por delante de él. Tres días después de colocar a su valiente vicealmirante Bayerlein en la vanguardia con la esperanza de detectar la actividad de la alianza, recibió noticias de Bayerlein.

“No hay signos del enemigo al final del corredor de Phezzan”.

Al recibir este informe, Mittermeier miró cautelosamente a su jefe de gabinete, el vicealmirante Dickel.

“Bueno, nos han dejado en el vestíbulo. Ahora la pregunta es si llegaremos al comedor. E incluso entonces, cuando me siento en la mesa, la comida que me trajeron podría muy bien estar envenenada”.

El 8 de enero, 799 SE, la Primera Flota Imperial pasó por el Corredor Phezzan como invitados no invitados de la alianza, navegando hacia un océano gigante de estrellas fijas y planetas que nunca antes habían visto.

CAPÍTULO 02: LA FLOTA DEL ARCA DEL ALMIRANTE YANG

I

EN LA FORTALEZA DE ISERLOHN, en el otro lado de la Alianza de Planetas Libres, el año nuevo también se alzó en su cabeza imparcial. Si sus soldados, asediados como estaban por la gran flota del Imperio Galáctico bajo el mando del almirante superior Oskar von Reuentahl, incluso hubieran querido brindar por el nuevo año, no estaban de humor para emborracharse cómodamente.

Lo único que les impedía caer en la desesperación absoluta era la firme fe que tenían en el Almirante Yang Wen-li, el "Milagroso Yang", que tenía el doble mando sobre la fortaleza Iserlohn y su flota. El joven comandante de pelo negro y ojos oscuros tendría treinta y dos años este año. Desde que se graduó en la Academia de Oficiales, acumuló medalla tras medalla en guerras tanto en el extranjero como en casa, llamando la atención de los almirantes de la Armada Imperial Galáctica como el general más ingenioso de la alianza. En todas las apariencias externas, él era un erudito hecho y derecho, y nada como un soldado obsesionado con el orden y el rango.

"No importa lo que intente hacer en este mundo, siempre falla. Bien podría beber y acostarme".

Con estas silenciosas auto-advertencias, Yang dio la bienvenida al nuevo año, atrapado entre el peligro y la angustia. Pero incluso mientras miraba la eclosión a distancia de los disparos y los rayos de luz en la pantalla, una

directiva de la capital evitó el bloque de comunicaciones de la Armada Imperial para llegar a él.

“El Comando de la Armada Espacial asume toda la responsabilidad. Tomarás el curso de acción que consideres necesario. Comandante en jefe de la Armada Espacial de las Fuerzas Armadas de la Alianza, Alexander Bucock”.

Cuando Yang leyó el mensaje varias veces, los músculos de su rostro se convirtieron en una sonrisa delicada, como si pudiera estallar en una canción en cualquier momento. Él lo aprobó mucho.

“Todos deberían ser tan afortunados de tener un jefe tan comprensivo”.

Después de decir tanto, inconscientemente frunció el ceño. Con todas las piezas ahora en su lugar, era hora de obtener grietas. Si esta hubiera sido una orden simple y poco ilustrada de “proteger a Iserlohn hasta la muerte”, Yang habría utilizado todos los trucos tácticos a su disposición contra el comandante de asalto Oskar von Reuentahl. Pero ahora que se le había dado rienda suelta, solo para los mejores intereses de la Alianza de los Planetas Libres, Yang debería responder a las buenas gracias de Bucock considerando la guerra en el nivel meta, mucho más allá de los límites del espacio de batalla que tenía ante él. Cualquiera que se reuniera con él por primera vez no lo habría creído, pero Yang era el más alto al mando después de los almirantes Dawson y Bucock.

“Ese viejo astuto”, se quejó Yang. “Él espera que yo trabaje más allá de los términos de mi salario”.

Dejó en el olvido la admiración que había expresado hace un momento, y agregó:

“¿Cuánto por nave enemiga aumentaré mi pensión?”

La teniente Frederica Greenhill, siempre a su lado, estaba al alcance del oído. Yang solo había hablado de esta manera con su pupilo, Julian Mintz, y por eso la mayoría de los historiadores futuros no sabrían nada de eso. Lo

que sabrían es que Yang se levantó del asiento de su comandante y, a través de su ayudante, convocó una reunión de líderes ejecutivos. Luego, a los líderes reunidos en su sala de conferencias, hablaron libremente una vez que se decidió el menú del almuerzo:

“Estamos abandonando la fortaleza de Iserlohn”.

Los líderes de Iserlohn no deberían haber estado tan sorprendidos. Director administrativo de la Fortaleza, el Contralmirante Alex Caselnes, jefe de personal, el Contralmirante Murai, vice comandante de la flota de la patrulla de Iserlohn, el Contralmirante Fischer, comandante de las defensas de la fortaleza. El contraalmirante de la flota, Dusty Attenborough, fue testigo vivo del ingenio de Yang Wen-li. Sin embargo, devolvieron sus tazas de café a sus platillos en una tintineante sinfonía de recelo.

“¿Qué acabas de decir, Su Excelencia?”, Dijo el Contraalmirante Murai, quien pensó en la sabiduría táctica común como un abrigo de piel en un hechizo frío, en su voz baja.

Los Contralmirantes Caselnes y von Schönkopf intercambiaron miradas rápidas a medida que la ingenuidad de la estratagema de Yang se hundió.

“Estamos abandonando la fortaleza de Iserlohn”, repitió Yang de forma robótica.

El vapor que se elevaba de las tazas de café hacía cosquillas en los mentones de los oficiales del personal que aún intentaban procesar esta declaración. Yang estaba acostumbrado a tener una taza de té delante de él, pero desde que Julian Mintz se había ido, y con él el mejor té negro del universo, Yang había cedido tanto café como pudo.

“No es que quiera oponerme, pero ¿podrías al menos darnos una explicación?”

Yang asintió a la pregunta del contraalmirante Murai, que era la misma fe y

sospecha.

Aunque la Fortaleza de Iserlohn estaba situada en el corazón de un largo corredor, tenía una importancia estratégica solo en la medida en que las potencias militares podían cerrar cualquiera de los extremos de ese mismo corredor. Atrapado entre una roca y un lugar difícil, Iserlohn no tenía forma de renunciar a su aislamiento. La fortaleza, así como la flota estacionada allí, estaban impotentes si no peleaban. Y así, mientras que Iserlohn era estratégicamente inexpugnable, la estratagema de Reinhard von Lohengramm la había convertido ingeniosamente en insignificante. No solo era innecesario que las Fuerzas Armadas de la Alianza se apoyaran en Iserlohn, sino que también era una tontería. Por lo menos, aunque solo sea por medio de su flota estacionada, tenían que actuar prácticamente en caso de un ataque imperial.

“¿No podríamos mantenernos firmes, usando los frutos de nuestras ganancias militares para negociar algún tipo de tratado de paz con el imperio?”

“¿Pero no exigirían la renuncia de la fortaleza Iserlohn de todos modos, como parte de ese tratado? Y entonces, ¿dónde estaríamos? De cualquier manera, Iserlohn es tan bueno como perdido. Nos corresponde salir ahora.”

Aunque Yang habló en términos generosos, sus jefes de personal sabían que no debía pensar que estaba entregando la fortaleza como un regalo al imperio.

“Pero, ¿cómo podemos quedarnos a un lado y ver cómo algo por lo que luchamos para ganar para nosotros mismos cae nuevamente en manos del enemigo?”

El jefe de personal adjunto, el comodoro Patrichev, miró alrededor de la mesa, inclinando su enorme cuerpo hacia adelante.

“Cuánto más lamento por la Armada Imperial, que hizo un gran esfuerzo por los recursos y la mano de obra para hacer la fortaleza, solo para que se la arrebataran en primer lugar”, respondió Yang con indiferencia.

Hace tres años, había desposeído a la Armada Imperial de Iserlohn, para gran disgusto de los comandantes bajo la dictadura de Reinhard von Lohengramm. Yang Wen-li no estaba en posición de criticar desde el punto de vista de un filántropo. La razón por la que el contraalmirante Walter von Schönkopf se rió tan cínicamente fue porque en ese momento había desempeñado un papel importante en las operaciones militares de Yang, ya que fue quien le lanzó el cañón de pistola al comandante de la fortaleza de la Armada Imperial, el almirante von Stockhausen.

"Pero, Comandante, incluso si abandonamos a Iserlohn, dudo que la Armada Imperial lo vea pasivamente. ¿Cómo vamos a evitar un ataque?"

"¿Quizás deberíamos intentar hacer una petición seria al Almirante von Reuentahl de la Armada Imperial? Ya que estamos renunciando a la fortaleza, podríamos pedirle que haga la vista gorda a las mujeres y los niños".

Nadie se rió de esta broma mal concebida. Por otra parte, incluso uno bueno podría no haber sido suficiente para perforar sus caparazones de tensión y muerte inminente. Incluso mientras hablaban, una gran flota de naves de la Armada Imperial se estaba desplegando ante su propia fortaleza bajo el mando táctico exquisito del Almirante von Reuentahl, poniendo sus nervios al borde. La espada de la emboscada de von Schönkopf se había acercado a von Reuentahl, pero el honorable almirante heterocromático no iba a permitir que eso sucediera una segunda vez. A pesar de las renombradas habilidades de combate cuerpo a cuerpo y el heroísmo de von Reuentahl, von Schönkopf siguió castigándose por haber dejado escapar al pez gordo.

El contraalmirante Murai se mantuvo firme.

"Aun así, uno no puede negar las ramificaciones psicológicas. Si el Almirante Yang es expulsado de la Fortaleza de Iserlohn por la Armada Imperial, los ciudadanos de la alianza serán perturbados enormemente. Atormentados por una sensación de derrota, perderán la moral antes de que incluso hayamos luchado. Lo que significa que una revancha estará fuera de cuestión. Te aconsejo que consideres esa posibilidad".

Yang reconoció algo de verdad en los comentarios de Murai, pero con toda honestidad no vio la reacción del público como su responsabilidad. Luchar contra la enorme Armada Imperial usando solo la flota única que se le había encomendado requeriría que usara cada onza de su reserva táctica si iba a prevalecer.

Von Schönkopf fue el primero en participar.

“Estoy de acuerdo con la opinión del jefe de personal. Haríamos mejor en dejar que esos grandes tiros se vuelvan rojos en la cara, exigiendo que dejemos a Iserlohn antes de que nos inclinemos hacia atrás por ellos. Solo entonces, esos ingratos se darán cuenta de cuánto significa para ellos la existencia de Su Excelencia.”

“Para entonces, sería demasiado tarde. Perderíamos nuestra oportunidad de ganar”.

“Espera un minuto. Por “posibilidad de victoria”, ¿quieres sugerir que todavía podríamos ganar?”

Fuera de la fortaleza de Iserlohn, tal comentario hubiera sido inapropiado. Pero Yang era de mente abierta cuando se trataba de los puntos de vista de sus subordinados, y a veces era criticado por los superiores de su generación y luego por los historiadores por ser demasiado tolerantes en ese sentido.

“Sé lo que quiere decir, Contralmirante von Schönkopf. Hablando militarmente, estamos en una posición extremadamente desventajosa, y nuestro entrenamiento nos dice que una victoria táctica no puede triunfar sobre una estratégica. Pero aquí tenemos una oportunidad, y solo una oportunidad, de voltear las mesas a nuestro favor”.

“¿Y eso es… ?”

Incluso el distinguido von Schönkopf tuvo dificultades para comprender su respuesta. Milagro Yang sonrió fríamente.

“Lohengramm está soltero. Ese es su punto débil”.

II

La reunión se levantó, Yang llamó a su ayudante.

“Teniente Greenhill, tome las medidas necesarias para una evacuación civil completa. Será mejor que sigamos el procedimiento manual para este tipo de situación… suponiendo que haya uno”.

“Bien, esperaré el comando de Su Excelencia, entonces”, respondió Frederica Greenhill con una voz clara y llena de convicción. “¿Esto significa que ya tiene algún gran plan en mente, Su Excelencia?”

“Sí, bueno, necesito estar a la altura de las expectativas tanto como pueda, ¿verdad?”
Yang no era uno que presuma. Mantenía un desprecio extremo por los delirios de “cierta victoria” y “enormes ganancias militares”. Tales ideales nunca habían ayudado a Yang a ganar una sola batalla.

Frederica tenía sus propias razones para confiar en su superior. Cuando tenía catorce años, todavía viviendo con su madre en el planeta El Facil, había experimentado de primera mano el poder aterrador de la Armada Imperial. Todavía una niña en ese momento, Frederica lo había manejado mejor que su madre, que era propensa a la histeria. Y la persona responsable de sacar a la gente a salvo del planeta no era otra que Yang Wen-li, que recientemente había sido ascendido a subteniente. Frederica hizo sándwiches y trajo café para el subteniente de veintiún años, que se había cortado el pelo a regañadientes. Tímidamente, ella lo investigó acerca de la posibilidad de un éxito estratégico, pero el subteniente tuvo su cabeza en las nubes y respondió con frases no comprometidas como “Bien…” o “De alguna manera…” que solo aumentó la inquietud y la desconfianza de

la gente.

“Estoy haciendo lo mejor que puedo. Cualquiera que haga menos que eso no está en posición de encontrar fallas en mí”.

Frederica, que siempre lo defendió, había sido el único aliado de Yang. Pero después de haber logrado formular una estrategia de escape milagrosa y haber sido venerado como un héroe, ese no fue el caso.

“Hemos creído en su genio desde que fue anónimo”, corearon las masas.

Ante esto, Frederica lanzó una mirada de reojo antes de regresar a la capital, donde se reunió con su padre, Dwight, cuidando a su madre mientras intentaba el examen de ingreso a la Academia de Oficiales. Su padre había pensado durante mucho tiempo en las ambiciones militares de su hija como la consumación de su influencia.

Mientras que la Frederica del pasado había ayudado a Yang, solo había sido con las pequeñas cosas. Ahora sus habilidades y posición se fortalecieron considerablemente, y sin ella, la incapacidad de Yang para lidiar con el papeleo lo habría agotado por completo. Para Frederica, la amplificación de su propio valor no era una pequeña alegría, sino una muy privada sobre la que la ayudante de Yang, que encarnaba la belleza y los cerebros, guardaba silencio.

Walter von Schönkopf volvió. Parecía que el comandante de las defensas de la fortaleza, conocido por su audacia y su lengua afilada, aún no había terminado de hablar su pieza. Acariciando su mandíbula afilada, von Schönkopf se enfrentó a Yang sin vergüenza.

“Sólo estaba pensando, ya ves. ¿Qué harán esos peces gordos una vez que sepan que ya no están seguros con Heinessen? Y luego me impactó: ¿no abandonarán a sus ciudadanos y escaparán de Heinessen con sus seres queridos al inexpugnable Iserlohn?”
Yang no dijo nada. Porque no podía o porque no quería hacerlo, no podía

decirlo con seguridad. Yang estaba molesto por los altos funcionarios que abusaron de su poder político en la Alianza de Planetas Libres. No porque rechazaron el sistema político de la alianza, sino porque menospreciaban el espíritu de la democracia en sí. De cualquier manera, no estaba en posición de expresar tales opiniones.

“Aquellos que tienen la obligación de proteger a su gente, pero en cambio se protegen solo a sí mismos deben ser castigados en consecuencia. Puede ser bueno reunirlos donde han huido y entregarlos a von Lohengramm en un paquete limpio. O tal vez podríamos simplemente ejecutarlos por traición. Eso te pondría en la cumbre. Una república de Iserlohn no es tan mala idea”.

Aunque era difícil decir cuán serio era Von Schönkopf, claramente tenía su corazón puesto en la autoridad de Yang. Si Yang estuviera de acuerdo, probablemente mandaría a su propio regimiento Rosen Ritter y se dispusiera a arrestar a esos altos funcionarios. Yang dio su respuesta pero evitó una respuesta directa.

“Si me preguntas, el poder político es como un sistema de alcantarillado. Sin uno, la sociedad no puede funcionar. Pero el hedor se aferra a todo lo que toca. Nadie quiere acercarse a él”.

“Hay quienes no pueden acercarse a ellos sin importar cuánto quieran”, von Schönkopf rechazando, “y aquellos que son el raro opuestos. Es extraño para mí señalar esto ahora, pero no te convertiste en militar porque te gustó”.

“No creo que sea lógico que todos los dictadores comiencen como militares”, dijo Yang. “Pero si lo hace, entonces me gustaría lavarme las manos de este negocio sin valor más temprano que tarde”.

“Si las personas son las que apoyan al dictador, también depende de ellos resistir y exigir su emancipación. Han pasado treinta años desde que fui exiliado a este país, pero hay una pregunta que aún no puedo responder: ¿Cómo se reconcilia la paradoja de una mayoría que desea una dictadura sobre la democracia?”

Von Schönkopf notó una destreza inusual en el joven comandante cuando Yang involuntariamente se encogió de hombros y sacudió la cabeza al mismo tiempo.

“Dudo que alguien pueda responder esa pregunta”. Yang hizo una pausa, sumido en sus pensamientos. “Han pasado un millón de años desde que los humanos descubrieron el fuego, y ni siquiera dos milenios desde que se estableció la democracia moderna. Creo que es demasiado pronto para decirlo”.

Todos sabían que Yang aspiraba a ser historiador, pero tal razonamiento era más adecuado para un antropólogo, pensó von Schönkopf.

“Y lo que es más importante”, dijo Yang al cambiar de tema, “tenemos algunos asuntos urgentes por delante, así que vamos a atenderlo primero. Aquí estamos discutiendo sobre el desayuno de mañana, cuando ni siquiera hemos preparado la cena de esta noche”.

“Por supuesto, pero eres demasiado generoso al devolver los ingredientes a quienes los proporcionaron”.

“Simplemente los tomamos prestados como los necesitábamos. Y ahora que no lo hacemos, simplemente los estamos devolviendo”.

“¿Y qué pasa cuando los necesitamos de nuevo?”

“Los tomamos prestados una vez más. Hasta entonces, dejaremos que el imperio los cuide. Ojalá pudiéramos cobrar intereses”.

“No se puede pedir prestada una fortaleza — o la esposa de otro hombre, para el caso — tan fácilmente”.

La sugerente metáfora de Von Schönkopf provocó una sonrisa irónica del joven comandante de pelo negro.

“Si pides prestado, naturalmente serás rechazado”.

“Lo que estás diciendo es que solo podemos atraparlos”.

“Nuestro oponente es von Reuentahl. Una de las Murallas Gemelas del Imperio Galáctico. Él no es uno para ser atrapado”.

A pesar de los intentos de burla de Yang, desde donde se encontraba von Schönkopf, la expresión de su comandante, más que la de un ingenioso general que está elaborando una gran estrategia, era la de un estudiante que bromeaba con un maestro infame.

III

El almirante principal de la Armada Imperial Galáctica y comandante de su flota con destino a Iserlohn, Oskar von Reuentahl, dio la bienvenida al nuevo año en el puente de su nave insignia de *Tristán.* En la pantalla principal, la esfera de plata de la Fortaleza de Iserlohn, separada por ochocientos mil kilómetros de espacio vacío, colgaba como un globo ocular sin cuerpo.

Von Reuentahl era un hombre guapo con cabello castaño oscuro, pero nada le causó una impresión tan profunda como sus ojos de diferentes colores. La heterocromía que dejó su ojo derecho negro y su ojo izquierdo azul no tuvo poca influencia sobre su vida. El hecho de que su madre había tratado de quitarle uno de sus ojos antes de suicidarse, de que su padre se había ahogado en alcohol al borde de la autosuficiencia— todos ellos eran pollitos deformes nacidos de los huevos intangibles puestos por su condición.

Su padre, desde que se limitó al segundo nivel de su espaciosa mansión, que había abandonado la diligencia y la honestidad de su soltería para compartir una cama perpetua con Baco, a veces se abría paso hasta el primer piso. De pie frente a su hijo, ahora libre del control de su mayordomo y su nodriza, el anciano von Reuentahl fulminaba con la mirada con sus ojos inyectados

en sangre y decía cosas como “Nadie te quiso nunca” y “Ojalá no hubieras nacido.”

Este último se había convertido en el estribillo del descontento de Oskar von Reuentahl. Con el tiempo, llegó a creer que, de hecho, no debería haber nacido. Pero en algún momento (cuando no podía decirlo) había pasado del deseo de morir a hacer lo mejor.

En la actualidad, tenía dos comandantes de flota que esperaban sus órdenes: los almirantes Kornelias Lutz y Helmut Lennenkamp. En contraste con Lutz, Lennenkamp había llamado la atención de von Reuentahl por su actitud poco cooperativa hacia un comandante supremo más joven y continuó presionando por un ataque total contra Iserlohn en los términos más enérgicos posibles.

Von Reuentahl no pensaba que Lennenkamp fuera incompetente. Reinhard von Lohengramm nunca habría permitido la incompetencia entre sus filas. Lennenkamp tenía suficientes habilidades tácticas y de mando. Su competencia se limitaba principalmente al espacio de batalla disponible. Puso el mayor valor en las victorias tácticas y no pudo ver el bosque por los árboles cuando se trató de los propósitos más grandiosos de la guerra.

Von Reuentahl lo catalogó como un “luchador de una sola pista”.

De hecho, von Reuentahl ni siquiera se puso una valoración tan alta sobre sí mismo. Ganar o perder, superioridad o inferioridad, todos estos fueron relativos y subjetivos.

“Un ataque total sería inútil”, dijo von Reuentahl a Lennenkamp con la esperanza de persuadirlo. “Y si pudiera ser tomada por la fuerza, la fortaleza de Iserlohn habría cambiado de manos cinco o seis veces hasta ahora. El único que ha logrado esto es el impostor que supervisa a Iserlohn mientras hablamos”.

Solo por esta razón, von Reuentahl tenía en gran estima al enemigo de pelo negro.

Lennenkamp, también, tenía una base para su afirmación. Los informes de Mittermeier y los otros sobre Phezzan ya los estaban alcanzando. Tal como estaban las cosas, un enfrentamiento infructuoso contra Yang Wen-li en el corredor de Iserlohn solo serviría a Phezzan y sus aliados. Al menos no tendrían el honor de recuperar la fortaleza de Iserlohn. Con el abrumador poder militar de tres flotas a su disposición, ¿no deberían planear ataques más violentos para aplastar al enemigo: mente, cuerpo y alma?

"Una opinión interesante, pero cuanto más se niega uno, más rápido se agota uno mismo".

Sintiendo la malicia en el tono de von Reuentahl, Lennenkamp miró a su comandante supremo con una expresión herida.

"No puedo cumplir con su posición, Almirante. Si Yang Wen-li abandona la fortaleza, será acusado de actuar en beneficio del enemigo. Y, en cualquier caso, un verdadero militar defiende su cargo hasta el final".

"¿Cuál sería el punto de eso? La Armada Imperial ya está intentando invadir el territorio de la alianza desde el Corredor Phezzan. Cuando el Corredor Iserlohn era el único objetivo de la acción militar, la existencia de la fortaleza tenía un significado. Pero los tiempos han cambiado. Aferrarse a la fortaleza por el mero hecho de ello, no hace nada para hacer avanzar la guerra".

No solo eso, sino que si no pudieran conseguir que la flota estacionada en la fortaleza se movilice, las Fuerzas Armadas de la Alianza no tendrían nada que mostrar militarmente. Tal como era, las posibilidades de éxito de una alianza eran insignificantes en el mejor de los casos, y la posibilidad de esta fuerza de reserva, que aún no había visto el combate, infligiendo un golpe fatal, era inexistente. Su único recurso lógico era retirarse de Iserlohn.

"Yang sabe esto", dijo von Reuentahl. "Hay un pequeño espacio en el ángulo de la línea de falta entre el sentido común de Yang Wen-li y el tuyo".

Lennenkamp respondió con una pregunta obvia: "Y si la alianza se destruye e Iserlohn permanece inexpugnable, ¿la reputación de Yang no se

mantendrá intacta?”

“Sí, Yang podría pensar de esa manera si fueras él”.

Incapaz de ocultar su desprecio, a Reuentahl le llevó toda su fuerza mantener la calma. El “luchador de una vía” era incorregible, incapaz como él de imaginar el gran significado de la batalla por delante.

A nivel estratégico, Reinhard había dejado impotente la fortaleza de Iserlohn, inexpugnable tácticamente, a través de su paso por el Corredor Phezzan, lo que significaba que Reinhard no era un simple militar. Pero Lennenkamp, para quien la victoria fue únicamente un resultado táctico, no pudo comprender el cambio revolucionario de las circunstancias.

Von Reuentahl asintió con cinismo para sí mismo. *Entiendo, por eso es que esa mocoso dorado puede apoderarse del universo.* Los espacios de combate estaban llenos de hombres valientes, pero los cerebros estratégicos que orquestaban las guerras que tenían lugar dentro de esos espacios de combate eran pocos y distantes entre sí.

“El almirante Lennenkamp, si fuera posible, también me gustaría lanzar una ofensiva masiva contra la fortaleza, pero nuestro comandante supremo dice que es un no avanzemos. Solo podemos seguir órdenes”.

Kornelias Lutz tuvo que intervenir para intervenir. Von Reuentahl borró la expresión de sus ojos no coincidentes y se inclinó ligeramente ante los dos almirantes.

“Parece que he cruzado la línea. Perdonemi descaro. Pero tarde o temprano la fruta madura caerá. En este momento, no creo que tengamos que extendernos demasiado”.

“¿Entonces simplemente dejamos de atacar a Iserlohn y los rodeamos?”

“No, almirante Lutz. Eso tampoco funcionará. Se compraría al enemigo un tiempo precioso. Si están planeando algo, eso no significa que les permitamos que presten atención indivisa a sus preparativos”.

"¿Quieres decir que sometemos al enemigo a hostigamiento de fuego?"

"Eso es ponerlo sin rodeos. Digamos que estamos poniendo cada jugada posible".

En cuanto a von Reuentahl, quien se equivocó por el lado de la previsión política, no albergó el mismo espíritu de lucha que animó a un hombre como Lutz. Solo era apto para ser comandante de una flota, como lo sabían los subordinados bajo su mando.

El ataque a gran escala instigado por von Reuentahl perturbó a Yang Wen-li hasta la médula.

A pesar de que estaba lidiando con la feroz ofensiva de von Reuentahl, Yang tuvo que prepararse para la evacuación. Le había confiado a Caselnes los aspectos prácticos involucrados, pero para disipar la indignación y el descontento de los civiles que fueron arrebatados de sus hogares, era necesaria la persuasión directa. Una aparición pública, pensó, podría ser suficiente para calmar sus temores.

"Las cosas se están poniendo frenéticas aquí rápido. No fui construido para horas extras".

El capitán de la Primera División Espacial en la fortaleza Iserlohn, el teniente comandante Olivier Poplin, se había ganado tanto el odio inmenso como el respeto de los pilotos de combate del lado opuesto. El número de pilotos imperiales que habían caído como mucho polvo espacial entre sus dedos era suficiente para constituir una flota completa en sí misma. Los perforados por los colmillos de los escuadrones de peleas aereas bajo su mando fueron diez veces más numerosos. Su habilidad para unir tres naves de combate espartanas de un solo asiento juntas como una sola unidad era algo inculcado en él por el comando de entrenamiento militar como una medida desesperada, pero en el mundo de las peleas aereas, donde la habilidad individual era primordial, llevar la estrategia del equipo a la mesa

innovador. En el futuro, pasaría a la historia como un piloto de primera línea, un innovador de alto nivel en técnicas de peleas aereas y un extraordinario libertino, pero solo él sabría qué honor era el más alto.

Después de repetidas salidas, al fin tuvo un breve respiro. En el lío de los oficiales, se aferró como uno de los primeros defensores del socialismo.

“Cuando vuelva a Heinessen, formaré un sindicato de pilotos. Dedicaré mi vida a deshacerme del exceso de trabajo. Solo espera y verás”.

“¿Pensé que ibas a dedicar tu vida a las mujeres?”, Bromeó el teniente comandante Ivan Konev, líder de la segunda flota aerotransportada.

A pesar de ser un as de habilidad y acciones de armas comparables, Konev era un hombre erguido y cincelado en el basalto que evitaba el libertinaje de Poplin. Mientras Poplin se estaba alegrando con las mujeres y el vino, Konev hizo compañeros de crucigramas tan gruesos que casi los confundirían con diccionarios. Estas dos personalidades contrarias hicieron para una pareja sorprendentemente complementaria.

IV

Al día siguiente, la Armada Imperial había estado golpeando la fortaleza sin descanso, y el comandante de las defensas de la fortaleza, el contralmirante von Schönkopf, estaba siendo perseguido en represalia. Empleando tantos artilleros como pudo, envió a su cuerpo de ingenieros para evaluar todos los puntos de daño y respondió a cada disparo que disparó sobre la fortaleza en especie. Los operadores estaban alimentando actualizaciones constantes, mensajes e instrucciones. Uno se derrumbó por exceso de trabajo, otro encontró paralizadas sus cuerdas vocales, y ambos fueron rápidamente sustituidos. El contraalmirante Caselnes tampoco estaba durmiendo para prepararse para la evacuación masiva, pero una delegación de civiles había logrado abrirse paso y rodear los barrios de Yang en protesta.

“Por favor, buenos ciudadanos, cálmense”.

La expresión de Yang era aparentemente indiferente, pero era todo lo que podía hacer para ocultar la inquietud en su corazón. Su plan incluía asegurarse de que todas las estaciones de la flota en Iserlohn estuvieran relativamente intactas y sin obstrucciones. Con un experto táctico como Von Reuentahl como su enemigo, Yang sintió que la batalla se había vuelto significativa nuevamente, y la posibilidad de ser forzado a una guerra de desgaste era lo más alejado de su mente. Agregue a eso una población que se tambalea al borde de la histeria en masa, y fue una maravilla que no estuviera tambaleándose con ellos.

“No se preocupen — todo estará bien. Tenga la seguridad de que lo llevaremos a todos a una zona de estrella segura ilesos”.

Al ofrecer esta promesa simbólica a una delegación incómoda, solo podía esperar que alguien pudiera garantizar ese mismo éxito. Más que un ateo, era un incrédulo, por lo que no estaba dispuesto a confiar el destino de sí mismo y de los demás a un dios que nunca había conocido. De la misma manera que, desde tiempos inmemoriales, no existió ninguna justicia donde la ira humana fuera innecesaria, ni hubo éxito donde la habilidad humana fuera innecesaria. Aun así, soportar la carga de cinco millones de vidas militares y civiles era demasiado para que Yang lo manejara solo.

Seguramente un hombre inteligente como von Reuentahl ya había destilado la esencia de la situación. Yang solo tenía dos caminos para elegir: permanecer en Iserlohn o abandonarlo. Cuando llegara el momento, ya sea impidiendo la huida de Yang o debilitando su poder militar, cualquier intensificación de los ataques no sería un problema para la espalda de von Reuentahl. Esta realización solo añadió combustible al odio de Yang.

Incluso cuando los mandos intermedios de la flota de Yang estaban ocupados manejando frustraciones entre ellos y sus subordinados, se vieron obligados a una posición difícil. El comandante Yang Wen-li otorgó una

única salida pero estrictamente prohibido salir del alcance de la batería principal de la fortaleza.

El contraalmirante Dusty Attenborough, quien dio la orden, continuó manteniendo un fuego severo en combate cercano, pero con la ayuda del bombardeo de la fortaleza, logró hacer retroceder a las fuerzas imperiales. Sin embargo, fue un retiro planificado por parte de la Armada Imperial. Attenborough apenas logró evitar que sus hombres continuaran su búsqueda. Presionado por su constante agarre, le rogó a Yang que volviera a la base para que los persiguiera nuevamente.

“Fuera de la cuestión.”

“No hay necesidad de ponerlo así. No soy un niño que pide su subsidio. Esto es sobre la moral de nuestras tropas. Por favor, te lo suplico. Salgamos a correr otra vez”.

“No en tu vida”. Yang lo rechazó como a un avaro que le piden un préstamo. Al darse cuenta de la inutilidad de la negociación, Attenborough solo pudo retirarse a su abatimiento.

Yang estaba ciertamente en un estado mental miserable. Mantener una flota sin heridas y conservar el poder de fuego había agotado la mayor parte de su energía mental, por lo que no pudo evitar ser frugal al poner en peligro a su tripulación. Esta conciencia de sí mismo lo puso de un humor considerablemente agrio.

Apodos como “Milagroso Yang” pesaban mucho sobre él. Albergaban un peligro inevitable no solo de fe sino también de sobreestimación. Los soldados y los civiles parecían creer que el Almirante Yang saldría adelante de alguna manera, pero ¿qué hay de aquel en quién creían? ¿En qué tenía que confiar? Si Yang no era todopoderoso, tampoco era omnipotente. En verdad, no era más que diligente. Entre los comandantes de primera línea de la alianza, nadie había gastado tantos días de vacaciones pagados como él, y él sería el primero en admitir que sus estrategias y tácticas no eran más que victorias en sillones. Como una vez le dijeron a Yang, la cultura surgió del deseo innato de la humanidad de producir mucho haciendo poco, y solo los

bárbaros consideraron correcto explotar la mente y el cuerpo en busca de la justificación.

“¿Y si tomara toda la responsabilidad? ¿Me dejarías ir entonces? Por favor, solo sácame de ahí”.

Yang tenía poca paciencia para mendigar. A pesar de ser un militar joven y altamente condecorado, Yang despreciaba todos los sistemas de valores, formas de pensar y expresiones militantes. Tal pensamiento le haría ganar la designación de “contradicción andante” en el futuro.

Su siempre presente asistente, la teniente Frederica Greenhill, se dio cuenta de esto. Una tos discreta de su parte alertó a Attenborough de la incomodidad de su comandante. Inmediatamente cambió de táctica.

“He encontrado una manera bastante fácil de vencer a nuestro enemigo. ¿Me permitirías ponerlo a prueba?”

Yang miró a Attenborough, luego a Frederica. Sacudió la cabeza con una sonrisa amarga. Frederica exigió detalles. Rompiendo a las fuerzas imperiales tanto como fue posible, a la larga, no fue una mala idea.

Cuando, después de algunas enmiendas, Yang le dio permiso a Attenborough para continuar con su plan, el joven comandante de la división abandonó la oficina de Yang con una primavera abierta en su paso. Yang suspiró y transmitió su descontento a su hermosa ayudante de cabello castaño dorado.

“No seas tan sagaz, teniente. Ya tenemos suficientes problemas”.

“Sí, fui demasiado lejos. Mis disculpas.”

Frederica contuvo una sonrisa, y Yang no se quejó más. Si el Contraalmirante Caselnes hubiera escuchado la queja de Yang, él mismo habría sonreído. Porque, por sus “problemas” profesados, Frederica manejó casi todo el papeleo.

Aproximadamente cuatrocientos transportes partieron de la fortaleza de Iserlohn para el territorio de la Alianza de los Planetas Libres, escoltados por cinco veces más naves de guerra.

En respuesta a los informes de su equipo de exploradores enemigos, von Reuentahl frunció el ceño y miró por encima del hombro a su compañero cercano.

“¿Qué piensas, Bergengrün?”

El jefe de personal del joven comandante heterocromático respondió con tacto.

“En la superficie, parece que los VIP o los civiles de Iserlohn están intentando escapar. Teniendo en cuenta la posición en la que están, no es impensable”.

“Pero no lo estás comprando. ¿Tu razón?”

“Estamos hablando de Yang Wen-li. Nunca se sabe qué tipo de trampa él podría estar estableciendo”.

Von Reuentahl sonrió.

“Yang Wen-li es un gran problema, un héroe veterano que nos hace temblar en nuestras botas”.

“¡Su Excelencia!”

“No te enojes. Incluso tengo miedo de sus trucos. No estoy exactamente encantado de tomar el lugar de von Stockhausen después de que le quitaran a Iserlohn”.

Von Reuentahl no necesitaba farolear para proteger su honor. Logros, habilidad y confianza: estos tres puntos de apoyo estabilizaron su juicio de

un enemigo formidable. Señales de una trampa encendieron una señal en su cerebro. Por otra parte, tal vez Yang estaba tratando de convencerlo de eso y persuadirlo para que lo persiguiera de manera mortal. No fue tan fácil para un general de primera clase adivinar perfectamente las tácticas de otro.

Después de recibir la noticia de que Lennenkamp había movilizado a su flota para perseguir a los evacuados de Iserlohn, von Reuentahl mostró una sonrisa desviada.

“Espléndido. Se lo dejo a él”.

“Pero, ¿y si el Almirante Lennenkamp atrapa al pez gordo? ¿De verdad vas a renunciar al honor de ese logro?”

Los comentarios de Bergengrün fueron de 80 por ciento de advertencia, 20 por ciento de sospecha de que su comandante era demasiado confiado. Von Reuentahl se mordió la lengua por unos momentos para hacer un balance de este cuestionable cóctel.

“Si Lennenkamp tuviera éxito, significaría que el pozo del ingenio de Yang Wen-li se ha secado. No sé de quién será la desgracia, pero no creo que haya terminado todavía. Observemos las tácticas de Lennenkamp y esperemos que no defraude, ¿vale?”

Bergengrün asintió en silencio, mirando a Von Reuentahl transformar su figura alta en un fluido compañero. Bergengrün había servido una vez bajo el mando del difunto Siegfried Kircheis y desde entonces fue reasignado a von Reuentahl. Comenzó a preguntarse qué tan diferentes eran estos dos almirantes en temperamento.

Sin duda, Lennenkamp era un comandante experto. Renunciando a algo tan simple como una búsqueda lineal, dividió sus fuerzas por la mitad en un ataque de pinza, enviando uno en un arco suave ante el enemigo para cortar su ruta de escape, mientras que el otro intentó cerrar la retaguardia. El brillante cerco se veía completo, por lo que von Reuentahl, observando de

cerca su pantalla, chasqueó la lengua con asombro simultáneo. Pero sólo por un momento.

Las Fuerzas Armadas de la Alianza, siguiendo su propio plan inteligente, habían anticipado los movimientos de la flota de Lennenkamp y habían atraído a la Armada Imperial dentro del alcance de las torretas anti-naves de la Fortaleza de Iserlohn. Esta estrategia, que en el pasado le había dado un duro golpe a Neidhart Müller, no debería haber funcionado por segunda vez, pero Lennenkamp se convirtió en un ejemplo de repetición. Un terrible espectáculo se produjo cuando, golpeado por una lluvia de luz, su flota explotó en bolas de fuego de destrucción. Von Reuentahl se enteró momentos después.

“No podemos simplemente quedarnos a la espera y verlos morir. ¡Ayúdenles ahora!”

Esta vez, decenas de miles de rayos de luz imperiales bañaron la fortaleza de Iserlohn. Enormes cantidades de energía impactaron silenciosamente el muro exterior de la fortaleza. Sin hacer tanto como una abolladura, el bombardeo envolvió el enorme globo artificial, de sesenta kilómetros de diámetro, en una niebla de color arco iris. Tormentas de energía se arremolinaban a lo largo de la pared exterior, torretas de armas y emplazamientos que se derrumbaban por el calor. Fragmentos de los mismos golpearon el casco exterior con granizo blanco. La potencia de fuego de la alianza fue severamente disminuida, y la flota de Lennenkamp, retorciéndose como una serpiente mordida en el vientre, logró restaurar el orden.

Pero eso no significaba que la amarga sinfonía de la Armada Imperial — compuesta por Attenborough, orquestada por Yang — había revelado cada movimiento.

De la flota de Lennenkamp, una división de avanzada aún estaba ilesa. Enfurecido por el deseo de venganza, asaltó la flota enemiga. Pero incluso mientras lo hacía, la Armada Imperial ya estaba mostrando signos de desintegración, y después de una ofensiva de mala calidad, el enemigo comenzó su retirada como un sedimento que se difunde en un lago.

“Incluso con un comandante tan disciplinado, parece que esas malditas Fuerzas Armadas de la Alianza no sienten ninguna vergüenza por escapar”.

Lennenkamp era por naturaleza un hombre que subestimaba a sus propios enemigos, pero esta vez estaba vigilando de cerca al comandante general von Reuentahl. Lennenkamp quería, a toda costa, evitar ser ridiculizado por von Reuentahl por recuperar los puntos perdidos en la primera mitad.

Oskar von Reuentahl, en lo que se refiere a sus talentos como táctico y habilidades como comandante, nunca mereció críticas. Sus subordinados tenían mucha confianza en él, pero como un defensor susceptible al desprecio, se ganó la animosidad ocasional de sus colegas. Que esta animosidad no estuviera profundamente arraigada hizo que el Jefe de Estado Mayor, Paul von Oberstein, lo odiara más que nadie. Fue suficiente que sus elogios atrajeran la atención de tantos colegas. Además, cuando la muerte de Siegfried Kircheis sumió a Reinhard en un estupor de pena, von Reuentahl fue uno de los primeros en calmar la agitación entre los almirantes y aprovechar las amenazas a la estabilidad de Reinhard para establecer su régimen dictatorial. También Kempf, quien luchó y perdió contra Yang el año anterior, tuvo una racha competitiva que lo llevó a perseguir demasiado después del éxito. Como hizo Lennenkamp, por supuesto.

Dio una orden severa, acercándose a los transportes lentos antes de dar la señal.

“Detengan esas naves. Si se niegan, abre fuego sobre ellos”.

En ese momento, un destello de luz decoloró todo su campo de visión mientras los quinientos transportes explotaban. Los que habían estado mirando a sus pantallas sentían que sus ojos iban a estallar. El destello se convirtió en una bola que se hinchaba rápidamente y se tragó a las fuerzas imperiales.

La flota imperial perdió por el control perfecto de la inercia y, a medida que se desaceleraba, se hundió en la corriente fangosa de su propia energía.

Todos las naves que se detuvieron por completo fueron golpeados desde atrás por aquellos que no pudieron, y juntos bailaron en un enredo de luz y calor, al mismo tiempo que llevaban sus sistemas de prevención de colisiones a sus límites. Dentro de la explosión más grande, las cadenas de las más pequeñas aparecieron, destruyendo todo, viviendo y no viviendo por igual.

"¡De todos los trucos maliciosos!"

Lennenkamp hacía espuma en la boca. Como aquel en quien se jugaba este truco, estaba completamente desinflado. Su nave insignia apenas había escapado de la corona de energía. La mayoría de sus naves no habían tenido tanta suerte.

Sin perder la oportunidad, Attenborough ordenó un ataque rodante. El jugador de primer año de la Academia de Oficiales de Yang fue un prodigio táctico por derecho propio. Su orden desencadenó de manera extraordinaria y eficiente el celo de sus subordinados por el combate.

El almirante Lutz actuó con rapidez y, en el corto tiempo que llevó arrancar un ataque cruzado, rompió y pulverizó a las fuerzas imperiales. De todas las batallas que tuvieron lugar entre Yang y Von Reuentahl, ninguna se había decidido con un resultado tan unilateral.

La Armada Imperial fue derrotada, perdiendo más de dos mil naves de guerra y sufriendo cien veces más bajas.

V

Lennenkamp volvió a la base completamente abatido. Von Reuentahl solo lo miró como si dijera: "Te sirve bien". Pero él no lo dijo, y en cambio reconoció sus servicios y lo hizo despedir. Von Reuentahl no vio ninguna razón para marcar esto como un déficit, por así decirlo, en su libro mayor.

Aunque a nivel táctico habían dado un paso, las Fuerzas Armadas de la Alianza que explicaban su plan aseguraban que la Marina Imperial no se dejara llevar por ellos cuando llegara el momento de evacuar en serio. Si hubieran deseado una victoria táctica simple, no habría habido necesidad de toda la teatralidad.

“¿Eso significa que debemos prepararnos para perseguirlos?”, Preguntó Bergengrün.

“¿Persíguelos?”

Los ojos desiguales de Von Reuentahl brillaron cínicamente.

“¿Por qué deberíamos tener que perseguirlos? Si les permitimos que escapen, podemos tomar la fortaleza de Iserlohn por nuestra cuenta sin tener que levantar un dedo. ¿No crees que solo es una victoria suficiente para nosotros, Bergengrün?”

Si los persiguieran por impulso, la probabilidad de ser presa de otro inteligente contraataque era alta. Yang había sido llevado a la batalla con las fuerzas principales de la Armada Imperial. ¿No deberían simplemente dejarlo ir a donde quería ir?

“Pero si permitimos que Yang Wen-li salga libre, en algún lugar de la línea podría regresar para perseguirnos, como una enfermedad”.

Von Reuentahl curvó sus labios ligeramente.

“En ese caso, es mejor que trabajemos juntos en esto. Nuestra flota no debería ser la única que corre el riesgo de infección”.

“Pero, Su Excelencia…”

“Me pregunto si conoces la máxima, Bergengrün: ‘Sin presa, no habría necesidad de cazadores. Es por eso que no matan todo lo que se mueve’”.

El jefe de personal miró a su comandante, sus ojos verdes temblaban con la

brillantez de comprensión y ansiedad. Habló en voz baja.

“Su Excelencia, no diga cosas tan imprudentes, que podrían provocar malentendidos inútiles. No, más que malentendidos, podrían tomarse por difamación. Por favor refrénate Como uno de los generales más renombrados de la Armada Imperial, cualquier error que haga su Excelencia tendrá un gran impacto en los demás”.

“Tu consejo es bueno. Trataré de ser un poco más cuidadoso con mis palabras”.

Von Reuentahl habló con franqueza y expresó su gratitud por los consejos de su jefe de personal. Von Reuentahl sabía que era difícil encontrar a un hombre así.

“Me alegro de que tomes mi consejo en serio. Incluso si no vamos tras ellos, deberíamos prepararnos para ocupar la fortaleza de Iserlohn”.

Sí, ponte en marcha”.

Y con eso, von Reuentahl puso en movimiento una recaptura sin sangre de Iserlohn.

Como Yang Wen-li había dicho una vez a su pupilo, Julian Mintz:

“Cuando se trata tanto de estrategia como de táctica, lo mejor es tender una trampa y darle al enemigo lo que quiere”.

También había dicho:

“No hay nada mejor que despertarse después de un sueño profundo para descubrir que las semillas que has sembrado han producido un gran tallo de frijoles”.

Y ahora, Yang estaba tratando de poner en práctica esas estratagemas. Su

escape de la fortaleza de Iserlohn — lo que el teniente comandante Poplin llamó “vuelo nocturno” — no había sido inteligente, sino una medida necesaria para capitalizar la fuerza de su flota guarnecida. De lo contrario, habría estado desperdiciando el poder a su disposición, por no mencionar las muchas vidas que dependen de él. Cuando se trataba de proteger la seguridad de la población civil de Iserlohn, abandonar la Fortaleza de Iserlohn como si fuera mucho hardware era como quitarse un abrigo pesado en la primavera: un mero cambio de estación.

Debido a que el Contralmirante Caselnes, administrativamente a cargo de evacuar a cinco millones de personas, nunca había sido tan creativo, Yang sintió que su corazón se hundía cuando le dio a la operación el nombre en clave “Proyecto Arca”. Aunque no creía que fuera suficiente para explotar El viento en sus velas, en lugar de preocuparse por cosas tan insignificantes, dijo Caselnes, pensó que deberían preocuparse por el hecho de haber perdido quinientas naves de transporte ya decrépitas en la pelea de Yang con Attenborough.

Era seguro decir que el efecto sobre la capacidad de sus naves de transporte y de hospital había sido perjudicial, por lo que se distribuyó un buen número de civiles a bordo de las naves normalmente reservadas para el combate.

Seiscientos recién nacidos y sus madres, junto con médicos y enfermeras, fueron colocados a bordo del acorazado *Ulises* . El *Ulysses* tenía un historial impecable, habiendo sobrevivido a numerosas batallas ilesas, y por lo tanto fue considerado el medio más seguro de transporte de bebés, cuya seguridad era de la mayor prioridad. Sin embargo, un creciente cinismo a bordo dejó a los tripulantes sintiéndose mal preparados para tal tarea. Incluso el capitán, el comandante Nilson, se sintió desanimado ante la perspectiva de ver a miles de pañales colgando para secarse en el puente de su barco. A pesar de que el oficial de navegación Subteniente Fields hizo todo lo posible por mejorar la moral al insistir en que las mujeres eran más atractivas después de dar a luz y que tres compañías de ellas vendrían en el viaje, la imaginación de sus hombres se vio menos estimulada por el pensamiento de legiones de Madonnas hermosa que por un coro de bebés llorosos, y así el aliento del subteniente cayó en oídos sordos.

Una gran cantidad de cinco millones de personas — 5.068.224, para ser exactos, una mezcla de soldados y civiles, hombres y mujeres — no fue una pequeña hazaña. Caselnes vio que la situación no estaba siendo manejada con suficiente empatía. Incluso su propia familia — una esposa y dos hijas — estaban molesta por haber dejado a Iserlohn. El trabajo procedió rápidamente.

El cuerpo de ingenieros bajo el mando de Capitán ingeniero Links había colocado bombas de muy baja frecuencia en todas partes de la fortaleza, incluso en sus reactores de potencia de hidrógeno y centros de control. Aquellos que estaban en una posición superior a la de los oficiales de campo sabían esto, pero solo unos pocos sabían las tareas que estaba llevando a cabo el teniente Frederica Greenhill en las órdenes estrictamente secretas de Yang. Yang estaba sentando las bases para la futura recaptura de Iserlohn. Cuando se le informó sobre los detalles, Frederica contuvo su sorpresa y emoción.

“Idealmente, tenemos que asegurarnos de que el enemigo descubra nuestros explosivos, pero no sin un poco de esfuerzo. De lo contrario, verán a través de la trampa real. ¿Tengo ese derecho?”

“Eso es exactamente. En otras palabras, teniente, he creado un desvío para atraer a los ojos de la Armada Imperial de la verdadera trampa”.

La trampa en cuestión era ridículamente simple, y ahí radica su eficacia.

Yang se lo explicó a Frederica otra vez.

“Si la fortaleza y sus sistemas operativos se dejan como están, nuestra triquiñuela no tiene ningún valor en absoluto. Solo tendremos que desecharlos antes de que se den cuenta”.

Frederica pensó en el contenido de la orden y no pudo evitar admirar su sencillez y la grandiosidad de su resultado.

“No es nada ingenioso o de primera clase. La astucia es todo lo que es,

aunque estoy seguro de que se mantendrán lívidos una vez que se acabe”, respondió Yang a través de desviar sus cumplidos. “Además, no sabemos si tendrá el efecto deseado. Es posible que ya no necesitemos a Iserlohn”.

Por un momento, Frederica contempló el perfil del joven comandante con sus ojos color avellana como si estuviera recibiendo una revelación divina o profetizando profecía, aunque no era así en absoluto.
“Sospecho que vendrá de uso algún día. La fortaleza de Iserlohn es nuestro hogar… el hogar de toda la flota Yang. Estaremos de vuelta. Y cuando eso suceda, el plan de Su Excelencia dará sus frutos para que todos lo vean”.

Yang se acarició la cara con una mano, como era su costumbre cuando no sabía cómo expresarse. Mientras bajaba el brazo, el joven comandante de cabello oscuro hablaba como un niño de poca experiencia.

“En cualquier caso, teniente, mucha suerte a medida que avanzamos”. Era exactamente el tipo de cosa que Frederica esperaba que Yang dijera.

VI

Los informes de barcos que comenzaron su partida en masa desde la fortaleza de Iserlohn convergieron en von Reuentahl desde múltiples fuentes. La mitad de ellos esperaba una orden para tomar represalias. El comandante de la flota heterocromática prohibió estrictamente la apertura de hostilidades sin su orden expresa. Había sido demasiado rápido para apretar el gatillo la última vez, y su tendencia hacia la acción era conocida en toda la armada.

“Es inútil ir tras ellos”, aseguró von Reuentahl. “No es que la alianza pueda llevar a la fortaleza Iserlohn con ellos. La ocupación total de la fortaleza es nuestra máxima prioridad”.

Poco después, el almirante Lennenkamp preguntó directamente sobre la

conveniencia de un ataque, pero la respuesta del comandante fue un no definitivo.

“Solo incurriría en otro contraataque. Déjalos ir por ahora. Preferiría no pasar a la historia como alguien que hizo daño a los civiles que huían”.

Lennenkamp se retiró obedientemente, su beligerancia amortiguada por la derrota del otro día. Von Reuentahl dio un breve asentimiento de satisfacción. *Bien, ahora las cosas irán mejor, de una forma u otra.*

“Bergengrün, debes ir tras Yang Wen-li — pero solo después de que hayas asegurado la fortaleza. No será necesario alcanzarlo o enfrentarlo en combate. Lo guardaremos para otro día “, le dijo a su jefe de personal. “Solo sigue con su cola. El almirante Yang liderará el camino. ¿Caeremos en Iserlohn, que han preparado tan diligentemente para nuestra llegada?”

Sobre el tema de quién debería ser el primero, Kornelias Lutz ofreció su completa opinión. Aunque Yang Wen-li había evacuado la fortaleza de Iserlohn, tenían que estar atentos a los “regalos de despedida” que la alianza podría haber dejado atrás. En lo que se refería a Lutz, no era paranoico suponer que la alianza había colocado bombas en los centros de poder de la fortaleza para masacrar a las fuerzas imperiales de un solo golpe cuando llegaron a ocuparla. Dada la velocidad a la que las flotas de la alianza se estaban acelerando, el grado de riesgo al acercarse a la fortaleza era extremadamente alto. Lo mejor que podían hacer ahora era enviar expertos en bombas para investigar y, una vez hecho esto, ocupar solo después de que todo estaba claro.

“El almirante Lutz tiene un punto que no debe tomarse a la ligera”.

Von Reuentahl ordenó a todas las flotas que se retiraran de las cercanías mientras un grupo de expertos liderados por el Capitán de Ingeniería Schmude fue escoltado a la fortaleza.

Habiendo recibido este honor inesperado, el Capitán Schmude estaba muy animado pero nervioso cuando entró en el antiguo campamento enemigo. Las sospechas de Lutz se confirmaron cuando un barrido cuidadoso reveló

una serie de bombas de baja frecuencia. Estos fueron exitosamente desmantelados.

“Llegamos allí en el último momento. Las bombas estaban muy bien escondidas. Cinco minutos después, y la fortaleza de Iserlohn se habría ido en una bola de fuego, infligiendo un daño considerable a nuestras fuerzas”.

El capitán Schmude no pudo reprimir su emoción cuando presentó su informe. Oskar von Reuentahl asintió con la cabeza, una rueda de agua de consideración girando en la corriente detrás de sus ojos no coincidentes. ¿Era posible que Yang hubiera arreglado esto para su propio beneficio? Por otra parte, la explosión de la fortaleza habría forzado un contraataque que tal vez no hubiera podido sostener. De todos modos, ¿se suponía que debían estar satisfechos con su éxito? ¿Y fueron estos los únicos regalos de despedida que Yang Wen-li había dejado atrás? El almirante heterocromático fue agarrado por la duda. Se preguntó si Yang no había escondido algo más siniestro.

“Es un hombre astuto. Me pregunto qué está planeando ahora…”

Mientras tanto, Yang Wen-li, montado en el éxito de su vuelo nocturno, estaba en el puente de su flota acorazada, *Hyperion* , incapaz de apartar su ansiosa mirada del orbe de la Fortaleza de Iserlohn colgando en el centro de su pantalla principal. No pensó que sucedería en un millón de años, pero ante la posibilidad infinita de que la Armada Imperial no detectara las bombas, Yang no solo habría destruido la fortaleza, sino que también habría comprometido inútilmente muchas vidas humanas. La hora señalada de la explosión pasó, y una vez que confirmó que no habían aparecido grietas en la hermosa superficie de Iserlohn, dejó escapar un suspiro de alivio.

“Gracias a Dios, parece que los encontraron”.

Yang se llevó una mano al pecho, aliviado, apartándose de la pantalla, y dejó el puente para tomar una siesta en su habitación privada, inclinándose ante el globo plateado mientras lo hacía. Era, para él, una forma de mostrar gratitud a donde se debía.

“Adiós, Iserlohn. No me engañes mientras me voy. Realmente eres la reina del espacio. Ninguna mujer se le acerca”, dijo el teniente comandante Olivier Poplin, despidiéndose de su renuencia con la caballerosidad característica.

Junto a él, el contralmirante von Schönkopf levantó silenciosamente un frasco de whisky de bolsillo a la altura de los ojos. Murai se puso de pie y realizó un saludo. Frederica y el contraalmirante Caselnes siguieron su ejemplo. Cada uno tenía sus propios pensamientos cuando se despidieron de la fortaleza espacial donde habían pasado los últimos dos años. Varios de ellos pisaron una vez más la superficie artificial de Iserlohn.

De vuelta en la fortaleza de Iserlohn, ahora ocupada por la Armada Imperial, se estaba produciendo un modesto interludio. Se descubrió que un funcionario administrativo de larga data había malversado algunos de los suministros abandonados de la alianza sin anotarlos en el registro público. Cuando la policía militar investigó el asunto, se reveló que lo había hecho muchas veces en el pasado. Von Reuentahl no tenía tolerancia para este tipo de insubordinación. En cumplimiento de la ley marcial, condenó a muerte al hombre en una audiencia sumaria y llevó a cabo el acto él mismo. El oficial gritó histéricamente hasta el momento en que fue arrastrado al campo de ejecución, donde sollozó por piedad. Pero al darse cuenta finalmente de que era inútil, recurrió a acusaciones directas.

“El mundo es injusto. No importa si destruyes ciudades o matas a decenas de miles de personas en nombre de la guerra. Mientras gane, sus almirantes y comandantes recibirán títulos y medallas de lujo. Y, sin embargo, me tratan como a un criminal solo por robar una cantidad insignificante de recursos materiales”.

“¿Cuál es el punto de llorar mal ahora? Sólo escucharte duele mis oídos”.

“Esto va más allá de la razón. Puedes llamar al duque de Lohengram un héroe o un genio, pero al final del día, ¿no es un villano que intenta

conquistar la galaxia? Mis crímenes no son nada comparados con los suyos”.

“Entonces, ¿por qué no intentas conquistar la galaxia?”

Las bien formadas cejas de Von Reuentahl temblaron ligeramente cuando apretó el gatillo y lanzó los sesos del oficial. Sus compañeros guardaron silencio solemne.

Después de que von Reuentahl se hubiera instalado en la oficina ejecutiva de Yang Wen-li, el oficial de ingeniería vino a entregar su informe escrito. Hasta que se pudiera instalar el software de la Armada Imperial, se acumularían montañas de informes escritos en su escritorio. Según este, todos los datos en la computadora táctica habían sido borrados, lo que significa que la Armada Imperial tendría que ingresar su propia información desde cero. Esto era de esperarse. Todos los asuntos prácticos posteriores a la recuperación de la fortaleza estaban fuera del alcance de los deberes de von Reuentahl, ya que sus preocupaciones serían puramente estratégicas de ahora en adelante.

El futuro estaba más allá de la deliberación. Independientemente de cualquier extraño truco táctico que Yang Wen-li haya utilizado para forzar la recaptura de la Fortaleza de Iserlohn, siempre que él, Oskar von Reuentahl, haya logrado evitar ser el alivio cómico en todo esto, estaría contento con su posición. Von Reuentahl lo vio todo. En primer lugar, Yang Wen-li esencialmente les había entregado la fortaleza de Iserlohn en una bandeja. Lo que significaba que la probabilidad era alta de algo que se estaba desarrollando más allá de su alcance de lo que él podía imaginar.

La fortaleza es nuestra en cualquier caso Voy a tomar todo lo que se ofreció a de buena fe, pensó, y envió un mensaje a través de su oficial de comunicaciones.

“Póngase en contacto con Odín. Diles que he capturado la fortaleza de Iserlohn”.

Y así, el 9 de enero, la Fortaleza de Iserlohn fue devuelta a las manos de la

Armada Imperial por primera vez en casi dos años.

CAPÍTULO 03: EN BUSCA DE UN UNIVERSO LIBRE

I

ESTE AÑO, SE 799, Julian Mintz tendría diecisiete años, y por segunda vez dio la bienvenida al nuevo año, sin preocuparse.

La primera vez fue cuando se convirtió en el pupilo de Yang Wen-li bajo la Ley de Travers. Yang, entonces un capitán, se había convertido en un almirante, y el propio Julian había pasado de ser un civil con empleo militar a ser un soldado de pleno derecho, avanzando a la bandera. Su compensación llegó en forma de reasignación a Phezzan como oficial residente de Yang, pero su itinerario lo había desviado de la fortaleza de Iserlohn a la capital, Heinessen, y solo entonces a Phezzan, a casi diez mil años luz de distancia.

Ni siquiera habían pasado seis meses desde que se había despedido de sus seres queridos y había comenzado una nueva y ocupada vida en el territorio de Phezzanese. Lo que mantuvo el corazón de Julian bajo control fue el hecho de que aquí era como si él no existiera en absoluto.

“Asegúrate de encontrarte una chica hermosa y traerla de vuelta”.

El teniente comandante Poplin lo había alentado con este tipo de conversación, pero Julian no podría haber tenido un amante aunque quisiera. Si hubiera tenido el 10 por ciento de la pasión de Poplin, al menos podría haberse entretenido con la idea, pero…

“Y así, nuestro héroe muere solo y en la oscuridad”, murmuró Julian para sí mismo.

En su camino a los diecisiete años, la altura de Julian había alcanzado 176 centímetros, por fin acercándose a la de su tutor, Yang. *Pero solo en estatura física,* pensó Julián. El chico de pelo rubio era muy consciente de que, en todos los demás aspectos, apenas podía mantener un pie en la sombra de Yang. Todavía tenía mucho que aprender y todavía tenía que salir del ala del almirante Yang. Hasta que pudiera seguir su propio camino usando las estrategias, tácticas e historias que había aprendido, siempre sería menos que el Almirante Yang.

En su escondite ubicado en un callejón de Phezzan, ocupado por los imperialistas, Julian se quitó el pelo de lino que caía obstinadamente sobre su frente. Las características que reveló este gesto, gráciles pero vivaces, eran casi femeninas. No es que le importara. Su único punto de orgullo, en la actualidad, era cuánto había subido de nivel desde que obtuvo conocimientos tácticos de Yang, habilidades de puntería y combate mano a mano de Walter von Schönkopf, y técnicas de combate aéreo de Olivier Poplin.

“¿Todavía estamos castigados?”, Preguntó Julian a Marinesk, quien había acudido al escondite por su invitación.

Marinesk, quien por sus buenos oficios había arreglado una nave espacial y un astrogador, era el oficial administrativo de *Beryozka* , un buque mercante independiente. Marinesk también era un amigo de confianza de Boris Konev, que estaba ansioso por su ociosidad obligatoria en la capital de la alianza de Heinessen. Aunque todavía en sus treinta años, su cabello era delgado y su cuerpo flojo. Sólo sus ojos eran abundantes en la vitalidad juvenil.

“No todavía. Por favor, no te impacientes. Oh, dije lo mismo ayer, ¿verdad?”

La sonrisa de Marinesk carecía de cinismo o sarcasmo, pero Julian,

consciente de su propia impaciencia e inquietud, no pudo evitar sonrojarse. Por el momento, la Armada Imperial no estaba admitiendo naves civiles a través del Corredor Phezzan. No importa lo bien planeado que estuvieran su fuga de Phezzan, seguramente serían capturados si se fueran ahora. La Armada Imperial probablemente permitiría el paso de naves civiles una vez que las actividades militares se hubieran extinguido, solo para apaciguar al público de Phezzanese. Y cuando eso sucediera, las inspecciones espontáneas de cada nave serían imposibles. Esto, aseguró Marinesk, haría su escape mucho más fácil.

Aunque sus predicciones y conclusiones persuadieron a Julian, fue todo lo que pudo hacer para soportar los aleteos nerviosos de su corazón, lo que obligó al chico con todo el poder de un instinto de orientación.

“Sea como fuere, ¿cuánto tiempo debemos esperar?”

Estas palabras, llenas de descontento, salieron de la boca del comisionado Henslow. Henslow, propietario de una cierta gran empresa, había sido abandonado por altos ejecutivos por su falta de visión y talento para los negocios, después de lo cual se le había otorgado una posición honorífica en el gobierno de la alianza y había sido exiliado discretamente a un planeta extranjero. Si la alianza hubiera sido sincera sobre la importancia de la diplomacia, un hombre de su posición nunca hubiera sido enviado a Phezzan, un símbolo modesto de una democracia rota.

“¿Cuánto tiempo? Hasta que podamos salir a salvo, obviamente”.

Marinesk le dio respeto a Julian donde era debido, pero a Henslow no mostró la más mínima deferencia.

“Ya hemos pagado por una nave”.

Henslow no llegó tan lejos como para decir que el dinero había salido de su bolsillo, pero tal vez fue porque sus estándares peculiares no lo permitían.

“Y eso es todo lo que hemos hecho. Así que preferiría que no actuaras tan alto y poderoso al respecto. La cabina de invitados está bajo el nombre de

Julian Mintz. Solo eres equipaje extra”.

“¡Pero yo soy el que pagó por ello!”

En un instante, el personaje de Henslow había sido sacado de su reserva, pero no dejó mella en Marinesk.

“En lo que a mí respecta, fue el alférez Mintz quien pagó. Es posible que le hayas prestado el dinero, pero eso es entre tú y él y no para que yo sepa”.

Más que el propio Henslow, fue el que estaba sentado a su lado — el oficial de combate Louis Machungo — quien sintió que Marinesk estaba jugando con él. El hombre negro magníficamente proporcionado, cuyo físico recordaba el de un toro, intervino despreocupadamente para neutralizar la creciente tensión.

“Marinesk, cuando entraste, sentí que tenías algún tipo de regalo para nosotros. Me pregunto si estaba equivocado”.

Su consideración fue recompensada con simpatía. Marinesk abortó su inútil intercambio con el comisionado y se volvió hacia el gigante de piel oscura.

“Usted tiene bastante ojo, oficial de la orden. De hecho, vine aquí para darte esto”.

El oficial administrativo de *Beryozka* sacó tres pasaportes autorizados de su bolsillo interior.

II

Julian Mintz caminaba por la calle con una bolsa grande de papel de la panadería. Hizo un esfuerzo por salir de su escondite una vez al día para familiarizarse con la ciudad. En la actualidad, todavía no había incitado las

sospechas de los soldados imperiales errantes. Julian, por razones diferentes a Yang, no se parecía en nada a un militar. Atraía el interés de las chicas de su edad, e incluso ese problema menor amenazaba con comprometer su perfil bajo.

Julian se congeló en seco cuando una repentina conmoción se apoderó de sus tobillos. La mirada curiosa de sus ojos marrón oscuro se movió nerviosamente. No vio nada fuera de lo común. Y entonces él entendió.

La causa de su conmoción no fue física sino auditiva. Un solo nombre propio salió de las conversaciones peatonales que lo rodeaban y asaltó su conciencia con una energía dominante: Lohengramm. ¡El duque Reinhard von Lohengramm pasaría pronto por esta misma calle! ¡El primer ministro imperial, el comandante más alto de la Armada Imperial Galáctica, el mariscal imperial — el Duque Reinhard von Lohengramm venía de esta manera!

Una amarga sensación de pesar penetró oblicuamente en el pecho de Julian. Ante la posibilidad de una inspección imperial, había dejado su pistola en el escondite. Si hubiera estado en su persona, podría haber tomado el destino de ese joven rubio que había traído cierta calamidad a la Alianza de Planetas Libres en sus propias manos. Si hubiera podido retroceder en el tiempo, habría enfundado su desintegrador en contra de los deseos del Oficial de la Orden Machungo.

Julian cerró los ojos y respiró hondo, al mismo tiempo que expulsaba una furia violenta del asiento del piloto de su compostura. Apenas logró alejarse del abismo de la insensatez en la que había cedido la mente y el cuerpo a esta fantasía inútil. Ninguna cantidad de deseo materializaría ese desintegrador en su mano. Además, ¿no le había dicho algo alguna vez el almirante Yang? “Ni el terrorismo ni el misticismo han movido la historia en direcciones constructivas”. Julian había pensado en convertirse en un militar desde que era un niño, pero nunca había considerado convertirse en terrorista. Derrotando a ese tirano rubio, el duque Reinhard von Lohengramm, no debería haber sido a través de un acto de terrorismo, pensó, sino a través de una lucha justa. Era todo lo mejor que estaba desarmado.

Esta fue una oportunidad para algo más que el terrorismo: la oportunidad de ver a Reinhard von Lohengramm con sus propios ojos. Conocía la elegancia de von Lohengramm solo en los hologramas o en los medios de comunicación. Ni siquiera el almirante Yang lo había visto en persona. Y ahora, ese mismo tirano estaría aquí, en carne y hueso, en cualquier momento. Habiendo vuelto a sus sentidos, y ahora impulsado por un deseo aún más intenso, Julian nadó a través de un pequeño océano de personas.

Se habían establecido barreras a lo largo de la calzada y las aceras. Filas de guardias descomunales, armados y uniformes, obligaron suavemente a retroceder las olas de personas en la parte delantera y trasera. Teniendo en cuenta la posición y la autoridad de la que estaban protegiendo, fue un nivel de protección bastante decepcionante. Julian se dirigió hacia el frente y, mientras se apartaba casualmente el cabello de la frente, esperó a ver al joven dictador.

Una procesión de vehículos terrestres avanzaba por la calzada. El primero fue un vehículo blindado automático, seguido de un automóvil de lujo, que por sí solo no habría llamado la atención de nadie. Julian siempre había escuchado que, por regla general, que al Duque von Lohengramm no le gustaba el exceso de extravagancia, y los rumores se estaban revelando. Solo en ese punto, Julian ya tenía una impresión favorable de Reinhard.

El vagón que llevaba un alto funcionario pasó frente a la multitud. Julian tensó sus ojos, pero lo que los atrapó fue un rostro pálido, anguloso y con el pelo rayado. La luz que emanaba de sus ojos tenía una cualidad inorgánica, y su expresión era completamente despiadada. Julian guió esa impresión a través de la biblioteca de su memoria y se detuvo frente a la estantería marcada como “Jefe de personal de la Armada Espacial Imperial, el almirante mayor von Oberstein”. Pero no había tiempo para reflexionar sobre ese nombre porque el siguiente vehículo terrestre había entrado en la visión de Julian. En el momento en que reconoció ese lujoso cabello rubio dorado en el asiento trasero, el corazón de Julian hizo un bailo vigorosamente.

¿Era ese el duque de Lohengramm? Julian reunió la totalidad de su

memoria visual para grabar el elegante rostro del joven dictador en sus retinas, solo para darse cuenta de que tales esfuerzos eran innecesarios para un rostro tan imposible de olvidar. No solo por sus características raras, sino también por el tipo y el volumen de vitalidad mental detrás de él. Julian escuchó el suspiro escapando de sus labios como si lo estuviera a cierta distancia y cambió ligeramente su línea de visión.

La persona sentada al lado de Reinhard al principio parecía ser un niño hermoso de la misma edad que Julián. Pero el cabello rubio opaco y corto y la expresión digna revelaron el rostro de una mujer joven. Este tenía que ser la secretaria privada del Duque von Lohengramm, cuyo nombre Julian no podía recordar.

Desde el interior del vagón, Reinhard escudriñó a la multitud. Su mirada fluyó horizontalmente, pasando por encima del chico de pelo lino.

Por un breve momento, las miradas de él y Julian se cruzaron. Fue un momento mucho más significativo para Julian. Para el otro, era solo una pequeña ola en un mar de muchos. Si Reinhard, como Yang Wen-li o Julian, no fue sobrehumano, tampoco fue un apóstol elegido por algún poder superior. Aunque su disposición superó con creces a la persona promedio en el alcance de su proporción, todavía estaba dentro de los límites de lo que cualquier ser humano podría poseer. Otros que habían superado la enormidad de su genio militar, la magnificencia de su ambición política, su elegancia justa y la intensidad con que se había comportado habían existido en el pasado. Solo los que poseían cada una de estas cualidades en la misma medida eran raros, al igual que la gran cantidad de estrellas fijas y planetas que intentaba someter a su gobierno. En cualquier caso, no podía prever perfectamente el futuro, y dentro de unos años ni siquiera recordaría los acontecimientos de este día.

Cuando el automóvil de Reinhard se había alejado y la multitud se había dispersado, Julian también se alejó. Él, por ejemplo, no olvidaría este día mientras viviera. En ese momento, sintió un ligero toque en su brazo. En sus ojos sorprendidos se reflejó el rostro sonriente del oficial administrativo de *Beryozka*.

“Marinesk…”

“Lo siento, no quería asustarte. Entonces, ¿cómo te sientes ahora que has visto al Duque von Lohengramm de verdad?”

“No soy rival para él”.

Esas palabras salieron mansamente de la boca de Julian. Tanto en la expresión de Reinhard como en su apariencia física, Julian solo reconoció el brillo destellante que abrumaba a todos a su alrededor. Ahora Julian comprendía por qué el almirante Yang admiraba al dictador de pelo rubio del que se había hecho enemigo.

Escuchando los breves pero pesados pensamientos del chico sobre el asunto, Marinesk levantó levemente las cejas.

“Entiendo. Puede parecer un joven noble ahora, pero no es como si hubiera nacido así. El nombre de familia de Lohengramm, hasta que recibió el título de duque, era solo el nombre de un hombre pobre que resultó ser nobleza. Su padre vendió a su propia hija para garantizarle un mejor futuro a su hijo”.

“¿Vendió a su hija…?”

“La tenía encerrada en el palacio trasero del emperador. No es que la vendiera oficialmente, pero bien podría haberlo hecho”.

Para un noble del imperio de clase baja, una hija era un bien precioso, una llave de oro que abría la puerta a un verdadero salón de banquetes de riqueza y poder. Reinhard y el padre de su hermana Annerose no fueron los únicos en hacer uso práctico de ello. Sin embargo, si el hermano menor de la amante favorita del emperador hubiera sido incompetente, podría haber disipado cualquier animosidad, pero la habilidad sin paralelo de Reinhard puso un freno en el puerto de escape de los celos de una persona hasta que explotó. Naturalmente, Reinhard nunca había otorgado el más mínimo favor a nadie que se aferraba a valores pasados de moda. En la cosmovisión de Reinhard, solo existían para ser dominados. Incluso su propio padre no fue

la excepción. Reinhard nunca lo había perdonado en la fealdad de su vejez por haber vendido a Annerose. Antes de su repentina muerte, el padre de Reinhard había agotado la poca vitalidad que le había dejado en el libertinaje y la extravagancia, y Reinhard se había negado con vehemencia a enmendarse. La única razón por la que había asistido al funeral de su padre había sido para no molestar a su hermana.

Julian había sabido algo del pasado de Reinhard, pero, al oírlo de nuevo ahora, no podía odiar al enemigo de la alianza. En todo caso, se sintió algo avergonzado. La figura de un niño que, a pesar de su violenta disposición, estaba pensando que solo su hermana mayor borró el retrato hambriento de poder que había creado en su mente.

“Dadas estas circunstancias, se ha dicho que Reinhard debe su éxito a la influencia de su hermana. Honestamente, sin ella, él no es nada”.

“Pero, ¿no era ya un militar de primera clase altamente decorado cuando tenía mi edad?”

“Usted ha sido condecorado, Alférez. Y si no te importa que lo diga, nuestro propio Milagroso Yang era solo un estudiante mediocre en la Academia de Oficiales a tu edad. En comparación con él, estás uno o dos pasos por delante”.

Una nube de pensamiento profundo pasó por los ojos de Julian.

“Marinesk, al explotar solo los puntos más convenientes sobre el almirante Yang y el duque von Lohengramm, uno podría pensar que intentabas provocarme, pero es una causa perdida. Si me hubieras comparado con alguien de un nivel inferior, podría estar dispuesto a aceptar un poco de adulación. Pero cuando me comparas con personas como Almirante Yang y el Duque von Lohengramm, cualquier confianza en mí mismo desaparece. Está teniendo el efecto contrario. Me hace sentir aún más inadecuado”.

Julian intentó controlar su tono pero sin éxito.

“Oh, ¿así que entiendes que estaba tratando de provocarte?”, Dijo Marinesk

sin rastro de timidez, acariciando su delgado cabello. “Mis más sinceras disculpas si me lo parece. Solo intentaba señalar que nadie nace como un héroe o un gran comandante, pero creo que fui demasiado lejos”.

“No, yo fui quien fue demasiado lejos”.

“Dejemos que el asunto caiga, ¿de acuerdo? De todos modos, he perdido bastante tiempo. De hecho, estoy en camino a ver a un cliente”.

“¿Un cliente?”

“La verdad sea dicha, no sería capaz de obtener ganancias solo por transportarte a ti y a tu grupo. Mi objetivo es reunir a tantos clientes como pueda. También te ayudará a disipar parte del peligro que te rodea”.

Julian podía entender de dónde venía. Cuantos más objetivos hubiera, menos rigurosa sería la vigilancia y la inspección. Aun así, Julian no pudo evitar pensar que así era como a los Phezzanese les gustaba hacer las cosas. ¿No había gente que había perdido dinero confiando en su lógica a un valor nominal? Por otra parte, el Phezzanese en cuestión probablemente creía en la exactitud de su propia lógica como algo más que mera retórica.

Julian preguntó quién era el cliente, aunque solo fuera para mantener la conversación, teniendo poco interés en la respuesta. A Julian le preocupaba que su propia experiencia atrajera la atención de otros clientes, que probablemente ocultarán la suya si les molesta saberlo.

“Un sacerdote de la Iglesia de Terra”, dijo Marinesk con brusquedad. “Ahora que lo pienso, alguien más importante que eso. ¿Un obispo, tal vez? En cualquier caso, no trabaja y pone comida en la mesa dando sermones”.

Marinesk no vio ninguna razón para ocultar su estrecho prejuicio hacia personas de tal estatus.

“Pero no puedo negar muy bien las necesidades de un clérigo. Hazte aliado a uno, y puedo hacer que cien de sus creyentes se conviertan en el mismo. Eso me dará acceso a una gran cantidad de información. Aún así…”

Marinesk agregó con disgusto que nunca podría entender la contradicción de cómo todos estos emperadores, nobles y clérigos — las personas que nunca sobrevivirían sin seguidores trabajando para su causa — eran tan a menudo adorados. Su opinión, como un Phezzanes laborioso y rentable, fue compartida por muchos.

"Pero él es un cliente importante, ¿verdad?"

"No, pero una vez fue un hombre importante".

Marinesk no sabía esto por su propia reunión. Como una joya con una leyenda siniestra, la información había pasado por las manos de muchos comerciantes antes de aterrizar en la suya. Este ex sacerdote había prosperado una vez bajo el patrocinio de los Landesherr, yendo y viniendo a su antojo. Saber esto fue suficiente para incitar la cautela de los comerciantes ricos conservadores. Mientras Landesherr Adrian Rubinsky gozara de buena salud, intentaría ganarse su favor, pero Rubinsky se había ido de incógnito inmediatamente después de la ocupación imperial. Aunque no se había visto en público ni su piel ni su cabello, la lealtad del obispo era inquebrantable.

Marinesk rara vez era propenso a la especulación, pero si lo empujaban, podía agarrar al capitán Boris Konev, un hombre que rara vez ponía un pie en tierra, por el cuello y lo derribaba. Tan silenciosamente como sea posible, por supuesto. Pero ahora que ya había decidido enfrentar el peligro de transportar a Julian Mintz al territorio de la Alianza de los Planetas Libres, el director administrativo de *Beryozka* no veía el peligro como un problema. Un proverbio de Phezzan corroboró su pensamiento sobre este asunto: *Si el veneno es suficientemente letal, el resultado es el mismo sin importar la dosis.*

"Entonces, Alférez, ¿te importa estirar un poco las piernas y conocer a tu compañero de viaje?"

Marinesk examinó la expresión de Julian, extendiendo suavemente sus manos para imitar su sonrisa.

“Para ser honesto, todavía tengo que conocer a este sacerdote u obispo o lo que sea que sea, y me siento un poco incómodo con todo el asunto. No podré manejarlo por mi cuenta si resulta ser un loco. Me sentiría mejor teniéndote allí”.

Marinesk era imposible de odiar. Además, Julian no veía daño en hacerle un pequeño favor, considerando todo lo que había hecho. Si Marinesk hubiera querido tender una trampa, ya había tenido múltiples ocasiones para hacerlo.

Julian estuvo de acuerdo y, todavía agarrando su bolsa de panadería, caminó un paso detrás de Marinesk hacia un edificio abandonado hace mucho tiempo que estaba a punto de desmoronarse. El aire estancado era como un lodo convertido en vapor. Los dos caminaron hacia el segundo piso con el acompañamiento de ratas coreando su amenaza a estos intrusos. Marinesk abrió una puerta.

“¿Obispo Degsby, de la Iglesia de Terra, supongo?” Entonó cortésmente en la habitación oscura.

Como nunca antes había visto a este hombre, Marinesk había elegido llamar a esta persona, a la que consideraba tan desagradable, por esa forma superior de dirección. Una manta se movió lentamente, y un par de ojos nebulosos miraron a los visitantes.

III

Un informe en el que se detallaba la recuperación de la fortaleza de Iserlohn por parte del almirante von Reuentahl estaba a la espera de Reinhard cuando ingresó a la improvisada oficina del primer ministro.

“Felicidades. Con esto, Su Excelencia tiene el control de ambos

corredores”. Von Streit habló cortésmente, pero de alguna manera como si estuviera leyendo un guión. El almirante Lutz también ofreció sus felicitaciones, pero el contraste poético de sus palabras intrigó a Hilda.

“Que los eventos sigan estando a su favor”.

Eran buenas noticias, y Reinhard no tenía ninguna razón para estar de mal humor, pero el globo hinchado de su estado de ánimo estaba a una aguja de explotar. La última vez que Reinhard tomó la fortaleza de Iserlohn, los estadistas de la Alianza de Planetas Libres se habían convencido de que su gobierno era manifiesto. No vio razón para celebrar esta pequeña victoria.

“Supongo que Yang Wen-li está sano y salvo”, murmuró Reinhard desde detrás de su escritorio, con sus ágiles dedos pasando las páginas del informe. En ningún lugar el informe de von Reuentahl glorifica su propio logro. Fue completamente objetivo en su perfecta reconstrucción de los acontecimientos.

Von Streit miró a su joven maestro.

“Excelencia, escuché que Yang Wen-li abandonó y evacuó la fortaleza, ¿pero esas acciones no incitarán la ira del gobierno de la alianza y supondrán cierta ejecución para él?”

Reinhard levantó la vista del informe. La mayoría de las veces, dio la bienvenida a las preguntas de los subordinados. Con suficiente mérito, sirvieron como estímulos moderados para su pensamiento.

“Y si lo ejecutaran, ¿quién comandaría la flota del almirante Yang? Incluso si no hace nada más que sancionar documentos como comandante en algún lugar seguro, sus soldados nunca podrán manejarse a sí mismos. Y si él ignora eso…”

… *Entonces los más altos comandantes del gobierno de la alianza tienen una mentalidad aún más débil que los altos nobles del imperio,* pensó Reinhard burlonamente para sí mismo.

“Como desees, pero si pudiera asegurar el Corredor Iserlohn, entonces también podría mantener a raya nuestras agresiones imperiales en el Corredor Phezzan. ¿Por qué no tomaría esas precauciones? ”

“No sería muy seguro. Sin embargo, emancipar a sus soldados es la única forma de que la alianza obtenga la victoria”.

“¿Cómo es eso…?”

“¿No lo entiendes? A matarme en la batalla”.

La expresión y la voz de Reinhard eran indiferentes. Solo Hilda dio una indicación momentánea de una respuesta. Vio que sus ojos, por todas las joyas azules abandonadas en un témpano de hielo, empezaban a parpadear con un brillo renovado.

Después de que los almirantes von Streit y Lutz se despidieron, Reinhard lo llamó a su asistente y preparó un café para él y para Hilda. El niño, elegido de entre los estudiantes de la preparatoria militar, había estado con él durante esta expedición. Trajeron café y crema, y el agradable aroma de su mezcla les hizo cosquillas en la nariz.

“¿Has visto a través del plan del almirante Yang, y aún así tienes la intención de liderar la armada?”

“Por supuesto. Fräulein von Mariendorf, tengo la intención de ser un gobernante supremo, y si alguna vez voy a lograr ese objetivo, debo insistir en seguir mi propia ley. Pararme en el frente es lo que me separa de cada noble incompetente con el que he luchado y derrotado. También es por eso que mis soldados me apoyan”.

Reinhard bajó la mirada, comparando el negro del café con el blanco de su vasija de porcelana. Hilda ofreció su opinión de todos modos.

“Me atrevo a decir, su excelencia, no debe perder su tiempo con otra batalla inútil. Regrese a Odín. Si deja el Corredor Phezzan al Almirante Mittermeier y el Corredor Iserlohn al Almirante von Reuentahl,

seguramente ganarán. Preferiría que te sientas y disfrutes los frutos de sus victorias”.

Aunque Reinhard no estaba enojado, las palabras de Hilda tampoco cambiaron de opinión, porque como ella misma sabía, su sugerencia era eminentemente común.

“Fräulein, quiero pelear”.

El tono de Reinhard solo contaba la historia. Más que la de una persona ambiciosa que ansiaba poder, sugería que un chico que no deseaba más que reclamar las huellas de algún sueño olvidado. Para Reinhard, la lucha nunca podría ser tan simple.

Por un momento, Hilda pensó a sí misma como una profesora estricta y poco simpática que intentaba privar a un niño de su caja de curiosidades. Sin duda esto era un engaño, pero prácticamente hablando ella tenía razón. Se suponía que los líderes, en lugar de acumular medallas, permitieran que los subordinados acumularan medallas en su lugar. Pero privar a Reinhard de la batalla era forzar a un ave rapaz orgullosa y salvaje a entrar en una jaula de pájaros como un perico común. Tal confinamiento seguramente amortiguaría el brillo intenso de sus ojos, junto con el brillo y el poder de sus alas.

Reinhard había desenredado una vida por sí mismo a partir de las entrañas de los muchos enemigos con los que había luchado. Durante los primeros diez años de su vida, su única amiga fue su hermana, Annerose, cinco años mayor que él. Como su único aliado incondicional, Annerose era una fuente de luz y, antes de que fuera cautivada por un anciano gobernante, le había dado su segundo amigo.

El niño pelirrojo, Siegfried Kircheis, más alto a pesar de ser de la misma clase y edad, estaba constantemente al lado de Reinhard y había derrotado a muchos enemigos en su nombre. Cada vez que regresaban triunfalmente a casa después de dispersar cualquier número de matones, Annerose nunca los elogiaba, pero sí hacía chocolate caliente para los pequeños héroes. Esas tazas baratas y el chocolate caliente que las llenaba tranquilizaron a los

niños con su calidez. No importa lo difícil que fuera la infancia, esos momentos eran una recompensa suficiente. Comparado con la alegría y la satisfacción de esos días, cualquier recompensa que pudiera ofrecerle a su hermana a cambio era, en el mejor de los casos, trivial.

Él le había otorgado una alta posición, pero aún tenía que aburrir las labores de su corazón hasta el punto de imaginar que ella estaba feliz con eso. Pero era la única forma en que sabía cómo mostrarle al mundo cuánto atesoraba su existencia. Su título de condesa (Sin contar), y el patrimonio y el dinero que lo acompañaban, apenas expresaban la magnitud de los sentimientos de Reinhard por su hermana mayor.

En la lista de ropa que Reinhard había preparado para ella, el artículo de “esposo” estaba notoriamente ausente. Sea consciente o no, se negó a aceptar un compañero para su hermana. Al verlo así, Hilda no pudo evitar sentirse ansiosa. Mientras su incomparable hermana mayor estuviera cerca, Reinhard nunca amaría como un plebeyo. Sin duda, fue una ansiedad innecesaria. Era simplemente que una mujer de la que podría enamorarse aún tenía que cruzarse en su camino…

Reinhard apartó los ojos de la taza de café de porcelana blanca.

“Nos vamos de Phezzan”, declaró. “Mañana, según lo previsto”.

Con eso, el corazón de Hilda, nadando en el espacio, fue devuelto a la realidad por la fuerza gravitacional. Ella respondió afirmativamente.

“Fräulein, si tengo que mantener el universo, preferiría hacerlo no con guantes, sino con mis propias manos”.

Hilda asintió a los sentimientos de Reinhard con su cuerpo y alma, incluso cuando una sombra nublaba su corazón. Un punto en la enorme cortina del tiempo se estaba deshaciendo, y la débil luz antes del amanecer iluminó momentáneamente su perfil futuro. Tal vez fueron solo los colores crudos y neutros tejidos de una alucinación, pero para Hilda, las palabras de Reinhard insinuaban no solo cómo vivía sino también cómo moriría. Todavía faltaba mucho para eso, y en este momento Reinhard era una

verdadera llama de la vida. La vitalidad de su cuerpo y alma brillaba a través de cada miembro, hasta las puntas de los dedos.

IV

El mismo día que el duque Reinhard von Lohengramm abandonó a Phezzan y se preparó para una nueva conquista, ambos almirantes Wittenfeld y Fahrenheit llevaron flotas del imperio a Phezzan. Cinco días después, planeaban unirse a Reinhard en su operación expedicionaria. Los soldados tuvieron un último día libre en sus respectivas ciudades.

Los ciudadanos de Phezzan tenían sentimientos encontrados sobre el hecho de que Nicolas Boltec estaba a bordo de una nave de guerra imperial a solo un paso de Fahrenheit y Wittenfeld. Después de haber desempeñado trabajos sucesivos como ayudante de Landesherr Adrian Rubinsky y comisionado imperial, al menos nadie podía llamarlo incompetente. A pesar de que no les había advertido sobre una invasión imperial, el Duque Von Lohengramm le dio el título de “gobernador general en funciones de Phezzan” en el puerto espacial justo antes de su partida, y dejó en claro que había conocido la invasión de antemano. Claramente, el que una vez se conoció como la mano derecha de Landesherr había vendido la libertad e independencia de Phezzan, tomando la posición de gobernador general en funciones como pago por su traición.

“Ya sea tu país o tus padres”, decía un chiste de Phezzanese, “no dudes en venderlos. Pero solo al mejor postor”.

Sin embargo, ahora que se vendían los Phezzanese, no tenían mucha razón para reír. De hecho, algunos creían que los eventos recientes habían sido diseñados con el único propósito de promover el dominio inmediato de la Armada Imperial. Los ciudadanos más asertivos predicaron un cambio de rumbo y, al ver que la llegada del gobierno total del gran imperio de la sociedad humana se estaba configurando ante sus propios ojos, deseaban un

camino en el que Phezzan floreciera bajo el nuevo sistema. Habían decidido arbitrariamente que era absurdo estar tan obsesionado con una mera muestra de estatus político.

Ambos lados del debate tuvieron un punto válido, pero el cerebro humano tuvo dificultades para sortear las emociones, y la gente siguió de cerca a Boltec cuando se instaló en la oficina del gobernador general en funciones y comenzó a tratar con su administración.

Un ideal común de la gente de Phezzanese afirmaba que uno debería pararse y caminar sobre sus propios pies. Por lo tanto, era difícil elogiar ciegamente a Boltec a medida que avanzaba, consagrado en la ambulancia del imperio.

Las personas ocultaban sus voces en bares y detrás de las puertas cerradas de sus propios hogares.

“¿Dónde podría haber desaparecido Rubinsky, el zorro negro de Phezzan?”

“¿Desde dónde está mirando, sin hacer nada mientras Boltec continúa como de costumbre?

En cualquier edad, en cualquier sistema político, las figuras de autoridad siempre tendrán escondites secretos desconocidos para el público. Para cualquier niño que convirtió su ático en un castillo de sueños, era familiar solo en forma, ya que tenía razones únicas para existir. Para aquellos con poder, fue su miedo a la degradación y el egoísmo de la autoprotección.

El refugio secreto de Adrian Rubinsky no era algo que había creado, sino algo que había aprovechado a través de la herencia de un predecesor. Sabiamente, aunque también astutamente, colocado a un nivel por debajo de un refugio subterráneo para altos funcionarios y conocido solo por unos pocos en el gobierno autónomo, este vasto sistema de suministro de energía y agua, de ventilación, drenaje y desperdicios, requirió un sifón uniforme Desde instalaciones públicas para que la posibilidad de ser descubierto sea

mínima.

Escondido con no más de diez socios cercanos en un palacio subterráneo sin nombre, Adrian Rubinsky disfrutaba del reposo que le ofrecía su autoimpuesto arresto domiciliario. No se escatimaron gastos para hacer que su refugio se sintiera lo más lujoso posible, equipado como lo era con techos altos y espacio más que suficiente para sus necesidades. El menú era tan extenso que se podía comer una comida diferente cada día durante un año y aún así no agotar su abundancia de opciones. La amante de Rubinsky, Dominique Saint-Pierre, era la única mujer presente, y pasaba la mayor parte del tiempo con el Landesherr. Y si bien las conversaciones entre estos dos amantes pueden haber sido prosaicas, su devoción era inimaginable incluso para sus asociados más cercanos. Una pelea entre ellos fue la siguiente:

“Parece que Degsby, el astuto obispo de la Iglesia de Terra que ayudaste a abandonar Phezzan, fue recogido por un nuevo dios”, dijo Rubinsky. “Así que eso es bueno”.

“¿De qué diablos estás hablando?”

“Siempre tuviste talento como cantante y bailarina, pero nunca como actriz”. El tono de Rubinsky era como el de un profesor que suspiraba sobre un estudiante indigno.

Dominique colocó un vaso de whisky frente a su amante con un tintineo más fuerte que de costumbre.

“¿Es eso así? Ese amado hijo tuyo, Rupert Kesselring, creía que estaba de su lado hasta el momento en que lo mataste”.

“No era el público más atento en ese sentido. Nunca es del tipo de observar las actuaciones de los actores, sino de intoxicarse proyectando sus propios engaños”.

Cuando Dominique nombró expresamente al joven que había intentado matar a su padre y, sin embargo, había sido asesinado por él, el asesino la

privó del placer de una reacción. La tensión superficial del vaso de whisky en su mano no temblaba en lo más mínimo. Tal compostura, o la capacidad de fingirlo, ponen los nervios de Dominique en el borde. Renunció a fingir ignorancia y lanzó su contraataque.

“Podrías pensar en obtener un seguro, suponiendo que te importe un poco el que controla tu destino”.

Dominique había guardado silencio sobre el hecho de que el difunto Rupert Kesselring había ordenado la huida del obispo Degsby con pleno conocimiento de la relación entre Rubinsky y la Iglesia de Terra.

“Me obligas a explicártelo, pero no pienses que voluntariamente instigé el asesinato de tu hijo. Ni siquiera puedo decirte el mal sabor que deja en mi boca”.

“Siempre pensé que querías ayudarme”.

Rubinsky se quedó mirando, extrañamente inexpresivo, a la luz que se reflejaba en el hielo de su bebida antes de volver a mirar a Dominique.

“¿Eso significa que me elegiste sobre Rupert por puro instinto? ¿Y ahora que su instinto ha demostrado ser correcto, no sirve de nada llorar sobre la leche derramada? ¿Estoy en lo cierto?”

“La leche derramada, en este caso, fue exactamente igual a la vaca de la que proviene, quien dice ser la inteligente”.

“Tienes razón, a ese respecto, se parecía mucho a mí de la peor manera. Si solo hubiera aprendido a controlar su ambición un poco más, no habría muerto tan joven. Entonces otra vez…”

“Es responsabilidad de un padre educar a su hijo”.

“Cuando se trata de la vida en general, sí. En cualquier caso, soy la última persona que debería haber emulado. No importaba el talento que hubiera tenido, si hubiera aspirado a convertirse en un erudito o artista, habría

ofrecido el apoyo que necesitaba”.

Dominique lanzó una mirada de sondeo, incapaz de comprender el verdadero significado de Rubinsky.

“Al final, has priorizado la autoconservación. Así que seguramente entiendes mi posición”.

“Lo hago, al igual que cualquiera que haya tenido que inclinarse al nivel de alguien debajo de ellos”, respondió Rubinsky con desprecio, mientras volvía a llenar su vaso. “Tengo toda la intención de cortar los lazos con la Iglesia de Terra de todos modos. Lo que hiciste por mí estuvo básicamente en línea con mi objetivo. Y así, accedí”.

El poder de la Iglesia de Terra se basó, en su mayor parte, en el secreto de su existencia. Y cuando las persianas de ese secreto se rompieron y la luz del sol de la verdad entró, los espíritus malignos que acechaban en esa habitación sin abrir durante ocho siglos eran tan buenos como los vencidos.

Rubinsky organizó en su cabeza la gran cantidad de personas y planes que tendría que emplear en el futuro. Hasta que se terminara ese complejo plano, estos días pasados en la clandestinidad serían un caldo de cultivo ideal para el brote de la primavera.

V

La nave mercante independiente *Beryozka* , que transportaba a ochenta pasajeros indocumentados, salió de Phezzan el 24 de enero. Tras la partida de Reinhard y el regreso de Phezzan a la democracia, al final se reabrieron las rutas civiles y *Beryozka* fue uno de los primeros en abandonar el planeta. Solo aquellas rutas entre Phezzan y el imperio estaban iluminadas en verde. Cualquier cosa en la dirección de la Alianza todavía estaba cerrada. Marinesk, por supuesto, había falsificado su destino, y no tendría

más remedio que rendirse en caso de que fueran capturados por la Armada Imperial.

Antes de la partida, Marinesk insistió en nuevas medidas de seguridad, una de las cuales fue presentar una queja ante la oficina del gobernador general interino, alegando la existencia de un grupo que planeaba volar por el camino hacia la Alianza.

“Nunca pensarán que el que lo reporta también es el cerebro detrás de toda la operación”, explicó Marinesk a Julian, quien no vio la necesidad de arrojar un petardo en una guarida de serpientes.

El suboficial Machungo, como ayudante, confió las cosas a Marinesk, un experto autoproclamado en tales cosas. Para entender la naturaleza humana, uno tenía que respetar los logros y el orgullo de sus oponentes. En cuanto a Julian, cuya parte superior de la cabeza apenas llegaba a la cara de Machungo, estaba listo. Teniendo en cuenta cuántos lugares estaban fuera de su alcance, ¿qué sentido tenía preocuparse por todos ellos? ¿No había dicho Yang Wen-li siempre? “Incluso si haces lo mejor que puedes, siempre habrá cosas en las que serás malo. Y no importa cuánto te preocupes por esos lugares que están más allá de tu alcance, es mejor que los dejes para aquellos que pueden llegar a ellos”. A la luz de esto, Julian sabía que solo estaba poniendo excusas para sí mismo.

Su piloto, Kahle Wilock, había tenido una impresión favorable de Julian desde la primera vez que se conocieron. De hecho, él ya había decidido gustarle a Julian antes de eso. Elogió a Julian por ser más audaz de lo que parecía al intentar pasar al territorio de Alianza bajo la detección imperial y se comprometió a hacer todo lo posible para garantizar un vuelo exitoso. Aunque Julian pensó que era un hombre en el que valía la pena confiar, Wilock también tuvo una racha agresiva. Dijo que si las fuerzas de la alianza restantes se unían a la riqueza de Phezzan, derribar a la Armada Imperial no era imposible, y procedió a enumerar métodos concretos para hacer precisamente eso. Abandonó todas las explicaciones técnicas y, con una risa sardónica, propuso fervientemente la formación de un frente unido contra von Lohengramm. Era impensable que Julian escuchara que se hablaba de la Alianza como si ya hubiera sido derrotada y destruida. Con

Yang Wen-li aún con buena salud, creía que las fuerzas de la Alianza nunca se rendirían tan fácilmente. Más que una creencia, era un credo, como el propio Yang había afirmado. En la mente de Julian, Yang Wen-li, la democracia y la Alianza de Planetas Libres aún eran una trinidad indivisible.

Entre sus compañeros de viaje — la mayoría de los cuales habían sido golpeados con un dardo tirado por la diosa del azar con la espalda vuelta — Julian estaba principalmente interesado en este hombre conocido como Degsby, obispo de la Iglesia de Terra. En un corto período de tiempo, había pasado de fanático puritano a blasfemo libertino, y era imposible comprender el conducto espiritual que lo había llevado allí. El interés de Julian se despertó por primera vez al visitar a Degsby en su escondite húmedo con Marinesk. También estaba intrigado por la influencia política de la iglesia, cuyos orígenes aún lo confundían.

Y así, Julian dejó a Phezzan como pasajero a bordo de *Beryozka* . Esto fue medio mes antes de que las fuerzas de la Alianza y el Imperio se enfrentaran en la Región Estelar de Rantemario, cuando viajaría en una nave de un nombre diferente, como lo registrarán varios libros de historia, y tocarán la capital de la alianza de Heinessen.

CAPÍTULO 04: LA SERPIENTE DE DOS CABEZAS

I

LA FLOTA IMPERIAL DE MITTERMEIER continuó su carga sin ataque a 2.800 años luz de distancia de Phezzan. Mientras esperaban las fuerzas de compañía en la región estelar de Porewit, sus naves asumieron una formación esférica, organizando acorazados alrededor de un núcleo de transportes, listos para recibir enemigos desde todas las direcciones.

Porewit había sido nombrado después de un mítico dios de la guerra con cinco caras porque, además de un sol maduro, el sistema estelar contaba con cuatro gigantes gaseosos. Mittermeier lo sabía por los datos de navegación de Phezzan.

Hasta que llegaron a la Región Estelar de Porewit, las bases de la alianza que pretendían usar para comunicaciones, suministros y combate, a pesar de contar con más de sesenta, eran considerablemente insuficientes en comparación con aquellos cerca de Iserlohn. La mayoría ya había sido abandonada por orden de la capital, y la flota Mittermeier atravesó varias regiones estelares remotas con la fuerza de un fuego ardiendo en un árido desierto, conteniendo la respiración todo el tiempo.

Mientras tanto, se estaba desarrollando una historia paralela en la Alianza Fuerzas Armadas desconocida para Mittermeier que involucraba la base de comunicaciones JL77 en el sistema estelar de Špála. Aun cuando otras bases estaban siendo evacuadas sumariamente, JL77 se había convertido en

un centro funcional. Continuó reuniendo y transmitiendo información sobre la invasión imperial hasta justo antes de que ocurriera, momento en el cual a sus soldados les resultó imposible escapar.

JL77 tenía solo dos mil empleados de batalla. Su poder de fuego era insustancial, su movilidad inexistente. No tenía un solo acorazado a su nombre. Un simple toque del meñique imperial hubiera sido suficiente para aplastarlo como una hormiga bajo el pie de un elefante. Si bien JL77 tenía una gran responsabilidad, ya que la sede operativa conjunta militar de la Alianza de Planetas Libres, descuidarla ante la adversidad, habría hecho que aquellos que trabajaban allí se sintieran culpables más allá de toda medida. Treinta mil miembros del personal de batalla y trescientos naves de guerra debían ser enviados para apoyarlos. Sin embargo, cuando el comandante de la base, el capitán Bretzeli, recibió la noticia de estos refuerzos, no estaba exactamente saltando de alegría.

“Aprecio el gesto”, dijo con suficiente cortesía, y rechazó los refuerzos por completo.

Tal vez alguien menos él hubiera estado horrorizado.

“¿Significa esto que debemos aceptar nuestra derrota con honor? ¿Seguramente no podemos dejar pasar esta oferta?”, Preguntó su subordinado, con una expresión patética en su rostro.

Bretzeli negó con la cabeza.

“No es tan simple. Mi negativa asegurará nuestra propia supervivencia. Tal como está ahora, nuestra existencia no representa una amenaza para el imperio. La Armada Imperial lo sabe por todos los datos que obtuvieron sobre Phezzan. En el momento en que movilicemos miles de personal de batalla y trescientas naves de guerra, el imperio estará muy consciente de nuestro enfoque. En cuyo caso, un enemigo que una vez resolvió dejarnos ir se verá obligado a cambiar de opinión. Si quieren perdonarnos, no tengo sentido estropear su oferta”.

La previsión de Bretzeli fue puntual. Sin ninguna necesidad aparente de

atacar y destruir la indefensa base JL77, Mittermeier la había pasado tranquilamente. Mittermeier, por supuesto, no fue un imbécil, y no dudaría en eliminar JL77 ante el más mínimo indicio de represalia.

Como Bretzeli se lo contó a su esposa al día siguiente:

“Para decirte la verdad, no sé si el enemigo nos dejó ir o no. Pero si los atacaran, miles estarían muertos. Me gustaría pensar que eligieron perdonarnos. Dudo que ese tipo de caridad vuelva a aparecer en nuestro camino”.

El 30 de enero, una fuerza expedicionaria imperial bajo Reinhard se reunió en la Región Estelar de Porewit. Dejando atrás la mitad de sus fuerzas terrestres en Phezzan, se unieron con las flotas Wittenfeld y Fahrenheit en el corazón del territorio de la alianza. En total, estas fuerzas alcanzaron un gran total de 112,700 acorazados; 41.900 naves de apoyo para suministros, transporte y bahías médicas; y 16.600.000 oficiales. Era la primera vez que Reinhard tenía un comando tan extenso en el combate real. Incluso cuando se había enfrentado a la alianza, más de treinta millones de personas, en la batalla de Amritsar, sus fuerzas habían sido menos de la mitad de ese número.

Mientras Reinhard y sus almirantes se reunían en el puente de la nave insignia imperial *Brünhild,* Mittermeier se puso de pie para entregar su informe.

“Es probable que las Fuerzas Armadas de la Alianza consideren a este sector del espacio como nuestro umbral naval, y parece que se están preparando para un contraataque o una ofensiva total”.

Mientras Mittermeier hablaba, la información superior que habían reunido sobre Phezzan se colocó en varias pantallas. Uno de los éxitos estratégicos más significativos de su ocupación de Phezzan fue la gran cantidad de información cartográfica que habían confiscado con respecto al vasto territorio de la alianza. Con esto en su poder, los frutos de la victoria total

estaban casi garantizados.

“Desde la región estelar de Porewit hasta Rantemario, no detectamos planetas habitados. Para evitar dañar a sus ciudadanos, la alianza no tendrá más remedio que librar la batalla en este sector. Lo digo con absoluta confianza”.

Cuando el Gale Wolf terminó, Reinhard se puso de pie en un solo movimiento.

Aquellos que lo vieron con su uniforme no pudieron evitar imaginar que la casa de modas originalmente confiada para vestir a la Armada Imperial había diseñado este uniforme negro y plateado, sabiendo de alguna manera que, en un futuro lejano, aparecería un joven a quien se le ocurriría encajar tan perfectamente

“Creo que tus observaciones son correctas. Las fuerzas de la alianza se las han arreglado para resistir hasta ahora, pero cualquier día tendrán que ir a la guerra para tranquilizar a su gente. Tenga la seguridad de que responderemos a su saludo en especie con una formación de serpientes de dos cabezas”.

En respuesta a la triunfante declaración de Reinhard, un fuerte viento de emoción azotó a los almirantes.

La serpiente de dos cabezas era una formación de batalla tradicional a menudo empleada por ejércitos en combate de superficie y ahora utilizada en el espacio exterior.

Imagina una serpiente gigante, con una cabeza en cada extremo de su cuerpo largo. Si alguien va a matar, atacando a una de sus cabezas, el otro se acerca y muerde al agresor. Y si el cuerpo es atacado en cualquier lugar en el medio, ambas cabezas golpean simultáneamente.

Una victoria ganada por medio de esta formación quemaría una exhibición

más magnífica y dinámica de genio dominante en los ojos de los perdedores arrepentidos.

La trampa de usar esta formación fue que requería tener fuerzas numéricamente superiores. Si una parte de la formación estaba sujeta a un ataque concentrado, tenía que soportar ese ataque el tiempo suficiente para que las cabezas se movieran. De lo contrario, el enemigo podría romper toda la formación y prevalecer.

Y debido a que la flexibilidad y la adaptabilidad eran esenciales, mantener la funcionalidad de la serpiente era de suma importancia, especialmente cuando se trataba de comunicación y maniobras. Si estas redes estuvieran comprometidas, los soldados se verían obligados a mirar mientras sus compañeros eran atacados en la distancia.

Por esta razón, la red de comunicaciones de la Armada Imperial estaba equipada con un sistema anti- interferencia. En el improbable caso de que esto fallara, se prepararon dos mil lanzaderas con capacidades de distorsión de corta distancia para la copia de seguridad. El liderazgo del comandante en jefe Reinhard fue impecable, y mientras la transmisión de sus órdenes y la movilidad para responderlas fuera posible, la victoria seguramente sería rápida. Una vez que se resolvió ese punto, el tema de discusión cambió a reasignaciones.

“No hace falta decir que la primera división — es la primera cabeza, si lo desea — será comandada por Mittermeier”.

Al menos eso es lo que los almirantes esperaban que dijera, pero dudaban de sus propios oídos cuando él les ordenaba lo contrario.

“¿Estás sugiriendo que mandarás al frente?” Neidhart Müller se levantó a medio camino de su asiento. “Es un gran riesgo. Las fuerzas de la alianza pueden estar debilitándose, pero eso aumenta la probabilidad de que luchen como berserkers. Creo que deberías quedarte en la retaguardia y dejar que luchemos”.

“En esta formación de batalla, no hay retaguardia, Müller. Sólo hay una

segunda cabeza”, señaló Reinhard fríamente.

Müller se quedó en silencio, y el joven dictador desenredó su lujoso cabello dorado con suaves dedos blancos.

“Mittermeier, tú ordenas el cuerpo. Ahí es donde la alianza está segura de atacar si planea separarnos. Obviamente, tú serás la primera línea”.

“Pero…”

“Vine aquí para ganar, Mittermeier. Para hacer eso, debemos luchar, y no estoy dispuesto a acurrucarme en un rincón para mi propia protección”.

Después de asignar todas las demás tareas, Reinhard hizo un gesto para un receso de una hora y se marchó mientras sus almirantes se levantaban y saludaban a su espalda.

“Un guerrero hasta el final”.

Mittermeier sintió este sentimiento con más fuerza que nunca.

“Él encuentra sentido en la victoria de la batalla. Ningún gobernante nacido estaría tan obsesionado con cómo llegamos allí”.

Mientras Reinhard caminaba hacia su habitación privada, su elegante cadencia fue interrumpida por una voz reservada pero decidida que venía de una esquina del pasillo. Reinhard giró su mirada penetrante para ver a un niño soldado de trece o catorce años con el pelo marrón rojizo apoyado contra la pared. Las mejillas enrojecidas del niño y su postura nerviosa le dieron una impresión de inocencia. Desde su uniforme, Reinhard fijó al chico como un cadete en entrenamiento.

“¿Puedo ayudarte?”

“Su Excelencia, por favor perdone mi rudeza, pero quería preguntarle algo si pudiera. Por favor, gane, y une el universo…”

Los pensamientos puros, intensa admiración y aspiración hicieron que la voz del niño temblara apasionadamente. Al ver en el niño un espejo viviente de sí mismo en el pasado lejano, los ojos azules de Reinhard se suavizaron. De esa misma boca que reprendía a las grandes armadas espaciales surgió una voz suave.

“¿Puedo saber tu nombre?”

“Sí, es Emil von Selle”.

“Un buen nombre. Así que quieres que yo gane, ¿verdad?”

“¡Sí!”

“Muy bien. ¿Entonces entenderás si no dejo a ningún enemigo detrás para que lo derrotes en el futuro?”

El joven dictador le sonrió al niño, quien no pudo responder. La gracia de esa sonrisa era algo que el chico nunca olvidaría hasta que sintiera la mano fría de la muerte cerrando sus ojos.

“Emil, ganaré porque deseas que gane. Para que puedas volver a casa con vida y decirle a tu familia: ‘Yo soy el que inspiró a Reinhard von Lohengramm a la victoria en Rantemario’”.

II

La alianza, que debería haber celebrado un banquete de bienvenida para los invasores, no tenía espacio en su menú para una comida completa con tan alta uniformidad e integridad como la del imperio. El hecho de haber elegido la Región Estelar de Rantemario como su espacio de batalla decisivo fue, por supuesto, el resultado de un proceso de eliminación.

“La Armada Imperial ha reunido todas sus fuerzas en la Región Estelar de Porewit, y mientras se reorganizan, sospecho que avanzarán en la capital de Heinessen”.

La última información que se envió desde la base JL77, a pesar de la señal de interferencia del imperio, llegó durante una sesión conjunta entre el Comando de la Armada Espacial y el Cuartel General de Operaciones Conjuntas el primer día de febrero. Privados de sueño e impacientes, los rostros de los oficiales de alto rango reunidos en una sala de conferencias subterránea estaban pálidos y llenos de líneas de preocupación.

“Suponiendo que procedan de inmediato hacia Heinessen, atravesarán las regiones estelares de Rantemario, Jamshid y Kerim en el camino”.

“¿De verdad crees que la Armada Imperial tomaría una ruta tan directa? Es demasiado obvio”.

“En este punto, el imperio no tiene ninguna razón para hacer lo contrario. Están seguros de tomar la ruta más corta a Heinessen”.

“Todos los planetas entre Jamshid y aquí están habitados. Rantemario, que ya no es digno de ser llamado una frontera, es nuestra última línea de defensa contra el enemigo”.

“Eso también va por el tiempo”.

El momento en que hablaron no fue puramente militar. También fue político. El gobierno de la alianza solo había logrado defender la capital de Heinessen, y teme que hubieran abandonado a los ciudadanos en otros lugares, se estaban acumulando a través de canales invisibles de todas las regiones estelares. Para aprovechar al máximo sus recursos mínimos, el plan era proteger a Heinessen con sus fuerzas restantes y librar una batalla decisiva con un enemigo que había hecho la larga marcha para llegar allí.

Pero desde que se construyó una ciudad amurallada en algún lugar de la superficie del planeta, surgieron sospechas de que aquellos en el poder, escondidos detrás de su preciosa causa, solo estaban acaparando el poder

militar para protegerse cuando deberían haber salvaguardado a sus ciudadanos. A medida que crecían esas sospechas y se intensificaban los temores, y el gobierno de la alianza no mostraba signos de querer proteger sus territorios, había un peligro muy real de que los gobiernos de sistemas estelares fronterizos declararan neutralidad en la secesión de la alianza. Un grito de asco podría ser suficiente para desencadenar una reacción en cadena entre las masas, desde la boca del Corredor Phezzan hasta el sistema de estrellas Bharat, escasamente poblado. Por lo tanto, la neutralidad sería un nombre poco apropiado, ya que cada nación se escondió bajo el paraguas coercitivo del imperio. La alianza no tenía más remedio que asegurar la lealtad luchando y ganando. Tales circunstancias eran difíciles de aceptar para el gobierno, pero era cierto que no tenían excusa si su incapacidad para garantizar la seguridad de esos sistemas estelares les era rechazada. Tres años antes, los enemigos del gobierno y las autoridades militares habían conspirado para llevar a cabo una invasión impulsiva del territorio imperial, perdiendo la mayor parte de sus fuerzas militares en Amritsar, y ahora estaban sintiendo el pinchazo de esa locura.

La elaboración de estrategias en la sede operativa conjunta ya no era una opción. Fueron forzados a una posición lamentablemente desventajosa, balanceándose en un estrecho puente sobre un abismo entre el pánico y el derrotismo nihilista. Y así se habían hecho cargo del Comando de la Armada Espacial.

El director del cuartel general de operaciones conjuntas, el almirante Dawson, reveló que, a través de una conexión con un VIP del gobierno, se le había otorgado la mayor autorización militar. Si bien no estaba abiertamente abrumado por esto, esto lo agotó de su asertividad e independencia, y sin órdenes del presidente del Comité de Defensa Nacional ni de los abogados de sus subordinados, jugó a lo seguro. Al solo aprobar los documentos que se le presentaron y manejar la administración diaria, se había encerrado en una célula monomaníaca de autoaislamiento, evitando continuamente sus ojos de una catástrofe inminente.

Las Fuerzas Armadas de la Alianza habían inspirado a todos a darlo todo. Nadie había preguntado qué podría pasar si perdían.

Después de recibir la orden de llevar a cabo un ataque frontal completo, próximo en tiempo y distancia, todo el ejército, aparte de Dawson, estaba repleto de actividad. Su estrecho objetivo táctico era bastante fácil para que los soldados de carrera tuvieran sentimientos reales al respecto. Solo Yang Wen-li no había luchado con el imperio de frente en los últimos dos años, y todos encontraron inspiración en su voluntad innata de luchar.

Tomando el consejo de Chung Wu-cheng para retrasar la batalla, Yang Wen-li abandonó a Iserlohn y se dirigió a Heinessen para proteger a sus ciudadanos. Chung Wu-cheng había insistido en el valor de los soldados de Yang desde el principio.

Yang renunció a Iserlohn el 18 de enero. No había ido muy lejos, ¿pero si en algún lugar del camino encontraba refugio para sus ciudadanos en un planeta adecuado y se apresuró hacia Rantemario? Chung Wu-cheng había tenido en cuenta esta posibilidad y encontró difícil abandonarla. Asumiendo que todo salió bien, la flota Yang alcanzaría la Región Estelar de Rantemario el 15 de febrero. Y si pospusieran un estallido de la guerra hasta ese momento, podrían fortalecer rápidamente sus fuerzas y oponerse al imperio. Por otra parte, había una clara posibilidad de que las fuerzas imperiales pudieran invadir el sistema estelar de Bharat antes de la llegada de Yang, por no decir nada de la gran fuerza imperial que se acercaba por detrás, lo que significaba que mientras Yang luchaba en el área de Rantemario, podría terminar sacrificando el sistema estelar de Bharat a un destacamento imperial. Estos riesgos hicieron que el plan muriera al llegar.

Al menos ahora, el Comité de Defensa — es decir, el gobierno de la alianza con un nombre diferente, y alimentado por un liderazgo ferviente impensable hace medio año — Vació la población urbana del planeta Heinessen en las montañas y bosques para su protección y lanzó su armada espacial, mientras se preparaba para recibir a los refugiados de Iserlohn. El comité también envió edictos a todos los sistemas estelares para apoyar a los planetas que deseen rendirse al imperio para evitar conflictos.

El 4 de febrero, la Armada Espacial de las Fuerzas Armadas de la Alianza dejó a Heinessen y al sistema estelar de Bharat. Bajo el mando directo de Alexander Bucock había una primera flota central de 32,900 naves y 5,206,000 soldados.

El viejo almirante, que este año cumpliría 73 años, recibió noticias del gobierno justo antes del lanzamiento de que estaba siendo ascendido a mariscal.

“¿Es esta su manera de decirme que no vuelva con vida?”

“No, probablemente es solo por desesperación”, fue la respuesta inexpresiva del jefe de estado mayor Chung Wu-cheng, quien recientemente fue ascendido a almirante completo, mientras se sacaba las migas de pan de su pecho.

Yang Wen-li, por sus propias razones, no parecía ser un militar. Cuando asumió el papel de instructor de una academia y apareció para ser inspeccionado con ropa de civil, fue acompañado a la puerta trasera del comedor por un estudiante que confundió a Yang con un vendedor de alimentos. Era una leyenda bien conocida, pero como el nombre de ese estudiante nunca fue dado, la gente dudó de su autenticidad. De cualquier manera, un hombre para quien tal historia no era sorprendente era un candidato poco probable para el almirante en tiempos de desvanecimiento de la paz.

A medida que las fuerzas de la alianza se acercaban al espacio de batalla decisivo de la Región Estelar de Rantemario, su nerviosismo colectivo se intensificó. Los empleados en la búsqueda del enemigo y las divisiones de reconocimiento estaban muy conscientes de su enorme responsabilidad. Esta sola conciencia alimentó su estrés. Con el rostro pálido y severo, los operadores traicionaron su ansiedad retorciéndose las manos bajo los paneles de control de sus estaciones.

“Es una pena ver esto”, dijo el nuevo ayudante de Bucock.

Dicho ayudante fue el blanco constante de la burla por parte de sus compañeros y subordinados, y no fue culpa suya. Su apariencia y comportamiento eran bastante normales, pero podía realizar cualquier tarea. La razón detrás de este maltrato se remonta a un pariente lejano, de quien había heredado una parcela de tierra exigua y con ella un apellido singularmente extraño: Soulzzcuaritter.

Su autoidentificación como tal fue seguida inevitablemente por una pregunta sobre cómo deletrearla. Y cualquiera que lo viera por escrito, sin excepción, frunciría el ceño, preguntándose cómo pronunciarlo. Además, su nombre de pila era “Soon”, y cuando fue honrado como el jefe de su clase en la escuela secundaria, cada sílaba de eso era como un cuchillo en su pecho.

“Graduado representante de la clase: ¡Ssoon Soulzzcuaritter!”

Esa voz aún sonaba en su cabeza, al igual que la risa que estalló en la sala de ceremonia de graduación sagrada. Incluso el director, que tenía el poder de detenerlo, se unió.

Cuando Soulzzcuaritter ingresó a la Academia de Oficiales, temía la vergüenza de convertirse en el jefe de su clase entrante. Sin embargo, esto demostró ser un temor innecesario cuando se dio cuenta de que otro representante de la clase se llamaba Fork. A partir de entonces, su carrera en la alianza militar comenzó en serio, y de la misma manera que maldijo a sus antepasados, él mismo sería maldecido por futuros historiadores. Ni siquiera el académico más descaradamente perezoso rechazaría ese nombre en la batalla de Rantemario.

El día anterior al lanzamiento de la flota, el teniente comandante Soulzzcuaritter fue nombrado ayudante del mariscal Bucock debido a que su ex ayudante, el teniente comandante Pfeifer, había caído en un coma profundo después de un ataque al corazón y estaba siendo observado en un hospital militar. El joven oficial con el extraño nombre que con frecuencia ayudaba a Pfeifer en asuntos militares era conocido por ser franco, pero

debido a sus incansables primeros auxilios de emergencia, se acercó al viejo almirante. En sucesión con el jefe de personal de la alianza, el personal central de la división quedó exento de la batalla y se retiró.

El viejo almirante prescindió fácilmente de la pregunta del inusual y difícil nombre del ayudante y decidió llamarlo por las primeras cuatro letras de su apellido de quince letras. Por lo tanto, fue apodado "Teniente comandante Soul". Para su deleite, finalmente se convirtió en su apellido oficial. Aunque significaba profanar su herencia, estaba más que feliz de evitar el insulto habitual: "La verdad es que tiene tres padres potenciales, y como nadie sabe cuál es el verdadero, combinaron los tres nombres para formar su apellido". Mientras él fuera el teniente comandante Soon Soulzzcuaritter, nunca se libraría de tal hostigamiento.

El nuevo ayudante transmitió su inquietud al viejo almirante a las 1240 el 7 de febrero, después de que los oficiales terminaron de comer su almuerzo. Bucock, junto con el jefe de personal Chung Wu-cheng y el comandante Emerson, capitán de la nave insignia de *Río Grande* , se encontraban en el comedor de oficiales de alto rango. El jefe de personal era torpe y descuidado a la hora de comer, por lo que su servilleta estaba diez veces más manchada que la de todos los demás. Una vez, en una fiesta, Yang Wen-li le había susurrado a Julian Mintz: "Hasta me hace parecer refinado".

A lo que Julian le había dicho: "No te pongas el listón tan bajo".

Un mensaje urgente de la primera nave de reconocimiento los alertó sobre la ubicación de la Armada Imperial, seguido de una inundación de informes similares. Las doce pantallas en el puente de la nave estaban vivas y los datos tácticos se transmitieron a la sede.

"¿El imperio ha asumido la formación de serpientes de dos cabezas? En cuyo caso, querrán que ataquemos el medio. Es demasiado arriesgado, si me preguntas".

Bucock asintió profundamente en respuesta al consejo del joven ayudante.

"Quizás. Bueno, tómalo, estoy seguro de que tienes razón. Pero no tenemos

otra estrategia para recurrir. Debemos explotar la formación del enemigo para destruir el medio, una flota a la vez”.

Mientras decía esto, el viejo almirante suspiró ante la disparidad entre su determinación de luchar y su preparación para hacerlo. Se supuso que la Armada Imperial tenía al menos un millón de barcos a su disposición.

“Sea como fuere, el duque von Lohengramm no se ganó su reputación de genio al bajar la guardia. Él siempre ha estado un paso por delante de nosotros”.

“Es por eso que Yang Wen-li y todos los demás elogian sus habilidades tácticas tan altamente. Me pregunto si sabe lo que dijo Yang Wen-li, Teniente Comandante Soul. Lo escuché del mismo hombre: ‘Si hubiera nacido en el imperio, habría izado con orgullo su bandera’”.

“Eso es algo muy peligroso de decir, ¿no es así?”

“¿Cómo es eso? Yo haría lo mismo. No es que Reinhard tenga mucho uso para mí, débil y poco cualificado como soy,” dijo el viejo almirante con indiferencia.

El joven ayudante se quedó perplejo por un momento, luego sonrió con comprensión.

Al día siguiente, el 8 de febrero, a las 13.00 horas, la distancia entre las fuerzas imperiales y de la alianza se redujo a 5.9 segundos luz. Desde el punto de vista del cenit del espacio de batalla, los grupos de puntos luminosos indicaban el acercamiento vertical de las Fuerzas Armadas de la Alianza hacia la sección media de un tramo largo y horizontal de naves imperiales ligeramente curvadas hacia adentro: una flecha apuntaba directamente hacia el cuerpo de una serpiente gigante.

Al acercarse, sin embargo, Bucock reconsideró atacar el medio. El cuerpo de la formación imperial estaba especialmente bien fortificado, e incluso si podía hacer un rápido trabajo para romperlo, Bucock se arriesgaba a estar flanqueado en ambos lados. ¿No fue más fácil dejar que el enemigo hiciera

el primer movimiento, atraerlos hacia fuera mientras se defendía de sus ataques y luego destruir cada cabeza cuando aparecía?

Para las 1340, había puesto en marcha un nuevo plan. Después de reducir la brecha entre ellos a 5,1 segundos luz, el primer disparo se disparó cinco minutos después.

III

La batalla de artillería había terminado en treinta minutos. Rayos de energía y misiles se cruzaron y colisionaron en una malla de luz, extendiéndose silenciosamente en formas infernales pero hermosas.

La flota de Mittermeier, el cuerpo de la serpiente, dio el primer paso. Un mensaje FTL ordenó un avance simultáneo. Todas las flotas hicieron lo que les decían, disparando continuamente. No para lograr una rápida victoria, sino para demostrar su poder de fuego y probar la respuesta del enemigo. De ahí el método ordinario de enfoque de Mittermeier. Pero la visión de grandes fuerzas que se acercaban en innumerables puntos de luz tenía una fascinación extrañamente abstracta para los comandantes de primera línea de la alianza, cuyas gargantas se contraían con miedo. A pesar de la cuidadosa insistencia del veterano Bucock de que todos permanezcan en modo de espera, una de sus divisiones respondió accidentalmente al fuego. Aunque orientados hacia las fuerzas imperiales, la mayoría de sus disparos se quedaron cortos o dispararon en direcciones aleatorias. Fue suficiente para incitar al caos.

A medida que la alianza golpeaba indiscriminadamente con haces de energía de alta densidad y misiles, no parecía que fuera suficiente para romper el enorme muro imperial, para sorpresa de ambos lados. Pero entonces, cuando las defensas imperiales alcanzaron su umbral, se abrió una grieta temporal. Contra todo buen juicio, la vanguardia de la alianza avanzó, y con los colmillos descubiertos se abrió paso. Las fuerzas

imperiales habían sido comprometidas.

Mittermeier se quedó mirando la pantalla del buque insignia y chasqueó levemente la lengua. Pateando en el pulido piso del puente con el talón de sus zapatos militares, se volvió hacia su ayudante, el teniente comandante Amsdorf.

“Personalmente, me gustaría preguntarle al diablo si está haciendo espacio para la alianza o para nosotros”.

Al observar el progreso de la guerra en la pantalla de su buque insignia *Brünhild*, Reinhard se mantuvo firme. Su ayudante secundario, el teniente von Rücke, rompió el silencio con una voz de admiración dócil.

“Me sorprende que el almirante Mittermeier esté siendo rechazado. La alianza tiene su parte justa de luchadores valientes, ¿no es así?”

“La alianza es más maníaca que valiente”, dijo Reinhard a modo de buena corrección. “Mittermeier es un matador. Puede parecer que el toro lo está empujando cuando, de hecho, está conservando su fuerza y buscando una oportunidad de ganar. Pero…”

Reinhard inclinó levemente y con gracia la cabeza, murmurando para sí mismo a través de una risa tensa.

“Tal vez él realmente ha sido sorprendido por este ataque. ¿Debo hacer mi movimiento ahora…?”

La observación de Reinhard había llegado a la marca en ambos puntos. Mittermeier efectivamente estaba alejando las fuerzas de la alianza mientras defendía sus ataques para dispersarlos, pero estaba asombrado por su espíritu.

Era un tigre feroz al que se lo atrapaba, y retrocedía, un grupo de sabuesos perros que nunca habían conocido el miedo. La Armada Imperial podría tener la ventaja cuando se trataba de las capacidades de sus comandantes, y en la calidad y cantidad de sus soldados, pero una tendencia de alianza

hacia un vigor errático a menudo comprometía los planes y cálculos imperiales.

Sin duda, el ataque de la alianza no fue errático. Cuando abrieron todos los portales, perdiendo flechas de luz desde múltiples direcciones, avanzaron a gran velocidad a través del espacio deshabitado. Algunas naves de guerra inhabilitaron sus propios sistemas anticolisión, cortando a los enemigos en dos con sus cascos. Los cruceros lanzaron su artillería principal a los enemigos directamente delante de ellos, envolviendo sus propias naves en bolas de luz explosiva. Esta loca carrera rompió todas las reglas razonables de defensa propia, extendiendo un banquete de destrucción. Bucock agotó todos los medios disponibles para él antes de tomar el control del canal de comunicación principal de la nave.

“¡Retrocedan! ¡Retírense y únanse a la formación! ¿No han probado suficiente sangre por un día?”

Borrachos de carnicería, los combatientes de la alianza llegaron por fin a sus sentidos y cesaron su alboroto, reorganizaron sus naves e intentaron retirar del frente de guerra.

Pero las fuerzas imperiales no estaban dispuestas a dejar que la alianza se rindiera mientras estaban por delante. Los generales más valientes de Mittermeier — Bayerlein, Büro y Droisen — lanzaron un contraataque con una precisión aparentemente predeterminada, con el estómago revuelto por la ardiente lava de la venganza. En ese mismo momento, la gran serpiente, formada por 150,000 naves, formó una forma de hoz y se abalanzó sobre la alianza. La totalidad de la fuerza imperial, cinco veces el tamaño de la alianza, dejó escapar un temblor sin sonido, como un dragón que se despierta sobre su pila de oro.

En un cambio radical de fortuna, la alianza pasó de los autores de una masacre a sus víctimas. Fueron asaltados desde el frente por una brillante tormenta de fuego. Desde la izquierda, la división bajo el control directo de Reinhard escupió cientos de miles de lenguas en llamas de energía pura, y desde la derecha, Müller, Fahrenheit y Wahlen lanzaron lanzas implacables de la misma.

Las explosiones eran tan brillantes que era como si el universo estuviera ardiendo hasta su fin, y la alianza, ahora el objetivo del fuego concentrado, estaba siendo cremada viva. Incluso si las paredes exteriores de una nave pudieran soportar el calor de tal ataque, los hombres dentro de ellos no podrían. Fueron arrojados a las paredes y al suelo, así como al abrazo de la muerte por el rápido aumento de las temperaturas dentro de sus naves.

Los que murieron al instante fueron bastante afortunados. Para aquellos que sufrieron sus heridas fatales en el transcurso de unos minutos hasta que se les abrieron las puertas de la misericordia final, sus cuerpos se convulsionaron por la agonía de los órganos internos en ebullición en el lodo de su propia sangre vomitada, que luego se evaporó en humo blanco. Los pisos derretidos incineraron los cuerpos de los vivos y de los muertos, y una luz blanca pura blanqueó este horrible espectáculo cuando las naves fueron destrozadas en bolas de fuego. Un tremendo desperdicio de vida, materiales y energía se extendió por el espacio de batalla como una gran ola de futilidad.

En este día, desde las 1600 hasta las 1900, los combates en ambos lados alcanzaron su máxima intensidad. La división Dieudonné de la alianza, que consta de 840 naves, se redujo a 130 en solo tres horas. La flota de Wahlen intentó acabar con la división de Dieudonné. Mientras Wahlen avanzaba, atacando el lado de babor de la alianza con fuego incesante, intentó introducir una cuña en su formación. Contra el contraataque del almirante Morton, Wahlen mantuvo el puerto y provocó el derramamiento de sangre de la alianza mediante ataques sistemáticos y repetidos.

Fahrenheit eludió a la flota Wahlen y, en una audaz maniobra, trató de escabullirse en la retaguardia de la alianza, pero esto llevó a sus naves peligrosamente cerca de la estrella fija de Rantemario, cuyo magnetismo y calor hicieron que sus instrumentos se descontrolen, y las reacias retirada de la alianza, gracias a las órdenes sensatas de Bucock, escapó de un dilema de una hora con su frente intacto.

“La victoria no vendrá tan fácilmente”, se dijo Reinhard a sí mismo. “Este viejo es inflexible. Al igual que Merkatz”.

Reinhard llamó a su ayudante principal, el Contralmirante von Streit. Al ver que la batalla estaba estancada, retiró sus fuerzas para evitar daños innecesarios y ordenó a todos los oficiales que descansaran para reponerse.

Desde que comenzó la batalla, los soldados habían estado derribando repetidamente galletas con alto contenido de calorías fortificadas con calcio y vitaminas, junto con bebidas ionizadas. Una presencia o ausencia de apetito reveló una sorprendente disparidad entre novatos y veteranos. Este último hizo una demostración de su excedente, culpando a la suavidad de la comida, mientras que los oficiales más jóvenes en su primera campaña, por pura fatiga, querían vomitar ante la sola idea de poner sólidos en la boca, y toleraron las bebidas ionizadas, lo mejor que pudieron. Aun así, lo habían logrado hasta el momento, incluso cuando muchos de sus compañeros se estaban perdiendo la oportunidad de convertirse en soldados experimentados.

El 9 de febrero, surgió una abrumadora diferencia entre estas dos facciones militares. Las fuerzas imperiales empujaron sus líneas de frente hacia adelante, condensándose en un anillo semicerrado para vencer la resistencia de la alianza. El agujero en la formación imperial se cerró tan rápido como se abrió, mientras que el que se abrió en la alianza se mantuvo así.

Arrinconada, la alianza abandonó sus tácticas ofensivas y se puso a la defensiva. Cortando espadas de luz, descargando energía en lugar de sangre y penetrando en tableros blindados en lugar de carne, las fuerzas de la alianza perseveraron con toda su fuerza. Desde detrás de los escombros flotantes de barcos destruidos, llovieron fuego sobre sus enemigos. Lo que en particular hizo que el imperio se maravillara con el ingenio de la alianza era cómo utilizaba las naves de combate espartanas de un solo asiento para atraer a las naves enemigas dentro del campo de tiro. Mientras el imperio estaba ocupado persiguiendo a un enemigo que pensaban que estaba tratando de escapar en confusión, golpes letales golpeaban sus motores desde atrás y desde arriba.

En general, la superioridad del imperio no mostró signos de vacilación, pero la alianza, que fortalece la unidad y la coordinación de su cadena de mando, necesitaba solo un fuerte golpe para convertir la marea de la batalla en un escenario de destrucción mutua asegurada. Un táctico tan experimentado como Bucock estaba decidido a ganar, y ni siquiera Mittermeier sabía leer tal enfoque.

“Supongo que no tenemos otra opción”.

Reinhard se quedó mirando la pantalla con los brazos cruzados, al fin convocó a su oficial de comunicaciones y, volviendo sus ojos azul hielo hacia él, dio su orden.

“Da la señal a Wittenfeld. Dile: ‘Es tu turno ahora. Levanta la boina del comandante de la alianza en el extremo de la lanza de Schwarz Lanzenreiter y tráemela”.

IV

Eran las 11.00 horas del 9 de febrero cuando Schwarz Lanzenreiter, con una potencia de fuego incomparable, se movió por las órdenes del alto comandante. Al no haber recibido la orden de disparar el día anterior, el Almirante Wittenfeld no quería nada menos que mirar desde un costado, pero ahora, dejando escapar un silbido extático, levantó un brazo ante la pantalla de comunicaciones y lo giró hacia abajo.

“Las lanzas de Schwarz Lanzenreiter están en movimiento”.

En respuesta al informe del vicealmirante Bayerlein, Mittermeier crujió vigorosamente su cabello color miel con una mano.

“La hora final está cerca. Parece que Wittenfeld, su mejor actor, hará una aparición después de todo”.

“¿Qué quieres que haga nuestra flota?”

“Nos movemos para golpearlos. No podemos dejar que Schwarz Lanzenreiter saque la mejor carne de nuestra presa”.

“Me lees la mente.”

Con una amplia sonrisa, Bayerlein dio la orden a su flota, alentando a sus hombres a seguir el ritmo de Schwarz Lanzenreiter.

Al recibir el envío de Wittenfeld, las flotas de Müller, Wahlen y Fahrenheit se entusiasmaron. Las tropas imperiales sintieron profunda y unánimemente que la victoria era suya.

Un enorme río de exceso de energía, guiado por un flujo constante de vientos solares y movimientos planetarios, se interpuso en el camino de Wittenfeld. Los restos de naves despojados de su movilidad y una gran cantidad de cuerpos humanos inorgánicos flotaron a lo largo de su corriente sin sonido y creciente en el borde de la oscuridad más allá de la atracción gravitatoria del sol. Quizás a su debido tiempo enviaría esos restos y esos cuerpos de regreso a donde vinieron.

Este río formidable no era nada que Wittenfeld pudiera sortear fácilmente, pero tampoco estaba dispuesto a comprometer su reputación de valentía. Ordenó a todas las naves que avanzaran.

Este grupo de naves de guerra de color negro azabache condujo audazmente hacia la feroz corriente, lo que interrumpió su formación ordenada más rápidamente de lo que esperaba.

Al ver esto, el jefe de personal de la alianza, Chung Wu-cheng, gritó a los operadores del buque insignia.

“¡Determine la velocidad de la carga de la flota imperial y la de la corriente de energía! Con los cálculos correctos, deberíamos poder determinar su punto de salida”.

Después de procesar rápidamente algunos números, los operadores tuvieron su respuesta. Las órdenes del comandante en jefe volvieron a volar, y la alianza se preparó para disparar sobre el “cruce del río” de la armada de Wittenfeld.

A las 1120, la alianza abrió todos los cañones.

Por fin, las naves de Schwarz Lanzenreiter fueron escupidos en la orilla opuesta de la rápida corriente de energía, solo para encontrarse con una tormenta de rayos y misiles. Las explosiones de fusión nuclear se dispararon sucesivamente, y las naves de guerra rotas fueron arrojadas al río de energía del que acababan de emerger, para ser llevados río abajo.

Pero los almirantes de Schwarz Lanzenreiter no eran pacifistas que abrazaban el espíritu de la no resistencia total. Sostuvieron sus propias hojas de energía desenfundadas y atacaron ferozmente a la alianza. Haz de haz cruzado, enviando cegadoras espirales de luz a través del cielo negro. Las balas de carburo de acero dispararon desde cañones de riel perforaron armaduras compuestas, y dispararon balas de fotones que golpeaban a la flota en un grupo aleatorio. Los rayos de energía que se precipitan en ángulos agudos golpean los reactores de energía de hidrógeno, enviando torretas de armas volando y enviando a los miembros de la tripulación a ciclones mortales de viento caliente y radiación.

Usando toda su fuerza al fin, la alianza debilitada fue cortada como la hierba por el despiadado Schwarz Lanzenreiter. Las detonaciones de fusión nuclear se superponían en una pared gigante de luz candente. Dentro de ese muro, los barcos de la alianza explotaron en pedazos, se incendiaron o se hundieron en rayos de luz en espiral, solo para ser borrados por el resplandor, las tripulaciones y todo.

“¡Hemos recibido un gran daño! Nuestra nave está inmovilizada”.

“Las pérdidas humanas y materiales son abrumadoras. No podemos mantener el frente. Solicitando permiso para retirarse”.

“¡May Day! ¡Solicitando asistencia inmediata! ”

Estos gritos de ayuda obstruyeron los canales de comunicación de la alianza, pero en vano. En poco tiempo, los gritos quedaron en silencio. La muerte había prevalecido.

“Supongo que eso es todo. Y así se pone el sol, y un general asciende a la fama en los cuerpos de miles de soldados”.

El mariscal Alexandor Bucock miró fijamente la pantalla. Casi toda su flota, junto con el grupo de oficiales bajo su dirección, se había reducido a los átomos como objetivos unilaterales de destrucción y matanza. Con cada florecimiento de la luz, las víctimas se produjeron en masa, al igual que los huérfanos y las viudas dejados por su destrucción. Bucock no tenía una sola nave o soldado de repuesto para el rescate. Alrededor de la nave insignia de *Río Grande* , treinta cruceros y destructores en su parte delantera y trasera eran todo lo que quedaba; Las caras de los pocos supervivientes estaban pálidas de miedo.

“Necesito algo de tiempo para estar solo”, murmuró el viejo almirante antes de abandonar el puente.

Confinado en su habitación privada, sacó un desintegrador y un instrumento de escritura de un cajón del escritorio. Justo en ese momento, la puerta, que debería haber estado cerrada con alambre, se abrió con gran fuerza para revelar a su jefe de personal.

“No debe quitarse la vida, Excelencia Comandante. Incluso el almirante Merkatz perseveró después de su pérdida, ¿no es así?”

Al ver el pequeño dispositivo de desbloqueo en la mano de Chung Wu-cheng, el viejo almirante negó lentamente con la cabeza. En ese gesto quedó la sombra de su fatiga acumulada.

“¿Cuál es el punto de un comandante que vive cuando su flota ha sido

destruida?”

Chung Wu-cheng cerró el dispositivo y suavizó su expresión.

“Nuestras fuerzas no han sido completamente destruidas. La flota de Yang Wen-li todavía es fuerte. Incluso con un última nave a su nombre, es un deber del comandante continuar”.

“¿Estás diciendo que hay una manera de asumir la responsabilidad de esta derrota fuera de morir?”

El viejo almirante miró con anhelo el desintegrador en su escritorio. Ya que habían sufrido una derrota adecuada a manos de un enemigo cinco veces su tamaño, y sin ningún milagro a la vista, solo quedaba una cosa por hacer, o eso le decía cada fibra de su viejo cuerpo. Pero su ayudante ignoró a propósito el silencioso discurso del anciano.

“Al cometer suicidio, solo estarías asumiendo la responsabilidad de tus aliados. Pero estoy hablando del enemigo — sí, la responsabilidad de los que ganan la victoria sobre nosotros”.

Esas palabras fueron inesperadamente claras para Bucock. La mirada del viejo almirante se separó de la mesa y se volvió hacia su próximo intruso.

“Lo que estoy a punto de decir puede sonar inhumano”, dijo Chung Wu-cheng a modo de precedente de su explicación. “Si no te gusta, siéntete libre de apuntarme con esa arma”.

Incluso si la Alianza de los Planetas Libres se incendiara, su organización nacional podría florecer. Cuando las cosas pasaron del alto al fuego a la reconciliación por gracia del ingenio de Yang Wen-li, el imperio celebraría un juicio para los criminales de guerra. Pero si, cuando llegara ese momento, su más alto comandante ya estaba muerto en acción o por su propia mano, entonces aquellos que trabajaron bajo su mando se convertirían en sus chivos expiatorios en la silla del acusado.

En este punto, la comprensión amaneció en los ojos del viejo almirante, y

una expresión bastante brillante se apoderó de su rostro envejecido.

“Sí tienes razón. Necesitaré este viejo cuerpo para enfrentar el hocico de mi enemigo”. El comandante en jefe se inclinó cortésmente y con reverencia.

“Yo y el mariscal Dawson incluidos. Un tribunal militar necesita al menos tres hombres uniformados para ser juzgado. No hagamos las cosas más difíciles de lo que deberían ser. Para el futuro de la alianza, Yang Wen-li y los demás deben sobrevivir”.

Incluso mientras hablaban sobre su responsabilidad y comportamiento después de la derrota, la batalla estaba dando el paso final hacia su conclusión.

Pero detrás de las fuerzas imperiales, que intentaban desesperadamente sostener un ataque total, se estaba gestando una situación modesta pero inusual.

V

Los primeros en notarlo fueron los operadores de la nave de crucero *Oberhausen* , adscritos a la flota de Müller. Habiendo perdido más de la mitad de sus torretas en el calor de una feroz batalla, y debido a una grave lesión que dejó al capitán inconsciente, la nave se retiró de la línea del frente por orden del primer oficial y atracó con una nave de reparación en Un área más segura del espacio de batalla. Sin embargo, se vieron más naves que se acercaban desde la dirección opuesta a donde se libraba la batalla.

“¿De qué lado están?”

Fue cruel que el primer oficial preguntara de tal manera que revelara su falta de preocupación, especialmente cuando la victoria estaba casi sobre

ellos. Pero cuando envió una señal de identificación formal, se encontraron con flechas de energía a cambio. Debido a que estaban lejos, carecían de intensidad y precisión y no causaban mucho daño, pero era suficiente para engañar al crucero en un pánico. Las mesas se habían vuelto de repente.

“¡¿Son esas nuevas tropas enviadas por la alianza?!”

El ataque envalentonó al imperio. El poder militar de la alianza era más grande de lo que habían previsto. Había un amplio margen de maniobra para que una división atacara a las fuerzas imperiales desde el frente, mientras que otra se desvió más lejos para cortar el camino de retirada del imperio.

La sola idea de esto dio incluso a los líderes del imperio, sin igual en valor, se les hizo momentáneamente poner la piel de gallina. Habían invadido su camino a 2.800 años luz en el territorio enemigo. La exaltación de la conquista y la victoria habían puesto a dormir la termita de la nostalgia en las infraestructuras mentales de sus soldados. Una vez despertada, la casa de su éxito estaba destinada a caer trágicamente.

“¡Nos están cortando! Reorganízate en la formación de batalla y prepárate para el enemigo en la retaguardia”.

Esta tensa orden se disparó a través del sistema de comando del imperio por cualquier medio que pudieran movilizar. Pero lo que tiró de la cortina de su victoria fue la misma dificultad de reducir la velocidad de su vuelo. Las naves del imperio estaban fuera de formación. Sabiendo esto, la alianza había aprovechado una oportunidad ideal para devolver el fuego mientras caía, y así abrieron todos los cañoneros, trazaron un nuevo rumbo y concentraron cada haz y misil en las nerviosas fuerzas imperiales.

“¡Nuestro camino a Phezzan está bloqueado! Ahora nunca volveremos al imperio”. Fue necesario reprender a Reinhard silenciar estos gritos de pánico.

“¡¿De qué estás tan asustado?! ¿A quién le importa si han aparecido más fuerzas de alianza? Los aplastamos, uno por uno. ¡No pierdan la fe en

ustedes mismos! Retirense de una manera ordenada”.

Su frialdad y valor bajo fuego hicieron para una mezcla exquisita.

“En el improbable caso de que el camino hacia Phezzan se cierre, simplemente continuamos con el sistema de estrellas de Bharat y terminamos con la alianza de una vez por todas. Después de eso, pasamos por el Corredor Iserlohn y hacemos nuestro regreso triunfal al imperio. ¿Eso no te tranquiliza?”

Cuando Reinhard dijo esto, su firme voz pareció levantar la niebla del pánico. Los soldados miraron hacia su sol, ese joven conquistador invicto, y rápidamente recuperaron su fe. Mientras tuvieran a este joven, con el pelo dorado como la melena de un león, perseverarían sin siquiera saber la derrota.

En su pantalla de comunicación, Mittermeier expresó su gratitud por mantener la situación bajo control.

“Me comporté de manera deshonrosa. Mis disculpas. Dejamos que ganemos lo mejor de nosotros y nos volvamos descuidados. Creo que nos hemos acostumbrado tanto a la victoria que estamos oxidados cuando se trata de lidiar con cambios repentinos”.

Reinhard no lo reprendió.

“Es entendible. Incluso nunca esperé que el enemigo tuviera las reservas para realizar tal maniobra. En cualquier caso, todo esto podría ser simplemente una desviación, por lo que procederemos con precaución”.

“Entendido. De cualquier manera, ¿crees que es lo que está haciendo Yang Wen-li? Reinhard frunció sus elegantes labios ligeramente, pero lo suficiente para reflejar su belleza.

“Si alguien puede sacar algo tan simple, es ese tramposo”.

Mientras tanto, el comandante de pelo negro conocido como “tramposo”

tanto en el lenguaje de Reinhard como en el de von Reuentahl, estaba evaluando el espacio de batalla, que ahora es un mar gigante de energía residual, desde el puente de su nave insignia *Hyperion.*

Si Yang tomara el imperio en serio bajo las circunstancias actuales, no tenía ninguna posibilidad de éxito. Luchar solo en una batalla inútil era una cosa, pero hacerlo como comandante con sus subordinados era la más baja corrupción. El objetivo de Yang era confundir el imperio con una desviación a gran escala y evitar la aniquilación total de la alianza. En ese punto, Reinhard había discernido correctamente su plan.

Desde Iserlohn, el almirante Yang aceleró, aterizando la nave de transporte de ciudadanos bajo el mando de Caselnes en el camino. Hizo una parada en el sistema estelar de Bharat y, sin perder tiempo en pedidos, llegó más rápido de lo que incluso Reinhard había anticipado.

“Pero estamos medio día tarde. Supongo que estoy perdiendo mi toque”.

Yang estaba hundiendo sus pies hasta los tobillos en un estanque de auto-admonición. Y si bien no se le había escapado la posibilidad de que Reinhard von Lohengramm llevara a cabo con éxito una invasión desde el Corredor Phezzan, su formulación de contramedidas se había detenido de nuevo.

Se había llevado a la Armada Imperial a creer que la alianza tenía una fuerza armada secreta a la espera, que significaba cortar el camino del imperio a Phezzan, y que esto se había hecho para dispersar las fuerzas imperiales a través de la desinformación. El duque von Lohengramm, el genio que era, había visto a través de su plan, que sin embargo los había comprado en algún momento. Y, sin embargo, ¿por qué no le había informado de antemano al Comandante en Jefe Bucock o al Jefe de Estado Mayor Chung Wucheng? Si lo hubiera hecho, podrían haber luchado de manera diferente…

Yang se encogió de hombros.

“Estaba muy cerca para comunicarnos”, murmuró.

¿No se estaba convenciendo a sí mismo de que su presencia podría haber cambiado las cosas en lugar de sobreestimar sus habilidades? Yang tuvo que decirse que esta vez había hecho todo lo posible. Incluso en el peor de los casos, con Bucock y el resto aniquilados, todavía podría entrar en el espacio de batalla, aplastando a cada objetivo en su camino. Y ahora que había salvado la alianza de cierta perdición y el imperio se estaba retirando, tenía que restaurar sus fuerzas, regresar al sistema estelar de Bharat y proteger al capital indefenso de ser consumido por las fuerzas de von Reuentahl.

"¡Todas las naves, fijen rumbo a la capital a la vez!", Ordenó Yang, sintiéndose sobrecargado de trabajo.

Él también se había sentido frustrado por Reinhard y no podía permitirse el lujo de entregarse a los placeres simples.

Por fin, las divisiones restantes de una alianza obstinadamente abrumada se consolidaron en torno a la flota Yang. Las comunicaciones se llevaron a cabo sin demora. Yang preguntó por la seguridad del viejo almirante Bucock y se sintió aliviado al ver una figura familiar de pelo blanco en su pantalla de comunicaciones.

"Lo hice, pero no sin sacrificar a mis subordinados en vano".

"¿Qué estás diciendo? Debes seguir adelante y tomar el mando para nuestra batalla de venganza".

Yang confió las últimas defensas al almirante Fischer y se apresuró a la capital de Heinessen. Luego, cuando Fischer comenzó su retirada mientras pretendía cambiar el rumbo en busca de las fuerzas imperiales, se detectó un destructor imperial que se acercaba a su radar. La flota Fischer envió nerviosamente una señal: "Detén tu nave. Si no lo haces, abriremos fuego ", pero la respuesta fue muy inesperada.

"Este es Julian Mintz, de la Alianza de Planetas Libres, destacamento de Phezzan. Nos apoderamos de esta nave imperial. Estamos en contra del imperio. Solicitamos permiso para ser escoltado a la capital de la alianza de

Heinessen”.

Apenas creyendo en sus oídos, los oficiales de comunicaciones rápidamente informaron al almirante Fischer de la situación.

“Esto es inesperado. ¿Julian Mintz? ¿Entonces él está a salvo?”

La voz de Fischer estaba llena de asombro, pero, siempre como el hábil comandante, ejerció precaución al dar la bienvenida al destructor que se aproximaba. Consideró la posibilidad de un subterfugio — el hecho de que Julian Mintz, sin saberlo, estaba incitando al enemigo. Mientras la nave de guerra mantenía su batería principal cerrada en el destructor, los sesenta hombres bajo el mando del teniente Piazzi, armados hasta los dientes, confirmaron que la comunicación de Julian era genuina. El informe voló a la capital a través de la línea directa de FTL.

Olivier Poplin murmuró para sí mismo cuando lo vio.

“¿Entonces, se apoderó de un destructor enemigo? Ese bastardo seguro es rápido”.

“Parece que realmente existe tal cosa como un enemigo natural”.

Reinhard hablaba consigo mismo mientras, en su pantalla, las fuerzas imperiales estaban casi restauradas al orden. El aura de algo más que la ira ondeaba en su cara blanca.

Reinhard recordó cuando había vencido a un enemigo dos veces el tamaño de su flota en la región estelar de Astarté, y nuevamente una alianza de treinta millones en Amritsar. En ambos casos, el que había rechazado la victoria total en el último segundo posible era Yang Wen-li. Justo después de la Batalla de Amritsar, Reinhard había reprendido al Almirante Wittenfeld frente a todos por juzgar mal el momento de su ataque, lo que demuestra el reconocimiento de Yang en el proceso. Intentó que Wittenfeld fuera castigado, pero a su fallecido amigo pelirrojo Siegfried Kircheis le

cortó la rabia. Kircheis habló claramente, diciendo que Reinhard solo estaba enojado consigo mismo y que Wittenfeld se había convertido en el objeto desafortunado de su auto-proyección. Exigió que Reinhard reflexionara sobre sus acciones.

“Kircheis, si solo estuvieras aquí, no dejaríamos que Yang Wen-li exhibiera sus cosas al aire libre”.

Una vez más, Reinhard se encontró hablando con un hombre muerto. El elegante dictador se dijo a sí mismo que no podía darse el lujo de lamentar a los muertos, pero el sentimiento sopló a través del vacío en su pecho, y nada remotamente constructivo surgió a cambio. Cuando perdió sus pensamientos sobre Kircheis, Reinhard sabía que perdería los días más templados y claros de su pasado. Este miedo superó toda razón y el interés propio.

Las fuerzas imperiales abandonaron el espacio de batalla, viajando 2.4 años luz hacia el sistema estelar de Gandharva, donde hicieron la caída del planeta en Urvashi. El segundo planeta de Gandharva tenía una población pobre de aproximadamente 100,000 habitantes, tierras sin desarrollar y recursos hídricos vitales. En un momento, una corporación de desarrollo planetario había adquirido enormes proporciones de tierras, que perdieron rápidamente en una carrera por el desarrollo monopolístico, y durante mucho tiempo las tierras se dejaron como están. Reinhard planeó darle un buen uso construyendo una base militar semipermanente en él. En el futuro, cuando todo el territorio de la alianza hubiera caído en sus manos, este planeta anónimo serviría como una base importante de operaciones para reprimir la insurrección militar y la piratería.

CAPÍTULO 05: LA OSCURIDAD ANTES DEL AMANECER

I

LOS EXISTENTES REGISTROS DE LOS DÍAS de febrero, SE 799, son extremadamente de mala calidad. Los recuerdos de ese tiempo se mezclan, los datos son inconsistentes. Cada cuenta una historia diferente:

"La gente, tratando de apartar sus ojos de una catástrofe inminente, estaba inundando los lugares de placer, y los casos de intoxicación por alcohol y las lesiones por peleas de borrachos eran rampantes. Las calles estaban envueltas en una niebla de histeria".

"Incluso en los cuartos de placer normalmente tumultuosos, durante esos pocos días estuvo tranquilo como un elefante viejo acostado cerca del agua para morir. El silencio fue roto por una trompeta que señalaba su destrucción".

"La desesperación asfixiaba a la gente. El aire era tan pesado que parecía casi sólido".

"La adversidad política y militar no tuvo necesariamente una influencia en la vida cotidiana de las personas. La música y otros entretenimientos fueron, en todo caso, más vibrantes que nunca".

En última instancia, las grandes diferencias regionales y personales, junto con la falta de resolución, fueron causa de gran confusión e inconsistencia.

La gente hizo todo lo posible para disfrutar de un buen trago de optimismo, pero había demasiadas incógnitas flotando en sus gafas. En cualquier caso, sus flotas espaciales mejor fortificadas habían sufrido una aplastante derrota, y la capital de Heinessen estaba a punto de caer en manos del enemigo. Otros sistemas estelares eran estériles, abandonados al enemigo.

Acurrucadas en el fondo de un valle de pesimismo y complaciéndose en lágrimas de autocompasión, la gente todavía tenía un rayo de esperanza al que aferrarse. El milagroso Yang y su flota seguían siendo fuertes, ahora fortificados cinco veces más. Además, los informes de que el adoptado a cargo de Yang, Julian Mintz, había tomado el control de un destructor imperial y se habían repatriado desde Phezzan avivando las llamas del culto héroe popular del pueblo.

“Sólo un protegido del mariscal Yang podría haber hecho tal cosa. Cualquiera que sea la brujería que usó, es tan astuto como su mentor”.

Dos horas después de poner un pie en Heinessen, Yang había recibido un ascenso de mariscal. Solo para Yang, que no estaba exento de dudas acerca de ser criticado por abandonar la fortaleza de Iserlohn, fue algo inesperado. El jefe de gabinete, Chung Wu-cheng, tenía la misma opinión, pensando que la oportunidad de tratar los derechos humanos como un juego era algo que uno mejor hacía solo por desesperación.

De cualquier manera, a la edad de treinta y dos años, Yang se había convertido en el mariscal de la flota más joven en representar la alianza. El registro anterior había sido establecido por el almirante Bruce Ashby a la edad de treinta y seis años, y debido a que era póstumo, una vez más, Yang había reescrito la historia, aunque, por supuesto, nunca fue inocente.

“No soy tan modesto como para rechazar este honor, pero tampoco estoy exactamente encantado de recibirlo. Supongo que lo compartiré con el almirante Bucock”.

Bajo los auspicios de su nuevo título, Yang viajó en un automóvil que el presidente del Comité de Defensa le envió y se dirigió a la sede del comité.

No hace ni un año, había viajado en un vehículo del comité oficial como este como un acusado y había sido tratado casi como un prisionero, pero ahora era un invitado de honor. A él se unieron otros dos pasajeros: el “Vicealmirante” Walter von Schönkopf y el “Teniente Comandante” Frederica Greenhill. Al incluir incluso al “Vicealmirante” Alex Caselnes como marcador de posición, el Comité de Defensa estaba claramente tratando de compensar su estancamiento de los recursos humanos de una sola vez.

Los tres entraron en el edificio del Comité de Defensa. Duchados con miradas de anticipación, fueron recibidos en la oficina del presidente. A pesar de estar al tanto de la transformación del Presidente Islands — considerablemente revitalizado por su mente y cuerpo bajo la presión de una enorme crisis — no pudieron evitar sentirse impresionados, incluso si tenían dudas cínicas sobre cuánto duraría esto. Después de ofrecerles a los tres un asiento, Islands atrapó a Yang con una mirada que lo tranquilizó.

“Almirante, amo mi patria a mi manera”, dijo.

Yang ya lo sabía. Sin embargo, no podía respetarlo incondicionalmente. Su rostro se contrajo ligeramente, lo que provocó una sonrisa diabólica de von Schönkopf.

En lo que respecta al espíritu humano y la historia, Yang no creía que el patriotismo tuviera ningún valor supremo. La gente de la alianza se sentía patriótica por la alianza, mientras que los del imperio se sentían patrióticos por el imperio. Al final, el patriotismo justificó solo la singularidad de la bandera a la que uno saludaba. Se utilizaba para validar el sacrificio, a veces era coercitivo y, en la mayoría de los casos, era incompatible con la razón. Cuando la élite lo armó, la magnitud de su daño era inimaginable. Cuando Islands habló del amor por su país como el hombre de confianza de Trünicht, Yang quería estar en cualquier otro lugar que no fuera escucharlo.

“Si amas a esta nación tanto como yo, Mariscal, entonces espero que estés dispuesto a colaborar con nosotros”.

Fue el tipo de razonamiento que Yang detestaba más, pero no pudo evitar

estar enredado en los hilos de esta situación, por lo que solo expresó una humilde afirmación. Al menos Islands, que hasta ahora no habían sido más que un contratista político insustancial desde que despertaron a la conciencia como un servidor público patriótico, no vieron la necesidad de arrojar agua sobre estas llamas indefensas.

“Ciertamente haré todo lo posible para proteger los frutos de nuestra democracia”.

Yang había tenido cuidado de no decir nada sobre su “nación”. Por así decirlo, apenas logró un equilibrio entre formalidad y sinceridad. El presidente asintió.

“Y yo — no, el gobierno — recompensaré sus esfuerzos. Si hay algo que podamos hacer, no dude en preguntar”.

“Por el momento, solo me gustaría que consideres qué pasa si perdemos. Si ganamos, podremos descansar en nuestros laureles durante bastante tiempo. Después de eso, llevaremos a cabo una diplomacia pacífica y repondremos nuestras fuerzas. Tales cosas están dentro del ámbito de los políticos y no son para que un militar se entrometa con ellas”.

“¿Sería una tontería pedirte que prometieras que ganarás?”, Preguntó Islands.

“Si pudiera prometer mi camino a la victoria, le prometería cualquier cosa, pero…” Yang intentó no sonar sin corazón, a pesar de la crueldad de su comentario. Pero Yang dijo la verdad. Al carecer de la capacidad de dar forma al mundo a través de las palabras, no podía hacer promesas acerca de un futuro que no estuviera regulado solo por sus opiniones.

“En efecto. Qué tonto de mi parte. Estaría agradecido si solo pusieras fuera de la mente lo que dije. Nunca presumiría restringirte de ninguna manera”.

Al ser mostrado tal deferencia, Yang sintió que este hombre estaba tratando de ordeñar la esperanza de todo lo que valía.

“Si alguna vez vamos a compensar nuestra inferioridad estratégica mediante una victoria táctica, sólo puedo ver una manera”.

Yang se detuvo aquí por un momento. No por efecto dramático, sino porque necesitaba una bebida para lubricar su garganta. El vaso de té helado colocado frente a él cuando entró estaba vacío. Yang se sintió incómodo pidiendo una recarga, pero un vaso intacto se deslizó sobre la mesa hacia él cuando Frederica empujó suavemente el suyo hacia Yang. Yang abrió las cortinas de la vacilación y aceptó agradecida su buena voluntad.

“Es decir, es matar al duque Reinhard von Lohengramm en la batalla”.

Mientras Yang hablaba, vaso en mano, una confusión momentánea se contrajo en el rostro del presidente. Parecía que era algo demasiado obvio como para haberlo dicho. Antes de que la confusión pudiera reescribir “desesperación” en su etiqueta de nombre, Yang dirigió la conversación hacia el punto crucial de su argumento.

“El duque Reinhard von Lohengramm es soltero. Mi objetivo es explotar eso”.

Esta vez, el presidente Islands miró al mariscal, como si le mostraran el camino de la razón. Incluso un ángel guardián que despertó a su tarea no tuvo el discernimiento para extraer las verdaderas intenciones detrás de esta sorprendente declaración. Naturalmente, Yang tenía toda la intención de explicárselo.

“En otras palabras, si en la muerte el duque von Lohengramm dejara atrás a su esposa e hijos, especialmente a un heredero varón, sus subordinados simplemente se encargarían de preparar a ese heredero para promover la dinastía Lohengramm. Pero él no tiene hijos. Si él muere, la orden de Lohengramm muere con él. La lealtad y la unidad de sus subordinados inevitablemente perderán el poder cohesivo y se disolverán en el aire. Volverán al imperio sin saber por quién podrían luchar y discutirán violentamente sobre un sucesor”, dijo Yang.

Los ojos de Islands — aquellos ojos que durante tanto tiempo se habían

centrado en las luchas internas, la búsqueda de oficios y las concesiones — brillaban con la luz de la comprensión y la admiración. Impulsado por una estimulación cómoda, asintió repetidamente.

“¡Por supuesto, tienes razón, mariscal! Los planetas no pueden vivir sin su sol. Con su muerte, el imperio se derrumbará y la alianza se salvará”.

Nunca en su vida Islands habían deseado tan fervientemente y verdaderamente la muerte de otro ser humano. Yang continuó:

“Si podemos separar de alguna manera las fuerzas imperiales y destruirlas una a una, entonces el Duque de Lohengramm, siendo un hombre de gran coraje y ambición, vendrá directamente hacia mí. Esa es la oportunidad que necesitamos crear. Es nuestra única oportunidad de ganar”.

“Si sus subordinados son eliminados uno por uno, entonces no tendrá más remedio que mostrarse. Sí, tiene sentido”.

“Bueno, es más una cuestión de psicología que de táctica”.

Yang se cruzó solemnemente de brazos. Reinhard von Lohengramm no se estaba escondiendo contento dentro de su palacio, sino que se encontraba a la cabeza de una fuerza militar en ausencia de peligro y dificultades. Si este joven lujosamente de pelo dorado hubiera sido simplemente un soldado, solo estaría buscando una pelea. Y si él fuera simplemente un gobernante, entonces solo desearía la victoria. Reinhard valoró tanto luchar como ganar, y más que nada . *Y no era esto,* pensó Yang, ¿ *una razón por la que era el gobernante supremo de los gobernantes supremos?*

Yang confiaba en que Reinhard se mostraría, pero no podía decirlo con seguridad hasta que sucediera. Podría acorralar a Reinhard en una posición comprometida durante cinco minutos y, si tuviera suerte, enfrentará a ese genio de la guerra brillante de frente. Además, primero tendría que luchar y derrotar a los generales veteranos de Reinhard en sucesión. A nivel táctico, no tenía dudas sobre las dificultades poco comunes que se avecinaban. El heterocromático von Reuentahl y “Gale Wolf” Mittermeier: la participación de estos dos solos hizo que Yang se sintiera cansado.

Haremos todo lo posible para evitar a toda costa a Mittermeier y von Reuentahl. No debemos comprometer nuestro rendimiento desperdiciando demasiada energía mental en ellos, pensó Yang.

Los elementos químicos del masoquismo y el narcisismo existían solo por debajo de la línea de flotación de su espíritu, por lo que no estaba envenenado por la idea de que “jugar contra oponentes más fuertes solo te hace más fuerte”, lo que confundía el combate con los deportes. Si Yang tuvo que pelear, entonces podría hacerlo de manera eficiente — es decir, con el menor esfuerzo posible. Si se le obliga a luchar contra Mittermeier y von Reuentahl, ganar ganaría un gran gasto de energía y tiempo.

La luz fría arrojó una débil sombra a los pies de Yang. Al salir de la habitación, mirando con tristeza los movimientos de esa sombra, una voz de grave duda resonó en su cerebro. Dejando a un lado la estrechez mental y el patriotismo falso, odiar a alguien solo porque admiraban una bandera diferente era tan absurdo como creer en la propia. ¿Pero eso justificaba la posición de Yang? ¿Era posible que la gente se arrojara a sí misma ya otras al cráter de la guerra sin locura? Y Yang tenía una duda aún más grave, que era…

De repente, una figura apareció ante los tres. Yang pensó profundamente cuando notó que von Schönkopf había sacado su desintegrador y se había precipitado frente a Yang. Allí estaba un hombre que se identificó a sí mismo con voz metálica como reportero en misión. Su petición fue ensayada claramente.

“Almirante Yang, prometa a todos los ciudadanos de la alianza — aquí y ahora — que salvará a nuestro país y a nuestra gente de las manos ensangrentadas de esos diabólicos invasores, que la justicia prevalecerá sobre el mal cuando venga el Armagedón, que Responderás a las esperanzas de nuestros ciudadanos con la victoria. Por favor prométanos ¿O no puedes?”

Aunque la puerta a las emociones de Yang estaba asegurada con un candado de resistencia, ya estaba lista para arrancar. Se giró para enfrentar al intruso y estuvo a punto de darle una parte de su mente cuando una voz mucho más calmada acudió en su ayuda.

“Su Excelencia el Mariscal está cansado, y no estamos en libertad de discutir nada relacionado remotamente con información militar clasificada. Si quieres que ganemos, te pido que entiendas esto y nos dejes tranquilo”.

Algo en los ojos color avellana de Frederica hizo que el hombre retrocediera. Von Schönkopf apartó al reportero. Si no fuera por su ingenio…

II

Nadie se opuso cuando Julian Mintz fue ascendido a subteniente. Al defender a su superior, el comisionado residente de Phezzan, Henslow, logró escapar del territorio enemigo y tomar a un destructor imperial por la fuerza. Si un logro mereciera un aumento en el rango, entonces nadie se habría sorprendido al verlo ascender dos pasos hasta ser el teniente completo, pero como una formalidad aparente, esto fue sustituido por una medalla de “Combatiente de la Libertad”.

En cualquier caso, la aparición de un héroe demasiado joven para su propio bien fue toda la rabia entre cierto sector periodístico. Un correo electrónico escribió: “El mariscal Yang reconoció el prodigio del Teniente Mintz desde una edad temprana y lo adoptó como un hijo adoptivo”, pero esas palabras fueron esencialmente exageradas. El joven héroe en cuestión no era muy sociable con quienes lo elogiaban.

“Creo que yo — o, más exactamente, la táctica que empleé — será extremadamente efectiva cuando la alianza se enfrente a futuros invasores. Por lo tanto, entienda que divulgar cualquier detalle antes de nuestra batalla

decisiva con el enemigo solo les ofrecería una ventaja”.

Con esa página arrancada del libro de razonamiento de Frederica Greenhill, Julian apuntalado aun dique roto de cobertura de noticias irresponsable de un solo lado. Cuando finalmente fue liberado de la prensa, Julian esperaba poder reunirse con los que había dejado atrás en Iserlohn, pero todo lo que sabía era que el vicealmirante Caselnes estaba en una carrera de tres patas tratando de procesar a todos los refugiados. Julian estaba en la circunvalación, pensando que podría tener que regresar a la residencia oficial en la calle Silverbridge si iba a encontrarse con Yang, cuando la voz de una mujer gritó su nombre. Su corazón dio un vuelco cuando se volvió para ver el cabello marrón dorado de Frederica Greenhill. Algunos peatones estaban claramente molestos con ella por bloquear un carril rápido.

“Bienvenido de nuevo, Julian. Parece que te has convertido en un gran héroe”.

“Gracias. Pero a pesar de que el almirante se alegrará de que regrese, no creo que esté tan contento de que me pongan en un pedestal tan alto”.

“¿Estás diciendo que podría estar celoso, Julian?”

En contraste con los labios bien formados de Frederica, sus ojos color avellana no parecían sonreír. Julian la miró fijamente, incapaz de responder de inmediato, y su corazón y sus pulmones estaban fuera de orden.

“De ninguna manera. Ese pensamiento nunca cruzó mi mente”.

“Bueno. Si lo hubiera hecho, te habría dado una buena bofetada, como esta “, dijo ella, imitándolo. “Fui conocido por mis manos rápidas cuando era pequeña”.

Una vez más, Frederica había logrado sorprender al héroe juvenil de la alianza.

Frederica sonrió ante el rostro de Julian, lo que traicionó su incredulidad.

“Desde que entré en el ejército, he tenido que ser más femenina. No ha sido fácil”.

“No lo sabría por mirarte”.

“Gracias, por el cumplido.”
Frederica le devolvió el cabello castaño dorado y le dijo que se había acordado que Yang se quedara en el Hotel Capricornio, cerca del edificio del Comité de Defensa. Y así, el 13 de febrero, Julian pudo reunirse con Yang en un hotel lúgubre reservado para el personal militar. Cuando Julian abrió la puerta, la voz nostálgica de Yang le dio la bienvenida.

“Oye, Julian. Echa un vistazo. Es como mi corazón y los caminos de nuestra época”.

Yang estaba apuntando a una mesa apilada indiscriminadamente, y sin tener en cuenta la estética, con salchichas, huevos, pescado frito, puré de patatas y albóndigas. Julián volvió a sus viejas críticas severas.

“No encontrarás a muchos Mariscales comiendo tales comidas chatarra en ningún momento de la historia”.

“Estoy de acuerdo. Ahora que soy mariscal, mi pensión será más alta, así que salgamos a comer para celebrar nuestra reunión, ¿vale?”

“Estaría encantado. A fin de cuentas, eres tan particular como siempre sobre tus finanzas”.

“Naturalmente. No me pagarán nada si el gobierno de la alianza deja de existir. Lucho contra el imperio para garantizar un retiro estable. No soy nada si no soy consistente”.

“En cualquier caso, felicitaciones por su promoción”.

“Tu ascenso a subteniente es mucho más impresionante que el mío a Mariscal”, dijo Yang.

Yang agarró un abrigo largo tendido sobre el gran sofá y miró al chico de cabello rubio con ojos cálidos y oscuros.

“Me alegro de que hayas vuelto con seguridad. Realmente lo has hecho bien por ti mismo. Incluso brotaron unos centímetros para mostrarlo. Estás llegando a lo tuyo”.

“De ninguna manera, apenas soy medio hombre”, respondió Julian, refiriéndose a cada palabra. “Todavía tengo mucho que aprender de ti”.

“No creo que me quede nada por enseñar”.

Yang se puso el abrigo y salió por la puerta. Julian lo siguió de cerca, corriendo por el pasillo poco iluminado.

“En todo caso, quiero que me enseñes. ¿Qué tipo de brujería utilizaste para apoderarse de un destructor imperial?”, Preguntó Yang. “Sé que está clasificado, pero me lo dirás, ¿verdad?”

La amabilidad del tono de Yang indicaba que había visto el informe de solivisión. Debido a que también estaba harto de los periodistas imprudentes, tratar con Julian le dio esperanza otra vez, pero Julian solo se sonrojó.

Se dirigieron a un antiguo modo de espera, el Conejo de marzo. Estaba lleno cuando llegaron. El viejo camarero sonrió mientras Yang felicitaba al restaurante por su éxito continuo.

“Gracias a ti. A pesar de estos tiempos inciertos, una sociedad sin restaurantes y hoteles no es una sociedad en absoluto. Los cocineros expertos siempre están en demanda. Tal vez sea imprudente que lo diga, pero no puedo preocuparme por la guerra y nuestra nación arruinada”.

“Aquí, aquí”, dijo Julián.

Yang, que nunca había aspirado a convertirse en un militar, asintió con entusiasmo y pidió carne asada para su plato principal. Quería hacer una

muestra de originalidad, pero el deterioro de la distribución interestelar significaba que no había suficientes ingredientes para hacer una variedad de platos.

“Ahora bien, subteniente Mintz, me gustaría escuchar todo acerca de sus hazañas heroicas durante la cena”.

“Por favor, no se burle de mí. Acabo de poner en práctica el mismo método que usaste para apoderarse de la fortaleza de Iserlohn”.

“Hmm, ponerlo en práctica, ¿verdad? Debería haberlo registrado con derecho de autor. Una pensión más regalías…”

Pensando que esto no sonaba como una broma, Julian comenzó su historia.

Cuando planeaba escapar de Phezzan, lo más molesto para Julian era el comportamiento errático de la Armada Imperial. No tenía idea de cuándo podrían mostrar la verdadera naturaleza de su gobierno militar al acabar con el tráfico de naves civiles.

Marinesk les había confiado con confianza que estaban bien en ese frente. En ese momento, el imperio aún no había controlado todas las rutas civiles. La razón de esto fue doble. Primero, desde un punto de vista político, habían fracasado en obtener la simpatía popular de Phezzan ocupada por los militares. Por esta razón, abolieron el gobierno directo y prepararon al ex ayudante de Landesherr Nicolas Boltec para que fuera gobernador general de una democracia falsa. Con una administración más estricta en su lugar, impidieron una rebelión entre los comerciantes.

“Entiendo ¿Y la otra razón?” Preguntó Julián. Marinesk guiñó un ojo.

“Porque es físicamente imposible”.

Por muy extensas que fueran las fuerzas imperiales, palidecieron en comparación con el alcance de la población y la actividad económica de

Phezzan. No había manera de controlarlo todo, y si se hacía sin cuidado, la circulación de dinero y bienes se estancaría, lo que resultaría en un levantamiento de Phezzanese.

Fue en este clima que Julian y los otros escaparon, aunque cuando su barco abandonó el planeta, Julian estaba preparado para lo peor. Debido a que no estaba involucrado en un negocio pacífico en un momento de paz, no tenía por qué sentirse 100% seguros de su seguridad. Solo actuaron por una combinación de la inventiva de Marinesk, el piloto Wilock, el oficial de combate Machungo, y él mismo, junto con un poco de suerte, en buena medida. O tal vez el destino había jugado un papel más importante que toda su planificación combinada.

De hecho, incluso un hombre atento a cada pequeño detalle como Marinesk había pasado por alto una cosa: la existencia de un traidor en medio de él. El gobernador general interino Boltec sintió que era necesario demostrar primero su lealtad al imperio, enviando a sus propios subordinados en las patrulleras imperiales para vigilar esas rutas bajo vigilancia imperial y haciéndolos participar en las incursiones imperiales. Tal como él lo vio, determinar el paradero de Landesherr Rubinsky serviría a las necesidades del imperio y aumentaría la estabilidad de su posición. Estaba más allá del entusiasmo. Históricamente, los colaboradores de las naciones ocupadas siempre fueron más capaces que los soldados que los ocupaban en el humilde trabajo de vigilar y desenmascarar a los civiles. Antes de que Julian y los demás escaparan, Boltec había descubierto más de doscientos polizones de treinta naves y los había detenido a todos. Entre ellos, como Julian aprendió posteriormente de los datos a bordo del destructor imperial, estaba el agregado militar de la alianza, el Capitán Viola.

“Parece que subestimé las cosas”.

Cuando Marinesk dijo esto, examinando la información clasificada de otras naves, había pasado una semana desde que había dejado atrás a Phezzan. No había vuelta atrás ahora. Continuaron evitando la red de vigilancia del imperio. Teniendo en cuenta a todos los colaboradores de Phezzanese acechando, incluso los pasaportes falsificados no les servirían. Pero antes de que pudieran decidir sobre un plan de respaldo, los operadores

anunciaron el acercamiento de un destructor imperial. Marinesk miró a Julián con abatimiento.

“Desearía haber sido más confiable. Perdóname, pero supongo que aquí es donde termina”.

“No tan rápido. Todavía hay una posibilidad de que podamos escapar con esto”.

Cuando Yang había ocupado la fortaleza de Iserlohn sin derramar una sola gota de la sangre de sus camaradas, Julián todavía tenía catorce años y ni siquiera era un militar legítimo, pero había aprendido dos lecciones del éxito ejemplar de Yang: Primero, cuando su enemigo no puede ser capturado desde a Fuera, lo haces desde dentro. Segundo, tú siempre tendrás como rehén al miembro enemigo más importante de su tripulación. El pensamiento de Julian corrió a toda velocidad. A los cinco minutos tenía un plan, y durante los siguientes tres se lo explicó a un grupo de compañeros pasajeros.

“Bueno, entonces, vamos a dar nuestro mejor esfuerzo”, agregó al final, adoptando conscientemente un aire de compostura similar al Yang.

No había ninguna garantía de que su propuesta funcionara, pero era su única esperanza, y así fue aceptada.

Cuando el destructor imperial *Hamelín IV* ordenó que la nave civil sospechosa se detuviera, su capitán fue informado de que los polizones a bordo habían tratado de apoderarse de la nave y que la única razón por la que habían cambiado de rumbo era para ponerse en contacto con *Hamelín IV* . El oficial administrativo de *Beryozka* , Marinesk, les imploró que tomen estos elementos peligrosos, tanto oficiales de la alianza regulares como no comisionados, fuera de sus manos tan pronto como sea posible. Con cautela, el capitán del destructor confirmó la información que apareció en su pantalla de comunicaciones y, durante el acoplamiento, hizo que los “elementos peligrosos” se subieran a bordo de su nave.

“¿Cuál de ustedes es el oficial de la alianza que planeó el secuestro?”

Cuando Julian fue arrastrado hacia adelante, su cabello liso despeinado, su cara sucia y su ropa rasgada, el capitán levantó las cejas de una manera afectada.

“Bueno, esto es sorprendente. Todavía eres un niño. Parece que la alianza está raspando el fondo de su barril de recursos humanos”.

El capitán dejó escapar una risa burlona que nunca alcanzaría su final. Las muñecas del chico, que aparecían firmemente encadenadas con esposas electromagnéticas, se alzaron, empujándolo por debajo de la barbilla. Momentos después, el cuerpo del capitán había caído al suelo. Mientras estaba atrapado por el chico, tres de sus guardaespaldas fueron arrojados contra la pared por los brazos de Machungo. Un cuarto saltó hacia atrás del ataque giratorio de Machungo, alistando su arma, pero un tiro haz desde el lado llego a la pantorrilla derecha. Dejó escapar un grito y cayó al suelo, retorciéndose de dolor. El disparo provino del arma que el capitán Wilock había entrenado una vez a Julian.

Así, el destructor *Hamelin IV* fue tomado por una pandilla ilegal.

Pero los vencedores aún no estaban listos para celebrar. Todavía tenían que tener cuidado de otras fuerzas imperiales y tomar precauciones en consecuencia. Julian y los demás se trasladaron al destructor y dejaron a *Beryozka* vacía. Marinesk estaba triste, pero era una consecuencia inevitable de su éxito: *Beryozka* tendría que ser sacrificada.

Pusieron la nave en el piloto automático y, después de dar tres señales de advertencia, Julian se disculpó en su corazón y *Beryozka* voló hasta los átomos. Después de hacer una demostración convincente de ello para los ojos de la Armada Imperial, en el momento en que entró en el territorio de la alianza, Julian desalojó a la tripulación del destructor y los puso en una lanzadera de rescate, dentro de la cual se encontraba el colaborador de Phezzanese. Al principio, mirando la imagen en la pantalla de comunicación, confirmó las caras de Marinesk y los demás. Wilock y sus amigos tenían la intención de matar a este hombre que se convertiría en un perro de caza para el imperio, pero Julian dudaba en tomar la vida de un

hombre desarmado. Julian les proporcionó comida y agua y estableció un bloqueo de liberación de tiempo para abrir las comunicaciones después de cuarenta y ocho horas. De lo contrario, la tripulación desalojada nunca podría haber contactado con la Armada Imperial para su recogida. Tal fue la meticulosidad de la técnica de Julián. Después de eso, su único objetivo era vincularse con la alianza.

Todo estaba lejos de terminar. Marinesk insistió en que el destructor ahora pertenecía a la tripulación de *Beryozka* y se preparó para una demanda con la alianza…

III

Cuando Julian narró estos eventos, la comida avanzó hacia un postre de pastel de arándanos y té negro.

“Deberíamos compensar a Marinesk de alguna manera. Por su cooperación de antes y más allá”.

Yang fue lo suficientemente generoso como para pensar que él debería ser quien proporcionara esa compensación. Y en ese frente, Yang había tenido éxito de la manera más atrevida. Ahora fue el turno de Julián de hacer preguntas.

“Entonces, ¿le devolviste la fortaleza de Iserlohn al imperio? Estoy seguro de que tuviste algún otro motivo para hacerlo, pero ¿puedes decirme qué fue eso?”

“No era nada, en realidad. Solo puse una trampa, eso es todo”.

Yang no estaba siendo particularmente modesto. Los explosivos eran una distracción, y cuando Yang le contó sus planes, Julian se encogió de hombros.

“Eso es deshonesto, incluso para ti. Si funciona, el imperio sin duda se pateará. Eres un hombre malvado”.

“Bien por mí. Tomaré eso como el cumplido más alto”. La expresión de Yang cambió ligeramente.

“Los únicos que lo saben son von Schönkopf, la teniente Comandante Greenhill, y ahora tú. Tal vez no sea nada, pero recuérdalo por si acaso”.

Julian se alegró de saberlo, pero cuando le preguntaron sobre el resto de su viaje, recordó algo importante.

“Conocí a dos, y solo a dos, personas notables. Uno directamente, el otro indirectamente, y quién está ahora en Heinessen. Un viejo conocido tuyo, al parecer”.

“¿Oh, es ella bonita?”

El comentario de Yang fue solo un poco serio.

“Es un él: Boris Konev. ¿Lo conoces?”

“¿Boris Konev…?”

Sostuvo su cuchillo en el aire, cavando a través de las minas de su memoria, pero en ninguna parte encontró el mineral que se le ocurrió fue el nombre grabado. Yang lo descubrió, por fin, en el fondo del túnel cuando Julian mencionó que era un amigo de la infancia.

“Ah, *ese* Boris. Ahora lo recuerdo”.

“Escuché que la senilidad comienza por no poder recordar los nombres de las personas”.

“¿A quién llamas senil? Solo tengo treinta y un años”, dijo Yang, quitándose sin reparos un año, y metiendo un tenedor en su pastel de

arándanos. “Es solo porque lo llamaste por su nombre completo, Boris Konev, que no lo recuerdo. Si lo hubieras llamado ‘Boris, el alborotador’, entonces habría sabido de quién estabas hablando”.

“¿Estaba tan mal?”

“Claro que lo era. Hizo que todos lloraran. Sus padres, sus amigos, lo que sea. Era un delincuente de primera clase, una verdadera molestia. Él siempre se interpuso en mi camino”.

“¿En serio?”, Dijo Julian sarcásticamente. “Según Marinesk, Boris pudo llevar a cabo sus numerosas bromas solo por su excelente compañero en el crimen”.

“Estoy seguro de que me encontraré con Konev uno de estos días. Ahora, ¿quién fue la segunda persona?”

Los intentos de Yang de pasar por alto su complicidad no fueron exactamente convincentes, pero Julian no siguió con el asunto.

“El otro era un hombre llamado Degsby, obispo de la Iglesia de Terra. Afirmó que ya no era un clérigo, que era un apóstata, pero…”

“Tiene que haber una razón para su autodegradación”.

Julian le contó a Yang lo que Degsby le había dicho. Yang aprendió por primera vez del conflicto entre Landesherr Rubinsky de Phezzan y su hijo y ayudante Kesselring.

Entiendo, pensó Yang. *Así que por eso estaban jugando su enemistad secreta detrás de las escenas.* Aun así, el hecho de que un hijo intentara matar a su padre, solo para que le pusieran las mesas encima, era como algo salido de una tragedia medieval. Sin embargo, nada de lo que explicaba por qué era posible que un obispo tuviera un conocimiento tan privilegiado de la élite de Phezzan. Parecía que la relación de la Iglesia de Terra con los líderes de la alianza era profunda, pero tal vez su relación con Phezzan era aún más profunda. ¿El rizoma de la Iglesia de Terra se ramificó tan lejos?

“Si había. Degsby me dejó con algo antes de morir. Dijo que el origen de todos estos eventos estaba en Terra y su iglesia, y que tenía que mirar a la Tierra si quería saber la verdad sobre el pasado y el presente”.

Degsby había respirado por última vez justo después de haber sido trasladado de *Beryozka* a *Hamelín IV* . Se sentía más como un suicidio prolongado. El color de su piel y la descomposición de sus órganos internos eran signos seguros de abuso de alcohol y drogas. Quizás había sido torturado por el dolor, pero a Julian le parecía que había estado sometido a ese abuso como castigo por su apostasía. Cuando el obispo recibió un entierro espacial, Julian no pudo evitar sentir pena por él.

“Entonces, todo está en la Tierra”, murmuró Yang, girando su taza de té con ambas manos y observando cautelosamente las nubes de tormenta que se elevaban desde el horizonte de su corazón.

“También me dijo esto: la humanidad nunca debe olvidar su obligación y deuda con la Tierra”.

Parecía que esto era lo que más quería decir Degsby. Yang todavía estaba observando y analizando las nubes de lluvia, pero asintió a las palabras de Julian de todos modos.

“Es un argumento sólido. Pero la conciencia justa no siempre conduce a la acción recta. Julian, nuestra civilización comenzó hace unos siete mil años en un rincón de un pequeño planeta llamado Tierra”.

“En el este, ¿verdad?”

“Sí. Algunas teorías postulan la existencia de una civilización avanzada desconocida antes de eso, pero en cualquier caso, la continuidad de la historia nos dice que el mundo antiguo era el vientre de nuestra civilización espacial actual”.

Mientras hablaba el estudiante fallido de historia, sus pensamientos como estratega trabajaban intensamente en su cabeza. No podía descartar muy

bien lo que el obispo había dicho como divagaciones delirantes.

“Pero incluso en la superficie de este planeta llamado Tierra, el centro político, económico y cultural ha cambiado con el tiempo. Desde que los humanos se han aventurado en el espacio exterior, ese centro se ha movido inevitablemente fuera del planeta”.

Yang adivinó que los discípulos de la Iglesia de Terra estaban involucrados en actividades extrarreligiosas con el objetivo de restaurar la soberanía de la humanidad a su trono legítimo en la Tierra. Eso era lo que el difunto, usando los términos más grandiosos que se permitía, había estado tratando de transmitir. Había detectado en Julian el fragmento secreto que quería que supiera.

“Julian, en comparación con aquellos que construyeron las primeras ciudades en las orillas del Tigris y el Éufrates, no hemos desarrollado mucho mentalmente. Pero, bien o mal a un lado, nuestro conocimiento ha aumentado y nuestros miembros han crecido demasiado para que podamos volver a nuestra cuna. Es impensable que la Tierra restaure su supremacía mediante alguna conspiración”.

A pesar de pensar de esta manera, no había nada que pudiera hacer al respecto.

“¿Entonces deberíamos dejar la Tierra a su suerte?”, Preguntó Julian.

“No, no iría tan lejos”.

Yang abrió con urgencia el directorio de su cerebro, dibujando una línea roja en una página determinada.

“Haré que Bagdash lo revise. Tales cosas están más en su callejón que luchando”.

Por lo tanto, su personal de inteligencia, que llevaba dos años, inactivo en la fortaleza de Iserlohn, recibió una tarea importante por primera vez en mucho tiempo.

“Mientras tanto, le pediré que se ponga en contacto con los de la oficina del comisionado de Phezzan que todavía se encuentran aquí en Heinessen. Con su ingenio rápido, al menos alcanzará la cola de esa serpiente venenosa”.

“Capitán Bagdash…”

Lo que Julian había dicho no era ni una pregunta ni una confirmación, sino una humilde objeción. Bagdash era miembro de la sede del personal de campo de Yang, pero su participación no tenía un pequeño pretexto. Hace dos años, cuando un grupo de militantes mortales conocido como el Congreso Militar para el Rescate de la República dio un golpe de estado con el objetivo de establecer una dictadura militar, fue Bagdash quien los había introducido de contrabando en la flota de Yang para asesinarlo. Pero su intención había sido fácilmente detectada, y Bagdash había traicionado a sus compañeros para que profesaran su lealtad a Yang.

“No hay nadie más”.

Julián cedió. A manera de cambiar de tema, preguntó sobre el plan estratégico de Yang para derribar a Reinhard von Lohengramm. Yang abrió su corazón a Julian de una manera que no lo había hecho al hablar con el Presidente de las Islands.

“Incluso si tengo éxito, me pregunto qué tipo de significado histórico tendrá. Lo que quiero decir es que, mientras derroto a Reinhard von Lohengramm por la fuerza y se disuelve el imperio seguramente beneficiará a la Alianza de Planetas Libres, ¿qué significará para el resto de la humanidad?”

Julian había pensado que deshacerse de un dictador debería beneficiar a toda la humanidad durante mucho tiempo, pero Yang no aceptó ese optimismo tan reductor. Yang crujió su cabello negro rebelde.

“Obviamente sería un gran golpe para la gente del imperio. Exigirán un gobernante de reforma poderosa, que probablemente será seguido por una falla gubernamental. Y si — no, cuándo — las cosas van mal, puede estar

seguro de que habrá una guerra civil. Las personas serán víctimas unas de otras. Es una historia dura. ¿Debemos hacer esto solo para lograr un poco de paz a corto plazo para la alianza?”

“¿Pero por qué nos preocupamos en esa medida? Creo que haríamos todo lo posible para dejar los negocios del imperio en manos del imperio”.

Yang estaba decepcionado al escuchar esto.

“Julian, nunca pienses que solo porque estás luchando contra otra nación no debes preocuparte por lo que le pasa a su gente”.

“Lo siento.”

“No, no te disculpes. Es solo que cuando miras las cosas a través del prisma de la nacionalidad solo, tu campo de visión se reduce y pierdes de vista las cosas más lejanas. Realmente deberías dejar de distinguir lo más posible entre amigo y enemigo”.

“Entendido, trataré.”

“Las cosas solo se pondrán más difíciles a partir de aquí, pero dicen que siempre es más oscuro justo antes del amanecer”.

“Es un famoso dicho de nuestro padre fundador, Ahle Heinessen, ¿no es así? Estaba animando a sus camaradas cuando escaparon del sistema estelar de Altair en barcos de hielo seco natural para embarcarse en una larga marcha de diez mil años luz”.

“Así que se dice, pero ¿quién sabe si algo de eso realmente sucedió? Es algo que cualquier revolucionario o líder de un movimiento político podría haber dicho. Pero Heinessen diciendo que tiene más prestigio que nadie que lo diga. Dudo que Ahle Heinessen haya querido ser idolatrado, mucho menos deificado”.

Yang sacudió la cabeza. Aunque tenía una violenta aversión a cualquier pensamiento que condonara la supremacía nacional, aquí estaba mostrando

obedientemente su respeto y afecto por el fundador de Heinessen. Había comprometido una parte de sí mismo para proteger a su amada democracia, pero cuando pensaba en cómo los resultados de su victoria podrían afectar a la gente del imperio, las alas de su corazón se volvieron pesadas y húmedas.

IV

A finales de febrero, en 799 SE, 490 año del calendario imperial, las maniobras de la flota de Yang Wen-li estaban en marcha. Más tarde, descrito como el principal ejemplo del “exquisito arte de las operaciones militares”, se conocería como un elegante éxito táctico, pero no tenía precedentes incluso a nivel conceptual. Que sus acciones fueran tácticas de desviación y su objetivo final, algo más completamente emocionaría a los futuros historiadores.

Como militar de una nación democrática para quien la autoridad no era un ideal despótico, Yang había enfrentado numerosas limitaciones y hasta ahora siempre había reconocido la superioridad de las líneas del frente de Reinhard von Lohengramm. Por fin pudo enfrentar al imperio de frente.

En cuanto a Reinhard, el primer acto fue totalmente decepcionante. Las razones detrás de esto también serían de gran interés para los historiadores, pero incluso un genio sin paralelo era propenso a lapsos ocasionales de juicio.

Mientras se estaba llevando a cabo la construcción de una base militar en el planeta Urvashi, Reinhard reunió a sus líderes más altos para reclutar y determinar estrategias a mediano plazo. El almirante senior Oskar von Reuentahl y el almirante Lennenkamp llegaron con sus flotas, lo que elevó el total de soldados a veinte millones. Solo el almirante Kornelias Lutz se quedó en la fortaleza de Iserlohn para establecer la soberanía sobre el corredor. Mittermeier y von Reuentahl se estrecharon las manos para celebrar su reunión, ya que casi todos los líderes de las fuerzas

expedicionarias de Reinhard se reunieron en la reunión táctica que se celebraba en la nave insignia de *Brünhild* en la órbita satelital de Urvashi.

El objetivo a largo plazo de dejar impotente la Fortaleza de Iserlohn al pasar por el Corredor Phezzan ya se había logrado, y se habían obtenido beneficios más que suficientes al recapturarlos. Pero había pocas razones para estar orgullosos de su logro cuando la flota más fuerte de Yang seguía vagando libremente.

Su plan actual dependía de dos opciones. El primero fue desplegar todas las fuerzas y hacer un impacto directo en la nación enemiga de Heinessen. El segundo fue capturar y suprimir los otros planetas y dejar la capital independiente, asegurando así futuras rutas de suministro desde el continente imperial. La decisión de Reinhard determinaría qué rumbo seguiría el imperio.

En reuniones recientes, Reinhard se había guardado sus propios juicios, y esta vez no fue la excepción. No estaba completamente presente, y la discusión de los almirantes era insignificante para sus oídos.

“Es totalmente inútil para nosotros estar encerrados aquí en la indecisión. Yo digo que atacamos la capital enemiga de una sola vez y provocamos una conquista total. ¿No es por eso que hemos venido hasta aquí?”

Por supuesto, hubo opiniones opuestas.

“Ahora que estamos aquí, debemos evitar hacer cualquier erupción. Ganar el control total de la capital no garantiza que la alianza caiga. Hay una buena posibilidad de que las rebeliones de otros sectores te hagan tropezar. Haríamos mejor para subyugar las áreas circundantes arrinconándolas física y psicológicamente hasta que pidan misericordia”.

Este vigoroso argumento no estimuló la mente de Reinhard en absoluto, y la reunión se suspendió sin haber llegado a una conclusión. La cabeza del joven dictador era pesada y no tenía apetito para la cena.

A la mañana siguiente, Reinhard no pudo levantarse de la cama. Tenía una

temperatura de más de 38 grados centígrados. El médico se apresuró a entrar con bastante nerviosismo, pero sus miedos pronto se derritieron como el hielo en la primavera cuando le diagnosticó a Reinhard nada más que una fiebre por exceso de trabajo. El capitán Kissling, el jefe de la guardia personal de Reinhard y el que llamó al médico, se sintió tan aliviado como él.

Cuando Reinhard, apoyando su cabeza dorada en una almohada, lo pensó, se dio cuenta de que había estado corriendo sin parar durante más de una década. No es que mirara hacia atrás en esta ascendencia con ningún tipo de autocompasión. Comparado con su rival, Yang Wen-li, Reinhard era mucho más duradero en su industria. Siempre había trabajado tanto en el ámbito militar como en el político, donde sus juicios eran siempre necesarios y razonables.

Probablemente fue una buena idea tomar un descanso de vez en cuando. Un cuerpo cansado significaba una mente cansada. Aunque se obligó a pensar y tomar decisiones, era imposible para él estar al tanto de las cosas como cuando estaba sano. Estaba impaciente, pero en algún momento tuvo que rendirse.

“Deberías tomarte las cosas con calma hoy, y mañana si puedes. El descanso es la medicina más simple, pero más efectiva”.

Reinhard obedientemente tomó el consejo del médico, dio una vuelta por el parque de sandman y se despertó cerca del mediodía. Presionó el interruptor del intercomunicador cerca de su almohada para pedir agua.

Habían pasado siete años desde que Reinhard se había acostado en la cama con fiebre. Había tenido muchas fiebres cuando era niño. Cada vez, su hermana Annerose lo cuidaba para recuperar la salud. De hecho, incluso cuando no era una fiebre importante, a veces se quedaba en la cama solo para sentir el toque de porcelana de su mano en su frente.

“Es sólo un poco de fiebre. Sigue adelante y duerme si quieres. Antes de que te des cuenta, te aburrirás y querrás levantarte de la cama, Reinhard…”

Su hermana tenía razón. Por la mañana, había tenido suficiente de la sensación de tener sábanas limpias, y cuando le dieron un almuerzo de sopa de verduras en la mano de su hermana, le dolían los músculos por una actividad animada, y le preocupaba cómo podría justificar salir de la cama.

Un estudiante de la academia entró llevando una bandeja con una jarra de agua de cristal. Reinhard recordó su cabello castaño rojizo y sus ojos verde oscuro. En respuesta a la mirada inquisitiva de Reinhard, Emil von Selle sostuvo el vaso con reverencia y le hizo una profunda reverencia.

“Fräulein von Mariendorf me ordenó cuidar de Su Excelencia”.

“¿Tiene conocimiento de medicina?”

Reinhard solo estaba bromeando, pero el chico respondió con seriedad.

“Mi padre era médico. He estado pensando en ir a la escuela de medicina militar una vez que me gradúe de la academia”.

Reinhard notó que el niño había usado el tiempo pasado.

“¿Y qué hace tu padre ahora?”

“Murió hace tres años en la batalla. Trabajó como médico a bordo de un crucero pero fue arrastrado junto con su nave en la batalla de Amritsar…” El tono del chico era neutral. “Pero su excelencia lo ha vengado. Me gustaría agradecerle, también en nombre de mi madre, por destruir la armada rebelde en Amritsar”.

Reinhard vació el vaso de agua fría en casi un trago y habló con suavidad.

“Asegúrate de obtener su licencia médica tan pronto como puedas, y te haré mi médico personal cuando lo hagas”.

Estas palabras hacen que los ojos del niño se agudicen con una profunda emoción. Emil se puso rojo de cara y se comprometió a hacer todo lo posible por este joven y elegante dictador que fue objeto de su admiración.

El médico entró con el capitán Kissling y, luego de dar nuevamente su opinión poco original de que la fiebre estaba relacionada con la fatiga, usó un inyector atomizador para tratarlo con un medicamento para reducir la fiebre. Para el capitán Kissling de ojos de topacio que estaba cerca, parecía estar haciendo gala de su lealtad hacia el maestro. Por supuesto, si el médico hacía movimientos sospechosos, Kissling estaba listo para matarlo allí mismo.

Reinhard volvió a dormir, soñando intermitentemente. Primero, su hermana Annerose, como estaba antes de ser encarcelada en el patio trasero del emperador, entró en el jardín de sus sueños. Con ropa modesta pero inmaculada, le estaba haciendo un pastel de cebolla. Ese olor fragante desapareció, y en el fondo estrellado de la pantalla, un pelirrojo Siegfried Kircheis le sonrió. Con esa nostalgia vino una queja ociosa.

“Si solo estuvieras vivo, entonces no tendría que lidiar con estos problemas. Podrías haber dirigido los comandos de mi fuerza expedicionaria mientras me concentraba en los asuntos domésticos en la capital imperial…”

A pesar de que pronunció estas auto-indulgencias, fue expulsado de la tierra del sueño. Cuando parpadeó para despertarse, balbuceando incoherentemente, una figura se movió en silueta más allá de la delgada cortina. Recordó que el chico Emil había estado allí todo el tiempo. El joven dictador rubio le aseguró que estaba bien, pero cuando notó que su frente y su cuello estaban cubiertos de sudor, hizo que Emil se lo limpiara. Después de cumplir cortésmente su deber, el niño le deseó vacilante éxito en la batalla.

“No te preocupes por mí, Emil. Cuando las habilidades de ambos lados son las mismas, el resultado puede ir en cualquier dirección. Además de mi propia suerte, también recibo suerte de mi amigo, que me dio su vida y su futuro”.

Reinhard cerró momentáneamente sus ojos ante el pedido de algo sin forma.

“Llevo sobre mis hombros la suerte de dos personas, por lo que nunca perderé ante Yang Wen-li. No te preocupes”.

Reinhard fue responsable no solo de sí mismo, sino también de los veinte millones de miembros de sus fuerzas expedicionarias, así como de los veinticinco mil millones de ciudadanos del imperio. Pero en este momento, la sensación de seguridad que le dio este niño solitario fue muy valiosa para Reinhard por razones que él mismo no comprendió.

CAPÍTULO 06: UNA BATALLA DESPUÉS DE OTRA

I

LA "TIRANÍA DE LA DISTANCIA" era una frase que se utilizaba para indicar cuán difícil sería el gobierno unificado de una sociedad humana que había crecido en un tercio a través de la fuerza militar. El que había impulsado esta política era Münzer, que había trabajado como el principal juez del emperador Maximillian Josef II. Maximillian Josef aceptó su lealtad, descartó sus planes de invadir la Alianza de Planetas Libres, y más de dos décadas de gobierno pacífico nunca montó una campaña en el extranjero.

Pero fue Kim Hua Nguyen quien acuñó el término "tiranía de la distancia" cuando fue elegido para ser el primer gobernante de la Alianza de los Planetas Libres, un honor que rechazó rotundamente debido a su vejez y ceguera. Era amigo íntimo del padre fundador Ahle Heinessen, quien murió en el camino durante la Larga Marcha de 10,000 años luz. Después de establecer la nación, no asumió el cargo público, asumiendo en cambio el papel de presidente honorario de la Fundación Aniversario de Heinessen. Cuando los líderes gubernamentales le preguntaron sobre las futuras políticas de defensa, él respondió:

"La distancia entre el continente imperial y nuestra comunidad se convertirá en nuestra mayor barrera protectora. Y mientras que alguien que posee una enorme ambición y un genio probablemente romperá esta barrera a su debido tiempo, no tendremos que preocuparnos por eso por un siglo o más".

Nguyen había muerto en 538 SE, 238 años antes del nacimiento de Reinhard.

"En resumen, la distancia controla militarmente las redes de transporte, suministro, comunicación y comando. Estas dificultades existen en proporción a la magnitud de esa distancia".

Estas condiciones eran de conocimiento común dentro de los militares, y al hacerles frente, tanto el imperio como la alianza habían experimentado derrotas dolorosas y vergonzosas.

En 799 SE, año 490 del calendario imperial, Reinhard von Lohengramm llegó con una enorme ambición y genio, obligando a todos a ceder a su propia tiranía de distancia, y aparentemente había roto esa barrera protectora como Nguyen predijo. Pero cuando consideró los suministros y las comunicaciones con el mundo natal imperial para una armada de veinte millones de personas, no podía estar contento al ganar solo una batalla. Y si bien era un hecho que se encontraban en una posición abrumadoramente ventajosa, la historia estaba llena de ejemplos de poderosas fuerzas expedicionarias perdiendo ante débiles defensivos.

Esta tiranía de la distancia, en lo que respecta a los recursos humanos, había causado una impresión duradera. Los proveedores de insurrección y sabotaje encontraron sus espíritus humedecidos por la nostalgia y el cansancio de la guerra.

A los conquistadores que prometieron extender su poder "hasta los confines del mundo", los soldados hicieron la vista gorda.

"Si quieres ir tan mal", dijeron, "¿por qué no ir tú mismo? Preferiríamos volver a nuestras ciudades natales y morir entre los seres queridos".

En la antigüedad, las enfermedades causadas por cambios en el terreno físico dejaron sus marcas en el cuerpo, aunque nadie podía decir que eso no era todavía cierto en la actualidad. Al ser confrontados con constelaciones diferentes del cielo nocturno al que estaban acostumbrados, era difícil para

los soldados reconciliarse. Para Reinhard, viajar a quince mil años luz de la capital de Odín fue un destello en la bandeja cósmica. Por otra parte, el corazón de sus soldados nunca había volado tan lejos de él. Con Odín como su base de operaciones, y una vez que la expedición de la alianza se completó durante su reinado subsiguiente, esta tiranía de la distancia lo seguiría donde quiera que fuera.

"Igualmente convertiría a Phezzan en la capital del nuevo imperio".

Reinhard fue dado a esta opinión recientemente. Una vez que hubiera conquistado la alianza, su territorio se duplicaría efectivamente. Para gobernar de manera eficiente mientras se mantiene un alto sentido de uniformidad, la capital actual de Odín estaba demasiado lejos del nuevo territorio. Reubicar la capital a Phezzan la situaría en un punto nodal entre los territorios antiguos y nuevos, suficiente para el gobierno centralizado como un centro de materiales e información. Si pudiera construir bases como la Fortaleza de Iserlohn a ambos lados del Corredor Phezzan, sería inexpugnable. Originalmente, Odín había sido la base de la Dinastía Goldenbaum, pero eso no significaba que Reinhard tuviera motivos para heredarla sin críticas. Una nueva dinastía implicaba una nueva capital. Un simple capital que acabó con la ostentación de la antigua dinastía…

Mientras tanto, sin embargo, Reinhard tuvo que concentrarse en desarrollar su base en el planeta Urvashi, que no sería su capital futura.

El primer ataque de Yang Wen-li causó daños a un grupo de naves de transporte que se dirigían a Urvashi a través de Iserlohn. Este debía haber sido el paso inicial hacia la creación de una base permanente de Urvashi. Doscientos cuarenta contenedores esféricos gigantes, completamente cargados con suficiente comida y combustible, invernaderos y plantas de armería, todo tipo de materias primas e hidrógeno líquido para veinte millones de personas durante un año, todo protegido por ochocientos cruceros y naves de escolta.

Los contenedores esféricos se habían hecho perforando túneles a través de

meteorito de níquel, llenándolos de hielo y luego sellando en ambos extremos antes de calentarlos con reflectores solares. En el momento en que el calor penetró en el centro, el gran volumen de hielo del meteorito se convirtió en vapor y se expandió tremendamente, dejando una esfera hueca gigante con una gruesa capa de níquel. Rellenos con carga y equipados con unidades de propulsión, los contenedores esféricos estaban completos. Sin la posibilidad de que los contenedores se defendieran, el convoy era una medida necesaria.

A cargo de esta operación estaba un joven contraalmirante llamado Sombart, que personalmente había solicitado que se le asignara este deber. No importa cuán simple sea la tarea, él quería ser conocido por algo.

El joven soldado tenía su mente concentrada en la guerra y tendía a minimizar la importancia de los suministros. A pesar de su juventud, era más viejo que su maestro, pero cuando Reinhard consideró que las fuerzas de la alianza estaban lejos de ser destruidas, lo alentó a estar en constante vigilancia, siempre manteniendo comunicación con la fuerza principal y solicitando refuerzos en el momento en que detectó peligro. Sombart hinchó su pecho con orgullo.

“Si fallaba, ofrecería mi indigna vida a Su Excelencia, para que pudiera confirmar la justicia de toda nuestra flota. Usted puede contar conmigo.”

Su jactancia hizo que los veteranos Mittermeier y von Reuentahl levantaran sus cejas aún más que las de Reinhard. Mittermeier se ofreció a ir, pero Reinhard sacudió sus rizos dorados. Por muy importantes que fueran los suministros, parecía un desperdicio de recursos humanos invertir a los generales de von Reuentahl y el calibre de Mittermeier en tal operación.

“Viendo que has hablado tan bien de ti mismo, te dejaré poner tu dinero donde está tu boca”, dijo, y envió a Sombart lejos.

Contrariamente a las expectativas de Reinhard, Sombart se dejó rebosar de confianza y con gran ánimo. No es que no fuera sin genio, pero no fue exactamente construido para prosperar bajo presión. Por lo menos, tenía la cantidad correcta de autoestima y precisión. Se había agudizado los nervios

y los colmillos, pero no era suficiente para rivalizar con la flota Yang, que estaba esperando su oportunidad. Cuando la flota del vicealmirante Thurneisen se apresuró a reunirse con las naves de transporte por orden imperial, Reinhard previó una crisis cuando las comunicaciones se hicieron intermitentes. Los contenedores fueron destruidos, la carga preciosa y todo, y las naves de escolta se redujeron a treinta, vagando por el espacio de batalla en un aturdimiento como perros que habían perdido de vista a sus amos.

Aunque el contraalmirante Sombart había logrado escapar de la muerte, solo viviría unos días más. Regresó en vergüenza a un implacable Reinhard.

“Es natural que el enemigo apunte a nuestros canales de suministro. Aunque me esforcé por enfatizar eso, y a pesar de su arrogancia, no hay excusa para el daño que llega a esa preciosa carga por negligencia. Tú serás tu propio juez.”

El contraalmirante Sombart recibió la orden de suicidarse con veneno. Los almirantes no dijeron nada. La razón por la que Mittermeier y los demás no lo defendieron fue que la ley marcial no hizo distinciones. No tenía corazón, pero no había nada que hacer.

Incluso si tenía el efecto psicológico de servir de ejemplo a otros, Reinhard convocó a sus líderes más altos para pronunciar su veredicto.

“Tengo la culpa parcial de no haber formulado planes concretos hasta ahora, pero si vamos a lograr la dominación total, no solo la invasión y captura temporales, debemos ser más cuidadosos. Creo que es hora de que eliminemos las fuerzas sistemáticas del enemigo de una vez por todas”.

La flota Yang no había regresado a la capital de Heinessen y estaba pasando por el sistema estelar de Bharat en busca de otras bases de recolección y suministro. El genio de Reinhard le permitió ver lo que estaba en la raíz de esa estrategia básica de cambiar las bases de recolección y suministro en cada batalla, pero también comprendió la dificultad de capturar y destruir al enemigo incluso con esa comprensión de las tácticas de alianza. En cualquier caso, tuvo que rastrear el paradero de Yang. Y cuando lo hiciera,

movilizaría todas las fuerzas.

Reinhard nominó al Almirante Steinmetz para el trabajo. El almirante Steinmetz, tomando su flota, hizo un avance inmediato hacia Urvashi.

II

La ruina de las naves de suministro de la Armada Imperial fue un gran éxito por parte de la flota de Yang. Pero fue solo el primer paso hacia la batalla más grande, más agonizante por delante. Para atraer a Reinhard von Lohengramm y enfrentarlo de frente, tuvo que seguir luchando y ganando. Solo por esa perspectiva, sus problemas estaban empezando. Cuanto más ganara, más enemigos formidables se interpondrían en su camino. Todo se parecía mucho a la acumulación de intereses en una deuda, y Yang ya sentía que la situación se estaba yendo de las manos. Al verlo así, Julian sonrió.

“Cada día te estás volviendo más y más como Griping Yusuf II”.

Julian se mantuvo al lado de Yang como si fuera la cosa más natural del mundo, cuando de hecho, a pesar de su ascenso a subteniente, no se había dado ninguna orden de reasignación de trabajo, por lo que nominalmente todavía era un agregado militar en Phezzan y no subordinado de Yang. Yang solo lo notó después de ir para Heinessen. Julian, por supuesto, lo había sabido todo el tiempo, pero se mantuvo en silencio al respecto. El teniente comandante Frederica Greenhill manejó hábilmente la situación, alegando que el subteniente Julian Mintz era responsable de proporcionar la información que había reunido sobre Phezzan para ayudar en las decisiones tácticas del almirante Yang, y eso fue suficiente para asegurar la posición de Julian a bordo. Julian también estaba agradecido por eso. Yang murmuró sobre eso por un tiempo, pero no expresó ninguna objeción y finalmente abandonó el tema.

El 1 de marzo, Steinmetz descubrió la flota Yang mucho antes de lo que esperaba. Esto era, sin que lo supiera Steinmetz, porque Yang había querido ser notado. Pero la localización de su descubrimiento fue problemática. A mitad de camino entre los sistemas estelares Raighar y Tripura, estaba muy lejos de cualquier ruta de envío conocida. La razón de esto fue obvia a partir de los datos capturados en Phezzan.

“Hemos confirmado la existencia de un agujero negro. Su radio de Schwarzschild es de unos nueve kilómetros, pero su masa es de sesenta mil cuatrillones de toneladas a la potencia de diez mil millones, y se estima que el radio de la zona de peligro es, a lo sumo, 3,200 segundos luz, o 960,000,000 kilómetros”.

“¿Entonces supongo que no deberíamos acercarnos más de mil millones de kilómetros?”

Según el operador, la flota de Yang estaba precisamente en esa línea de mil millones de kilómetros. Además, había asumido una formación convexa con el agujero negro en su parte posterior.

“¿Qué podrían estar planeando?”

Cuando Steinmetz inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado, el jefe de personal, el vicealmirante Neisebach disipó las dudas de su comandante.

“Poner la zona de peligro en su retaguardia limita nuestras trayectorias de ataque. No hay manera de que podamos rodearlos. Ese debe ser su objetivo”.

Steinmetz asintió. La opinión de Neisebach fue sólida en su persuasión. Steinmetz ordenó una formación cóncava. Ambos lados se vieron obligados a enfrentarse de frente.

A las 2100 horas de ese mismo día, estaban en rango. Primero, la flota de Yang arrojó haces de luz al enemigo. Las fuerzas imperiales devolvieron el

fuego, enviando una deslumbrante cascada al espacio de tono negro. Lenta pero seguramente Steinmetz siguió adelante, empujando a la alianza en aparente desventaja. La alianza comenzó a retirarse. Steinmetz estabilizó su corazón acelerado, extendiendo silenciosamente las dos alas de su formación cóncava en un medio cerco.

Un punto de inflexión en la batalla se produjo cuando, a las 5:30 h del 2 de marzo, la alianza, acorralada por la formación de semicírculo del imperio, repentinamente hostigada de disparos feroces. Momentos después, las naves de Yang habían traspasado el centro de la flota de Steinmetz, extendiéndose a ambos lados detrás del enemigo y conduciéndolos hacia el agujero negro.

Fue la ejecución perfecta de una estrategia de “violación y propagación”. La formación de Steinmetz había fracasado por completo. Habría hecho mejor para mantener su ventaja y cargar a la flota Yang en especie. Un comandante más imprudente habría hecho eso. Pero Steinmetz era de primera categoría y por eso había tomado la salida más segura, para su disgusto. Había estado ciego al hecho de que Yang no se había puesto a la defensiva precisamente para poder llevar a cabo este atrevido ataque.

La flota de Yang había rodeado a las fuerzas imperiales en un semicírculo, concentrando el fuego consistente en un solo punto, y así empujó a la flota Steinmetz al campo gravitacional del agujero negro. Las fuerzas imperiales surgieron como una estampida en un horizonte de eventos mortales, un abismo con un campo gravitatorio que alcanza los 600 billones de veces la densidad normal. La potencia de fuego de la flota Yang llegó fuerte y severa, y una nave imperial tras otra explotó en partículas de luz.

Los operadores de la nave insignia de Yang, *Hyperion,* aplaudieron con entusiasmo. Esto solo incitó la cautela de su comandante.

“¡Enemigo en la retaguardia! Temo un ataque de pinza”.

El receptor de este informe no mostró una décima parte de la emoción como el que lo dio. Yang se quitó la boina negra y agitó su cabello negro rebelde.

“Cuando dices en la parte trasera, ¿hasta dónde estamos hablando? La

distancia del tiempo está bien”.

El operador voló al panel de control, aplastó algunos números y estimó tres horas, más o menos.

Yang asintió una vez, volvió a ponerse la boina en la cabeza y metió el pelo despeinado debajo.

“Luego derrotamos al enemigo en dos horas y usamos la tercera para hacer nuestra escapada. ¿Suena bien?”

Con un tono despreocupado que uno podría haber usado para sugerir una cena después de una película, el milagroso Yang ordenó a toda su flota que intensificara su fuego.

Como una manada de ganado perseguido por un acantilado, la flota de Steinmetz fue presa del campo gravitatorio del agujero negro, al que sus naves no pudieron resistir.

“¡Ayuda, estamos siendo atrapados!”

Tales gritos congestionaron los canales de comunicación de la Armada Imperial antes de guardar silencio. A medida que la ineludible gravedad del agujero negro absorbió la flota de Steinmetz, las naves centrales fueron detenidas en línea recta, mientras que los buques de guerra circundantes se retorcieron y desgarraron como muñecas de papel por una feroz fuerza de la marea. Montando gigantescas ondas gravitacionales, corrieron por el espacio contra su voluntad. Desapareciendo en el horizonte de sucesos, no eran más que grupos de metal y no metal. Aquellos dentro de las naves que resistieron el tirón del agujero negro con todas sus fuerzas murieron por la rotura de órganos y huesos rotos antes de convertirse en bolas de fuego cuando los reactores de energía nuclear explotaron, mientras se lanzaban a través de un oscuro túnel de extinción. Fue un espectáculo maravilloso, como ver a un grupo de luciérnagas bailando frente a la muerte, su luz absorbida como la sustancia física que era. Los vencedores se convirtieron en esclavos de una extraña sensación de irrealidad, ya que cada bola de fuego se apagaba, una por una.

La mitad de la flota de Steinmetz se hundió para siempre más allá del horizonte del evento. De la mitad restante, muchas naves habían sido destruidas por disparos, mientras que aquellas que lograron escapar tanto del pozo de gravedad como del ataque de la alianza y el regreso a sus compañeros no constituían más del 20 por ciento de toda la flota. Este 20 por ciento, bloqueado por el ataque coordinado de Yang, apenas llegó a la línea del radio de Schwarzschild y, montando su órbita hiperbólica, ganó la velocidad suficiente para salir del rango. Aunque los comandantes habían logrado separarse, sus rostros eran blancos, como los de los muertos.

Tras su exitoso ataque de pinza, Yang se retractó de sus comentarios anteriores. Suspendió sus planes de escape, decidido a librar una batalla contra la próxima oleada del enemigo. No solo porque había muchas posibilidades de ser atacados por la retaguardia, sino también porque, al reunir varias piezas de información, sabían que el almirante Helmut Lennenkamp estaba encabezando la división de refuerzos. Ansioso por dejar las cosas a Steinmetz solo, Reinhard no había perdido tiempo en enviar apoyo. Lennenkamp había planeado estar allí a su debido tiempo, nunca imaginando que Yang caería en un enemigo el doble de su tamaño en cuestión de horas. Lennenkamp tendría que ser igualmente rápido.

“Señor Lennen, ¿verdad?” Murmuró Yang para sí mismo, abreviando el apellido como lo hacía a menudo para su propia conveniencia.

Por unos pocos segundos, se llevó una mano a la barbilla con un pensamiento profundo antes de chasquear los dedos, un sonido que solo él podía escuchar, y aun así solo débilmente. Si no fuera por la fe de quienes trabajan bajo su mando, sus mandatos habrían sido difíciles de comprender y aceptar.

“Disparen tres proyectiles de salva justo antes de que el enemigo esté dentro del alcance. Después de eso, nos retiraremos al sistema estelar Raighar. Pero lo haremos lenta y sistemáticamente”.

Incluso dentro de la flota Yang, nadie entendió el significado de esta orden, pero nadie lo cuestionó tampoco. Después de atravesar la oscuridad infinita

con tres disparos sin objetivo, comenzaron a escapar como si estuvieran acorralados por las fuerzas imperiales que avanzaban. Al principio, este último tomó el anzuelo y aumentó su velocidad, pero luego el Comandante Lennenkamp repentinamente ordenó a sus hombres que retrocedieran, y esto lo hicieron a regañadientes.

Fue entonces cuando Yang, con los ojos fijos en la pantalla, ordenó un contraataque completo.

Su tiempo fue exquisito. La retirada de Lennenkamp había dado impulso al ataque del enemigo. Destellos de luz cortaron la oscuridad y la flota imperial de una sola vez, iluminando pantallas y retinas con sus explosiones. Al ver la pared de luz acercándose a su navee insignia, Lennenkamp perdió la voluntad de luchar y se retiró después de todo. A las 13.00 horas, después de que la mitad de sus fuerzas hubieran sido expulsadas, la flota imperial se recuperó, momento en el que Yang hizo su escapada en serio.

“Me pregunto por qué el enemigo se retiró a medio ataque. Si hubieran seguido avanzando, probablemente habrían ganado “, dijo Julian al joven mariscal de pelo oscuro en el puente de *Hyperion.* Incluso para Julián, era un misterio.

Lennenkamp, explicó Yang, había sido atraído por la flota Yang en la batalla por la fortaleza de Iserlohn y le había asestado un duro golpe. Si Yang hubiera aprendido algo de este intercambio, era que Lennenkamp probablemente aprovecharía cualquier oportunidad que se le presentara como una trampa y tomaría las precauciones correspondientes. Si el retiro de la alianza parecía deliberado, entonces, sin duda, Lennenkamp sería cauteloso para perseguirlo. Cualquier comandante simple empeñado en vengarse habría hecho lo contrario. Yang había hecho un uso inteligente de esta psicología.

“Una vez más, muchas decenas de miles de viudas y huérfanos me despreciarán por lo que he hecho hoy. Es un poco demasiado pesado para soportarlo todo. Solo tienes que caer en el infierno una vez…”
A pesar de haber hecho un trabajo rápido de dos flotas imperiales en un

solo día, espesas nubes se reunieron sobre la expresión de Yang.

“Si el almirante se va al infierno, entonces voy contigo. Al menos nunca estarías solo “, ofreció Julian, hablando desde el corazón.

La expresión de Yang se suavizó.

“No seas tonto”, dijo, riendo amargamente. “Estaba planeando enviarte al cielo para que pudieras sacarme del infierno. Quiero que hagas tanto bien en este universo como puedas”.

Julian dijo que haría todo lo posible, incluso mientras saltaba con orgullo por dentro por la victoria de Yang. Julian había aprendido la psicología tanto de sus estrategias como de sus tácticas. Fue precisamente porque tanto Steinmetz como Lennenkamp no eran líderes incompetentes por lo que cayeron en las trampas psicológicas que Yang les tendió. Julian hizo una nota mental de que los oponentes de cierto grado de fuerza también podrían ser los más predecibles.

“En la flota de Yang, incluso una docena de vidas no son suficientes cuando combates dos flotas en un día”.

En la sala de espera de los pilotos de combate de *Hyperion* , el “As” Olivier Poplin, quien había ascendido al rango de comandante, estaba quejando como de costumbre. Su amigo Ivan Konev lo reprendió.

“En tu caso, necesitarías una docena de mujeres para cada una de esas vidas, por lo que es difícil de cualquier manera”.

“Eso no es del todo cierto. Para cada una de mis vidas, una docena de mujeres me necesitarían”, dijo Poplin.

“Bueno, cada vez que mueras, esas mujeres simplemente pasarán a otros hombres con sus propias virtudes”.

Habiendo perdido a su amigo por una respuesta, Ivan Konev dio un bostezo tranquilo.

III

El éxito de los ataques consecutivos de Yang Wen-li contra las flotas Steinmetz y Lennenkamp fue un duro golpe para la importancia personal de Reinhard. A pesar de su prominencia, los dos almirantes habían sido conducidos por la nariz. Su rabia era incomparablemente mayor que cuando sus naves de transporte habían sido destruidas.

Con su mirada azul hielo, Reinhard amonestó duramente a los dos almirantes que estaban arrodillados ante él. Se negó a permitirles reagrupar sus flotas y les prohibió cualquier otra participación en el espacio de batalla. Sus camaradas estaban aún más aliviados de lo que debían haber salido tan fácilmente.

“Espero que hayan aprendido bien de esto. Hay oponentes cuyo nivel no puedes medir. Piensa bien por qué les di sus posiciones actuales, y comienza desde la casilla uno”.

Reinhard tenía la intención de reasignar a Lennenkamp como comandante de la fortaleza de Iserlohn y poner a Lutz en su lugar, pero su secretario privado, Hildegard von Mariendorf, se opuso a él. Sus razones eran triples. Primero, si Steinmetz se quedaba atrás mientras Lennenkamp fue reasignado, el reasignado lo consideraría injusto. Segundo, ya había purgado al contralmirante Sombart, castigándolo como un ejemplo para otros, y hacerlo de nuevo en este caso dañaría la moral general. Tercero, todos estaban seguros de hacer caso a los deberes del comandante de la Fortaleza Iserlohn. Reinhard vio la solidez en el argumento de Hilda y detuvo su diatriba contra Steinmetz y Lennenkamp. Llevarlos a ambos fuera de la línea del frente tan tarde en el juego debilitaría severamente su fuerza militar. Solo podía acceder al mejor juicio de Hilda.

Los ojos azul hielo de Reinhard aparentemente emitían una luz penetrante,

reflejando la tormenta que se desataba en su interior. Necesitaría un día entero para calmar esa tormenta.

Con su lúgubre diseño interior y mobiliario, los alojamientos de los oficiales de alto rango ya estaban en su lugar en Urvashi. Por primera vez en meses, von Reuentahl y Mittermeier sintieron el toque de la tierra real bajo sus pies y disfrutaron de una conversación sobre el vino. Después de recordar varias batallas, el tema inevitablemente se dirigió al astuto general enemigo cuya amenaza enfrentaban actualmente.

“Sus tácticas son nada menos que magníficas. Pero no puedo imaginar que incluso Yang Wen-li intentaría compensar las deficiencias estratégicas acumulando victorias tácticas. Él debe tener algo más en la manga”.

Von Reuentahl miró la cara de su amigo, pero sus ojos no coincidentes estaban llenos de dudas.

“¿Qué pasa? ¿Has atinado algo?”

“Bueno…”

Mittermeier se cruzó de brazos.

“Solo dilo, solo a mí.”

El aire en la habitación se sentía espeso como el barro, como también lo hacía cuando luchaban

Como oficiales de bajo rango en las líneas del frente. Fue ese mismo grosor lo que hizo que Mittermeier dudara.

“Es algo que dijo el duque von Lohengramm. Es decir, que para que la alianza supere su desventaja estratégica, tendrían que matarlo – es decir, al Duque von Lohengramm – en el espacio de batalla. Su victoria no puede venir con otro precio”.

“Ah…”

En el resplandor de esos ojos desiguales, hubo un ligero parpadeo.

Algo sobre eso hizo que su amigo se sintiera incómodo.

“Entonces, si bien parece que Yang Wen-li insiste en una victoria a nivel táctico, estás diciendo que todo esto es un engaño para que el Duque von Lohengramm salga a la luz para que pueda enfrentarlo”.

“Todo tiene sentido, si lo piensas”.

“Eso es lo que hace”.

Von Reuentahl asintió mientras Mittermeier vertía vino en sus vasos.

“Si el duque von Lohengramm cae, perdemos a nuestro líder, el objeto de nuestra lealtad. La pregunta se convierte entonces en “¿Por quién peleamos?” Es todo lo que nuestro enemigo podría esperar”.

“El asunto de quién lo sucedería aún no se ha resuelto”.

“Quienquiera que lo suceda, nunca tendrá el dominio absoluto del Duque von Lohengramm”.

El tono de Mittermeier, como el parpadeo en los ojos de su amigo, era complejo. Sabía que el poder de razonamiento abundante de von Reuentahl venía con su propio equipaje irracional. No era solo el fraude, lo que daba la impresión de imprudencia subyacente, sino también que, cuando trabajaban juntos como hombres ambiciosos en tiempos difíciles, olía a un peligro excesivo. Probablemente él era el único que lo sabía, o eso pensaba Mittermeier, pero von Reuentahl quería cuidarse solo. No creía que debería estar desperdiciando su talento en la perforación de agujeros inútiles en el nivel del suelo.

Si conocía los sentimientos más íntimos de su amigo o no, von Reuentahl

miró la botella de vino vacía con nostalgia.

“¿Eso es todo lo que tenemos? Podría ir por otro”.

“Lamentablemente, desde que nuestras naves de suministro fueron destruidos, nuestros proveedores han sido menos generosos. No podemos tener solo oficiales de alto rango divirtiéndose”.

“Quedarse sin vino y cerveza es una cosa, pero si nuestras raciones de carne y pan se quedan cortas, afectará la moral de nuestros soldados. Ningún soldado hambriento ha ganado una guerra”.

“De cualquier manera, tendremos que luchar antes de llegar a ese punto”.

Esto significaba que Reinhard se vería obligado a enfrentar a Yang Wen-li de frente después de todo. Hasta ahora, había construido una posición ventajosa, y mientras esperaba estar cerca de la capital de la alianza, un dúo instrumental entre impaciencia e inquietud resonaba en los rincones de los cerebros más veteranos del imperio.

Fue durante este período interino que las fuerzas imperiales desplegaron a su tercera víctima. Una vez más, el almirante August Samuel Wahlen sería derrotado por la flota de Yang.

Wahlen era de una opinión totalmente diferente sobre un imperio que pasa sus días esperando ociosamente el próximo envío de suministros. Llegó a Reinhard con un plan operativo propio.

“De acuerdo con la información recopilada sobre Phezzan, la alianza tiene ochenta y cuatro bases de suministro en su territorio, además de material de almacenamiento. Viendo que nuestro convoy de suministros fue atacado, digo que nos echamos un ojo por ojo – atacamos sus bases de suministros y saqueamos todo lo que podamos”.

Reinhard estuvo de acuerdo con este plan, no por una pequeña codicia, sino

porque no estaba más cerca de tomar una decisión final, y el plan de Wahlen al menos mostraba iniciativa. Necesitaba más tiempo y, en cualquier caso, no podía desperdiciar la oportunidad de elevar la moral de sus hombres con la perspectiva de más suministros.

Por otro lado, dado que la fortaleza del imperio estaba en el planeta Urvashi, asumiendo que los estaba observando, Yang sabría con cierto grado de certeza si estaban en movimiento. Para ese fin, la flota Yang había desaparecido en algún lugar no muy lejos de Heinessen, dejando a Reinhard sin saber dónde debía enfocar su vigilancia. Esta desventaja puso incluso a los generales más competentes del imperio en una desventaja considerable.

Cuando la flota de Wahlen se dispuso a atacar la base de suministro de la alianza en la Región Estelar de Tassili, su paso fue bloqueado por la flota de Yang desde la dirección de Tassili. Una vez más, Yang hizo una demostración de su apariencia y se habría decepcionado si se hubiera ignorado.

Al ver que las naves de transporte nunca fueron construidos para el combate, solo tenía sentido posicionarlos en el centro de la flota para protegerlos del ataque. Sin embargo, Yang había colocado los contenedores de suministros en el frente, mientras que las naves de guerra lo seguían como sirvientes que atendían a su reina. La formación no tenía forma de tomar represalias contra un ataque frontal. En la mente de Wahlen, tal falta de atención al protocolo básico significaba que estaban buscando una pelea.

Cuando las fuerzas imperiales asumieron su más estrecha formación cóncava y se lanzaron hacia adelante, la alianza los detuvo en su camino. Lo que siguió fue un espectáculo vergonzoso. Si las fuerzas de la alianza se comprometieran, sus propios contenedores se interpondrían en su camino. Si se dispersaran en un campo de batalla, serían demasiado delgados para oponerse a una formación cóncava. Su fingida confusión provocó el primer disparo de las fuerzas imperiales, momento en el que la flota de Yang huyó tan galantemente como pudo. Aunque intencional en todos los aspectos, parecía tan genuino que el jefe de personal de Yang, el vicealmirante Murai, no pudo evitar comentarlo.

“Nuestra flota se ha vuelto bastante buena para fingir la retirada”.

La flota de Wahlen persiguió a las fuerzas de la alianza, disipando la desgracia de sus camaradas Steinmetz y Lennenkamp en el proceso, pero el comandante se abstuvo de continuar su ataque y ordenó a sus naves que confiscaran el cargamento como estaba previsto. Wahlen no era alguien que permitiera que la beligerancia lo superara. Debido a que las naves de transporte ya se habían ido, más de ochocientos contenedores, carga preciosa y todo, cayeron en manos de las fuerzas imperiales sin incidentes. El ganso torcido de la alianza les había entregado sus huevos de oro recién puestos.

Pero cuando la flota de Wahlen absorbió el gran conjunto de contenedores en su centro y comenzó a cantar una canción de victoria como los Vikingos de antaño, las fuerzas de la alianza reaparecieron, pisándole los talones.

“Retroceda mientras continúa protegiendo los contenedores”, ordenó Wahlen.

Colocó su nave en el extremo de la cola de la flota, dejando al jefe de la formación responsable del contraataque. Su formación coordinada y su poder de fuego hicieron que las fuerzas de la alianza vacilaran, y por un momento la alianza comenzó a retroceder en aparente confusión. Se mantuvieron a distancia y se mantuvieron tímidamente en su cola.

“Ellos simplemente no saben cuándo rendirse. Supongo que es natural, ya que hemos tomado su preciosa carga…”

Con lo cual innumerables rayos de luz salieron de los contenedores esféricos. No había forma de escapar que se disparara a tan corta distancia y densidad. Uno de los destructores fue destruido, mientras que un crucero y dos destructores más sufrieron daños masivos. Fue suficiente para hundir a las fuerzas imperiales en el caos.

“¡Han escondido tropas dentro de los contenedores! ¿Entonces ese es su pequeño juego, sabiendo que necesitamos los suministros?”

Wahlen chasqueó la lengua y ordenó a sus hombres que abandonaran el transporte de los contenedores y, en cambio, exterminaran a los parásitos ingobernables que se habían infiltrado en sus entrañas. Un contenedor, trenzado en hilos de rayos de energía que convergían en ocho direcciones, explotó en una convulsión momentánea. El primero de muchos.

Una bola de luz candente cubrió el campo de visión de los soldados imperiales cuando se produjo una cadena de explosiones y en su centro aparecieron gigantescos grupos de ardientes joyas. El precio de una de esas joyas fue la vida de decenas de miles de soldados.

Cada contenedor había sido equipado con un sistema de disparo automático rudimentario y cargas útiles de helio líquido. Y cuando sus rayos de energía convergieron con los contenedores, las fuerzas imperiales dispararon gigantescas y mortales explosiones por su propia mano. La turbulencia del calor y la luz los desgarró desde dentro. Los navegantes de la nave se quedaron atónitos en sus paneles de control tratando de evitar colisiones con sus compañeros de flota, pero sus esfuerzos fueron recompensados con un feroz ataque mientras la alianza los atormentaba con toda su fuerza.

La flota de Wahlen había provocado caos en forma y espíritu, y fue derrotada por completo por los disparos del ataque repentino de Yang. Decenas de miles de disparos de energía azotaron a las fuerzas imperiales, que gritaban y se retorcían de dolor. Cada ráfaga de luz era como un chorro de sangre que salía de las heridas de las fuerzas imperiales. Las naves de Wahlen, su tripulación y todo, sangre y metal, se vaporizaron, pareciendo algo como una cadena de soles en miniatura.

“Los seres humanos tienen su propio valor”, dijo el vicealmirante von Schönkopf al criticar la estrategia de su comandante en el puente del buque insignia de Yang, *Hyperion.*

Julian Mintz estaba contemplando la danza violenta de la luz y la sombra sin una palabra. Yang había imaginado que las fuerzas imperiales colocaban los contenedores en medio de ellos, rodeándolos con sus naves, y habían

llegado a instalar mecanismos de autoalimentación para aumentar sus posibilidades de atrapar a Wahlen.

A pesar de querer la destrucción unilateral, Yang no pudo unirse a sus alegres subordinados con optimismo.

“El enojo y el orgullo del Duque von Lohengramm ya habrán alcanzado una masa crítica. Él no tiene los recursos para sostener un conflicto prolongado. Cualquier día, nos atacará con todo lo que tiene, y quizás con una determinación aún más feroz y con tácticas aún más grandiosas que cualquier otra cosa que hayamos visto”.

Todos los ojos estaban puestos en Yang, quien se dio cuenta de que acababa de decir en voz alta las palabras que había querido mantener para sí mismo. No fue fácil tratar de evitar que la pared alrededor de su corazón se agriete.

IV

El último golpe a las fuerzas imperiales fue el más serio hasta ahora. Al reunir a todos los sobrevivientes que pudo, Wahlen regresó con vida, pero cuando se arrodilló ante el joven mariscal imperial y se disculpó por su pérdida irreflexiva, Reinhard resumió su ira de corazón frío en una palabra:

“Suficiente.”

Reinhard luego salió de la habitación. Los almirantes dejados atrás dejaron caer sus hombros, sus expresiones de alivio se reflejaban en los ojos del otro.

“Incluso alguien tan tácticamente como Wahlen fue engañado”, se quejaron.

“No, es precisamente porque es tan hábil que fue engañado. Lo mismo

ocurre con Steinmetz y Lennenkamp en ese punto”.

No solo estaban haciendo excusas. Un hombre más exaltado habría olvidado los contenedores por completo y habría ido tras el enemigo. En cuyo caso, ciertamente no se habría enamorado de los trucos de Yang. Wahlen se había tropezado con su propio razonamiento. Y, sin embargo, la pérdida de Wahlen no necesariamente significaba que no había cosechado al menos un tallo de trigo. Justo cuando estaban a punto de ser pisoteados por todos lados, había reagrupado su flota, al mismo tiempo que seguía los comportamientos posteriores a la batalla de la flota de Yang, confirmando así que la flota de Yang, que había emergido de Tassili, había desaparecido en dirección a la Región estelar de Lofoten.

Yang Wen-li estaba cambiando los puntos de recolección de la flota y las bases de suministros después de cada batalla, moviéndose de una a otra mientras luchaba.

Ahora que la realidad había confirmado el genio de la intuición de Reinhard, los generales veteranos del imperio estaban en una pérdida momentánea. Esto significaba que Yang no tenía una base central de operaciones, sino que procedía de manera nómada y con confianza táctica.

“Esto es problemático. Eso significa que todo el territorio de la alianza se ha convertido efectivamente en su base “, murmuró Fahrenheit, una mezcla de disgusto y admiración en sus ojos azul claro. En otras palabras, fue una guerra de guerrillas emprendida por una armada regular, y la Armada Imperial no tuvo más remedio que luchar contra un enemigo que no tenía cuarteles generales. Los más de diez mil años luz que habían recorrido para llegar hasta aquí no parecían ser tan largos después de todo.

En retrospectiva, Yang había renunciado a la Fortaleza de Iserlohn con demasiada facilidad. Habían predicho que no estaba demasiado apegado a él como base de hardware, pero tenía vagos temores con respecto a su minuciosidad.

Mittermeier pateó el suelo con el talón de su zapato.

“Es solo una flota”.

Una profunda cantidad de emoción fue doblada en esta voz baja. Admiración y humillación, el asombro y el enojo se convirtieron en una sopa hirviente.

“¡Con solo una flota, está jugando con nuestras múltiples fuerzas! Puede aparecer en cualquier momento y en cualquier lugar que quiera”.

Aunque las fuerzas imperiales eran conscientes de que la alianza tenía más de ochenta y cuatro bases de suministro, predecir cuál sería el siguiente Yang sería difícil, y en este caso, el conocimiento era más una fuente de confusión que de claridad.

“Cuando estábamos luchando contra esos hijos despiadados de la alta nobleza en la Guerra de Lippstadt hace dos años, pensamos que no había nadie tan incompetente como ellos. Pero eso fue un terrible error de nuestra parte. No importa cuán ingenioso sea Yang Wen-li, le sirve para que seamos engañados por una sola flota”.

Fahrenheit respondió al suspiro de Mittermeier con un destello en sus ojos azul claro.

“Igualmente destruiría las ochenta y cuatro bases de suministros sin ocuparlas. Al menos entonces la flota Yang estaría inmovilizada por el hambre”.

“Una proposición vacía”, dijo von Reuentahl sin rodeos. “Desplegar nuestras fuerzas ahora dejaría nuestra base militar en el sistema estelar de Gandharva, madura para la recolección. E incluso si pudiéramos obtener el control de los ochenta y cuatro, seríamos tontos al expandir nuestras fuerzas tan delgadas. Hasta ahora, todo lo que Yang ha hecho es sacarnos uno por uno”.

“¿Está sugiriendo, almirante Von Reuentahl, que simplemente nos apartemos y observemos su maldad?”

El tono de Fahrenheit era puntiagudo. El almirante heterocromático mantuvo la calma, deteniendo esa lengua afilada.

“De ningún modo. Todo lo que trato de señalar es que se escapa cada vez que lo alcanzamos. Moverse sin rumbo solo le daría más oportunidades para jugar con nosotros”.

“Pero no es que tengamos suficientes recursos para descansar por un tiempo”.

“Es por eso que debemos ser los que lo atraigan. Pondremos una trampa para rodearlo y destruirlo. Es la única manera. Ahora solo necesitamos averiguar a qué tipo de cebo responderá”.

“Si no lo derribemos esta vez, y nunca ganaremos”. Los ojos arenosos de Müller se llenaron de luz solemne.

Que la preocupación de los líderes del imperio apuntara más a Yang Wen-li que a la capital de la alianza y al gobierno era un prejuicio innegable. Como lo vieron, un ataque de Yang Wen-li representó una amenaza más real que cualquier otra cosa que el gobierno de la alianza podría haber hecho. Cada vez que una división militar operaba independientemente de su propio gobierno, el poder y la autoridad de los conquistadores opuestos era insostenible.

“Debe haber un patrón en los movimientos de Yang”, dijo el vicealmirante ambicioso y ambicioso Thurneisen.

Si solo pudieran analizar los patrones, podrían simplemente averiguar a qué base se dirigía.

“¿Qué eres, idiota?”, Dijo Wittenfeld. “¿Quién sabe cuántos años llevaría eso? ¿Debemos esperar hasta que haya agotado cada una de sus bases de suministros?”
Sin prestar atención a Thurneisen, ahora enrojecido por la ira, el comandante de Schwarz Lanzenreiter se volvió hacia Mittermeier y el resto.

“Mientras Yang Wen-li está merodeando como un gato en celo, digo que lo ignoramos y atacamos directamente la capital enemiga”, declaró Wittenfeld.

Su opinión no estaba del todo equivocada, a pesar de la vulgaridad con la que la expresó.

“Y cuando nuestros hombres se retiren al imperio, un Yang Wen-li saldrá ileso de su base de suministro actual, recapturará la capital y reconstruirá la alianza. Lo que significa que tendríamos que irnos, Odín sabe dónde derrotarlo”.

El tono de Mittermeier, aunque moderado, provocó a Wittenfeld.

“Todos ustedes están tan asustados de Yang Wen-li como un cordero de un lobo. ¿Cómo pretende evitar que las generaciones futuras se burlen de nosotros?”

Mittermeier mantuvo la calma contra estas duras palabras.

“Lo que temo no es al propio Yang Wen-li, sino la distancia que estamos poniendo entre el frente de guerra y nuestra patria. Si no puedes entender mucho, entonces no tenemos nada de qué hablar”.

Wittenfeld guardó silencio, porque no había nada más que decir. Y mientras que las comunicaciones eran completamente estables entre el imperio y Phezzan por el momento, la situación de suministro era errática en el mejor de los casos. Ninguno en la facción de Reinhard era tan tonto como para pensar que una guerra podría librarse sin provisiones.

Antes de que se presentara una conclusión, vino una orden de Reinhard. Llamando a todos los almirantes.

“He decidido sobre nuestra estrategia”.

El jefe de gabinete, Von Oberstein, tenía curiosidad acerca de los detalles del plan de Reinhard, pero el joven de cabello rubio solo daba una seguridad críptica.

“Dentro de un mes, la flota de Yang Wen-li será eliminada del espacio exterior. Estoy deseando que llegue.”

Von Oberstein se despidió, inseguro de lo que había restaurado tan dramáticamente la confianza de su amo.

V

La sala en la que se habían reunido los almirantes estaba completamente vacía de decoración. Si su flota de suministros no hubiera sido derrotada por Yang, podría haberse dado un poco más de preocupación por el diseño de interiores, pero por ahora la única elegancia en la habitación estaba ante ellos en forma de un joven dictador, incluso si las palabras provenían de Sus labios eran ásperos.

“Les pregunto, ¿por qué nos enfrentamos a esta larga marcha de diez mil años luz? ¿Fue para dibujar una línea bajo el nombre de Yang Wen-li? ¡No, era para trazar una línea a través de él! ¿Su orgullo militar brotó alas y salió volando a alguna parte?”

Varios almirantes, como si escucharan el trueno muy cerca de ellos, se pusieron rígidos al ver a Reinhard vestido con su elegante uniforme negro y plateado. Al escuchar las palabras “dibuje una línea bajo el nombre de Yang Wen-li”, los almirantes Wahlen, Steinmetz y Lennenkamp miran hacia abajo, como si alguna mano invisible empujara el dorso de sus cabezas. Solo Wahlen levantó su cabeza hacia atrás con determinación, mirando a su joven maestro a los ojos.

“Hemos dañado el nombre inviolable de Su Excelencia, y la profundidad de mi remordimiento por fallarle no tiene límites. Sin embargo, no, debido a esto, me ofrezco en cualquier capacidad que me necesite. Espero que me permitan compensar mis transgresiones con una nueva victoria”.

“No espero nada menos. Pero es hora de que llegue a un primer plano y resuelva esto de una vez por todas”.

Los ojos de Reinhard se dirigieron a otro almirante. “¡Von Reuentahl!”

“Sí señor.”

“Llevará su flota a la Región Estelar de Río Verde, donde atacará la base de suministro local y asegurará el área”.

Cuando von Reuentahl se tragó su respuesta y miró a Reinhard, el joven dictador sonrió levemente.

“¿Lo ves? Es todo un engaño. El resto de ustedes tomarán sus respectivas flotas y se irán por su cuenta. Y cuando Yang Wen-li vea que me han dejado solo, saldrá de su cueva al aire libre. Ahí es cuando lo atraparemos”.

Los almirantes intercambiaron miradas.

“Entonces, ¿Su Excelencia se convertirá en un señuelo, asumiendo el ataque de Yang Wen-li solo con su flota?”, Preguntó Neidhart Müller, hablando por todos los presentes.

El brillo en los ojos de su joven maestro fue suficiente respuesta. Müller de repente levantó la voz.

“Eso es demasiado arriesgado. Por favor, déjame al menos quedarme como su vanguardia.” Reinhard sonrió.

“Nada de lo que tengas que preocuparte. ¿Crees que perdería contra Yang Wen-li con la misma cantidad de tropas, Müller?”

“No, eso no es lo que quería…”

Al ver que Müller no tenía palabras, Mittermeier dio un paso adelante en su nombre.

“Eso no es lo que me preocupa. Yang Wen-li puede ser un general de renombre, pero al final del día, no es más que un comandante de flota. ¿No tiene sentido que Su Excelencia deba luchar contra él en un campo de juego parejo? Te ruego que lo reconsideres.”

Esa voz también fue derribada por el joven dictador.

“De hecho, su discurso tiene mérito, pero por lo que he oído, Yang Wen-li ha alcanzado el rango de mariscal. Y como soy un mariscal del imperio, diría que eso nos hace iguales”.

“Nadie en el universo es tu igual”, gritó Thurneisen con entusiasmo, pero como no propuso nada concreto, Reinhard solo asintió con la cabeza bruscamente. En los ojos artificiales de Von Oberstein, y en los desajustados ojos de Von Reuentahl, los colores de la burla aumentaron. Ambos miraron a Thurneisen.

“Brownnoser”, dijeron, llanamente. Mittermeier se aclaró la garganta.

“Muy bien. Dado que Su Excelencia ya ha decidido, no es nuestro lugar interferir. Pero si pudieras dejarnos entrar un poco en tu pensamiento, pondría a tus humildes sirvientes a gusto.”

“Entonces déjame limpiar una de tus inseguridades.”

Reinhard volvió sus ojos azul hielo al niño, Emil, que esperaba en un rincón, y pidió un poco de vino. Los almirantes se sorprendieron al escucharlo hablar tan suavemente, su tono más parecido a una solicitud que a una orden. Se dieron cuenta de que Reinhard tenía un grueso montón de papel en su escritorio.

Atado por cadenas invisibles de nerviosismo, Emil trajo una botella de vino tinto y una copa de vino. Llenó el vaso con vino y lo sostuvo con reverencia para Reinhard. Quizás los almirantes se sintieron más aliviados que él de no haber derramado una sola gota.

Mientras Reinhard agitaba su mano, que estaba tan finamente trabajada que parecía para todo el trabajo de un escultor que convocaba su mayor pasión y concentración, vertió el contenido carmesí de la copa de vino como una luz húmeda sobre la pila de papel.

La mirada colectiva de los almirantes se centró en el papel, ahora manchada como con sangre. Su mirada era tan caliente que parecía que el papel estallaría en llamas cuando sus puntos focales estuvieran perfectamente alineados. Los dedos de Reinhard recogieron una hoja de papel. Luego otra hoja, y otra, hasta que una ola de entendimiento se extendió sobre Mittermeier y von Reuentahl. Cuando finalmente levantó la primera hoja limpia, el joven dictador escaneó la habitación.
“Miren de cerca. El papel es delgado, pero se superponen con muchas hojas, y absorben todo el vino. Planeo usar esta estrategia contra la mayor parte del ataque de Yang Wen-li. Sus fuerzas nunca podrán penetrar cada capa de mi defensa”.

Reinhard solo hablaba metafóricamente, pero los veteranos generales de servicio prolongado comprendieron claramente el puro arte del plan de su maestro.

“Una vez que hayamos neutralizado su asalto, todos ustedes responderán con sus flotas y lo rodearán, aniquilarán sus fuerzas y forzarán su rendición”.

Los almirantes saludaron en silencio. Una vez más, su joven maestro había demostrado su genio.

El secretario en jefe de Reinhard, Hildegard von Mariendorf, solicitó una reunión formal después de la cena para proponerles cómo evitar un ataque frontal de Yang. El cabello rubio recortado de Hilda brillaba a la luz cuando hizo su caso.

“Digo que nos negamos a dar a la flota de Yang el beneficio de nuestra atención, tomar a Heinessen y forzar la rendición del gobierno de la alianza.

Si podemos hacer que ordenen a Yang Wen-li que detenga su inútil resistencia, habremos logrado tu objetivo de conquista sin disparar un solo disparo”.

“Pero entonces, desde un punto de vista puramente militar, habré perdido la guerra”. Hilda se quedó en silencio.

“No, no puedo hacer eso, fräulein. No hay forma de que esté perdiendo ante nadie. Mi popularidad y la fe que las personas tienen en mí provienen del hecho de que estoy invicto. No es por mi santa virtud que gano el apoyo de soldados y civiles por igual”.

Hilda se sorprendió al ver un par de autodesprecio parpadear en la cara de Reinhard. Se preguntó si la agudeza de la inteligencia de este joven no era también la semilla de su descontento.

“Como desees, entonces. Me reuniré contigo a bordo de la nave insignia.”

“No, Fräulein von Mariendorf. No fuiste construida para la guerra. Tampoco puedo soportar que te traiga la más mínima deshonra. Prefiero que te quedes aquí en Gandharva y esperes mis buenas noticias. Esta guerra no será nada como lo que pasó el otro día. No hay espacio para espectadores”.

Hilda comenzó a protestar, pero Reinhard la interrumpió.

“En la remota posibilidad de que algo te pasara, caería sobre mí disculparme con tu padre, el conde von Mariendorf”.

Hilda no dijo nada más. Un subteniente de nombre Alois von Liliencron fue asignado para dirigir un convoy de veinte naves para ella.

El chico Emil, que vino a preparar la cama de Reinhard, culpó a Yang Wen-li. Todo esto huyendo sin luchar fue pura cobardía. El joven dictador rubio sacudió su hermosa cabeza con una sonrisa.

“Estás equivocado, Emil. Los generales ganan su renombre solo al saber cuándo y cómo correr. Un animal salvaje que vive en modo de ataque constante no es más que una lámina para aquellos que lo cazan”.

“Pero Su Excelencia nunca ha huido de nada, ¿verdad?”

“Lo haría si fuera necesario. Simplemente no lo he necesitado.” Era un tono calmado y de reproche. “Emil, no trates de aprender de mí. Nadie puede hacer lo que yo hago. Solo les traería daño. Pero si aprendes de un hombre como Yang Wen-li, entonces al menos no serás un general tonto. No es que importe, ya que algún día te convertirás en médico. Solo estoy divagando ahora”.

¿Por qué Reinhard estaba permitiendo que este niño traspasara los corredores de su corazón? De hecho, ¿por qué lo estaba haciendo él? Reinhard, a su manera, estaba encontrando una respuesta, pero no sabía si era correcta. Tal vez era una forma de reparación, pero el propio Reinhard no quería reconocerlo como tal.

“No puedo vivir de otra manera. Tal vez eso no sea del todo cierto, pero de todos modos me puse en este camino desde muy temprana edad. Comencé a caminar para poder recuperar todo lo que me fue quitado. Pero…”

Reinhard se quedó en silencio. Emil ni siquiera podía imaginar cómo Reinhard había intentado terminar esa frase. Reinhard volvió a mirar al niño con ojos distantes.

“Hora de dormir. Un niño necesita tiempo para soñar”, dijo en su lugar, haciendo eco de las palabras que una vez le habló su hermana mayor Annerose. Con Siegfried Kircheis, que había venido a pasar la noche, estaba divagando en su estrecha cama, cuando su hermana había llamado desde la puerta: “Hora de acostarse. Los niños necesitan más tiempo para soñar que los adultos”.

Cuando Emil se inclinó respetuosamente y se dispuso a irse, el corazón de Reinhard se contrajo ante la sola idea de su archienemesis. Se detuvo junto a la ventana de vidrio duro, disfrutando de un panorama del cielo nocturno,

y habló para sí mismo.

“Esto es lo que siempre has querido. Y ahora que te lo estoy dando, será mejor que te muestres, Miracle Yang “.
Reinhard von Lohengramm lanzó su mirada azul hielo a la multitud de estrellas centelleantes. Eran los ojos de quien luchaba en su camino hacia la supremacía. Extendiendo su pecho, envuelto en una tela negra y plateada, presionó su palma contra la ventana. Sintiendo la reverberación de su propio pulso sobre el cristal, el joven rubio mostró algo menos que una sonrisa en su elegante rostro. Una sensación de completa exaltación llenó su cuerpo, haciendo que cada célula palpitara.
Por un momento, él estaba feliz. Había pasado un año y medio desde que perdió a su mejor aliado. Y ahora, estaba a punto de enfrentarse a su mayor enemigo.

Reinhard necesitaba a ese enemigo. No importa cuántas luces brillaran en el cielo nocturno, no había ninguna razón para que ninguna de ellas brillara sin algo que las reflejara.

El 4 de abril, Wolfgang Mittermeier tomó su flota y se dirigió a la Región Estelar de Eleuthera. Cinco días después, la flota de von Reuentahl atacó Eleuthera y la vecina Región Estelar de Río Verde.

El joven almirante, con los ojos desiguales, estaba parado en el puente de su nave insignia de *Tristán,* mirando a los planetas que retrocedían.

“Todas las flotas darán la vuelta para rodear y destruir la flota de Yang Wen-li. Ese es el plan, ¿verdad? ”. Dijo estas palabras solo para sí mismo.
“Una estrategia espléndida. Pero, ¿qué pasa si no volvemos todos atrás? ”

CAPÍTULO 07: VERMILLION

I

NO ES FÁCIL DE IDENTIFICAR cuando comenzó la llamada Guerra de los Vermillion. Si tomamos las victorias sucesivas de Yang sobre tres flotas imperiales como primer acto, entonces ya estaba en marcha en febrero de 490 IC. Además, la operación de Reinhard para tratar a cada sector de la Alianza de Planetas Libres como una trampa, mediante la cual trató de confinar a la flota de Yang, como si estuviera en una tela de araña gigante, se puso en práctica el 4 de abril, cuando la flota Mittermeier comenzó por primera vez en la Región Estelar de Eleuthera. Yang lo sabía, pero ordenó una marcha a la Región Estelar de Gandharva el 6 de abril y, para la décima, había tocado base con Wiliabard Joachim Merkatz, quien había sido invitado como secretario de defensa del legítimo gobierno imperial galáctico.

Cuando Merkatz vino a despedirlo, el primer ministro del gobierno en el exilio, el Conde von Remscheid, estaba visiblemente molesto. Reprendió a Merkatz por actuar como un veterano general que lo estaba abandonando. Merkatz no era el tipo para responder a cada distorsión y malentendido.

“¿Cuál sería el punto para mí permanecer aquí? ¿O por Su Excelencia el Conde o por Su Majestad el Emperador? Preferiría buscar la posibilidad de unirme a la flota Yang y derrotar al Duque von Lohengramm de una vez por todas. Excelencia, esperaba que aprobara mis acciones por ese motivo”.

El conde von Remscheid estaba en silencio. Se sintió avergonzado de sí mismo por no haber mencionado al niño emperador.

Cuando Merkatz abandonó la oficina del primer ministro, Bernhard von Schneider saludó a su superior con un saludo. Un grupo de hombres cansados en uniforme militar lo acompañaron. Von Schneider sonrió amargamente y se volvió hacia sus hombres.

“Esto es todo lo que queda de las legítimas fuerzas del gobierno imperial. Están preparados para unirse a Su Excelencia a largo plazo”.

Merkatz miró los rostros de estos “soldados del gobierno”. De diferentes edades y formaciones, el más joven era un niño que aún no tenía veinte años, claramente incómodo con un holgado uniforme que probablemente había heredado de su padre. El más viejo parecía ser de la generación de Merkatz. Lo único que tenían en común era su semblante, en el que detectó una frágil combinación de lealtad, valentía y satisfacción personal. Merkatz renunció a tratar de disuadirlos. Era obvio que iban a seguir su determinación sin importar qué. Así, siete divisiones se agregaron a la flota de Yang.

Merkatz no fue el único que se uniría a esta banda de irregulares. Los almirantes Morton y Carlsen, quienes se habían enredado con Reinhard y se habían visto obligados a la derrota, habían reagrupado a sus soldados gravemente agotados y llevados a cuestas en la flota Yang, pero el hecho de que habían hecho esto sin esperar al Ministerio de Defensa o la Unión Conjunta La sede operativa para aprobar sus peticiones era una prueba de que la orden militar existía solo de nombre.

Fue bajo estas circunstancias que se debatió el carácter de los soldados voluntarios de la alianza en vísperas de una “batalla decisiva final”, pero se pensaba que los soldados llamados voluntarios, a pesar de estar en posesión de espíritu de lucha y valentía, eran una “turba desordenada” en materia de suministros y comunicaciones. Y si bien los partisanos podrían potencialmente convertirse en activos valiosos más allá de sus capacidades, era difícil imaginar que pudieran reunir con eficacia suficiente poder en una decisiva cabeza a cabeza entre tales flotas gigantes. Incluso durante la guerra civil del Congreso Militar para el Rescate de la República, el número de voluntarios de sangre caliente había sido asombroso. Con tanta

confusión en el fondo, las habilidades de mando de Morton y Carlsen eran exactamente lo que Yang deseaba.

También descubrió la existencia de unos pocos irregulares a su alrededor. El hombre que acompañaba a Julian Mintz, su enorme cuerpo que se alzaba detrás de la sala de Yang, era el alférez Louis Machungo.

Cuando el teniente comandante Frederica Greenhill trajo los últimos datos sobre los movimientos de la Armada Imperial, Yang abrió los ojos al enorme hombre.

“¿Quién diablos es él?”

“¿Qué quieres decir con ‘¿Quién diablos es él?’ Es el alférez Louis Machungo”.

“Lo sé. ¿Qué está haciendo en mi nave?”

“Él está aquí por Julian, por supuesto. Un guardaespaldas muy espléndido”.

En pocas palabras, Frederica silenció a Yang, quien se había estado quejando de separar al público de lo personal. Machungo había asegurado su asiento.

Al leer los datos que Frederica le trajo en su habitación privada, Yang suspiró cuando sintió que el sol se ponía en el horizonte de su alma. Todos los datos sugirieron que la flota principal de Reinhard von Lohengramm, seguida por las flotas de sus veteranos generales, había abandonado la región estelar de Gandharva. Yang se sintió obligado entonces y allí a aspirar al control total de Gandharva.

“Qué hombre tan despreciable”, murmuró Yang por dentro.

Yang sintió que esas palabras se convirtieron en un lento goteo de miedo frío, que se filtraba a través de cada célula de su cuerpo.

O bien el alcance de las habilidades conceptuales de Reinhard von Lohengramm o la complejidad de su planeación habrían sido difíciles de manejar para cualquier persona común, pero el joven dictador rubio había llegado a los dos extremos.

Mientras Reinhard despachaba a sus almirantes a lo lejos, simulando el aislamiento de su flota principal, el hecho de que estaba tratando de atraer a la alianza hacia una enorme trampa se encontraba dentro del ámbito de la previsión de Yang. Pero nunca había imaginado que Reinhard abandonaría la región estelar de Gandharva. Cuando los almirantes de Reinhard se encontraban lo más lejos posible de la flota principal, Yang ya estaba planeando aprovechar la oportunidad para obtener la victoria en una batalla breve pero decisiva antes de que pudieran volverse y atraparlo. Pero Reinhard había movido su flota principal. La computadora de Yang predijo, por la velocidad y el ángulo de los movimientos de Reinhard, que cuando sus almirantes estuvieran más lejos de la flota principal y hubieran alcanzado el umbral de una maniobra de retorno, Reinhard estaría en el sistema estelar de Bharat, donde Heinessen sería visible con su desnudo ojo. Para evitar que la penetración de Reinhard en el sistema estelar de Bharat y los sectores que rodean la capital se conviertan en un espacio de batalla, Yang tendría que luchar contra Reinhard antes de lo que había previsto. Del mismo modo, Mittermeier y von Reuentahl estaban seguros de regresar antes y más cerca de lo previsto al posible espacio de batalla. Con Reinhard delante de él y von Reuentahl y Mittermeier en la retaguardia, Yang no estaba tan engañado como para pensar que podía ganar. Sus planes de victoria habían sido deducidos por el imperio, y debido a que el comandante supremo Reinhard necesariamente sería su objetivo principal, por primera vez podría poner su dedo en la línea de cincuenta yardas.

“¿Y qué hay de los otros cincuenta…?”

Por una vez, Yang no estaba en la mejor posición táctica. Tenía que ganar, pero hasta que sus almirantes regresaran al espacio de batalla, Reinhard tendría que mantener el frente de guerra. Teniendo en cuenta el carácter de Reinhard, seguramente valoró “ganar” sobre “no perder”, pero esa asertividad y proactividad iban de la mano con su ingenio sin fondo. No era

un simple torero corriendo salvajemente por la arena. Yang tuvo que encontrar una manera de ganarse a este oponente, el más heroico.

“No tengo otra opción, ¿verdad?”

Yang sonrió amargamente para sí mismo. Nunca le había gustado esta actitud de “debe hacerse”. Aunque no todo lo que su corazón deseaba se hizo realidad, quería permanecer en el camino de la independencia y la espontaneidad todo lo posible. En las huellas de su vida, el polvo del arrepentimiento ya se estaba acumulando.

“Si solo alguien más pudiera hacer esto por mí”.

Por supuesto, no había tal persona. Otros siempre le habían impuesto ingredientes que no podía cocinar, después de lo cual fue obligado a permanecer en la cocina hasta que logró una comida.

Al darse cuenta de un golpe reservado, Yang abrió la puerta a control remoto para revelar a un chico de cabello rubio con una expresión nerviosa en su rostro.

“¿Puedo entrar, mariscal?”

“Mi puerta siempre está abierta para ti. Adelante.”

El chico, que había subido al rango de subteniente cuatro años antes que su tutor, saludó y entró en la habitación. Peinó hacia atrás el flequillo de lino que cayó sobre su rostro bien formado. Tomó asiento y Yang preguntó qué pasaba.

Julian se inclinó hacia adelante.

“¿Qué piensas del Duque von Lohengramm dispersando sus flotas?”

“Qué pienso, en efecto”.

“Entonces, si no te importa que exprese mis pensamientos, obviamente es

una configuración. Nos está enviando una invitación: ven a atacarme, ahora que he enviado abiertamente a mis almirantes en diferentes direcciones y he dejado la base vacía. Si vamos tras él, caeremos directamente en su trampa”.

“¿Qué tipo de trampa?”

Una neblina se cernía sobre la expresión de Yang, pero la caliente nitidez de la mirada de Julian la disipó. Sin apartar la vista de Yang, hizo girar sus palabras en un suspiro.

“Cuando nuestra flota se acerque a su fortaleza, el enemigo sincronizará cada uno de nuestros movimientos. Cada flota se dará la vuelta, nos acorralará en su red gigante y nos aniquilará. Ese tipo de trampa”.

Yang se quitó su boina negra con su estrella blanca de cinco puntas y abanicó su rostro. En esos momentos, no sabía cómo elogiar la exactitud de las ideas del chico.

“¿Lo has sabido todo el tiempo, lo tomo? Incluso yo puedo verlo. Y sin embargo, estás tomando el cebo a propósito”.

Yang agitó su pelo negro en silencio. Julian se inclinó más cerca. Yang no pudo compartir el celo del niño.

“Hombre, por lo general son los más jóvenes los que insisten en hacer todo lo posible mientras que los más viejos intentan contenerlos, pero aquí es lo contrario. ¿Crees que voy a perder con el duque von Lohengramm?”

“No creas que puedes callarme con ese tipo de conversación. Es injusto.”

Después de un momento de silencio, Yang admitió que estaba equivocado y agachó la cabeza.

“Lo siento por eso. Tienes razón. Esa fue una manera injusta de decirlo”.

“No, estaba fuera de lugar. Lo siento.”

Yang se deshizo de las piernas y se enderezó.

“Escucha, Julian. Mi lema siempre ha sido nunca pelear cuando no hay posibilidad de ganar. No voy a ir contra esa lógica esta vez”.

“¿Entonces no hay posibilidad de ganar?”

“Honestamente hablando, en realidad no la hay”.

Yang devolvió la boina a su cabeza y metió su pelo despeinado debajo.

Quería que otros entendieran los hechos de la situación, pero solo sobre la base de la necesidad de saber.

“Sin embargo, solo tenemos una oportunidad en esto. Dado que el duque von Lohengramm ha adivinado con precisión mis objetivos, me está enviando una invitación. Si estuviera puramente interesado en sí mismo, se olvidaría de mí por completo y golpearía a Heinessen. Tal vez eso sea más eficiente, pero nunca lo hará, porque ha aceptado mi desafío grosero”.

“¿Entonces lo comprometerás en una batalla a gran escala?” Yang lo pensó con cierta dificultad.

“No, no soy tan romántico. Todo lo que me pregunto ahora es cómo podría usar el propio romanticismo orgulloso del Duque von Lohengramm contra él. Honestamente, desearía que hubiera una manera más fácil de salir de esto”.

Julian abrió la boca para decir algo pero luego la cerró. Nunca le interesó hacer que Yang se sintiera incómodo. Pero Julian se preguntó si realmente no había una manera más fácil. ¿Por qué si no se habría sentido tan obligado a preguntar al respecto?

“En cualquier caso, no exageres”. Yang asintió, aparentemente satisfecho.

“Estaré bien. No es mi costumbre hacer más de lo que se me exige. Aprecio

tu preocupación.”

II

El 11 de abril, el día antes de abandonar la base, Yang dio a sus oficiales y hombres el indulto de medio día. Era una costumbre hacer esto antes de cualquier guerra, y Yang se adhirió a ella estrictamente.

“Este es un mensaje de su comandante. A partir de hoy, son libre de hacer lo que quieran hasta las 2400 horas. Esto es para no tener remordimientos”.

Este mensaje, comunicado por el vicealmirante Murai, provocó vítores esperanzadores pero de alguna manera vacíos. Ludmila, que ahora sirve como su base de operaciones, era un pequeño planeta de roca estéril, y sin siquiera las escasas instalaciones recreativas para mantenerlos entretenidos, tener libertad de tiempo no significaba tener muchas opciones sobre cómo gastarlos. Olivier Poplin echó un vistazo a su amigo Ivan Konev y se encogió de hombros.

“Heinessen e Iserlohn no eran tan malos, pero ¿qué tipo de libertad podemos ejercer en un lugar como este? Oh bien, supongo que buscaré a alguien con quien compartir una noche de pasión. ¿Qué pasa contigo?”

“Estaré durmiendo en mi habitación”.

“Eres valiente por decir algo tan idiota en voz alta”.

“¿Idiota?”

“Suponiendo que estuvieras bromeando, sí. Más aún si lo dijiste en serio.”

“Te gustan tus bromas, eso es seguro”.

Estando en el extremo receptor de la despreocupación de Konev, Poplin hinchó un poco su pecho.

“Uno no puede vivir solo de chistes, pero tampoco querría vivir sin ellos”.

“Tú misma existencia es una broma”.

“Creo que ha salido de los límites del sarcasmo allí, Señor Konev”.

“En realidad no. Eso es sólo los celos de un hombre impopular hablando. Por favor no lo pienses, señor Poplin.”

Los dos aces pilotos intercambiaron sonrisas cínicas y se fueron por caminos separados.

Cuando Yang Wen-li la invitó a su habitación privada, la teniente comandante Frederica Greenhill supo exactamente cómo iba a gastar su “libertad de Cenicienta”. De cómo reaccionar, y le dio la bienvenida. Él cortésmente le ofreció un asiento.

Con un dedo, Yang Wen-li fue capaz de movilizar a una flota gigante de decenas de miles de naves en espacios de combate en todo el universo. Y, sin embargo, este joven, que originalmente había aspirado a ser historiador, no era el actor principal en todas las escenas de este drama llamado vida. En algunos, él era el actor aficionado que no podía envolver su lengua alrededor de sus líneas para salvar su vida. En este caso, logró, con un pequeño esfuerzo, poner en marcha el motor de su boca, y llamó el nombre de su invitado: primero como “Teniente” antes de corregirlo a “Teniente Comandante” y luego a “Señorita Greenhill”. Provocó una respuesta en su hermosa ayudante, pero no hizo ningún esfuerzo por continuar. No por despecho, sino por cobardía. Le tomó más valor que a luchar contra enemigos diez veces su tamaño. La llamó por cuarta vez.

“Frederica”.

Esta vez, la joven mujer de ojos color avellana no dio una respuesta inmediata. Fue prácticamente innovador que la llamara por su nombre. Abrió los ojos, respondiendo por fin con un sí, con el que recuperó su propia facultad para hablar.

“Se siente como si hubiéramos pasado once años atrás en el tiempo”. Frederica sonrió con ternura.

“El mariscal no me ha llamado por mi nombre desde que me salvaste la vida en El Fácil. ¿Te acuerdas?”

Yang Wen-li se sintió avergonzado y sacudió la cabeza como un autómata barato.

Había sido subteniente de veintiún años de edad cuando evacuó a los muchos civiles de El Fácil, luego completamente rodeado por la Armada Imperial. Incluso mientras se rascaba la cabeza con impotencia, lo que hizo a continuación abrió la primera página de “El milagroso Yang”. Cuando Frederica le llevó su almuerzo, el joven subteniente le dijo sinceramente: “Gracias, señorita Greenhill”, a los catorce años. Una niña de un año, que sonrió por reflejo y le dijo al joven oficial, más parecido a un erudito en formación que a un militar, que la llamara Frederica. El “Rescate de El Fácil” despertó su amistad. El destino de esa amistad estaba aún más allá del alcance de su visión. Yang ahora se encontraba en una encrucijada, y no le fue fácil salir de este estancamiento.

“Frederica, cuando esta guerra termine…”

Yang había organizado sus pensamientos hasta el momento pero no logró coordinar sus emociones e intenciones, por lo que las palabras salieron incoherentes e inconexas.

“Tengo siete años más que tú y, cómo debo poner esto, bueno, no soy la persona más fácil con quien convivir, y además tengo muchas fallas. Ahora que lo pienso, no estoy seguro de estar calificado para preguntarte esto. Incluso consideré tirar de mi rango de alguna manera. Probablemente sea

un inconveniente de mi parte preguntarte esto en vísperas de la batalla…”

Frederica contuvo el aliento. Sin dejar que su confusión se mostrara, ella entendió a dónde Yang iba con esto. Ella sintió que su pulso se aceleraba.

“Pero prefiero lamentarme de decir que lamento no haberlo dicho. Ah, esto es tan vergonzoso. He estado hablando de mí mismo todo el tiempo. Mi punto… mi punto es, me gustaría que nos casáramos”.

Yang había roto, vaciando sus pulmones de una sola vez. No se necesitaba una pequeña cantidad de energía para encogerse de hombros ante su indecisión. Frederica sintió que las alas se extendían y volaban vigorosamente en su corazón. Pensó por lo que parecía una eternidad en su respuesta a esta propuesta.

“Si combinamos nuestras pensiones anuales, no tendríamos que preocuparnos por alimentarnos, incluso cuando seamos viejos. Y…”

Frederica estaba buscando lo que debía decir, pero su memoria superior traicionó a su dueño. Sus palabras se habían ido a algún lugar de vacaciones.

“Mis padres tenían ocho años de diferencia. Tal vez debería haber mencionado eso antes”.

Frederica estaba fuera de sí misma, pensando que si no decía algo, Yang podría confundir su silencio con una declaración definitiva. Mirando a Yang, ella pudo ver que él no compartía su alegría. A pesar de la fama que le había brindado ser el mariscal más joven en la historia de las Fuerzas Armadas de la Alianza, este joven militar que no lucía ni siquiera en uniforme estaba destrozado bajo el flequillo que sobresalía de su boina.

“Um, ¿qué es?”

Yang luchó por expresar lo que estaba sintiendo. La suya era la cara de un estudiante de la academia que recibía un examen oral. Tal seriedad era la más impropia de él. Se quitó la boina y habló con incomodidad.

“No me has dado tu respuesta. ¿Te casarás conmigo?”

“¿Eh?”

Frederica abrió de par en par sus ojos color avellana y se sonrojó por su propio descuido. Todo lo que quería era un sí o un no. Todo lo que había dicho había superado indiscriminadamente ese obstáculo. Después de contener su corazón extático, Frederica dio su respuesta.

“Es sí, su excelencia”, dijo. “Es sí, Su Excelencia”, repitió, provocada por la absurda duda de que solo ella había escuchado su propia voz y que Yang no lo había hecho. “Sí, me sentiría honrada…”

Yang asintió torpemente, nuevamente luchando por juntar las palabras en una oración coherente.

“Gracias. Lo que quiero decir es… cómo debería ponerlo… yo, uh… “Al final, Yang no dijo nada.

Julian Mintz entró en la habitación privada del vicealmirante Alex Caselnes como si fuera por atracción gravitatoria. Caselnes sospechó y sonrió una vez que supo la razón. Él mezcló una bebida ligeramente diluida y se la ofreció al chico.

“Entiendo. Yang finalmente mordió la bala, ¿eh?”

Julian asintió y bebió vigorosamente, ahogándose mientras caía. Los cubitos de hielo en su vaso tintinearon. Caselnes sonrió y llenó su propia copa.

“Es básicamente una ocasión propicia. ¿Vamos a beber para ello?”

Julian miró su vaso y se puso rojo en la cara, y no solo por el alcohol. Se disculpó por haber bebido tan groseramente antes de compartir un brindis.

Caselnes dejó caer un poco de hielo en el vaso de Julian y le sirvió una bebida que tenía un color ligeramente más oscuro que el primero. Después de hacer sus brindis, Julián preguntó:

“Usted dijo que es básicamente una ocasión propicia. ¿Qué querías decir con eso?”

“Propicia para Yang, porque en realidad encontró a alguien para ser su novia. Y una de primera clase en eso. Y aunque podría cuestionar los gustos de la teniente comandante Greenhill, se está casando con alguien que ama, lo cual es realmente algo para celebrar. Puedes tener un funeral solo, pero se necesitan dos para una boda”.

“Entonces, ¿por qué dijiste “básicamente”? ¿Tienes reservas?”

Caselnes evitó una respuesta inmediata y se sirvió un tercer vaso. Tomando la bebida en la mano, respondió sin ponérselo a los labios.

“Por la misma razón que vaciaste tu vaso antes de brindar”. Julian se quedó en silencio.

“Solo puedo asumir que sientes algo para la señorita Greenhill”.

Julian se puso completamente rojo. Los cubitos de hielo bailaban mientras golpeaba su vaso sobre la mesa.

“¡No quiero nada más que lo mejor para ellos! Realmente, los amo a ambos. Es natural que terminen…”

“Entiendo.”

Caselnes hizo todo lo posible por mantener al chico tranquilo.

“¿Otra ronda?”

“Sí, aguadas”.

El vicealmirante obedeció la orden del chico.

“Tal vez no sea mi lugar decirlo, pero los mecanismos del amor y el corazón humano no se pueden resolver con aritmética. No hay una fórmula mágica. Eres lo suficientemente joven para salir de esto. Pero cuando se pone más serio, tu amor por una cosa viene a expensas de tu amor y respeto por otras cosas. No es una cuestión de bien contra mal. Simplemente no puedes evitarlo. Honestamente, estaría un poco preocupado si estuvieras locamente en este punto. Eres un niño inteligente y de buen carácter para arrancar. Por otra parte, las llamas tienen una forma de estallar en los lugares más inesperados”.

“Si entiendo.”

“Hmm, bueno, me alegro de que lo hagas, incluso si es solo en tu cabeza”, dijo Caselnes, quien vio a través de Julian. Cambió el tema. “Pero me pregunto, ¿seguirán llamándose “almirante” y “teniente comandante”, incluso después de que estén casados?”

“De ninguna manera – nunca harían eso”.

Caselnes hizo una mueca severa ante la respuesta automática de Julian.

“Cuando mi esposa y yo nos casamos, al principio ella me llamó Comandante Caselnes. Era todo lo que podía hacer para no saludar cada vez”.

Julian se echó a reír, pero era obvio para Caselnes que lo hacía principalmente por cortesía.

“Vamos a guardar esta discusión para después de nuestra victoria. ¿Y qué vas a hacer, Julian, una vez que se hayan casado? Siempre podrías vivir con ellos”.

La respiración de Julian estaba caliente con alcohol y otras cosas. Volvió a poner el vaso vacío sobre la mesa y tosió varias veces.

“No me gustaría interferir con su vida de recién casados. ¿Cómo va el dicho? ‘Aquellos que molestan el amor de los demás deben ser asesinados por la patada de un caballo’. Solo me interpondría en el camino”.

Julian estaba tratando de ignorarlo, pero si Yang y Frederica se casaban, sabía que tendría que distanciarse de ellos.

En el pecho de Julian, la imagen de un planeta que aún no había visto estaba tomando forma. Era un planeta modesto que giraba alrededor de un pequeño sol, situado en las afueras del territorio imperial. Este planeta, Terra, fue el tercero en su sistema solar. Había sido una vez el único mundo habitado por la humanidad. Cuando escuchó el nombre de la boca moribunda del obispo Degsby, Julian supo que tenía que ir allí al menos una vez.

Julian no tenía forma de saber lo que le esperaba en Terra. Si la espada con la que podía romper el velo de la historia estaba escondida allí, entonces tenía que tomarla. Mezclado con la crema de este deseo, el café negro de su previsión ya no era solo eso.

De cualquier manera, vio el valor de ir allí por el simple hecho de hacerlo. Julian no se acercaba a la percepción de Yang, que no tenía más remedio que acercarse al pasado y al futuro de manera diferente. Pero lo que Julian carecía de una visión que compensaría en acción. Si él tuviera una vida después de esta guerra, y el matrimonio de Yang con Frederica se hiciera realidad, lo tomaría como una señal para partir hacia Terra.

“Para su felicidad”, murmuró Julian en voz baja, metiendo sus pensamientos sin rumbo en un cajón y cerrándolo.

Caselnes lo observó atentamente, su expresión era una mezcla de curiosidad y simpatía.

III

La flota de Yang abandonó la base y estableció un rumbo para el sistema de estrellas Vermillion.

"De repente, nos hemos convertido en una gran familia extensa. No envidio a Yang por tener que supervisarlo todo".

Caselnes estaba hablando a Julian como un "irregular" a sí mismo. Después de perder la fortaleza de Iserlohn, su posición como director administrativo se había ido con ella, pero hasta que se decidieran sus tareas posteriores, conduciríamos a la nave insignia de *Hyperion* con autoridad. La reducción de la distancia entre ellos y su destino fue directamente proporcional al aumento de su ansiedad.

Cuando llegaron al perímetro más exterior del sistema estelar Vermillion y vieron en la pantalla su débil sol colgando como una pequeña fruta a comienzos de la primavera, los líderes de la alianza casi podían escuchar sus propias venas apretándose.

"Un sol tan patético", maldijo el vicealmirante Attenborough.

En su nerviosismo, el desmayo de esa solitaria estrella fija lo hizo sentir incómodo. No importa cuán vívidamente brillara esa estrella, él habría encontrado una manera de criticarla.

"Si no logramos bloquear al Duque von Lohengramm esta vez, no tendremos a dónde ir".

Más que una realización normal, esta era una realidad decidida, por lo que Julian no podía simpatizar con lo que decían los oficiales del personal. Sus ojos, de acuerdo con algún pacto silencioso, estaban enfocados únicamente en su comandante. Ver a Yang disfrutar de su conversación con Merkatz con tanta compostura disminuyó ligeramente sus cargas emocionales. Mientras su comandante estuviera vivo y bien, podían esperar un milagro.

Incluso como mariscal, el atuendo militar de Yang no había cambiado. Su

boina negra — en relieve con una estrella blanca de cinco puntas — chaqueta negra y medias botas, bufanda de marfil y pantalones, era lo mismo. Solo las insignias de rango estrella habían aumentado en uno. El significado de lo que esa estrella simbolizaba parecía mayor, pero no había producido ningún cambio notable en el comportamiento de la que honraba y hacía que Yang no pareciera más militar que él.

Merkatz, de pie junto a Yang como su consejero, vestía el uniforme negro y plateado de la Armada Imperial. En su cuerpo de mediana edad, las insignias se superponían entre sí. Era, naturalmente, un hombre de cualidades guerreras más que militar, e incluso en la más alta estima de Frederica Greenhill parecía más el superior de Yang.

La escaramuza entre ambos lados se abrió con una silenciosa competencia de reconocimiento. La alianza dividió los 125 mil millones de segundos cúbicos de luz que rodeaban al sistema estelar Vermillion en diez mil sectores, que se cubrieron con dos mil patrullas de vanguardia. El Jefe de Estado Mayor, Murai, supervisó toda la operación, superando por mucho a su comandante de pelo negro cuando se trataba de estas tareas meticulosas. Yang se sintió justificado en esta asignación de deberes, ya que cualquier diligencia práctica que le quedaba había sido destruida por su implacable evacuación de El Fácil once años antes.

En los treinta minutos previos a la batalla, el nivel de su ansiedad aumentó con cada silencio continuo hasta que las fuerzas imperiales llegaron a la escena. Un suboficial dentro de la división de reconocimiento FO2 del teniente Chase fue el primero en hacer el descubrimiento.

“¡Teniente, mira!”

La voz del oficial fue restringida en volumen, su tono no era suficiente, y fue suficiente para poner nervioso al teniente. Una multitud de luces ondulantes amenazaron con sobrepasar la extensión de tono negro, tragando la débil luz de las estrellas detrás de ellas en un acercamiento silencioso.

El teniente encendió el FTL, su voz y sus dedos temblaban.

“Este es el reconocimiento de vanguardia, división FO2. Hemos visto las principales fuerzas del enemigo. La posición actual es el sector 00846, en dirección al sector 1227, 40.6 segundos luz fuera. ¡Se están acercando rápidamente!”

Por otro lado, la red de búsqueda de enemigos de la Armada Imperial había descubierto un pequeño nido de ratones vagando por delante de ellos. El vicealmirante Rolf Otto Brauhitsch, quien luchó en la Batalla de Kifeuser bajo el mando de Siegfried Kircheis, fue el primero en recibir imágenes de su satélite de reconocimiento, junto con un informe de su pequeño grupo de patrullas.

Cuando su subordinado le preguntó si debían buscar y destruir, él negó con la cabeza.

“En el mejor de los casos, sería una pequeña victoria atacar a una flota de reconocimiento. No perdamos el tiempo. Estamos mejor tratando de determinar la dirección de su regreso, junto con la posición de las fuerzas principales del enemigo”.

La orden de Brauhitsch fue acertada, ya que mientras la división de reconocimiento FO2 de la alianza estaba dando a conocer la posición del enemigo a sus aliados, también estaba ocurriendo lo contrario. Debido a que no estaban tomando el rumbo más directo de regreso a su base de operaciones, la trayectoria de su camino fue fácilmente discernida por una computadora táctica.

Cuando recibió el informe de Brauhitsch, Reinhard había estado contemplando el océano de estrellas extendidas en la pantalla desde el puente de su nave insignia *Brünhild* . Su rostro rubio adquirió un tono más pálido a la luz de las estrellas que llovían sobre él, como una imagen de porcelana blanca en el fondo de un río. Los otros a su alrededor dudaron en hablar, conteniendo la respiración mientras se sumergían en sus respectivos deberes. Fue el almirante senior Paul von Oberstein quien rompió ese silencio sagrado al anunciar el acercamiento de la flota enemiga al joven mariscal imperial.

“Lo más probable es que hagamos contacto con el sistema estelar Vermillion”.

Desde el inicio de su misión, Reinhard estuvo de acuerdo con las deducciones de von Oberstein en todos los frentes. Desde tiempos inmemoriales, los espacios de combate fueron elegidos con mayor frecuencia en base a acuerdos implícitos entre enemigos y aliados por igual. En este caso, y por esa razón, Reinhard no tenía ninguna duda de por qué Yang Wen-li había elegido el sistema de estrellas Vermillion como su espacio de batalla decisivo.

“Entonces, será aquí después de todo”.

Aunque el joven rubio murmuró estas palabras sin mucha admiración, cuando llamó a su ayudante principal, el Contralmirante von Streit, ordenó un descanso para todas las divisiones. Reinhard sonrió a su ayudante sorprendido.

“No hay razón para pensar que la batalla comenzará pronto. Recojamos nuestros nervios mientras podamos. Dejalos hacer como lo harán por tres horas. Incluso pueden beber si quieren.”

Cuando el asistente se despidió, Reinhard permaneció sentado en la silla del comandante y cerró sus pestañas oscuras, entregándose a la expansión de su corazón.

A todas las tropas también se les otorgó un descanso inesperado en el lado de la alianza, mientras que sus líderes más altos comenzaron a conversar en la sala de conferencias tomando un café. Yang tomó un sorbo de su taza. No sabía nada de café. Tampoco le importaba su calidad.

“No es que deba recordarte, pero el Duque von Lohengramm es un genio sin paralelo. Si lo enfrentamos en igualdad de condiciones, casi no tendremos ninguna posibilidad de ganar”.

“Probablemente tienes razón”, dijo Yang.

Von Schönkopf estaba siendo franco. No era un tabú dentro de la flota de Yang implicar retirada o rendición.

“Dicho esto, no eres tan malo como todo eso. Solo este año, ¿no has liderado por la nariz no a uno sino a tres almirantes imperiales de renombre?”

“Tuve suerte. Tal vez no *solo* la suerte, sino la suerte de todos”.

Yang dijo la verdad como la vio. A pesar de haber destruido tres flotas imperiales en esta guerra, enfrentarse a Oskar von Reuentahl y Wolfgang Mittermeier significaba que Reinhard von Lohengramm no podría componer su canción de victoria como estaba previsto. Aunque no pensó que perdería, una victoria sucinta sería más fácil de decir que de hacer. En la medida en que se encontraba en la etapa de exploración, era impensable que el mismo Reinhard y la Armada Imperial — estas dos cosas incomparables — fueran lanzados a la mezcla en este punto, y por esa razón no tenía intención de probar su suerte aún más. Para estar seguro, había tenido éxito hasta el momento, pero eso no significaba que la diosa del destino todavía le estaba sonriendo. Más bien, por esas victorias consecutivas sintió que había agotado sus tres deseos.

Merkatz miró a su comandante, lo suficientemente joven como para ser su hijo, con ojos amables, pero no dijo nada.

“La formación del enemigo es estrecha pero lo compensa en profundidad y densidad. Yo diría que están planeando un ataque de perforación central”.

Los brazos cruzados del Jefe de Estado Mayor Patrichev eran prácticamente del tamaño del torso de Yang. Aunque intentaba trascender su trabajo de escritorio para convertirse en un comandante de primera línea desde los días en que la flota de Yang se llamaba la Decimotercera Flota, este hombre dinámico y jovial había sido constantemente estacionado por Yang en el cuartel general.

“¿No te preocupa dejarlos correr libres?”, Dijo Olivier Poplin. Pero Patrichev entendió la estrategia de Yang.

“Tiene sentido para mí”, entonó en su bajo operístico, aunque se preguntó cuánto alivio sería para los soldados.

A medida que la cadena de discusiones que llevaban su equilibrio mental a su límite disminuía y los oficiales del personal abandonaban la sala, Walter von Schönkopf se quedó atrás. Yang momentáneamente miró hacia otro lado antes de hablar.

“¿Crees que podemos ganar, Vicealmirante?”

“Eso depende de si realmente quieres ganar”.

El tono de Von Schönkopf era extremadamente serio. Yang no estaba en posición de descontar eso.

“Cada fibra de mi ser quiere ganar”.

“Querer no es suficiente. Si no lo crees, entonces, ¿cómo vas a lograr que otros crean?”

Yang estaba en silencio. La lengua incisiva de Von Schönkopf lo había cortado hasta la médula.

“Si eres un soldado de carrera con el corazón puesto solo en ganar o un hombre de ambición común que desea poder sin saber cuánto, eres un adversario digno. Y mientras estoy en el tema, si fueras un hombre de convicción y responsabilidad inquebrantables que creía en su propia justicia, serías muy fácil de agitar. Pero el hecho es que eres alguien que, incluso en el calor de la batalla, no cree en su propia justicia”.

Yang no dio respuesta.

Von Schönkopf dio unos golpecitos a su taza de café y continuó.

“El que está seguro de ganar en una pelea, aunque no cree en sí mismo, vive, desde un punto de vista espiritual, una existencia imperdonable. Esa

es la definición de un hombre sin esperanza”.

“Incluso el peor gobierno democrático es superior a la mejor autocracia. Por eso peleo contra Reinhard von Lohengramm en nombre de Job Trünicht”, dijo Yang. “Creo que eso es suficiente convicción”.

Incluso cuando abrió la boca, Yang confirmó la verdad de la aguda comprensión de von Schönkopf al no creer una sola palabra de lo que acababa de decir.

De vuelta en la Tierra antigua, mientras el imperio democrático de Atenas luchaba contra el despótico imperio de Esparta, la nación independiente de Mílos había asumido la neutralidad y no se afilió a ninguna facción. Molestos con Mílos por rechazar la subordinación, los atenienses invadieron, tratando a Mílos como su enemigo. Mataron a civiles, anexaron su territorio y brindaron por sus propias acciones como una victoria para la democracia. Esta fea paradoja es un mal ejemplo para el futuro. Si esta invasión y los asesinatos en masa subsiguientes surgieran de la ambición de un demente gobernante despótico, aún tendrían esperanzas de ser salvados. Solo los casos en que las personas fueron perjudicadas por los gobernantes que ellos mismos habían elegido eran realmente desesperanzadores. La gente tenía el hábito peculiar de aplaudir a veces a quienes los despreciaban. Rudolf von Goldenbaum, en su camino hacia el trono, seguramente llegó allí montando sobre los hombros de su gente. Eso fue una consecuencia del “peor gobierno democrático”. Era imposible para Yang creer todo lo que él mismo había dicho. Aun así, pensó, mientras que el colapso de una autocracia podría producir la mejor democracia, el colapso de la peor democracia nunca había traído la mejor autocracia…

Cuando terminaron de descansar, los preparativos para la guerra se llevaron a cabo de inmediato. Las mentes relajadas de repente cobraron vida con el poder de los motores encendidos. Ya varios canales de búsqueda de enemigos habían anunciado la presencia de un enemigo gigante por delante, lo que provocó una alarma en el corazón de cada oficial.

“Distancia del enemigo: ochenta y cuatro segundos luz”.

La voz del operador se transmitió a todas las naves, y con ella las manos frías para agarrar los pechos de los soldados. Su respiración y sus pulsos se aceleraron, la temperatura del cuerpo aumentó.

“Se están acercando, poco a poco”.

“Obviamente. ¿Qué haríamos si se alejaran de nosotros?”

Las conversaciones entre compañeros soldados en los puertos de armas y las torretas fueron un yin – yang de nerviosismo e inquietud. Si permitieran que las armas se sobrecalentaran, soplarían llamas y se quemarían completamente.

Yang, como de costumbre, se sentó en el escritorio de su comandante, se estiró una rodilla y mantuvo los ojos en la pantalla principal. Pero luego su mirada vagó por su propia voluntad sobre los altos líderes — primero a Merkatz, luego a Murai, von Schönkopf, Julian Mintz, Machungo, Frederica Greenhill y Patrichev — sin detenerse por un momento, antes de volver a la pantalla. Frederica, sintiendo gran tranquilidad y un poco de desaliento, miró al joven mariscal, que se había quitado la boina negra y le estaba revolviendo el pelo rebelde. Él le pertenecía a ella ahora. Pero no solo a ella. En comparación con los más de diez mil millones de personas de la Alianza de Planetas Libres que tenían su propia fe en él, la de ella era modesta. Se sentía demasiado ambiciosa por querer compartir un futuro con él.

Yang volvió a ponerse la boina. Frederica se preparó y se concentró en la pantalla. Nada más importaba hasta después de que sobrevivieran a la guerra.

“Las fuerzas enemigas están rompiendo la zona amarilla”.

La voz del operador era seca y formal al principio. Luego se disparó.

“¡Están completamente dentro del campo de tiro!”

Los artilleros estaban listos, los dedos apoyados en sus botones de disparo. Contuvieron el aliento, esperando las órdenes de su comandante en jefe. Yang respiró, levantó una mano y la lanzó hacia abajo diez veces más rápido que la había levantado.

“¡Fuego!”

Decenas de miles de dragones brillantes cargados a través del espacio. Antes de que estos pudieran alcanzar su presa, los propios dragones de la Armada Imperial fueron soltados de sus jaulas, apresurándose contra sus oponentes. Colmillo chocó con el colmillo, explotando en deslumbrantes brotes de luz.

En 1420 el 24 de abril de 799 SE, año 490 del calendario imperial, la Guerra de Vermillion había comenzado de la manera más mundana.

IV

Las explosiones de luz llenaron el espacio exterior con su cadencia sin sonido. Una espada nueva cortó esta vorágine calurosa, dispersando las naves como sombras en movimiento. No treinta minutos después de que comenzaran las hostilidades, la guerra se había sumido en una feroz lucha.

La Guerra de Vermillon se abrió con una nota tan ordinaria que tanto Reinhard von Lohengramm como Yang Wen-li estaban preocupados de que el otro tuviera algún plan inteligente bajo la manga. Anticipándose al siguiente movimiento del otro, cada uno solo podría dar sus primeros pasos con tácticas extremadamente convencionales.

Reinhard había estado planeando una táctica de “defensa profunda” sin precedentes contra la ofensiva de Yang. Yang, por supuesto, tenía sus propias ideas. Pero ninguno de ellos los pone en funcionamiento, para no

darle una ventaja al otro. Este espectáculo de luces épico estaba, por lo tanto, lejos de lo que cualquiera de los dos había querido. Pero la batalla estaba en marcha. Al igual que los furiosos caballos salvajes que despreciaron las riendas del jinete, los estamparon salvajes y libres. Yang se sintió frustrado por las acciones de Reinhard lo suficiente como para concentrar una buena cantidad de sus nervios en las correcciones orbitales.

Los cambios en la marea de batalla fueron precipitados y desordenados, y ni Reinhard ni Yang pudieron manejarlos a todos. En el momento en que se recibieron las ordenes, las situaciones habían cambiado drásticamente, haciendo que esos pedidos carecieran de sentido. Cuando los informes de las líneas del frente de la Armada Imperial pidieron más instrucciones, un rayo brilló en los ojos azules de Reinhard.

“¡Cada división responderá según sea necesario! ¿Cuál es el punto de tener oficiales de mando de rango medio? ¡¿Tengo que hacer todo por aquí?!”

A la alianza le fue peor. Cuando los comandantes en las líneas del frente solicitaron instrucciones detalladas, Yang suspiró.

“Toma eso con el enemigo, ¿por qué no lo haces? No es que tenga ningún poder para elegir en esta situación”.

Las perturbaciones mentales de su comandante más elevado estaban más bien enredadas en la ferocidad del conflicto. Vigas y misiles se enfrentaron en hostilidad, poderes destructivos y defensivos que luchaban por la superioridad. En casos de poder destructivo superior, atravesaron campos magnéticos y armaduras que neutralizaban la energía, destruyendo las naves por la turbulencia de su calor letal. En los casos de poder defensivo superior, su enorme energía se dispersó en vano, dañando solo a las presas más débiles en su camino menguante. Cuando ambos ejércitos fueron jugados con oleadas de energía, lanzaron cada proyectil a su disposición. Incluso cuando las naves sufrieron impactos en sus propias entrañas por los misiles de fusión nuclear, a cambio, estaban atacando a las naves enemigas.

El ataque del color del arco iris del imperio explotó en toda la nave insignia de Yang, *Hyperion* . El primero en irse fue la nave crucero *Narvik* , que

luego de ser golpeado en el centro muerto se dividió en mitades iguales, mientras que los otros iluminaron su esquina del espacio exterior con bolas de luz.

La aprensión se reflejó en el rostro viril y moreno del capitán de *Hyperion* , el comandante Asadora Chartian.

“¡Su excelencia! Nuestra nave insignia está demasiado lejos. Temo que podamos convertirnos en el blanco del fuego concentrado. Solicitando permiso para replegarnos”.

Yang volvió sus ojos oscuros, llenos de confianza, hacia el capitán.

“Dejo el control de esta nave a su capitán. Haz lo que creas conveniente.”

Dentro de diez minutos, Yang lamentó esas observaciones. Una división de fuerzas imperiales, que carecía de líneas de comunicación con otras flotas, estaba liderando una nueva carga.

“¿Por qué nos estamos retirando? No puedo mandar muy bien de esta manera”, Yang gritó. En el momento en que Yang vio un hueco, reforzó una de las vigas que sostenían su dosel táctico. Yang se inclinó hacia delante y le dio su orden a Frederica.

Al final, la orden carecía de convicción, pero en el momento en que la primera formación imperial apuntó sus armas al enemigo, una segunda formación llegó desde atrás para matar. Los sistemas de prevención de colisiones de ambas flotas respondieron rápidamente, enviándolos a volar en todas direcciones. Los oficiales de navegación maldijeron a dioses y demonios por igual, aferrándose desesperadamente a sus paneles de control.

El caos duró poco, pero para Yang fue suficiente. Cada una de las naves de la alianza se volvió hacia la danza inesperada del enemigo y, al mismo tiempo, soltó su batería principal. Aparecieron puntos de luz en todas partes, anulando las fronteras de los demás a medida que se convirtieron en una esfera colectiva más grande.

Esto dejó un agujero gigante en la formación imperial. Era una mezcla deformada de energía y nada, una gigantesca vorágine de ondas de alta frecuencia que negaban la existencia misma de la vida.
De vuelta en la nave insignia de *Brünhild,* Reinhard estaba furioso.

“¡¿Qué demonios piensa Thurneisen que está haciendo?!”

El oficial de comunicaciones se encogió ante la voz de Reinhard, luchando por establecer contacto con las ondas electromagnéticas que bloqueaban sus comunicaciones. Los operadores también estaban sudando por sus intentos de distinguir la mezcla de señales de ambos lados. Confirmaron que Thurneisen había abandonado su puesto.

“Qué héroe”.

Los ojos artificiales de Von Oberstein brillaban con indiferencia.

“Su voz viaja muy lejos, pero sus ojos solo ven lo que está frente a ellos. Deberías dejarlo suelto.”

“Si todavía estoy por aquí cuando termine esta batalla, me tomaré en serio tu advertencia”, escupió Reinhard. “Pero en este momento, necesito su fuerza para superar esto. ¡Tráeme a Thurneisen!”

Un transbordador de comunicaciones, que llevaba una cápsula de transmisión con las órdenes de Reinhard, abandonó la bodega de *Brünhild* . Esto agudizó a Reinhard aún más.

Al ir por su cuenta, alimentado solo por su propia beligerancia y ambición, Thurneisen había trastornado los planes de Reinhard a nivel táctico. Reinhard tendría que arrastrarlo por el cuello y restablecer el orden en su flota. Corriendo en una guerra de desgaste como esta, se arriesgaba a jugar a las manos de Yang.

Los temores de Reinhard resultaron ser correctos. Yang estaba en un mal lugar, pero había cambiado de táctica hábilmente, invitando el fuego concentrado de otras flotas imperiales además de Thurneisen a su

formación cóncava. La exquisitez de su tiempo le valió una mirada de asombro por parte de Merkatz, y las fuerzas imperiales, como si fueran chupadas, rompieron filas y se apresuraron a neutralizar la barrera de la alianza.

“¡Fuego!”

Fue un ataque de formidable densidad y precisión. Como el ganado salvaje conducido por la locura, las fuerzas imperiales se precipitaron hacia un muro invisible. La luz y el calor se agitaron, y los soldados, una vez llenos de coraje y exaltación, se convirtieron instantáneamente en restos humanos. Cadenas de explosiones se extendían en todas direcciones, produciendo una artesanía de luz tan brillante como los humanos podían hacer. Dentro de esas joyas había figuras de vida y muerte que no eran nada graciosas y magníficas.

Algunas personas se evaporaron en un instante. Otros quemaron la empinada pendiente hacia la muerte, dejando atrás un rastro de inútiles gritos. Soldados cegados por el destello chocaron con camaradas que huían, hundiendo inadvertidamente sus caras en cables expuestos y muriendo en una lluvia de chispas.

La crueldad nunca había sido su objetivo en la lucha. Pero ahora entendieron que la justicia y la fe anhelaban la sangre por encima de todo. Para que la justicia proclamada por su más alto comandante se hiciera realidad, hasta que su fe se saciara, muchos tenían soldados quemados vivos, miembros arrancados de miembros. Si tan solo su soberano hubiera renunciado a la justicia y la fe, aquellos soldados que observaban cómo sus entrañas se derramaban de las heridas abiertas nunca habrían tenido que morir con miedo y dolor. Pero los gobernantes continuarían insistiendo en que la justicia y la fe eran más importantes que las vidas humanas, incluso mientras se escondían detrás de su propia autoridad, lejos del espacio de batalla. Si algo distinguía a Reinhard de los gobernantes tan cobardes, era que él siempre estaba en las líneas del frente.

“Madre, madre…”

Estas fueron las últimas palabras de un soldado cuyas piernas fueron arrancadas por la explosión y que arrastraron la parte superior de su cuerpo por el suelo con ambas manos mientras la sangre salía de su boca. Otro soldado, empapado en su propia sangre, se tropezó con él. Una de sus costillas se quebró y las luces se apagaron en los ojos del joven soldado.

La crueldad y la tragedia no fueron de ninguna manera exclusivas de ninguno de los dos lados. La alianza, habiendo sufrido un severo fuego de retorno, también sufrió las consecuencias.

Las bombas de uranio-238 disparadas desde catapultas electromagnéticas perforaron los cascos de las naves de guerra de la alianza, irradiando un calor extremadamente alto. Los soldados abrazados por armas de fuego soltaron extraños gritos mientras rodaban por el suelo. Los pisos ya estaban al rojo vivo, y la sangre salpicada se evaporó en humo blanco al contacto. Las órdenes de abortar cayeron en oídos sordos. Mientras los que seguían vivos, cubiertos de sangre, alejados de las llamas y el humo, corrieron hacia las puertas herméticas tan rápido como sus cuerpos les permitían. La sangre que se derramaba de sus heridas besaba el suelo, enviando columnas de vapor fresco, mientras que el calor quemaba las plantas de sus pies a través de la parte inferior de sus zapatos. Hubo otra explosión cuando gigantescas manos de viento caliente derribaron a más soldados. Fragmentos de metal y cerámica volaban a gran velocidad, cortando a través de sus cuellos, cascos y todo. Los cadáveres sin cabeza cayeron sobre camaradas que se las habían arreglado para levantarse, dando lugar a más gritos. Las manos se quemaron horriblemente en el momento en que tocaron el piso, dejando la piel detrás cuando se levantaron, su carne expuesta se parecía a los guantes de color púrpura. Incluso cuando las puertas de la bahía se cerraron, bloqueando esta escena infernal, las puertas de un infierno de matanzas se abrieron ante los ojos de aquellos que aún estaban vivos.

El tiempo exigía un sacrificio en proporción a su paso. La destrucción creció sólo más feroz y en mayor cantidad. Tanto el imperio como la alianza fueron incapaces de salvarse de sumergirse en las profundidades de un fango hirviente.

CAPÍTULO 08: COMBATE MORTAL

I

EN LA PERIFERIA, 18.860 naves y 2.295.400 soldados en el lado del imperio y 16.420 naves y 1.976.00 soldados en la alianza participaron en la guerra de Vermillion. Los números eran aproximadamente los mismos, y considerando que las líneas de suministro de la alianza eran más cortas y que las fuerzas imperiales, ahora a la defensiva, tenían reservas en las que apoyarse, estaban igualadas. En todo caso, la alianza fue, por falta de un término mejor, “no en desventaja”.

Pero la Armada Imperial tenía los enormes refuerzos de Mittermeier, von Reuentahl, Müller y Wittenfeld para esperar. La alianza, por otro lado, no tenía una sola moneda en su bóveda. Si fueran derrotados aquí, ni un solo soldado quedaría estacionado en Heinessen. El destino de la Alianza de los Planetas Libres dependía de si un hombre, Reinhard von Lohengramm, podría ser derrotado.

El peso de la situación fue suficiente para aplastar el corazón del alto comandante de la alianza. A pesar de desgarrarse por la enormidad de su responsabilidad, era todo menos débil. El desafío de Yang se arraigó al darse cuenta de que había un límite a lo que los seres humanos eran capaces de hacer. Si Yang Wen-li no pudo ganar contra Reinhard von Lohengramm, entonces nadie en la alianza podría ganar.

Al mismo tiempo, no quería nada más que evitar la visión dolorosa de los

soldados muriendo de miedo. Yang sabía que tales bajas venían con el territorio, pero las imágenes mentales de la destrucción y el sangriento espectáculo fueron suficientes para hacer que el corazón del historiador de ersatz se enfriara. Ahora, como antes, no podía dejar de preguntarse si era digno de perseguir las alegrías de la vida doméstica. Esta había sido la principal razón detrás de su renuencia a corresponder los sentimientos de Frederica Greenhill antes. Y aunque parecía que finalmente había superado eso, su corazón todavía se estaba quedando atrás. Por supuesto, si Yang renunciara a estos placeres, entonces los muertos no tendrían ninguna razón para volver a la vida…

La Guerra de los Vermillion sería digna de mención para las generaciones venideras por la enormidad y precisión de sus maquinaciones tácticas y por los legendarios mariscales que se enfrentaron bajo su fatídica bandera. Al final del primer acto de la batalla, Yang y Reinhard ya habían coproducido y dirigido una carnicería insondable, y ahora ambos bandos se estaban preparando para una guerra de desgaste reticente. A pesar de sentir que estaban en un camino de ida a la catástrofe, finalmente lograron controlar la lucha y cerraron el telón en una hora de asesinatos mutuos que de otra manera amenazaban con continuar sin cesar. Su discernimiento y juicio al manejar esta situación probaron su prodigiosidad, aunque solo sea pasivamente.

“Hombre, qué desastre”, Yang suspiró mientras pasaba los ojos a través de los datos entrantes.

El hecho de que la valiosa frialdad inherente de la ciencia táctica pudiera matar tan eficientemente a los propios hombres, esta vez le quedó más claro por las valiosas fuerzas militares que había desperdiciado. Estaba de mal humor.

“Si tan solo tuviéramos más hombres. Diez mil… no, cinco… incluso tres mil naves más serían suficientes. Si solo…”

Yang volvió a suspirar, sabiendo perfectamente la inutilidad de un razonamiento tan infundado. Mientras le revolvía el pelo negro, se recobró y volvió al tablero de dibujo.

Los que no fueran el comandante tenían sus respectivos deberes. Los médicos y enfermeras militares habían movilizado toda su red médica para tratar a los heridos. Frente a una elección entre humanidad y eficiencia, favorecieron a esta última, y sus métodos fueron, en cierto modo, crueles. Primero, adormecieron los receptores de dolor de los pacientes con gas de parálisis, luego cortaron las partes afectadas y las reemplazaron con órganos y piel artificiales. Las extremidades dañadas más allá de la reparación se eliminaron con bisturíes láser y luego se cambiaron a extremidades artificiales equipadas con baterías de hidrógeno. Tales medidas se llevaron a cabo primero solo en los casos en que las células vivas no podían regenerarse por radiación de electrones, pero debido a que la mitad del tiempo el cuerpo no las aceptaba, los heridos más graves que luego recuperaron la conciencia gritaron en protesta cuando no pudieron detectar sus extremidades adecuadamente. Pero no importa cuánto lloraron para recuperar sus propios apéndices, esas partes amputadas ya se habían incinerado. No había manera de preservarlos higiénicamente. Por lo tanto, el número de soldados que salieron de la guerra como biomecanoides parciales fue comparable al número de los menos afortunados.

A principios del 27 de abril, la guerra sufrió su primer cambio importante cuando, después de reagrupar sus fuerzas, Yang ordenó una guerra de relámpago.

Era raro que se volviera tan proactivo contra un enemigo progresista. Por lo general, Yang se movía solo cuando el otro lado lo hacía y prefería tomar por sorpresa a sus oponentes en lugar de atacarlos de frente. Del mismo modo, cuando Reinhard fue informado de un ataque relámpago por parte de la alianza, actuó fuera de lugar para uno tan dinámico al ordenar un contraataque ortodoxo.

Los futuros historiadores hablarían de estos eventos como si hubieran estado allí:

“Y así, la Guerra de los Vermillion había comenzado en serio. Las fuerzas

de Reinhard von Lohengramm hicieron el primer ataque, mientras que Yang adoptó una postura defensiva profunda. Cada uno por sus propios méritos hizo todo lo posible por cambiar el rumbo de la guerra en su favor al persuadir a su oponente a la acción”.

Pero cuando todo fue dicho y hecho, ya sea de forma activa o pasiva, Reinhard solo pudo haber hecho lo mejor que pudo dentro de los límites de la arena. Cada uno tenía su propia razón para actuar como lo hizo él.

La flota Yang atacó a las fuerzas imperiales en una formación cónica planificada. Desde los puertos abiertos de la alianza, la energía tangible e intangible llovió sobre el enemigo con la fuerza del martillo de Shiva. La represalia de la flota imperial fue igual de feroz, pero no fue suficiente para detener el avance de Yang. Explosiones florecieron en profusión a su alrededor.

Cualquier destructor golpeado directamente fue subsumido por variaciones de blanco, naranja, carmesí, azul, verde y púrpura que perturbaron los nervios ópticos, dispersándose como incontables fragmentos en todas direcciones. Los haces de energía que envolvían la luz y el calor envolvían a las naves con su turbulencia. Decenas de miles de flechas de fuego destrozaron naves mientras enormes cantidades de aire y soldados fueron aspirados a través de esas brechas en la oscuridad.

Si todo esto hubiera sido acompañado por un sonido, habría vuelto locos a los combatientes.

La técnica de concentración de la flota Yang nunca había tenido mucho efecto en el pasado, pero esta vez fue una excepción. Su implacable vorágine de rayos de luz causó graves daños al lado imperial, causando mucho miedo y confusión. Las fuerzas de Reinhard parecían a punto de retirarse, antes de abandonar rápidamente esa opción para cortar un camino horizontal. Pero Yang estaba un paso por delante de ellos.

Al intentar desviarse mientras se evitaba el fuego, las fuerzas imperiales habían atraído la peor parte. Intentaron dispersarse como un río gigante que fluye desde un barranco hacia las llanuras, amontonándose con fuerza

mientras sostienen el fuego concentrado del enemigo.

Un ataque tan eficiente era digno, en la mente de Yang, de haber sido tallado en su lápida. Los artilleros, incluso sin un objetivo perfecto, lograron crear una explosión tras otra, y pintaron al óleo con sangre y llamas en el espacio exterior. Solo una de esas explosiones significó la desaparición de miles de vidas humanas.

Las fuerzas imperiales fueron derribadas unilateralmente, se rompieron sus filas, se dispersaron sus formaciones. Yang no iba a dejar pasar esta oportunidad entre sus dedos. Su orden concisa pero poderosa fue transmitido a todas las fuerzas.

“¡Carguen!”

La formación cónica de la flota Yang se lanzó hacia adelante a plena potencia y rompió la formación de líneas de la Armada Imperial como una espada de acero que perfora un escudo de bronce.

El operador dejó escapar un grito de emoción.

“¡Infracción exitosa! ¡Hemos atravesado!”

Una vez más, a pesar de los vítores que llenan el puente del buque insignia *Hyperion,* Yang se mostró muy conmovido por su deleite.

“Es demasiado delgado”, dijo, sonando más como alguien que se queja a su carnicero que a un líder militar escrutador. Julian entendió a dónde Yang iba con esa declaración. La formación de defensa de las fuerzas imperiales no debería haber sido tan fácil de romper.

“Podemos esperar más enemigos en cualquier momento”.

La predicción del comandante se hizo realidad media hora después. Alrededor de las 1200 horas, apareció otra línea de defensa, bañándolos con disparos.

A medida que la flota Yang continuaba avanzando a gran velocidad, persistiendo con el fuego concentrado que era su especialidad, perforó numerosos agujeros en las defensas del imperio, derribando naves imperiales a quemarropa. La división de Comodoro Marino incluso logró cortar la cabeza.

El comodoro Marino había servido como capitán de *Hyperion* antes de que el comandante Chartian lo sucediera. Sus habilidades como capitán no eran necesariamente comparables a las de comandante de la flota, pero, sin embargo, se encontraba entre ambos roles. Como un carpintero que trabajaba en un punzón, su división se había aburrido en la formación imperial. Pero antes de que sus vítores pudieran asentarse, aparecieron más puntos de luz ante ellos, extendiéndose a ambos lados en un macabro gesto de bienvenida.

“Simplemente siguen viniendo. ¿Cuántas capas de defensa tienen? ¿Es esta una enagua pasada de moda o algo así?”

La maldición del comodoro mirando a sus oficiales del personal con desagrado, pero ninguno respondió. Cuando el globo de su triunfo se desinfló, una fina neblina de inquietud y fatiga flotó en el aire.

Las Fuerzas Armadas de la Alianza abrieron sus puertos de armas de todos modos, sin frenar su carga, y atacaron la tercera formación. Después de una batalla breve pero violenta, literalmente la habían hecho trizas. Una vez más, hubo aplausos — eso fue hasta que vieron la cuarta formación.

II

Era el 29 de abril y los rápidos ataques de Yang Wen-li habían roto la octava formación defensiva del imperio. Pero un noveno se había extendido antes de la alianza: decenas de miles de puntos de luz alineados, listos para atacar.

“Tal grosor y profundidad…”

Yang estaba impresionado. Cuando la formación imperial había contraatacado, Yang había predicho con éxito que asumiría un patrón de defensa profundo, pero no esperaba que fuera tan densa. Aquí había un ejemplo vivo del dicho: “La realidad es siempre más grande que la imaginación”.

Merkatz se cruzó de brazos.

“Es como si estuviéramos despegando las capas de un pastel. Una por una, estas formaciones de defensa siguen llegando”.

“No hay final para ellos”.

Jefe de Estado Mayor Murai negó con la cabeza.

El contraalmirante Walter von Schönkopf torció sus labios en una curva cínica.

“Es demasiado tarde para parar ahora. ¿Vamos a quitar la novena capa, o…?”

Yang volvió a mirar a Merkatz y asintió, después de haber obtenido la respuesta que estaba buscando. Estaban más allá del punto de no retorno. Sabiendo que el agua se estaba haciendo más profunda y el lodo más espeso, la alianza no tuvo más remedio que caminar hacia el centro del lago. El duque Reinhard von Lohengramm estaba tirando de la alianza mediante una atadura invisible, y su manipulación de la misma se sintió magníficamente siniestra. Pero, ¿cómo estaba el Duque von Lohengramm observando el progreso de esta batalla, y dónde se estaba escondiendo, esperando que llegara el momento de atacar?

“Su excelencia…”

Esta voz reservada vino de la boca de Julián.

“¿Tienes algo que decir?”

“Sí, Su Excelencia. Creo que sé lo que va hacer Duque von Lohengramm”.

Yang frunció un poco el ceño y miró al chico de cabello rubio. Yang fue muy duro con él de esta manera en ocasiones, aunque solo fuera para evitar la aparición del favoritismo de un pupilo.

“Él es bueno en mantener las apariencias. Pero un año luz separa lo que piensa el Duque von Lohengramm y lo que hace”.

“Sí, pero en este caso, diría que la distancia no es ni un segundo luz”.

Las miradas de los oficiales del personal convergieron en Julian. Yang esperó un momento antes de presionar por una explicación.

“El objetivo del Duque von Lohengramm es agotarnos, tanto física como psicológicamente. Esto se demuestra especialmente por el hecho de que cada vez que se rompe una formación, otra toma su lugar”.

“Tiene razón, ya sabes”, murmuró Merkatz.

Yang miró al chico en silencio. Julian estaba pronunciando cada palabra con cuidado, como para confirmar lo que estaba diciendo por sí mismo.

“No van a atacarnos de frente. Nuestros sensores se habrían percatado de eso si lo fueran, y al Duque von Lohengramm le resultaría difícil vigilar el progreso de la batalla. Presumiblemente, no hay nada en absoluto, y no lo ha sido desde el principio, entre nuestras fuerzas y el Duque von Lohengramm. En cambio, creo que las fuerzas del enemigo están ubicadas a cada lado de nosotros, como cartas delgadas”. Julian respiró y expresó su conclusión. “En otras palabras, están barajando su cubierta justo frente a nosotros. Si pudiéramos evitarlo, podríamos involucrarnos en la flota principal del Duque von Lohengramm”.

Julian se había expresado con una incomparable lucidez y exactitud.

Cuando el niño terminó de hablar, Merkatz asintió primero.

“Entiendo. Eso tiene sentido. Ciertamente has pensado en esto”.

Yang suspiró. Fue posible que el Duque von Lohengramm haya movido todas las divisiones de los lados a la vanguardia de la alianza, al tiempo que mantiene un ojo directo en el estado de la guerra. Aun así, pensó Frederica Greenhill, se preguntaba si el suspiro de Yang estaba dirigido a Reinhard von Lohengramm o Julian.

En ese momento, un informe llegó de un operador. Un grupo de aeronaves de un solo asiento walküren se acercaba rápidamente.

“Haz que los escuadrones de Poplin y Konev se comprometan”, ordenó Yang.

Ya pensando en la próxima táctica a corto plazo, se movió de su escritorio a la silla y se puso su boina negra.

Cuando 160 espartanos y 180 walküren pasaron volando a gran velocidad entre las grandes naves de guerra, se convirtieron en una pelea aérea.

A Olivier Poplin se le había llamado muchas cosas reprensibles, pero un cobarde no era uno de ellos. Salió adelante, asegurándose de que aquellos que temblaban al acercarse serían los primeros en caer.

“Whisky, Ron, Vodka, Applejack, todas las unidades están listas. No se dejen tragar por el enemigo. Ustedes son los que deben tragarlos”.

Poplin, apropiadamente, nombró a sus escuadrones como tipos de alcohol. Siguiendo su llamada de señal habitual, les dio luz verde para que se ramificara en ocho direcciones.

Aunque el escuadrón de Poplin era conocido por sus formaciones de tres como uno, el capitán de la flota se estaba divirtiendo demasiado al sacar

solo al enemigo. Parecía imprudente, cuando de hecho penetró en las multitudes de objetivos enemigos con tanta velocidad y vigor que con cada rayo que disparó redujo una o dos naves a una flor de luz. Sus enemigos quedaron desconcertados por su incomparable habilidad, pero dos de los walküren, sus pilotos espoleados por el coraje y la ambición, burlaron ferozmente a sus grandes presas con flechas de fuego y le pisaron los talones.

“¿Crees que puedes provocarme? Estás medio siglo adelantado para eso “, se rió burlonamente Poplin.

Mientras sus perseguidores salían disparados detrás de él, corrió por el espacio hacia una nave de guerra enemigo. Ignorando los marcadores de la bomba de fotones que acariciaban peligrosamente su nave, se levantó repentinamente justo antes del impacto. Subió a la parte superior de la nave, a pocos centímetros de distancia del cuerpo, y realizó una voltereta.

Los dos walküren en la búsqueda no eran rival para sus habilidades. Uno de los pilotos se estrelló contra el casco de la nave, dispersándose en una bola de luz naranja. El otro intentó replicar la fuerte subida de Poplin, pero se acercó demasiado al casco de la nave y fue aspirado a través de un agujero rasgado en su nave después de agitar demasiadas chispas de fricción.

“Supongo que no puedo contar esos dos entre los que he derribado. Konev va a superarme totalmente esta vez”.

Poplin no tuvo mucho tiempo para alardear, ya que sus subordinados se vieron envueltos en una pelea como la que nunca habrían encontrado. El walküren imperial, bajo el mando del comandante Horst Schüler, con ochenta muertes a su nombre, estaba empleando su propia estrategia de tres contra uno contra la alianza, capturando y destruyendo a los espartanos a la par con un fuego muy unido. Cuando los espartanos fueron atraídos dentro de su campo de tiro, se evaporaron, uno por uno.

Poplin reunió a sus pilotos, asombrado de lo bruscamente que habían bajado sus números.

El informe de estado del teniente Moranville estaba lleno de amargura.

“El equipo Applejack se ha reducido a dos. Todos los demás fueron asesinados en acción… todos los demás… ”

De repente, su voz se debilitó y clavó una cuña ominosa en el pecho de Poplin.

“¿Que está pasando? ¿Me copias?”

La voz que regresó no era la de Moranville. La única característica común que compartían era una sensación de agotamiento abrumador.

“Este es el Oficial de la Orden Zamchevsky. Soy todo lo que queda del equipo Applejack”.

Poplin audiblemente contuvo el aliento y lo dejó escapar, rompiendo su consola de pilotaje con el puño derecho.

El hecho de que la renombrada flota de Poplin hubiera perdido casi la mitad de sus filas hizo que la alianza se estremeciera, pero un impacto aún más fuerte lo esperaba en las alas. Al regresar, Poplin estaba bebiendo un whisky en el comedor de oficiales, aún con el uniforme de piloto, cuando el vice oficial al mando de Konev, el teniente Caldwell, entró caminando con una pareja de aspecto cansado.

“Oye, ¿qué le pasó a tu jefe? Quiero ver su cara luciendo más deprimida que yo”.

El teniente Caldwell se detuvo en seco, con cara de estudio, desconcertado y vacilante, y respondió con voz grave.

“A partir de ahora, estoy actuando como comandante del escuadrón Konev, Comandante Poplin”.

Con una cara que era un cartel de disgusto, pintado y enmarcado, el as piloto tiró otra copa.

“No estoy de humor para explicaciones indirectas. ¿Qué le ha pasado a tu comandante?”

El teniente se resignó y dio una respuesta inequívoca.

“Muerto en acción, señor”.

Poplin miró al teniente con una luz en los ojos que parecía un impulso de matar. La disonancia de innumerables emociones conflictivas fue lo único que evitó que un bramido furioso saliera de su pecho.

“¿Cuántos se necesitaron para derribarlo?”

“¿Señor?”

“Te pregunté cuántos le costó derribarlo. Ivan Konev nunca habría salido de un solo disparo. ¿Cuántas naves imperiales necesitaban para derribarlo?”

El teniente miró al suelo como alguien acusado de maldad.

“El comandante Konev no fue asesinado en una pelea aérea. Fue derribado por un crucero.”

“Entiendo.”

Poplin se levantó de la mesa. El teniente Caldwell dio un paso atrás, reflexivamente.

“Las fuerzas imperiales necesitaban un crucero para derribarlo a Konev, ¿verdad? Entonces necesitarán al menos media docena de acorazados para mí”.

Poplin se echó a reír, pero su risa le recordó al teniente una tormenta de calor. Poplin lanzó algo, que Caldwell atrapó. El teniente observó al as

piloto, que no traicionó nada de su embriaguez, dejó el lío de los oficiales antes de mirar su propia mano. Allí, aferrada a sus garras, había una botella vacía de whisky de maíz.

Después de romper con éxito la novena capa de las fuerzas imperiales, Yang Wen-li anunció un cambio de estrategia. Por una vez, fue realmente agotado por esta continua sucesión de batallas.

“La táctica del Duque von Lohengramm es atacar a nuestras fuerzas con una forma extrema de defensa profunda. Es justo como lo ha dicho el Subteniente Mintz. Seguir así de esta forma sería una tontería, pero detenerse les daría tiempo, y así, de cualquier manera, jugamos en sus manos. Nuestra única posibilidad de victoria es demoler la formación multicapa del enemigo”.

Después de una introducción tan antigua, Yang presentó los frutos de su trabajo mental a los oficiales de su personal y los instruyó sobre su nueva estrategia.

Así, el 30 de abril, la guerra sufrió su segundo cambio dramático.

III

En esta etapa, Reinhard, en un aparente estado de letargo, se estaba dedicando a sostener los ataques de Yang como un medio para reducir su poder de penetración. Enfrentar a Yang de frente fue solo una parte de su estrategia para capturar todo el territorio de FPA. Cuando sus generales se retiraron de los sectores a los que habían sido enviados e inundaron la región estelar Vermillion, la primera batalla dio la bienvenida a su magnífico clímax. Los preparativos para dicho clímax fueron relativamente simples.

Para sostener el asalto de Yang, Reinhard había preparado hasta veinticuatro formaciones defensivas. De la misma manera que había vertido simbólicamente vino sobre una pila de papel para la edificación de sus generales, planeaba agotar el poder militar de Yang una capa a la vez. Reinhard había puesto todo en esta estrategia, que llenó a Yang de una admiración insuperable. Las fuerzas militares de una formación defensiva temporalmente violada se dispersaron a ambos lados y tomaron un camino de regreso a sus aliados en la retaguardia, donde formaron una nueva barrera defensiva. Por lo tanto, Yang se enfrentó a la perspectiva de una batalla interminable, ganando una y otra vez contra una defensa ilimitada.

La estrategia de Reinhard era una máquina bien engrasada. No solo detuvo a Yang en su camino, sino que inspiró a Yang a retirarse a unos ochocientos mil kilómetros de distancia, donde ocultó su flota detrás de un pequeño grupo de planetas que serían difíciles de explorar. En poco tiempo, un informe confirmó que una flota considerable había retrocedido y se estaba moviendo hacia el lado de estribor de la alianza, o hacia el puerto de las fuerzas imperiales.

Una penumbra pasó sobre los ojos azules de Reinhard. Era impensable que Yang Wen-li dispersara sus fuerzas sin una buena razón. Su propósito al hacerlo, sin duda, era extender las fuerzas de Reinhard en especie, pero el problema era si Yang había enviado su fuerza principal para empezar. El jefe de personal de ojos artificiales, Paul von Oberstein, interrumpió el pensamiento de su maestro.

“Teniendo en cuenta lo abiertamente que lo hicieron, podemos asumir que es un señuelo, pero puede que no lo sea. De cualquier manera, sería una tontería separarnos y ser demasiado delgados”.

Reinhard asintió, pero ese gesto adquirió matices que eran más de aplazamiento que de aprobación. No tenía las mejores expectativas para Von Oberstein como táctico. El jefe de personal con ojos artificiales podría haber sido un excelente estratega y político, pero cuando se trataba de un combate genuino, no podía sostener una vela al genio refinado de Reinhard.

Reinhard notó que había estado jugando con el colgante en su pecho. Si el pelirrojo cuya imagen dormitaba dentro de ese colgante todavía estuviera vivo, seguramente habría tenido algún buen consejo para Reinhard. Desde que lo perdió, Reinhard había llevado a cabo todos los planes de batalla, desde la página hasta el escenario, por así decirlo. La enormidad de lo que se perdió para él fue tan profunda como la locura de haber perdido algo que no debería haber perdido en primer lugar.

“¿Qué dice usted, Su Excelencia?”, Instó von Oberstein.

Ante esto, Reinhard arrastró su corazón hacia la planta baja de la realidad. Todavía le tomó un momento dar su orden.

“Gire todas las divisiones de babor. El enemigo está utilizando esto como un señuelo para mover sus fuerzas principales. Bloqueamos su camino y golpearnos donde nos duela”.

Por una vez, Reinhard carecía de total confianza. La idea de si debía modificar su primer método de ataque era patrullar su cerebro. Si Siegfried Kircheis hubiera estado a su lado y hubiera propuesto algo así, lo habría seguido sin cuestionarlo. Su ambición innata, sin embargo, fue una reacción necesaria contra las medidas pasivas que había tomado hasta ahora. También se sintió tentado por la posibilidad de derribar a Yang Wen-li sin apoyarse en las fuerzas militares de sus almirantes. Creía que había leído con suficiente profundidad las tácticas de Yang. Tendría que entregar las riendas eventualmente, aunque solo fuera por una batalla. Aún incapaz de controlar el caos en su corazón, Reinhard se dirigió a un plan positivo.

Salvo por el pequeño número de flotas bajo el control directo de Reinhard en la sede, las fuerzas imperiales reorganizaron sus formaciones de batalla, avanzando rápidamente sobre el enemigo al desviarse del puerto. Pasar de la defensa total a la ofensiva puso a los jóvenes almirantes de muy buen humor.

Pero cuando las fuerzas imperiales tenían al enemigo al alcance de los disparos, se asombraron, ya que lo que pensaron que era la fuerza principal de la alianza era un grupo de dos mil señuelos que tiraban de meteoritos

para engañar al radar y hacerlos creer que eran más numerosos. Mientras esta flota de señuelos atraía a las fuerzas principales del imperio, la propia alianza saltó de su escondite en el pequeño grupo planetario y fue ferozmente después de la sede de Reinhard.

Las fuerzas de la alianza cargan con todas sus fuerzas. Si perdían esta oportunidad, entonces la derrota era inevitable. Dusty Attenborough y el resto gritaron a sus subordinados mientras ponían los pies en el suelo, perforando el espacio vacío e indefenso como una flecha.

Cuando las fuerzas imperiales se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo, la alianza ya se había cruzado detrás de ellas y se estaba acercando a la sede de Reinhard. La velocidad de su carga impresionó incluso al Gale Wolf, Wolfgang Mittermeier.

Thurneisen, Brauhitsch, Aldringen, Carnap y Grünemann intentaron dar lo mejor de sí, pero fueron despedidos por el fuego de la flota de señuelos y sufrieron daños significativos. No es que se preocuparan mucho por eso, ya que incluso mientras eran atacados por la flota de señuelos, las fuerzas imperiales fueron atacadas por filas de naves de la alianza desde el frente.

Si esto tenía éxito, las fuerzas imperiales seguramente serían golpeadas por un ataque de flanco agudo. Las fuerzas de Yang Wen-li estaban en su mejor momento. Aunque los grupos de la vanguardia imperial lanzaron rayos y misiles al azar, cuando infligieron daños en el costado de estribor de la alianza, la alianza rompió la formación y se lanzó a babor, haciendo parecer que su centro se rompería. Convencidos de esto, Thurneisen y Brauhitsch se enfurecieron para recuperarse de la humillación de ser atacados por el señuelo, y fueron cargados en tándem.

El cambio fue rápido. Justo cuando estaban convencidos de que los habían roto con éxito, los almirantes imperiales se quedaron estupefactos al enterarse de que la alianza los había asediado. La curva en la formación de la alianza era de hecho el hueco de una concavidad deformada que la alianza había formado en respuesta a la ofensiva imperial. Si las fuerzas imperiales los enfrentaran de frente ahora, estarían atrapados en medio de la formación. Es poco probable que las fuerzas imperiales cometan ese error

tonto. La ilusión óptica que los convenció de que estaban atacando el lado del enemigo los había preparado para ser víctimas tácticas de las habilidades sobrenaturales de Yang Wen-li.

Los disparos de la flota de señuelos que bloqueaban la retaguardia también se intensificaron, y la alianza atacó desde todos los lados.

Innumerables estriaciones ensartaron la flota imperial, y los cuchillos de la luz picaron sus naves de guerra. Rodeadas e inmovilizadas, las fuerzas imperiales rodaron por una pronunciada pendiente hacia la muerte y la destrucción en medio de deslumbrantes explosiones de luz.

“La flota de Aldringen está siendo diezmada”.

Este informe, lleno de peligro y miedo, se encontró con un profundo océano de silencio por la nave insignia *Brünhild* . Más malas noticias llegaron.

“La flota de Brauhitsch está disolviendo su frente de batalla”.

El operador que da estos informes luchó por el control de su voz. Reinhard había sabido desde el principio que la destrucción en curso no se limitaría a las flotas o los frentes de batalla, sino que también incluiría la legendaria invencibilidad y la gloria de su autoridad.

“Me han engañado”, reflexionó Reinhard para sí mismo.

Una sombra de autodesprecio recorrió su rostro pálido y hermoso. Si el cerco fue perfectamente exitoso, su derrota era probable, pero estaba condenado si no iba a aplastar a Yang Wen-li antes de que eso sucediera. Con nada más que un cerco imperfecto y una torpe dispersión de fuerzas, él y sus hombres se habían convertido en patos sentados.

“¿Ganamos todas estas victorias solo para perder al final? Kircheis, ¿esto es todo lo que debía?”

Agarrando el colgante en su mano blanca, se hizo estas preguntas silenciosas dentro de su soledad sin fondo. Su amigo pelirrojo no dio

respuesta. Reinhard tampoco podría hacerlo.

Las fuerzas imperiales se encontraban en sus últimas patas, esperando el momento en que caerían como un enorme roble perenne golpeado por un rayo.

El principal asistente de Reinhard, el contralmirante Arthur von Streit, se acercó a su joven maestro. Conocido como un hombre de razonamiento sincero, dio consejo, haciendo todo lo posible para mantener la determinación ante la catástrofe.

“Su Excelencia, una lanzadera estará lista para usted en breve. Por favor, debes escapar mientras puedas…”

Reinhard le devolvió la mirada a su ayudante. En ese momento, el brillo frío en sus ojos azul hielo era lo suficientemente hermoso como para hacer que el que miraban recobrara el aliento.

“No sobrepases tus límites. Nunca he oído hablar de ninguna estrategia que implique correr cuando no es necesario. ¿Desde cuándo triunfan los cobardes?”

“Perdóname por hablar fuera de turno. Pero huir del campo de batalla en este punto no significa que perderás. Una vez que hayamos reunido todas las fuerzas de los almirantes, podemos saltar de nuevo a la arena para un partido de vuelta”.

El joven de cabello dorado era terco, olvidando lo que él mismo había convencido a Emil del otro día.

“Si soy asesinado por Yang Wen-li aquí, eso es todo lo que ascendería. ¿Qué clase de gobernante supremo seré entonces? Los que maté se burlarán de mí desde el infierno hasta Valhalla. ¿Quieres que me convierta en un hazmerreír?”

“Su Excelencia, no tome su preciosa vida tan a la ligera. Empezaremos de nuevo. Por favor, escape mientras pueda”, imploró el capitán Günter Kissling, de la guardia personal de Reinhard, con sus ojos de topacio.

Pero la expresión de Reinhard, que conserva su solemnidad de porcelana, rechazó su apelación. Von Streit desvió su mirada hacia Kissling. Aunque iba en contra de las intenciones de su maestro, silenciosamente insinuó que debía escapar de la nave insignia. Kissling asintió.

En ese momento, las tres naves de guerra de protección frente a *Brünhild* se convirtieron en víctimas del fuego concentrado. Una de las naves fue alcanzada en su núcleo de poder y desapareció en una bola de fuego. Otro se dividió en dos, mientras que el último escupió un torrente de escombros de su herida abierta y se tambaleó fuera del campo de tiro.

Sus explosiones pasaron por la pantalla, sorprendiendo a los que estaban dentro de *Brünhild* . Enormes volúmenes de energía liberada golpeaban a *Brünhild* como un grupo de caballos salvajes, sacudiendo violentamente el buque insignia imperial. Todos en el puente, salvo uno, cayeron al suelo. Solo el joven y dorado dictador logró evitar caer en virtud de su increíble equilibrio y agilidad.

Y luego algo extraño sucedió. Hubo una pausa en la feroz diatriba de la alianza. Mientras Reinhard trataba de ayudar al niño Emil, lanzó una mirada aguda a la pantalla. La vorágine de rayos de luz se desvaneció, y la pantalla volvió brevemente a la oscuridad del espacio.

“Es la flota de Müller”, gritó el operador. “Müller ha acudido en nuestra ayuda, ¡hemos sido salvados!”

Esas últimas palabras expresadas para todos los sentimientos verdaderos del puente, y fueron contestadas por un coro de aprobación.

IV

Hubo una razón por la que, entre los generales imperiales dispersos para llevar a cabo el gran cerco de Reinhard, Neidhart Müller fue el primero en ponerse a la ofensiva. Habiendo recibido la orden de apoderarse de la base de distribución de la Región Estelar Lucas, que estaba relativamente cerca de Vermillion, había planeado volver a pelear una vez que hubiera terminado con esa tarea. La base parecía fortificada y, por lo tanto, requeriría algunos días para subyugarla. Pero cuando Müller llegó a la región estelar de Lucas, llegó la noticia de que la base los recibiría sin resistencia.

Era el responsable de la base, un hombre llamado Aubrey Cochran, quien entregó todo al imperio. Por supuesto, sus muchos subordinados insistieron en que los materiales que contenían eran demasiado preciosos para renunciar. Estaban a punto de irradiar e inutilizar ochenta millones de toneladas de grano, veinticuatro millones de toneladas de carne comestible, sesenta y cinco millones de toneladas de alimento para animales domésticos, 2,6 millones de quilates de diamantes para uso industrial, 38,4 millones de toneladas de hidrógeno líquido, y Tiendas comparables de metales raros, combustibles y productos derivados del petróleo. Pero Cochran se negó, explicando así su razonamiento.

“Si los suministros se acumularan aquí para uso militar, eso sería una cosa, pero todos son para civiles. No importa cómo cambien nuestros líderes y nuestro sistema político, las vidas de las personas no deben ser destruidas. Tal vez me llamen un traidor, pero esa será mi cruz”.

Los extremistas entre sus hombres, que no tenían la intención de entregar sus recursos al imperio, se obligaron a Cochran, pero otros los detuvieron. Al final, la base de suministro de la Región Estelar Lucas se entregó al imperio sin incidentes. Al principio, Müller detestaba a Cochran por lo que consideraba acciones egoístas y traidoras. Más tarde, después de enterarse del razonamiento de Cochran de sus hombres, quedó impresionado y lo invitó a unirse a los oficiales de su personal. Pensó en darle la importante oficina de supervisión de suministros y finanzas.

Cochran rechazó la oferta. Pensando que era un cobarde, le preocupaba cómo los demás lo podrían ver y cómo nunca sería capaz de evitar que la gente dijera que había vendido sus recursos al enemigo solo para asegurar un puesto. Se le prometió que los recursos solo se utilizarían para civiles y que a él y sus hombres se les permitiría regresar a Heinessen. Una vez tranquilizado de esto, Müller se fue en silencio. Pero la buena fe de Cochran fue traicionada. Después de regresar a Heinessen, de acuerdo con la acusación de sus antiguos subordinados, fue arrestado bajo sospecha de incitar al enemigo y enviado a un campo de detención de prisioneros de guerra remotos para esperar el castigo. En medio del caos político y militar, su existencia podría haber sido olvidada si no fuera por los esfuerzos de un solo hombre. Dos años después, cuando el levantamiento del sistema estelar de Bharat estaba terminando, Neidhart Müller despachó a sus hombres en busca del paradero de Cochran y lo rescató de la muerte por desnutrición en el campo de detención. Cochran vendría posteriormente a trabajar como jefe contable bajo Müller, pero esa es otra historia.

El regreso y rescate de Neidhart Müller provocó el tercer cambio de mar en la guerra de Vermillion.

Sin su agudo ataque de flanco el 2 de mayo, la alianza podría muy bien haber capturado a Reinhard von Lohengramm antes del final del día, o así, los futuros historiadores, que no pudieron resistir la tentación de dramatizar su tema, harían una conjetura unánime. Desde el día anterior, el comando táctico de Yang Wen-li había sido casi infalible, superando momentáneamente incluso a Reinhard. Pero él, también, estaba a punto de encontrarse con un contratiempo inevitable.

La aparición de la flota de Müller revitalizó las fuerzas imperiales. Abrieron sus cañoneras, decididos a vencer la alianza con toda la energía a su disposición, y rociaron a sus oponentes formidables con rayos y misiles.

Flores de luz florecieron en medio de filas de naves de alianza y desaparecieron para revelar agujeros oscuros y estériles. Mientras estaban siendo llevados a una posición desventajosa, las fuerzas de la alianza

dispararon, aplastando la nave insignia imperial.

El contraalmirante Dusty Attenborough de la alianza, llegando a los límites de su resistencia, continuó su comando de primera línea sin dormir ni descansar.

“Nuestros comandantes no deben rendirse y huir solo porque una flota imperial se haya unido a la refriega. Me gustaría ver qué más tiene Milagroso Yang en la manga “, comentó Attenborough mientras acariciaba su barbilla.

La flota de Müller rápidamente dejó atrás a los rezagados y llegó al espacio de batalla con el 60 por ciento de sus fuerzas — apenas digno de ser llamado una flota. Este fue un pequeño éxito para Yang.

Para él, la apariencia de Müller tenía más posibilidades que de cálculo. Entre los almirantes imperiales, pensó que Wolfgang Mittermeier, él, de incomparable rapidez, habría llegado antes que el resto, y Yang había planeado acabar con Reinhard antes de que eso sucediera. A partir de ese momento, los ingresos y gastos de sus planes estaban bien equilibrados. Si la situación continuaba como estaba, la victoria estaba a su alcance. Pero no sin un nuevo plan.

Yang murmuró para sí mismo mientras abanicaba su rostro con su boina.

“Realmente me adelanté al ignorar a Müller…”

No había planeado esclarecer al almirante más joven de la Armada Imperial, pero había terminado haciendo eso.

El primero en tomar la peor parte de la ofensiva de Müller fue el almirante Lionel Morton.

Fue un ataque muy severo. La flota de Morton, que al comienzo de la batalla totalizó 3,690 naves, se redujo a 1,560 después de una hora. Sus pérdidas en esa hora ascendieron a 57.7 por ciento, una cifra que, aunque perfectamente precisa, parecería dudosa a los ojos de los historiadores

militares.

Por supuesto, las fuerzas imperiales tampoco pagaron una pequeña compensación. El cerco de la alianza mantuvo su forma, golpeando al buque insignia imperial en avance con todo lo que tenía, desatando corrientes de luz y energía explosivas todo el tiempo. Pero en este momento, Müller superó a Yang por la fuerza con la que se había lanzado a la arena.

“El almirante Morton ha sido asesinado en acción”.

Al escuchar este triste informe, Yang cerró brevemente los ojos. Notando los colores seguros de desesperación y cansancio en su rostro juvenil, Julian y Frederica intercambiaron miradas.

Los restos de la flota de Morton, después de haber perdido a su comandante y bajo un intenso fuego, apenas lograron mantener sus filas y reagruparse con la flota principal de Yang. Müller, después de haber matado a Morton en acción, se abrió camino entre Yang y Reinhard y pareció proteger a su maestro de los ataques enemigos con su propio cuerpo.

“Es un comandante de primera clase. Lee bien la situación, lucha bien y protege bien a su emperador”.

Yang no era el único con la mala costumbre de alabar la fuerza de su enemigo. Reinhard estaba afligido de manera similar, y no era raro que su mentalidad y sensibilidad como militar hiciera un total de ochenta años por el máximo respeto y adoración por sus enemigos y desprecio y odio por sus compañeros.

Pero esta vez, no había margen para la admiración. La violencia del ataque de Müller fue demasiado para que la alianza la absorbiera cuando las fuerzas imperiales se aburrieron en medio de ellos. Destellos y bengalas llovieron sobre las fuerzas de la alianza en una tormenta de llamas sobrecalentadas. Las estrías letales se desviaron en todas direcciones, por un momento iluminaron el oscuro camino hacia la muerte, reproduciendo un silencio vacío para sus víctimas.

“Müller lo ha hecho bien”, murmuró Reinhard desde el puente de *Brünhild*, ahora salvado de la retirada. Se limpió su hermoso rostro con la toalla que le dio Emil y, literalmente, contuvo el aliento.

V

Las fuerzas de la alianza habían sido hechas para permanecer en el precipicio entre la vida y la muerte. Si Müller hubiera podido reunir toda su flota, los habría empujado sobre ese precipicio.

Nada de lo que significaba que las fuerzas imperiales tenían la ventaja en todos los frentes. Para estar seguros, la lucha que se desarrollaba entre la alianza y las fuerzas imperiales encerradas en su ininterrumpido anillo de atrapamiento había consumido una cantidad abrumadora de tiempo y energía. Las flotas Aldringen y Brauhitsch no eran más que restos militares, mientras que las flotas Thurneisen, Carnap y Grünemann tenían poca fuerza para romper el cerco. Las manos de Thurneisen estaban ocupadas con la defensa, y Grünemann, que había sufrido heridas graves, cedió el mando a su jefe de estado mayor.

Veinticuatro horas más tarde, Carnap también había sucumbido al poder del asedio de la alianza, y después de acumular suficientes pérdidas se contactó con la flota principal de Reinhard para solicitar refuerzos. Cuando escuchó esto del oficial de comunicaciones, el joven dictador abrió sus lujosas cerraduras doradas.

“No tengo fuerzas excedentes. Déjalos morir como son. Si quiere decir algo, lo escucharé en Valhalla”.

Reinhard no solo estaba siendo insensible. Realmente no tenía un soldado de repuesto o una nave a su nombre.

Carnap, por otro lado, no tomó muy en serio este consejo.

“¡¿Morir como somos, dice él?! Que así sea. ¡Y si me muero primero, alcanzaré a Valhalla delante de ti y te convertiré en mi chico de recado, Reinhard von Lohengramm!”

Carnap se levantó de la silla de su comandante, dando órdenes a todas las flotas agotadas bajo su comando para atacar con toda la velocidad a su disposición. Si sus esfuerzos se hubieran centrado en un solo punto, o se hubiera roto el cerco, la flota Yang podría haberse derrumbado. La decisión de Carnap fue natural, pero le dio a Yang una valiosa oportunidad.

“Abran fuego, con la mayor precisión y eficiencia que puedan”.

Yang hizo un punto para enfatizar esa última parte, porque la alianza estaba empezando a agotarse en el suministro de energía. Tenía una esquina del cerco que sostenía el fuego de ambos lados, abierto intencionalmente.

Las fuerzas imperiales quedaron gratamente sorprendidas. Y cuando los que estaban dentro del cerco intentaron escapar de su interior, las fuerzas imperiales externas intentaron estallar para salvar a sus compañeros. Ambos lados se precipitaron hacia el mismo punto de espacio vacío, congestionando el área como lo hicieron. Esto dejó a la flota Yang fácilmente capaz de blandir su habilidad especial — concentrar el fuego en un solo punto.

Carnap se evaporó junto con su flota, que dejó un vasto cementerio de luz brillante en el espacio para mostrar su última batalla.

Así, el estado de la guerra cambió por cuarta vez.

Neidhart Müller vio a su principal flota envuelta en llamas. Coloridos tornados reflejados en sus ojos arenosos. La severidad y la fuerza del poder destructivo de la alianza en el último momento fue nada menos que maravillosa. La nave insignia sufrió daños en seis lugares, lo suficiente como para romper su reactor de fusión nuclear, lo que obligó a los miembros de la tripulación a ponerse a cubierto.

“Su Excelencia”, imploró el Comandante Guzmán, con gotas de sudor formándose en su cara pálida, “por favor, abandone esta nave. Su destino está sellado”.

Müller asintió suavemente con la cabeza en un acuerdo reacio, pero no solo quería abandonar la nave.

“Muy bien, entonces, vamos a mover nuestra sede a otro lugar. ¿Cuál es el acorazado más cercano?”

Al enterarse de que era *Neustadt*, Müller asintió.

“Vienes conmigo en el transbordador”.

Sólo esa orden impidió que el capitán se suicidara. Los pies de Reinhard estaban inevitablemente atados por las cadenas de su propia búsqueda de la gloria, pero Müller, quien una vez había sufrido una gran derrota a manos de Yang, había aprendido a ser flexible ante cierta ruina. Se confió a la lanzadera y dejó morir su nave insignia.

Pero cuando Müller cambió de nave insignia, la alianza se concentró en el centro de *Neustadt,* haciéndolo inoperable. Cinco minutos después de que Müller y sus hombres hubieran escapado, se desvaneció en una bola de fuego.

“¿Tengo suerte o mala suerte?”, Dijo Müller con una sonrisa amarga.

Trasladó su cuartel general al acorazado *Offenburg* , y dos horas más tarde al acorazado *Helten.* Müller no lo hizo por cobardía, sino como prueba de su determinación de continuar luchando tenazmente incluso en el calor de una batalla perdida.

Por lo tanto, *Neidhart* de Müller sería grandemente reconocido en generaciones futuras como el almirante de tres barcos diferentes en la misma guerra. Pero su valor y su estilo de lucha dedicado no fueron suficientes para evitar el ataque de Yang Wen-li. Sus futuros biógrafos

destacarán para siempre cómo este ser humano luchó con una determinación tan silenciosa y poderes de juicio sobresalientes, luchando a través de tantos peligros en sus intentos por agarrar la cola de la victoria. Yang superó el peligro extremo de la participación de Müller en la guerra y formuló un nuevo plan de batalla, que llevó a cabo a la perfección.

Pero el 5 de mayo tuvo lugar el quinto cambio repentino de la guerra. Su causa fue algo en la capital de la alianza de Heinessen, a 3,6 años luz de distancia del espacio de batalla. En este día, a las 22:40, se envió un FTL a Yang. El presidente de la alianza, el Alto Consejo Job Trünicht había ordenado un alto el fuego incondicional. Cuando se recibió la orden, la batería de la alianza estaba a punto de poner a *Brünhild* , la nave insignia de Reinhard von Lohengramm, en la mira.

CAPÍTULO 09: PRECIPITACIÓN

I

UN CASO DE FUEGO.

Yang Wen-li tenía sus manos envueltas alrededor del cuello del imperio cuando llegó la orden y se estaba preparando para administrar un apretón fatal cuando su propio gobierno lo arrojó de vuelta a un rincón.

“¡Qué están pensando esos bastardos en Heinessen!”

No era una pregunta, sino un enojo violento manifestado en forma verbal.

“¿Nuestros superiores también se han vuelto locos? Estábamos a punto de ganar. ¡No, hemos ganado! ¡¿Por qué debemos detenernos ahora?!”

Con un furioso rugido, Attenborough tiró su boina al suelo, ya que había esperado estar cerca de la nave insignia de Reinhard, *Brünhild*.

De vuelta en *Hyperion*, Walter von Schönkopf habló bruscamente a Yang.

“Comandante, tengo algo que decir”.

Yang se dio la vuelta y se encogió de hombros ligeramente.

“Sé lo que quieres decir, así que guárdalo.”

“Si lo sabes, entonces procederemos según lo planeado”.

Los ojos de Von Schönkopf ardían cuando señaló la pantalla principal.

“Ignore las órdenes del gobierno y lance un asalto total. Haz eso y habrás tomado el control de tres cosas: la vida del Duque von Lohengramm, el universo y la historia tal como la conocemos. ¡Hombre arriba! Sigue presionando y pavimentarás tu propio camino a través de la historia”.

Cuando cerró la boca, la calma después de la tormenta se apoderó de todos en el puente de *Hyperion.* Las personas seguían el sonido de la respiración del otro, temblando por la elevación de sus propios pulsos. Von Schönkopf había dicho algo que no debería haber dicho. De niño, había huido del imperio con sus abuelos para convertirse en un hombre de gran estatura, escalando con sus propias habilidades y méritos al rango de vicealmirante en las Fuerzas Armadas de la Alianza a la edad de treinta y cinco años. Con todos los ojos en él, había arrancado una fruta prohibida de su rama.

Pero qué dulce era esa fruta prohibida, llena del néctar y el aroma de la conquista, la hegemonía y la gloria. No solo Yang, sino también los que lo rodean casi pueden saborearlo.

Yang estaba incómodamente en silencio. Después de todo, no la calma después de una tormenta, sino lo que Frederica Greenhill comparó con la luz del sol durante el verano indio. Yang no abrió la jaula de ese silencio, sino que lo empujó suavemente con sus palabras, por lo que profundizó las convicciones de Frederica.

“Ahí está ese curso, sí. Pero esa ropa no es de mi talla. Dígale a todas las flotas que se retiren, teniente comandante Greenhill”.

Wolfgang Mittermeier había ganado el control total sobre los suministros de la alianza y la base de comunicaciones en la Región Estelar de Eleuthera y estaba a punto de regresar cuando recibió a un invitado inusual el 2 de mayo. La red de vigilancia del enemigo recogió una nave no identificada, Cuando se ordenó que se detuviera, lo que regresó fue totalmente inesperado.

“Somos fuerzas amigas que buscan una audiencia con el comandante”.

La condesa Hildegard von Mariendorf salió al piso del acorazado *Beowulf* , saludando a un Gale Wolf de ojos grandes con una sonrisa que era una mezcla de fatiga física y vitalidad mental. La combinación de su pelo rubio recortado y el uniforme de los hombres dieron la fuerte impresión de un niño hermoso.

“Fräulein von Mariendorf, qué agradable sorpresa”.

Antes de esto, Hilda había abandonado en secreto el sistema estelar de Gandharva y había alcanzado el borde exterior de la Región Estelar Vermillion. La mitad había persuadido a los oficiales de alto rango para que defendieran su ausencia y la otra mitad, mediante la coercitiva aprobación ex post facto, había pedido prestado un crucero de velocidad. Luego, justo después de que comenzara la batalla, y después de ver el primer asalto importante de Yang desde la distancia, había llegado a la Región Estelar de Eleuthera lo más rápido posible. Al no tener ni un solo soldado para salvar a Reinhard, se sintió obligada a contar con la ayuda de un aliado en el que podía confiar. Ella no quería arriesgar una misiva FTL a una distancia tan grande, porque este lugar estaba directamente en territorio enemigo y el peligro de ser interceptado era demasiado grande.

“Hmm, ¿entonces estás diciendo que es demasiado tarde para dirigirte a la región estelar Vermillion?”

“Sí, dudo que incluso las piernas rápidas del Lobo Salvaje llegarían a tiempo para salvar al Duque von Lohengramm”.

Mittermeier ofreció una breve y amarga sonrisa y formuló la pregunta obvia.

“Entonces, ¿qué propones? Supongo que tienes un plan de respaldo en mente, fräulein”.

Hilda asintió.

Hoy fue 2 de mayo, explicó. Incluso irse a la Región Estelar de Vermillion de inmediato pondría su llegada cuatro días después, el 6 de mayo. Y no podrían viajar en una sola nave, sino que necesitarían atraer una gran flota de ellos. Después de observar la situación desde la distancia, pudo adivinar qué pasaría después. El ataque de Yang Wen-li fue inusual, y fuertes señales apuntaban hacia la eventual derrota de Reinhard. Y para cuando alcanzaran el espacio de batalla el 6 de mayo, sería inútil atacar a un enemigo que ya estaba a punto de ganar. Aun así, la distancia entre aquí y la capital de la alianza de Heinessen en el sistema estelar de Bharat era menor que la de Vermillion y podía recorrerse de forma conservadora en cuarenta y ocho horas. En consecuencia, al hacer un cambio repentino y atacar a un Heinessen probablemente indefenso, provocando la rendición del gobierno de la alianza y obligándoles a ordenar a Yang que cese el fuego, salvarán a Reinhard de una derrota segura.

Hilda no sabía que Neidhart Müller había llegado al espacio de batalla en Vermillion tres días antes de lo previsto.

“De hecho, una vez le propuse esto al Duque von Lohengramm, pero él lo rechazó de plano, diciendo que luchar y ganar eran todo lo que importaba. Aunque creo que sus valores son sólidos, si perdemos, entonces todo vuelve a cero”.

Mittermeier probó las aguas de una pregunta insensible: “¿Crees que el Duque von Lohengramm será derrotado?”

Era una pregunta que, de haber sido planteada a Müller por el propio Reinhard, lo habría encerrado por completo. Sin dudarlo, Hilda miró a los ojos del general más renombrado de la Armada Imperial Galáctica.

“Sí, si las cosas continúan como van hasta ahora, el duque von Lohengramm experimentará la primera y última derrota de su vida”.

Al menos Mittermeier no pudo evitar reconocer la valentía y el dinamismo de esta mujer de veintidós años. De todos modos, él la comparó en broma con la diosa Atenea.

“Te entiendo en ese punto. Solo hay un problema, fräulein”.

Mittermeier solo olió el aroma de su café, devolviendo la taza a su platillo.

“Es decir, si Yang Wen-li seguirá una orden de alto el fuego de su gobierno. Desde donde se encuentra, el fruto de la victoria está madurando ante sus propios ojos, entonces, ¿por qué se sentiría obligado a tirarlo a un alto el fuego? ¿No tiene mucho más que ganar al ignorar la orden y tomar esa fruta por su cuenta?”

La solidez de lo que Mittermeier había señalado no se perdió en Hilda. ¿Quién en su sano juicio renunciaría a una pelea que fue 99 por ciento ganada por un alto el fuego? Si ignoraba la orden y seguía luchando, no solo obtendría una victoria militar. De hecho, si el gobierno se derrumbó dentro de ese tiempo, él podría fácilmente tomar su autoridad como un héroe dedicado a la salvación de su nación. Seguramente nadie renunciaría a tal oportunidad. Entonces otra vez…

“La posibilidad ha cruzado mi mente. Pero he llegado a la conclusión de que una orden de cese del fuego será efectiva contra Yang Wen-li. Ha tenido más que suficientes oportunidades para tomar el poder basándose en su poder y solo su perspicacia militar. Pero dejó pasar cada una de esas oportunidades y se ha contentado con ser un soldado, defendiendo las fronteras”.

Mittermeier se quedó en silencio.

“Es posible que Yang Wen-li sea alguien que sienta con cada fibra de su ser que hay algo más valioso que el poder. Y aunque creo que es un rasgo loable, debemos usarlo en su contra, por poco que parezca”.

“O eso, o podría desarrollar repentinamente un gusto por el poder e ignorar por completo la orden del gobierno. Esta oportunidad es mucho más grande y más tentadora que cualquier otra que haya enfrentado antes”.

“Sí, es bastante posible. ¿Está diciendo, entonces, que mi propuesta no vale la pena implementar?”

“No”, dijo Mittermeier, sacudiendo la cabeza. “Muy bien, Fräulein von Mariendorf. Vamos a darle una oportunidad. No es que tengamos otra opción”.

La rapidez de su decisión, pensó Hilda, también era encomiable por la habilidad con la que había evaluado la situación.

“Muchas gracias. Tu aprobación significa mucho para mí”.

“Pero no estoy haciendo esto solo. Me gustaría pedir un compañero que me acompañe. Seguramente alguien tan inteligente como tú puedas entender por qué, fräulein”.

Hilda asintió. Ella entendió la amabilidad de Mittermeier como un militar. Si Mittermeier no se hubiera propuesto a sí mismo para salvar a su maestro Reinhard en el espacio de batalla y capturar a Heinessen solo, la gente diría que dejó, o parecía permitir, que su maestro muera por sus propias ambiciones militares y políticas. Tal carga sería insoportable para Mittermeier. Fue precisamente porque pensaba que el Lobo de Gale era un hombre tal que Hilda lo había elegido como el objetivo de su persuasión. Su juicio en ese frente fue recompensado favorablemente.

Si ella entendía el significado de Mittermeier, Hilda tenía algo que preguntarle, a pesar de saber que no había necesidad de preguntarlo.

“Entonces, ¿quién te acompañará para compartir tus logros?”

“Él está en un sistema estelar cercano y es bastante fácil de alcanzar, un hombre en el que se puede confiar en sus habilidades. Oskar von Reuentahl. ¿Te opones, fräulein?”

“No, creo que es una opción obvia”.

Hilda no estaba mintiendo, pero tampoco le estaba dando voz a todo lo que tenía en mente. Ella misma no tenía muy claro por qué había elegido a Mittermeier y no a Von Reuentahl. Ella nunca había sido tan capaz de poner

demasiado valor en la intuición. Si la intuición de un oficial de policía siempre fue correcta, entonces nadie sería acusado falsamente. Del mismo modo, si la intuición de un militar siempre fuera correcta, nadie perdería jamás. Pero su elección se basó en la intuición, y como tal no tenía nada que lo respaldara.

II

Mittermeier cambió el rumbo de la capital de la alianza de Heinessen. Sus hombres estaban perplejos al saber que se estarían vinculando con la flota de von Reuentahl. Karl Eduard Bayerlein, quien sirvió bajo Mittermeier, bajó la voz.

“Me pregunto qué pensará el almirante von Reuentahl de esto. ¿No podría hacer que las fuerzas imperiales se enfrenten entre sí?”

“Tienes bastante imaginación literaria allí”, bromeó Mittermeier, pero debido a que la silenciosa pausa que precedió a esas palabras fue corta pero a la vez embarazada, se desinfló.

Puede que no haya tenido tanta información, pero este joven llamado Bayerlein a veces demostró una habilidad excepcional para predecir el futuro. Si bien era valioso por no ser un simple gruñido, a Mittermeier le molestaba un poco por su incapacidad para equilibrar las emociones y la razón.

“Von Reuentahl es un amigo, pero no soy una persona tan educada que me mantendría a medias como amigo durante diez años. Eres libre de pensar lo que quieras, pero no digas ni hagas nada para causar malentendidos inútiles”.

“Sí, mis disculpas. Estaba fuera de lugar”.

Bayerlein inclinó la cabeza profundamente, pero dentro de la lanzadera, en su camino de regreso a su nave insignia, llamó a uno de sus hombres y dio la orden de prepararse para la guerra. Cuando el subordinado nervioso preguntó por qué, Bayerlein dijo con irritación:

“¿No es natural que un soldado esté siempre listo para un ataque sorpresa? Estamos en territorio enemigo aquí, no en el patio de recreo detrás de tu escuela primaria en casa. No hay que tomar una siesta más allá del ojo vigilante del maestro”.

Pareciendo dejar escapar algo de su propia infancia, terminó la comunicación.

Incluso él pensó que había ido demasiado lejos. Sabía muy bien que su superior Mittermeier, a quien respetaba, era amigo íntimo del renombrado comandante von Reuentahl. ¿Qué le había hecho pensar que podrían enfrentarse entre sí? Él fue atrapado por este pensamiento embarazoso. ¡Pensar que él había dicho tal cosa en voz alta y no había sido criticado por eso! Tal vez debería pesar las alas de su imaginación. Pero incluso mientras lo consideraba, por alguna razón, Bayerlein no pensó en rescindir la orden que había dado.

Cuando la propuesta de Hilda salió a través de la línea directa de FTL a través de Mittermeier, Oskar von Reuentahl se tomó un tiempo para pensarlo. Incluso un hombre inteligente equipado con nervios de hierro como el suyo fue difícil de responder a la vez.

Pensó para sí mismo: “¿Qué pasa si no vuelvo?” Cuando partía hacia Gandharva, pero si no regresaba, los otros almirantes robarían su trueno, y el valor que su maestro le asignaba sólo se desploman. Nada de esto se sentía real. Pero la situación repentinamente progresó como si lo estuviera llamando.

El jefe de personal de Bergengrün ya había venido a informar que la división del vicealmirante Bayerlein, dentro de la flota vecina de

Mittermeier, había tomado estrictas medidas de defensa que no eran necesarias en las circunstancias actuales.

Von Reuentahl se quedó en silencio, una luz aguda reflejada en sus ojos no coincidentes. Sabía que, entre los que estaban bajo la autoridad inmediata de Mittermeier, Bayerlein era el comandante más joven y decidido. Preguntándose por qué actuaría como si un enemigo estuviera cerca, consideró interrogar a Mittermeier. Pero von Reuentahl pensó que tenía la respuesta. Si von Reuentahl no solo rechazó la propuesta de Hilda sino que se defendió contra ella, ¿eso significaría que tendría que luchar contra Mittermeier? Habiendo observado el comportamiento de Mittermeier, von Reuentahl no creía que su amigo hubiera hecho una indicación al respecto. Si dependiera de Mittermeier, su temperamento no le permitiría permanecer en silencio. ¿Significaba esto que el novato Bayerlein había hecho esto por su propia voluntad…?

Los ojos desiguales de Von Reuentahl parecían plácidos en la pantalla de comunicaciones, pero Hilda vio la tormenta en su abismo sin fondo. Al menos esta vez, ella sabía que sus instintos habían estado en el blanco, y sintió que su inquietud se profundizaba en consecuencia. ¿Acaso ella, más bien, había logrado el resultado involuntario de hacer que los hombres que poseían ambiciones y talentos poco comunes se dieran cuenta de la oportunidad ideal que era esta? Si se les hiciera saber que no había tiempo suficiente para salvar a su maestro en el espacio de batalla, tal vez brotara una ambición atrevida en los hombres que antes no tenían esa ambición. Sintiéndose como si hubiera hecho algo estúpido, Hilda se estaba inquietando.

Pero von Reuentahl, como si viera a través de su aprensión e incomodidad, sonrió sin decir una palabra y asintió profundamente.

“Entendido. Haré lo que usted dice e iré de acuerdo con la propuesta de Fräulein von Mariendorf. Ordenaré a todas las flotas que ataquen a Heinessen, pero iré allí para discutir los detalles más sutiles. Una vez que hayamos fusionado las flotas, por supuesto”.

Si tuviera que llamar a Mittermeier aquí, pensó, *Bayerlein podría*

reaccionar de forma exagerada y pensar que lo estaba tomando como rehén. Von Reuentahl reflexionó sobre ese punto.

No había necesidad de hacer las cosas difíciles. Von Reuentahl trabajó para controlar su corazón, que era propenso a escapar de las manos de la buena razón. Fräulein von Mariendorf era sabia y abundante en estratagemas. Pero no todo progresó de acuerdo con el pensamiento de esta hija del imperio.

III

Mittermeier y von Reuentahl, las Murallas gemelas de la Armada Imperial Galáctica, lideraron una flota de treinta mil naves que irrumpieron en el sistema estelar de Bharat el 4 de mayo. Al día siguiente, habían alcanzado la órbita planetaria de Heinessen, provocando el pánico de sus ciudadanos por la obstrucción de las estrellas parpadeantes. Por primera vez en su historia, la gente de Heinessen vio a la Armada Imperial con sus propios ojos.

En medio de la confusión, el anuncio de Mittermeier secuestró la red de comunicaciones del planeta.

“Habla el almirante senior Wolfgang Mittermeier de la Armada Imperial Galáctica. El espacio aéreo sobre Heinessen está bajo nuestro control. Vengo a exigir un tratado de paz con el gobierno de la Alianza Planetas Libres. Por lo tanto, le pido que suspenda todas las actividades militares y rescinda todas las armas. De lo contrario, se producirá un ataque indiscriminado contra Heinessen. Tienen tres horas para dar tu respuesta. Mientras tanto, disfruten de esta pequeña demostración”.

La amenaza de Mittermeier pesaba mucho en los oídos de sus receptores. Momentos después, una de las naves imperiales disparó en un solo punto a seis mil kilómetros por debajo de la superficie del planeta.

Un destello y un rugido atronador llenaron la atmósfera. Su luz palideció los campos de visión de soldados y civiles por igual, desapareciendo con la misma rapidez en medio de una reverberación que golpeaba sin piedad sus tímpanos. Una bola de luz naranja rasgó la silueta negra del Cuartel General de Operaciones Conjuntas y envió pedazos de ella alza en el aire. Cuando la mitad de estos fragmentos fueron enviados flotando en una gran ola de choque, uno de los soldados que se refugiaban en el suelo habló con voz temblorosa.

“¡Cómo se atreven! ¡Un misil de baja frecuencia!”

El impacto directo de ese misil fue suficiente para diezmar las partes aéreas del edificio de la sede operativa conjunta. El Gale Wolf habló con Hilda, quien estaba observando cómo se desarrollaba todo en la pantalla.

“Deberías hacer eso. Los que están en el poder no pestañean cuando se destruyen casas civiles, sino que destruyen un edificio del gobierno y la sangre drena de sus caras”.

“Entonces estás tratando de evitar causar daño a los civiles”.

“Bueno, *nací* como uno, así que…”

Hilda miró favorablemente la amarga sonrisa de Mittermeier.

“Almirante, ¿podría por favor enviar un mensaje más? Dígales si se rinden, juramos por el nombre del primer ministro galáctico, el Duque von Lohengramm, que ni siquiera se procesará a los de mayor rango. Creo que eso debería ser suficiente para llevarlos a una decisión”.

“Normalmente, eso sería una mala idea, pero en este caso podría funcionar. Transmitiré el mensaje”.

Mittermeier tenía completa fe en el consejo de Hilda.

El paisaje de abajo se reflejó en la pantalla gigante. En el subsuelo, en un lugar seguro alejado de los ciudadanos comunes, ya se estaba llevando a

cabo una reunión del Comité de Defensa Nacional. Los altos oficiales del gobierno y los militares estaban alineados, sus caras pálidas como si estuvieran cortadas de la tundra. En este mismo momento, el “Mariscal” Dawson, director de la sede operativa conjunta, estaba mirando la pantalla con los ojos vacíos.

Despertando de una hibernación no estacional, el presidente del Consejo Superior Job Trünicht, que había convocado la reunión, rompió el lodo del silencio.

“Aquí está mi conclusión…”

La voz de Trünicht, por supuesto, no era en absoluto jovial, pero también le faltaba extrañamente la falta de amabilidad de las circunstancias. Al igual que su expresión, su voz parecía ser la de una muñeca mecanizada que llevaba una máscara.

“Aceptaremos las demandas de la Armada Imperial. Al ver que han declarado un ataque indiscriminado contra toda la población, no tenemos otra opción”.

Como presidente Island del Comité de Defensa hizo protestar, Trünicht lo miró con una mirada.

“¿Me han llamado oficialmente? Ciertamente no. Eso significa que toda la responsabilidad y las calificaciones para tomar la decisión de poner fin a este conflicto son mías. Todo lo que estoy tratando de hacer es llevar a cabo esa responsabilidad lo mejor que pueda”.

“Por favor, detén esto”.

La voz del presidente del Comité de Defensa temblaba más de vergüenza que de ira.

“No está dentro de tus derechos abusar de la institución del gobierno democrático para derribar su espíritu y manchar su historia. ¿Solo pretendes dejar que dos siglos y medio de historia democrática desde que nuestro

padre fundador Ahle Heinessen se pudra?”

Cuando Trünicht levantó ambas comisuras de su boca, su rostro parecía aún más parecido a una máscara.

“No somos justos, Island. Tal vez lo hayas olvidado, pero lo recuerdo bien. Esa noche, cuando viniste a mi casa a sobornarme con un costoso set de vajilla de plata, suplicando un puesto de ministro de gabinete”.

Los presentes rara vez habían escuchado tal malicia de su boca antes.

“Sin mencionar las donaciones y sobornos que recibió de todas esas empresas interesadas. ¿No sacaste de tus fondos electorales para comprar esa casa de verano? ¿No fuiste a vagar con tu amante con el dinero del público? Lo sé, todo acerca de eso.”

Numerosas gotas de sudor brotaron de la amplia frente del presidente del Comité de Defensa, y no del calor.

“Lo admito, soy un contratista político de tercera categoría. Le tengo que agradecer por haber podido alcanzar mi posición actual. Estoy en deuda. Es por eso que no puedo quedarme a la espera y ver tu nombre en la historia como el estadista de una nación en ruinas. Por favor reconsidera. Tal vez moriremos aquí, pero si el almirante Yang matara al Duque von Lohengramm, la alianza se salvará. No desearía la desgracia de una solo alma, pero esa es la realidad. Si el duque de Lohengramm muere, las fuerzas imperiales volverán a su país de origen, y mientras luchan por la hegemonía en la próxima era, el almirante Yang Wen-li reconstruirá nuestro sistema de defensa nacional. Los comandantes políticos que nos sucedan cooperarán con él a su vez”.

“¿Hmm, Yang Wen-li?”

Si una voz pudiera ser un veneno, también lo habría sido la de Trünicht.

“Piénsalo. Si ese tonto Yang Wen-li no hubiera destruido el Collar de Artemisa que una vez protegió este planeta, podríamos habernos salvado de

la invasión imperial. Que las cosas hayan llegado a esto es totalmente culpa suya. ¿Un gran comandante? Es solo un imbécil que no puede ver el futuro”.

El comandante en jefe de la Armada Espacial de las Fuerzas Armadas de la Alianza, mariscal Bucock, habló por primera vez.

“Entiendo. Entonces, si todavía tuviéramos el Collar de Artemisa, solo este planeta estaría protegido. Pero ¿qué pasa con los otros sistemas estelares? Mientras este planeta, y tu autoridad en él, estén a salvo, no podrías preocuparte menos por la guerra en otros sistemas estelares”.

La voz del viejo almirante, ahora en sus setenta años, aunque lejos de ser estricta, erigió un muro de granito contra los comentarios imprudentes de Trünicht.

“El punto es que los días de la alianza están numerados. Sus políticos juegan con el poder. Sus soldados, como se ve en Amritsar, están absortos en empresas especulativas. Predican la democracia pero no hacen ningún esfuerzo para protegerla. Incluso su gente ha renunciado a la política a cada vez menos manos y ha dejado de tratar de dar forma al estado por completo. El colapso de un gobierno despótico es el pecado de sus gobernantes y estadistas de alto rango, pero el colapso de una democracia descansa sobre los hombros de todos los ciudadanos. Aunque ha tenido muchas oportunidades de huir legítimamente de sus asientos de poder, ha elegido abandonar su autoridad y responsabilidad vendiéndose a un político podrido”.

“Has terminado con tu discurso, ¿Lo tomo?”

Job Trünicht sonrió levemente. Si Yang Wen-li hubiera visto eso, seguramente su nueva impresión de un hombre temido y odiado habría resurgido.

“Sí he terminado. Ahora es el momento de actuar. Usted solo espera y verás, Presidente Trünicht. Te detendré con todo lo que tengo”.

El viejo general se levantó de su silla, todo su ser rebosante de determinación. Como nadie presente en la reunión podía portar un arma, el viejo almirante estaba desarmado, pero sin dudarlo intentó acercarse al joven presidente treinta años menor que él.

Surgieron voces de todos lados. Primero de moderación, luego de confusión cuando las puertas de la sala de conferencias subterránea dieron paso a más de diez hombres que irrumpían. No eran policías militares, pero tenían fusiles de partículas cargadas y sus caras estaban en blanco, como soldados altamente entrenados. La mitad de ellos formó una barrera humana alrededor de Trünicht, mientras que la mitad restante apuntó sus armas a los demás.

“¡La Iglesia de Terra…!”

La exclamación del viejo almirante petrificado convirtió a todos los presentes en fósiles vivientes. Sus miradas se fijaron en los pechos de los hombres, a través de los cuales se había bordado claramente un eslogan: *Terra es mi hogar. Terra en mi mano.* La inconfundible marca de la iglesia.

“Enciérralos,” ordenó severamente el presidente.

“El gobierno de la Alianza de los Planetas Libres ha aceptado el intento de paz del Imperio Galáctico. Como prueba, están cesando de inmediato toda actividad militar”.

Cuando recibieron noticias de la superficie, Hilda, von Reuentahl y Mittermeier miraban la pantalla mientras tomaban un café en la sala de conferencias de *Beowulf* , que ahora servía de cuartel general conjunto en la órbita de Heinessen.

Mittermeier inclinó reverentemente su rostro meloso.

“Fräulein von Mariendorf, su ingenio vale más que toda una flota. Solo espero que exhibas más de lo mismo en nombre del Duque von

Lohengramm”.

“Muy agradecida. Pero no podría haberlo hecho sin su cooperación. Por favor, ambos, sean sus alas y levántenlo. Ayúdalo en todos los asuntos públicos”.

Esa era, por supuesto, una esperanza dirigida principalmente al almirante heterocromático.

“Hablando honestamente, no pensé que las cosas saldrían tan bien. Bravo.”

Von Reuentahl sonrió pero, en el fondo, sintió que el sol se oscurecía. Había anticipado la posibilidad de que el gobierno de la alianza no estuviera al tanto de la rendición. Ahora que la sede del gobierno democrático, su bastión, había llegado a encarnar la justicia en oposición a la tiranía, pensó que tenía la columna vertebral moral para apostar su vida en nombre de la autoprotección. Pero para los líderes de la alianza, el destino de su gobierno democrático tenía poca importancia si no tenían poder para demostrarlo. En cualquier caso, para von Reuentahl, el asunto se resolvió.

“De hecho, me preocupaba que los líderes patéticos de la alianza ignoraran los riesgos de sus propias vidas y me preguntaran qué haríamos si rechazaran nuestras demandas”.

Mittermeier se encogió de hombros. Hilda asintió. Aunque pudieron considerar esto como un éxito, no fue sin sus dolores de insatisfacción.

“Pensar que algo que toma cien millones de personas en un siglo para construir puede ser destruido por un solo hombre en un solo día…”

“Esto es lo que quieren decir con la muerte de una nación”.

Después de expresar este sentimiento no particularmente original, Mittermeier miró a su compañero cercano. Los ojos desiguales de Von Reuentahl se reflejaron en la superficie oscura de su café intacto. Levantó esos ojos y habló.

“La Dinastía Goldenbaum del Imperio Galáctico, la Alianza de Planetas Libres y Phezzan. Hemos presenciado de primera mano la destrucción de tres poderes principales que, entre ellos, gobernaban el universo. Si me prestara una expresión del vicealmirante Thurneisen: los futuros historiadores seguramente te envidiarán”.

Y, sin embargo, incluso cuando Hilda y Mittermeier expresaron su acuerdo, en la superficie acuosa de cada corazón, una pequeña e inextinguible onda extendía sus anillos.

IV

En la región estelar VermillIon, alejada de la capital de la alianza de Heinessen, las ondas de los corazones de los soldados se agolparon en oleadas de rabia. De acuerdo con las órdenes de Yang, las flotas se dieron la vuelta y la lucha se detuvo, pero los soldados no pudieron ver más allá de su ira y desesperación ante el absurdo de tener que aceptar un alto el fuego que está casi por debajo de la victoria total.

“¿Qué diablos está mal con la capital? Dejándose asediar por el imperio…”

“Nos hemos rendido. Incondicionalmente Una rendición pacífica. Levantamos las manos y pedimos ayuda”.

“¿Y qué pasará con el FPA?”

“¡Qué es lo que va a ser de la FPA, dice! Nos convertiremos en parte del imperio. Tal vez se nos dará una apariencia de autonomía… pero solo eso, una apariencia. No es que dure mucho tiempo”.

“¿Y entonces que?”

“¡¿Cómo debería saberlo?! Pregúntale a ese mocoso rubio, el Duque von

Lohengramm, ya que será él quien haga los tiros a partir de ahora”.

No solo algunos estaban enojados, sino que otros estaban afligidos por este cambio de eventos. Algunos soldados volvieron a sus amigos en las apelaciones de lágrimas.

“Pensé que estábamos a favor de la justicia. ¿Fue la justicia la intención de arrodillarse ante un poder oscuro y despótico? Este mundo se ha desbocado”.

De todos modos, no muchos estuvieron de acuerdo con esa ingenua duda.

“Nuestro gobierno actúa solo para servir al enemigo”.

Al principio, tales voces de denuncia eran pocas y distantes entre sí, pero luego se propagaban como un incendio forestal en todas las flotas.

“Así es, nuestros funcionarios del gobierno han traicionado a los suyos. Se han ido en contra de la fe y las esperanzas de su propia gente”.

Esos bastardos no son más que traidores. ¿Por qué deberíamos obedecer sus órdenes?

Algunos culparon a sus oficiales de comunicaciones. ¿Por qué habían cumplido con esa orden? Si tan solo hubieran fingido ignorancia durante dos o tres horas, ya podrían haber capturado y asesinado al Duque von Lohengramm. ¡¿Cómo pudieron haberse doblado hacia atrás como idiotas y transmitirlo tan honestamente?!

En esta tormenta de desaprobación, un pequeño brote de afirmación asomó tímidamente su cabeza.

“Pero mi familia está en Heinessen. Si nos negamos a rendirnos y sufrir un asalto total… Mi familia se salvó porque el gobierno se rindió”.

No había nada más que decir. Miró a su alrededor y vio cómo sus compañeros de armas habían cambiado sus expresiones. Al menos algunos

comenzaban a darse cuenta de que se necesitaba un gran coraje para expresar la humanidad en un mar de indiferencia.

“Pidámosle al Almirante Yang que mantenga la verdadera justicia y le digamos que no queremos que siga con esta indignante tregua…”

“¡Es justo, vamos a hacerlo!”

Julian Mintz se apresuró hacia la sala de observación en medio de un alboroto. Quería hablar con el vicealmirante von Schönkopf. Von Schönkopf estaba de pie junto a la ventana con un frasco de whisky en la mano. En sus ojos, que reflejaban una oscuridad aberrante y el vals estrellado en su interior, colgaba una neblina de odiosa desesperación. Julián se detuvo y, por un momento, no dijo nada, con la mirada grave, sabiendo perfectamente la desesperación del vicealmirante.

“El vicealmirante von Schönkopf…”

Von Schönkopf se volvió y saludó al chico con un aumento de su frasco.

“Ah, ya que has salido de tu camino para verme, ¿puedo asumir, como tú y yo pensamos igual, que crees que el Almirante Yang debería ignorar el alto el fuego?”

Julian respondió con una expresión reservada pero intransigente.

“Entiendo lo que estás sintiendo. Pero si hiciéramos eso, estableceríamos un mal precedente histórico. Si permitimos que nuestros comandantes militares ignoren las órdenes gubernamentales en aras de sus propias convicciones, el principio más importante del gobierno democrático— a saber, la capacidad de controlar el poder militar en nombre del pueblo— nunca se materializaría. ¿Crees que el almirante Yang es capaz de sentar un precedente así?”

Los labios de Von Schönkopf se curvaron en una sonrisa cínica.

“Entonces déjame preguntarte esto. Si el gobierno ordena la masacre de una

población no resistente, ¿deben cumplir los militares las órdenes?”

Julian sacudió vigorosamente la cabeza de lino.

“Por supuesto que no. Cuando algo pone en duda la dignidad de uno, creo que primero hay que ser un ser humano, y luego un militar. En cuyo caso uno debe desobedecer, sin importar las órdenes del gobierno”.

Von Schönkopf no dijo nada.

“Es por eso que, excepto en los casos más extremos, uno debe actuar primero como un militar de una nación democrática y aceptar lo que el gobierno le diga que haga. De lo contrario, incluso si uno se resiste por el bien de la humanidad, será criticado por actuar por interés propio”.

Von Schönkopf jugueteaba con su petaca.

“Muchacho— no, subteniente Julian Mintz— lo que dices es perfectamente cierto. Y aunque lo entiendo a nivel teórico, tuve que decir lo que hice”.

“Sí, lo sé.”

Julian estaba siendo genuino. Su objeción a von Schönkopf fue una objeción de razón a sus propias emociones.

“El almirante Yang no tiene ninguna ambición política en absoluto. Y tal vez él tampoco tenga talento político. Pero nunca, como Job Trünicht, manipularía a la nación como su posesión personal, trataría la política como un accesorio o traicionaría a las personas que depositan sus esperanzas en él. En comparación con los más grandes políticos de la historia, las habilidades del almirante Yang probablemente no serán de mucha importancia, pero en este momento, solo tenemos a Job Trünicht con quien compararlo”.

“Sí. Yo también lo creo”.

Julian se aflojó la bufanda alrededor de su cuello. Estaba teniendo un poco

de dificultad para respirar. Estar de acuerdo consigo mismo era mucho más difícil que estar de acuerdo con alguien más.

“Pero el presidente Trünicht fue elegido para ser soberano por muchos que creían en él. Incluso si estaban desilusionados, es responsabilidad de la gente corregir su propia desilusión, sin importar cuánto demore. Los soldados de carrera nunca deben intentar corregir los errores de la gente por la fuerza. Hacerlo solo provocaría una repetición del Congreso Militar para el Rescate del Golpe de Estado de la República que tuvo lugar hace dos años. Los militares dirigirían y gobernarían a la gente”.

Von Schönkopf se llevó el frasco de whisky a la boca, pero volvió a dejarlo a medio camino.

“El Imperio Galáctico podría muy bien exigir la vida del Almirante Yang como el salario de la paz. Y si el gobierno responde condenándolo a muerte, ¿entonces qué? ¿Estamos de acuerdo con eso?”

La cara del chico se sonrojó.

“Nunca dejaría que eso sucediera”, declaró. “Nunca.”

“¿Pero pensé que uno debe aceptar lo que ordene el gobierno?”

“Esa es una pregunta para el almirante. Esta es una pregunta para mí. No tengo intención de ceder al Duque von Lohengramm y seguir las órdenes de su gobierno. Las únicas órdenes que sigo vienen del almirante Yang. Si el almirante acepta el alto el fuego, entonces yo también debo aceptarlo. Nada más importa.”

Von Schönkopf tapó su whisky y miró al subteniente de diecisiete años, profundamente impresionado.

“Julian, hablé fuera de turno. Realmente has crecido. Debería seguir tu ejemplo y aceptar lo que debería aceptar. Pero hay ciertas cosas que uno simplemente no puede soportar, no importa qué. También tienes razón en eso”.

El aire en la sala de conferencias insignia de *Hyperion* era tan opresivo que parecía medio solidificado. Uno de pie y estirando orgullosamente su columna vertebral dentro de ese fluido invisible fue el ayudante del almirante Merkatz, Bernhard von Schneider. Sus agudos ojos apuntaban directamente a Yang Wen-li.

“No hay nada que podamos hacer contra el alto el fuego. Es decisión del gobierno. Pero si piensas por un minuto que voy a ver a la FPA convertir al Almirante Merkatz en un chivo expiatorio para su propia protección, no puedo cumplir con ese egoísmo”.

“¡Von Schneider!”

“No, el almirante Merkatz, el comandante von Schneider dice la verdad”.

Eso fue todo lo que Yang dijo. No dijo nada malo sobre el gobierno de la alianza. Para empezar, ya que había una causa justa para rendirse y salvar a la gente de un ataque indiscriminado, no podía permitirse ninguna crítica. Incluso si era obvio cuáles eran los verdaderos sentimientos del gobierno…

“Me gustaría que el almirante Merkatz se retirara de la flota”, continuó Yang.

Estas palabras agitaron el aire fluido, y los oficiales del personal con él, en un frenesí de conmoción y aprensión.

“No tengo forma de predecir el futuro. Pero, como ha dicho el comandante von Schneider, no es descabellado pensar que el gobierno de la alianza podría entregarlo para obtener el favor imperial. Soy un hombre de la alianza y, como tal, estoy obligado a aceptar las medidas tontas de mi gobierno. Tú, por otro lado, no tienes tal obligación. Si no abandonas esta nave que se hunde, estaré muy molesto”.

Yang vaciló por un momento.

“Por favor, llévate algunas naves de guerra. Además de cualquier combustible, provisiones y hombres que pueda necesitar, por supuesto”.

El fluido se agitó de nuevo.

“Si se enfrenta a la derrota, no hay forma de que las Fuerzas Armadas de la Alianza mantengan el poder militar al mismo nivel que antes. Si las naves van a ser destruidas eventualmente por la Armada Imperial, de todos modos los escondería. Podríamos decir que han sido borrados en la batalla o autodestruidas. Les costará mucho verificarlo de cualquier manera”.

“Estoy agradecido por lo que dice, almirante Yang. ¿Pero realmente esperas que me escape por mi propia seguridad y te dejo llevar el calor?”

Cuando Merkatz dijo esto, Yang mostró cierta expresión. Julian y Frederica lo reconocieron como una sonrisa de satisfacción.

“Pensé que podrías decir eso. No es como si te pidiera que te retiraras, almirante Merkatz. Más bien, tengo algo más audaz en mente. Por el bien del futuro, quiero que preserven la parte más esencial de las Fuerzas Armadas de la Alianza. Quiero que seas nuestro “bosque de Sherwood móvil”, como en las leyendas de Robin Hood de antaño”.

Después de unos segundos, la atmósfera opresiva en la habitación se levantó de repente. Los que entendieron las palabras de Yang se miraron con exaltado miradas. ¡Había esperanza después de todo! En medio de la conmoción, Yang se acarició la cara, pensando que había hecho algo engreído. Al menos él había entendido su punto.

Y luego, una voz sonora de declaración: “Estoy contigo”.

Las miradas de todos cayeron sobre Olivier Poplin. Al destacado piloto as de las Fuerzas Armadas de la Alianza no le importaba cuán importante fuera el significado de su declaración.

“Lo ‘Libre’ en la Alianza de Planetas Libres se refiere a la independencia.

No tengo un afecto prolongado por una alianza reducida a una posesión del imperio. Es como una mujer sin autoestima: poco atractiva. Solicitando permiso para acompañar al almirante Merkatz, señor”.

La mayoría de las personas que escucharon la metáfora pensaron que era como él para usarla. Sintieron que sus corazones se dirigían hacia un horizonte ligeramente más brillante. Era mucho más fácil de seguir que tomar la iniciativa cuando alguien daba el primer paso. Al menos sabían que no sería un viaje solitario.

“Y yo también, con el permiso de Su Excelencia von Schönkopf…”

El segundo comandante de Rosen Ritter, el capitán Kasper Rinz, también se puso de pie con firmeza.

“Como hijo de un refugiado, no soportaré estar subordinado al imperio por más tiempo. Permítame acompañar al almirante Merkatz. Dicho esto…”Rinz miró al mariscal de pelo negro. “Algún día, quiero que el almirante Yang nos guíe a todos. Mientras estés vivo, tienes la lealtad del regimiento Rosen Ritter”.

“Este es el primer paso hacia la militarización, prometiendo lealtad ni a la nación ni al gobierno, sino a un solo hombre. Sólo puede salir mal de esto “, dijo Alex Caselnes benignamente, en el que una persona se rió.

Sintiendo que su postura era cuestionada, Caselnes respondió.

“Me quedaré atrás. O debería decir, debo quedarme atrás. Si desaparecen demasiados generales, la Armada Imperial podría sospechar. Me quedaré aquí con el mariscal Yang”.

Von Schönkopf, Fischer, Attenborough, Patrichev, Marino y Carlsen eligieron seguir a Caselnes. Merkatz abrió una ventana de palabras a algo que durante mucho tiempo había mantenido encerrado dentro y se inclinó ante Yang.

“Cuando me exiliaron aquí, puse todo mi futuro en tus manos. Lo que sea

que me digas que haga, lo haré felizmente”.

“Gracias. Estoy en deuda con sus esfuerzos”.

Los oficiales del personal tomaron un receso temporal, dejando a Frederica Greenhill con Yang. *Y a los tuyos, sobre todo,* decían sus ojos.

“Lo siento, Frederica”, dijo el joven mariscal de pelo negro con torpeza cuando estaban solos. “Si alguien más hiciera lo mismo, seguramente también me parecería tonto. Pero no puedo vivir de otra manera. Y para empeorar las cosas, he forzado a mis queridos compañeros a un lugar difícil…”

Frederica extendió una mano blanca, arreglando la bufanda descuidada que sobresalía de su cuello. Ella sonrió, sus ojos oscuros se reflejaron en su ojosavellana.

“No sé si lo que estás haciendo es correcto o no. Pero hay algo que sí sé. Estoy loca por ti.”

Frederica no dijo nada más. No había necesidad. Ella siempre había sabido el tipo de hombre por el que se había enamorado.

Si bien hubo algunos en la Armada Imperial que no se sorprendieron por el repentino alto el fuego, Reinhard no fue uno de ellos. Al recibir el informe del jefe de gabinete de Von Oberstein, el joven dictador rubio retrocedió como si su propia importancia hubiera sido herida.

“¿Qué significa esto?”

La voz de Reinhard era más que incisiva; Fue chapado en diamante. Al señalarle esta realidad imperdonable, sintió desprecio y rabia, incluso si era una buena noticia vestida con un vestido llamativo.

“La alianza ha detenido su avance. Y eso no es todo. Están solicitando un

alto el fuego”.

Von Oberstein se protegió contra la aparición del lado violento de su maestro.

“Esto es una locura. ¿Cómo sucedió tan repentinamente? Un paso más— no, medio paso— ¡y esos bastardos habrían ganado! ¿Qué razón justificable podrían tener para abandonar cierta victoria?”

Mientras esperaba que las ondas de las emociones de su maestro disminuyeran, von Oberstein explicó la situación.

“¿Quieres decir que la victoria me ha sido entregada?”

Comprendiendo la situación, las extremidades elegantes de Reinhard, vestidas de negro y plateado, se hundieron en la silla de su comandante.

“Un desarrollo patético. ¿Me han dado una victoria que nunca fue mía para empezar? Como si fuera algún tipo de caso de caridad que me dieran un folleto…”

Reinhard rió de una manera que rara vez lo hizo. Fue una risa carente de magnificencia y vitalidad. La risa de una estatua sin vida.

CAPÍTULO 10: “¡VIVA EL EMPERADOR!”

I

ERA 2240 EL 5 DE MAYO, SE 799, IC 490. Después de casi doce días, la guerra en Vermillion llegó a su fin. Las fuerzas que habían participado en el lado imperial contaban con 26.940 flotas de guerra y 3.263.100 hombres. De ellos, 14,820 flotas fueron destruidas y 8,660 sufrieron daños mayores, lo que elevó el total de daños al 87.2 por ciento. Un total de 1,594,400 hombres murieron en acción y 753,700 hombres resultaron heridos, con un índice de bajas del 72 por ciento. Las fuerzas que habían participado en el lado de la alianza contaban con 16,420 flotas de guerra y 1,907,600 hombres. De ellos, 7,140 flotas fueron destruidas y 6,260 sufrieron daños, lo que elevó el total de daños al 81.6 por ciento. Un total de 898,200 hombres murieron en acción y 506,900 hombres resultaron heridos, con un índice de bajas del 73.7 por ciento.

Los historiadores no han llegado a un consenso sobre si el imperio o la alianza ganaron esta guerra. El hecho de que las tasas de bajas en ambos lados excedieran el 70 por ciento era inusual desde una perspectiva militar, y la inutilidad de objetar más de una fracción del porcentaje que determina el resultado no se perdió en nadie. Fue, para todos los efectos, un empate.

Los que afirmaron la victoria de la alianza dieron las siguientes razones:

“En la guerra de Vermillion, el liderazgo estratégico del comandante de la alianza Yang Wen-li siempre había superado al del comandante imperial

Reinhard von Lohengramm. Desde el principio, fueron igualados, y la magnífica defensa profunda del Duque von Lohengramm parecía haber sido un éxito, pero una vez que se derrumbó, el resultado de la guerra estuvo completamente en manos de Yang. De no haber sido ordenado por el gobierno de cesar el fuego bajo la amenaza del enemigo, la historia lo habría registrado como el vencedor inequívoco".

Quienes defendieron una victoria imperial refutaron lo siguiente:

"La guerra de los Vermillion no fue más que un episodio trivial en la guerra a gran escala que Reinhard von Lohengramm había tramado con el objetivo de conquistar la Alianza de Planetas Libres y unificar todo el universo. Atrayendo las fuerzas principales del enemigo a su espacio de batalla, con una fuerza separada atacó la capital enemiga y forzó su rendición mediante una estrategia descaradamente superlativa utilizada desde tiempos inmemoriales. La Armada Imperial logró sus objetivos de batalla, mientras que las Fuerzas Armadas de la Alianza perdieron. En cuanto a quién ganó, solo hay que resistir la tentación de romantizar y mirar directamente los resultados. La respuesta es clara".

También hubo quienes hicieron alarde de la justicia.

"La alianza puede haber ganado en el espacio de batalla, pero el imperio ganó más allá de eso".

"El imperio puede haber ganado estratégicamente, pero la alianza ganó tácticamente".

Muchas de estas teorías fueron expuestas, pero no importaba cómo se las cortara, cada una tenía su propio poder persuasivo. Esta guerra engendraría innumerables libros en el futuro y proporcionaría sustento a tantos historiadores.

Los estados mentales de los actores de la guerra eran claros, ya que ninguna de las partes se consideraba a sí misma como el comandante o ganador supremo. Reinhard no pudo librarse tan fácilmente de la vergüenza de haber recibido su victoria. Yang, por otro lado, desde el punto de vista de su

propio pensamiento militar, respetó una victoria estratégica mucho más que una táctica y no tuvo convicción en su éxito. Tal vez estaban sobreestimando, pero cada uno valoraba el éxito del otro más que el suyo. Ambas partes se estaban volviendo dolorosamente conscientes de un complejo de superioridad.

El comandante y mariscal imperial de la Armada Imperial, Reinhard von Lohengramm, sostuvo audiencia con el Comandante de las Fuerzas Armadas de la Alianza de la Flota de Patrullas de Iserlohn, el Mariscal Yang Wen-li, a las 2300 horas del 6 de mayo, casi veinticuatro horas después del alto el fuego que entró en vigor.

Durante ese tiempo, en ambos lados los deseos humanos más fuertes de apetito y deseo sexual fueron superados por el deseo de dormir. A lo largo de la guerra de doce días, la calma de las siestas alternas y las sesiones en el lecho del tanque nunca fueron suficientes para aliviar sus nervios desgastados. Y ahora, liberados del temor de que una siesta de una hora se convierta en una eterna, los héroes imperiales y los generales sabios de la alianza pudieron, por fin, disfrutar de un descanso profundo y reparador, aunque no sin la ayuda de medicamentos para dormir.

Mientras tanto, alrededor del espacio de batalla, los líderes imperiales — incluidos el capitán de la flota de Schwarz Lanzenreiter, Wittenfeld, Fahrenheit, Wahlen, Steinmetz y Lennenkamp — que llegaron a la batalla demasiado tarde, huyeron. Habiendo recibido ya informes sobre el cese al fuego, y dada la angustia que estaban por su vergüenza y frustración, era una medida necesaria.

A las 19:00 horas del 6 de mayo, Yang Wen-li se despertó y no pudo volver a dormir. Se levantó de la cama a regañadientes, rodeado de cuarenta mil naves imperiales, perfectamente ilesos. Mientras contemplaba con admiración la multitud de luces superpuestas, Yang se dio una ducha, se lavó la cara y se ocupó de su aseo personal.

“Hay algo bastante extraño en tomar té rodeado de cuarenta mil naves

enemigas”.

Yang tranquilamente dejó que el vapor de su té negro flotara sobre su cara. Había pasado mucho tiempo desde que había probado la dulzura de la elaboración de la hoja de Shillong de Julian. Solo sus socios más cercanos — Julian, Frederica, Caselnes y von Schönkopf — compartían su mesa. Sin la perspectiva de una masacre imperial que se cernía sobre ellos, se sentía casi como una reunión con amigos. No obstante, la audacia y la solidez de Yang fueron admirables, y sus invitados disfrutaron la oportunidad de observarlos en lugares tan cercanos.

Para entonces, la flota de sesenta naves bajo el mando de Merkatz ya había abandonado el espacio de batalla, escapando de los ojos y oídos del imperio. Esos mismos sesenta barcos incluían ocho naves de guerra — entre ellos *Shiva, Cassandra* y *Ulysses* — cuatro naves nodriza, nueve cruceros, quince destructores, veintidós transportes de armas y dos naves de fabricación. Y mientras que todos ellos en realidad no sufrieron daños, según datos falsificados, fueron eliminados en el espacio de batalla. Los que estaban a bordo eran tropas de tierra y personal de acorazado que totalizaba 11,820 hombres. El capitán Rinz, el comandante von Schneider y el comandante Popelín, por su parte, registraron que habían muerto en acción.

En el interior de la nave insignia imperial *Brünhild,* un exquisito acuerdo de solemnidad y elegancia demostró hasta qué punto su funcionalidad como nave de guerra estaba intacta. Yang atrajo miradas de franca admiración de todos.

“Así que ese es Yang Wen-li, ¿eh?”

Pequeñas olas de susurros intercambiados se lavaron en la orilla de las orejas de Yang. Tenía la sensación de que los había decepcionado. Y, ¿quién podría culparlos? Yang estaba muy lejos de Reinhard, que era el joven noble más elegante de todos los tiempos. Y a diferencia de Karl Gustav Kempf, a quien había dejado en el olvido por su propio diseño, Yang no era un hombre con una apariencia heroica. Tampoco era el tipo prodigio de

cabeza fría. Por otra parte, tampoco se ajustó al desaliñado molde. Al menos, los que lo vieron parecían pensar que era guapo — Frederica Greenhill, por ejemplo. En general, probablemente era más aceptable como un joven erudito que se limita a ser profesor debido a su falta de conexiones políticas. Mientras que a primera vista, parecía tener veintisiete o veintiocho años y una constitución esencialmente mediana, sus músculos se hundieron por el peso de una batalla prolongada que también lo había dejado escuálido. Su cabello rebelde y su boina no lo consideraban un militar en absoluto. En cualquier caso, su apariencia no dio una fuerte impresión a los demás de alguien que había logrado tanto como él.

Un joven y alto oficial con cabello y ojos arenosos se volvió hacia Yang y realizó un saludo.

“Soy Neidhart Müller. Es un privilegio y un honor conocer a Su Excelencia Yang, el más alto comandante de las Fuerzas Armadas de la Alianza”.

“En absoluto, el honor es todo mío…”

Yang ofreció una respuesta ingenua mientras intercambiaba saludos. No intentó más respuesta.

Parecía haber causado suficiente impresión en Müller de que este último no podía seguir teniendo sentimientos de derrota o enemistad. Hubo un breve período de silencio, pero Müller, por respeto a alguien tan condecorado, rompió la tensión con una sonrisa, como si su corazón hubiera sido resuelto.

“Si tan solo hubieras nacido de nuestro lado de la galaxia, hubiera querido estudiar tácticas debajo de ti. Es una lástima que nunca sucederá”.

La expresión de Yang también se suavizó.

“Muy agradecido. Yo también deseo que hayas nacido de nuestro lado de la galaxia. Si es así, probablemente ahora estaría tomando una siesta por la tarde”.

Yang no solo estaba siendo educado Él estaba diciendo la verdad. Un

hombre del calibre de Müller habría hecho un valiente comandante de flota y habría reducido considerablemente los problemas de Yang.

Müller sonrió, diciendo que era realmente desafortunado, y condujo a Yang a la cámara privada de Reinhard. Un joven oficial de ojos de topacio estaba parado frente a la puerta. Después de saludar a Müller en silencio, abrió la puerta y dejó entrar a sus invitados. Y así, Yang Wen-li, boina negra en mano, se encontró cara a cara con Reinhard von Lohengramm en persona.

La habitación privada del poderoso dictador parecía estar lejos de ser lujosa, pero probablemente era porque su amo ya era tan magnífico. Cuando el joven de cabello dorado se levantó de uno de los sofás enfrentados, Yang sintió que era casi extraño no escuchar música. Yang había visto, a una corta distancia, una leyenda viviente, la figura de un joven que había monopolizado el favor de la historia y los dioses. Yang nunca había visto nada tan regio como su uniforme imperial, plata contra negro.

Volviendo a sus sentidos de un estupor momentáneo, Yang saludó. Mientras lo hacía, los golpes descuidados cayeron y cubrieron sus ojos. Los apartó y trató de hacer lo mejor para compensar su saludo con otro. A Reinhard no pareció importarle. Asintió a Kissling por encima del hombro de Yang. La puerta se cerró detrás de Yang, dejándolos solos. Los elegantes labios de Reinhard se convirtieron en una sonrisa.

“He estado deseando conocerte durante mucho tiempo. Por fin, mi deseo se ha hecho realidad”.

“Gracias.”

Otra respuesta ingenua, pero no tenía ganas de competir con la elocuencia de este joven rubio. Se sentó en el sofá que Reinhard le ofreció y se puso la boina en la cabeza, sintiendo que su cabello estaba más desaliñado que nunca. Un chico que se veía lo suficientemente joven como para estar en la escuela primaria abrió la puerta y trajo un juego de café hecho de plata. En poco tiempo, un vapor fragante flotaba sobre la mesa de mármol. Cuando el chico se retiró, mirando a su maestro con admiración y a su invitado con interés, Reinhard levantó una taza con un movimiento fluido.

“Nuestros destinos están entrelazados. ¿Recuerdas, hace tres años, en la batalla de Astarté?”

“Recibí un mensaje de Su Excelencia. Me mandaste bien, hasta la próxima guerra. Gracias a ti, he salido vivo de algunas llamadas cercanas”.

“Nunca recibí una respuesta tuya”.

Reinhard sonrió, y Yang, vencido, le devolvió la sonrisa.

“Perdonen mi rudeza”.

“Ese no es el préstamo en el que busco su interés…”

Cuando Reinhard reprimió su sonrisa, devolvió la taza a su platillo sin más que un tintineo.

“¿Qué te parece? ¿Trabajarás para mí? Entiendo que ha sido nombrado el rango de mariscal, pero me gustaría nombrarlo como mariscal imperial. Seguramente eso es más que suficiente para atraerlo a nuestro lado. Justo aquí, en este mismo momento”.

Yang se preguntó a sí mismo: *podría parecer una locura, pero sin una respuesta preparada, ¿puedo realmente resistirme a tal invitación?*

“Es un honor inmerecido— temo que debo rechazar”.

“¿Por qué?”

Aunque Reinhard no parecía en absoluto sorprendido, era natural preguntar.

“No veo cómo podría ser de alguna utilidad para Su Excelencia…”

“¿De verdad eres tan modesto? ¿O estás tratando de decir que carezco de carisma como maestro?”
“De ningún modo.”

El tono de Yang se hizo un poco más fuerte, y se preguntó cómo podría explicarlo para no herir los sentimientos del joven rubio. Sorprendentemente, no temía enojar al dictador— sino que sentía que era un crimen rechazar su amable oferta.

"Si hubiera nacido en el imperio, con gusto lo habría hecho bajo el mando de Su Excelencia, incluso sin la invitación de Su Excelencia. Pero me criaron en un agua diferente a la gente del imperio, y escuché que beber agua a la que no estamos acostumbrados puede arruinar el cuerpo".

Pensando que era una mala metáfora, Yang se llevó el café a los labios para ganarse tiempo. Aunque estaba dedicado a su té negro favorito, Yang podía decir que los frijoles y la artesanía de la más alta calidad se habían dedicado a hacer este líquido negro que ahora ingería. Sin desconcertarse por la negativa de Yang, Reinhard levantó su propia taza.

"No creo que su agua necesariamente esté de acuerdo con usted. Dada la naturaleza de tus logros, diría que has sido retenido más a menudo que recompensado".

No podía decir muy bien que también debería recibir una pensión, por lo que Yang dio una respuesta solemne.

"Yo mismo siento que he sido suficientemente recompensado. Además, me gusta la forma en que sabe mi agua".

"Entonces, tus lealtades solo están con la democracia. ¿Es eso lo que estás diciendo?"

"Sí, supongo que sí".

Fue una respuesta apenas apasionada, pero Reinhard dejó su taza y siguió con diligencia la discusión.

"Pero la democracia es tan grande, me pregunto. ¿El gobierno republicano de la Federación Galáctica no dio a luz al niño deformado de Rudolf von

Goldenbaum?”

Yang estaba en silencio.

“Lo que es más, el que vendió a tu amada — o eso crees — Alianza de Planetas Libres para mí fue el mismísimo gobernante elegido libremente por una mayoría de la alianza. Un gobierno democrático es un cuerpo que, por el libre albedrío de sus ciudadanos, desprecia su propio sistema y espíritu”.

Yang había escuchado lo suficiente y se sintió obligado a responder.

“Perdóname por ser grosero, pero también podrías decir que deberíamos devaluar el fuego porque causa tanta destrucción”.

“Hmm…” Reinhard torció la boca, pero ni siquiera eso fue suficiente para estropear la belleza del joven rubio. “Tal vez, ¿pero no es lo mismo verdad de la autocracia? Si bien los tiranos aparecen de vez en cuando, no se puede negar los méritos de un gobierno basado en un liderazgo fuerte”.

Yang miró a Reinhard pensativamente.

“Pero yo puedo.”

“¿Cómo es eso?”

“El derecho a dañar a la gente depende de la gente misma. Dicho de otra manera, las personas siempre han sido responsables de otorgar autoridad a personas como Rudolph von Goldenbaum e incluso a jugadores mucho menos importantes como Job Trünicht. No puedes culpar a nadie más. Ese es el punto crucial aquí. El delito de la autocracia es que las personas pueden desplazar los males de su gobierno a otra persona. En comparación con la enormidad de ese pecado, las buenas acciones de los cien buenos gobiernos de los gobernantes son insignificantes. Lo que es más, si podemos pensar que un gobernante de tal sagacidad como Su Excelencia es raro, entonces sus acciones, el bien y el mal por igual, son igual de explícitos”.

Reinhard miró como si le hubieran mentido.

“Sus afirmaciones son tan atrevidas y originales como extremas. Estoy renuente a conceder. ¿De qué estás tratando de convencerme?”

“Nada en absoluto”, dijo Yang, desconcertado.

Y él estaba en verdad desconcertado. No tenía ninguna intención de persuadir o acorralar a Reinhard. Como era su costumbre, Yang se quitó la boina y revolvió su largo cabello negro. Era inútil oponerse a la elegancia de Reinhard, pero esperaba tener al menos un poco más de compostura.

“Solo estoy exponiendo la antítesis de su afirmación. De la manera que lo veo, si existe una forma de justicia, entonces también debe ser su opuesto en igual medida. Eso es todo lo que estaba tratando de decir”.

“¿Entonces la justicia nunca es absoluta y no puede existir sola? ¿Es eso lo que tú crees?”

Yang odiaba esta conversación de creencia.

“Es sólo lo que pienso. Y quién sabe — tal vez en algún lugar del universo haya una verdad única e inimitable, y una ecuación simultánea que la aclare. Pero mis manos nunca llegarán tan lejos”.

“En cuyo caso, mis manos son incluso más cortas que las tuyas”. Reinhard sonrió de forma algo cínica. “La verdad nunca ha sido necesaria. Todo lo que necesito es el poder para hacer lo que me plazca por cualquier medio que me plazca. Es el poder de seguir adelante sin seguir las órdenes de alguien a quien desprecio. ¿Nunca has pensado de esa manera? ¿No hay nadie a quien desprecies?”

“Los únicos a los que desprecio son aquellos que glorificarían la guerra y subrayarían la importancia del patriotismo, incluso mientras se refugian en la seguridad, instando a otros a pelear sus batallas por ellos mientras llevan una vida cómoda en el frente interno. Estar bajo la misma bandera como tal

gente es una agonía insoportable”.

Yang era más que cínico; el estaba amargado Reinhard lo observó de cerca. Al darse cuenta de esto, Yang se aclaró la garganta.

“Eres diferente. Siempre te has parado en las líneas del frente. Perdóname por decirlo, pero no puedo reprimir mi admiración”.

“Entiendo. Así que eso es lo único sobre mí que consideras aceptable. Estoy halagado, de verdad.” Reinhard se rió musicalmente, pero su expresión se volvió repentinamente transparente. “Una vez tuve un amigo. Hicimos un pacto para mantener el universo en nuestras manos, al mismo tiempo que jurábamos que siempre ganaríamos nuestra victoria luchando en las líneas del frente…”

Aunque Reinhard no había dado un nombre propio, Yang adivinó quién era. Ese amigo era Siegfried Kircheis, el hombre que había muerto salvando a Reinhard de un asesino.

“Me habría sacrificado por ese amigo en cualquier circunstancia”, dijo Reinhard, apartando el lujoso cabello dorado que caía sobre su frente con sus dedos blancos.

Tal vez consideraba a Yang como un teclado de piano y estaba tocando su réquiem.

“En realidad, él siempre fue el sacrificado. Presumí sobre él y lo aproveché, hasta el punto de que finalmente renunció a su vida por mí…”

Sus ojos azul hielo brillaron a través de su declaración.

“Si mi amigo aún estuviera vivo, puedes estar seguro de que en este momento me enfrentaré no a tu ser vivo sino a tu cadáver”.

Yang no respondió, porque sabía que sus respuestas no significaban nada para el joven de cabello dorado.

Reinhard tomó un pequeño suspiro y cambió de tema. Parecía haber arrastrado su corazón a la realidad.

“Hace un tiempo, recibí un informe de mis comandantes que ocupaban su capital. Parece que proviene de su superior, el comandante en jefe de la Armada Espacial de las Fuerzas Armadas de la Alianza. Él ha pedido que se le asigne toda la responsabilidad militar y que no le acuse de delito a nadie más”.

A esto, Yang reaccionó.

“Eso suena como algo que diría el comandante en jefe Bucock. Pero le imploro a Su Excelencia que rechace semejante súplica. ¿Qué clase de personas seríamos para dejar que él asuma esa carga solo?”

“Almirante Yang, no soy uno para guardar rencor. Y mientras lo hice contra la alta nobleza del imperio, para mí todos ustedes son dignos oponentes. No tuve más remedio que encarcelar al director de la Sede de Operaciones Conjuntas como el más responsable. Pero cuando los fuegos de la guerra se apagan, el derramamiento inútil de sangre no es algo que disfrute”.

En la expresión de Reinhard había un noble orgullo, y Yang naturalmente se inclinó ante la perfecta honestidad de sus palabras.

“Por cierto, ¿qué harás si te doy tu libertad?” Yang respondió sin dudar.

“Retirarme.”

Por un momento, Reinhard miró al almirante de cabello negro nueve años mayor que él con sus ojos azul hielo, asintiendo a pesar de sí mismo.

La reunión había terminado.

Dentro de la lanzadera, de regreso a la nave insignia *Hyperion* , Yang no pudo evitar sumergirse en sus pensamientos. Lo que Reinhard había señalado con respecto al gobierno democrático era demasiado duro. *Un gobierno democrático es un cuerpo que, por el libre albedrío de sus*

ciudadanos, desprecia su propio sistema y espíritu…

En la superficie, era el más duro de los cristales de carbono — para crear un diamante, era necesaria la presión de enormes características geológicas. Del mismo modo, lo más precioso del espíritu humano era su resistencia esencial a la autoridad y la violencia en nombre de la libertad y la emancipación. Quizás el ambiente ideal para la libertad fue uno que corrompió la libertad misma.

Yang ya no estaba seguro. Había demasiadas cosas en este mundo que su sabiduría lo dejó mal preparado para decidir. ¿Alguna vez le llegaría una respuesta clara?

III

Reinhard pisó el suelo de la capital de la alianza de Heinessen, recibido por los almirantes von Reuentahl y Mittermeier, así como por su secretaria imperial privada, Hildegard von Mariendorf. A pesar de ser a principios del verano, una lluvia fría y brumosa se aferraba a su lujoso cabello dorado como gotas de rocío.

“¡Viva el emperador Reinhard!”

En este día, 12 de mayo, los soldados movilizados para ser los guardaespaldas del joven dictador originalmente contaban con doscientos mil soldados, pero muchos soldados que no estaban en servicio también vinieron a echar un vistazo al objeto de su lealtad y devoción, saliendo apresuradamente de sus alojamientos en masa y rasgando la cortina de la lluvia con su estribillo maníaco.

“¡Larga vida al emperador! ¡Larga vida al emperador!”

En un extraño giro del destino, esos mismos patriotas profesos que una vez

asaltaron a pacifistas en las esquinas y llenaron el aire con gritos de “¡Abajo el emperador!”, Ahora exaltaban las virtudes de su conquistador. Al ver al joven de pelo rubio saludar desde la ventana de su automóvil, sus vítores se hicieron aún más fuertes, teñidos de ardor, y se conmovieron hasta las lágrimas para formar una división armada propia. Muchos murieron por el bien de este joven a quien estaban dedicados, y muchos más tendrían que morir todavía, pero por ahora esas cosas estaban más allá del alcance de su corazón.

Reinhard había llegado al edificio del Alto Consejo unos días después de lo previsto para recibir la bienvenida de los soldados.

Reinhard reunió no solo a militares, sino también a expertos administrativos para escuchar sus opiniones sobre qué forma podrían tomar los resultados de esta campaña. En pocas palabras, era imposible gobernar justo después de ganar y mantener la hegemonía, por lo que tuvieron que encontrar un método más eficiente.

“No podemos permitir que nos estire tan poco tiempo indefinidamente. Nuestra armada ya ha alcanzado el punto de ruptura de sus acciones. Concentremos nuestros esfuerzos en lograr que los territorios lleguen a Phezzan a nuestro alcance antes de perfeccionar nuestro gobierno sobre la alianza”.

“En este punto, podemos invadir el territorio de la alianza desde los corredores de Phezzan e Iserlohn en cualquier momento. Si podemos garantizar esta supremacía militar, no tendremos que ser tan particulares sobre la soberanía”.

“Además, nuestros soldados quieren regresar a su tierra natal ahora que han ganado. Una ocupación prolongada solo intensificará su nostalgia, si no también despertará insatisfacción con el Duque von Lohengramm”.

“Tratar de gobernar a doce mil millones de personas rebosantes de enemistad hacia el gobierno imperial solo por el arte de gobernar es ineficiente. Además, los asuntos financieros y la economía de la alianza están al borde de la quiebra, y la posibilidad de asumir todo eso,

imponiendo nuevas cargas a las propias finanzas del imperio, que han sido restauradas durante dos largos años de reformas, está lejos de ser ideal.”

Von Oberstein informó tanto a Reinhard.

“Me inclino a estar de acuerdo con la opinión prevaleciente de que provocar la disolución total de la alianza, incluso oficialmente, y colocarla bajo un gobierno directo sería prematuro”. A esto, el jefe de personal con ojos artificiales agregó su propia opinión. “Dicho esto, creo que deberíamos dejar de lado las medidas para corromper aún más las finanzas de la alianza. En cualquier caso, una vez que hayamos reducido el gasto militar, la economía se restablecerá, por lo que no hay necesidad de tratarlos como un segundo Phezzan”.

“Por supuesto.”

Reinhard arrojó el informe sobre su escritorio. Ese escritorio, utilizado por sucesivas generaciones de presidentes de Altos Consejos de la Alianza, había sido testigo de muchos esquemas políticos y militares clandestinos contra el imperio.

El 25 de mayo entró en vigor el Tratado de Bharat. Reinhard pospuso una fusión total con la Alianza de Planetas Libres, y antes de que la gente pudiera asumir la resistencia armada, volverían a su territorio continental imperial, donde estarían bien aprovisionados. Mirando los términos del tratado, incluso alguien tan particular sobre la conquista total como Reinhard solo podría estar satisfecho:

1. El Imperio Galáctico garantiza que la Alianza de Planetas Libres mantendrá su nombre y soberanía.

2. El FPA cederá el sistema estelar de Gandharva y los dos sistemas estelares en cada extremo de los dos corredores del imperio.

3. El FPA sancionará el paso libre de todas las naves imperiales y las naves civiles en todos sus territorios.

4. El FPA pagará un impuesto de seguridad anual al imperio en la cantidad de un billón de quinientos mil millones de reichsmark imperial.

5. El FPA conservará sus armamentos como un símbolo de su soberanía, pero todas las naves de guerra y naves renunciarán a sus derechos independientes. Además, el FPA consultará al gobierno imperial antes de establecer y mejorar cualquiera de sus instituciones militares.

6. El FPA establecerá una ley nacional y pondrá fin a cualquier actividad que impida la amistad y la conciliación con el imperio.

7. El imperio se instalará en la oficina del alto comisionado en la capital de la alianza de Heinessen y tendrá autoridad para estacionar una guarnición militar para defenderla. El alto comisionado, como representante del soberano imperial (aquí: el emperador), negociará y cooperará con el gobierno de la alianza y se le permitirá asistir a varias reuniones…

Desde la octava condición en adelante, la realidad de que la alianza se había convertido en un territorio imperial era clara para ambas partes. El jefe de estado de la alianza, Job Trünicht, protegido por un grueso muro de tropas imperiales, firmó y selló el tratado. Inmediatamente después, anunció que estaba asumiendo toda la responsabilidad por la derrota y renunciaría de inmediato. Trünicht renunció, mientras el presidente del Comité de Defensa, Walter Islands, después de haber agotado la mente y el cuerpo, estaba confinado en su cama. Una reunión de ministros del gabinete nominó al opositor político de Trünicht, el ex presidente del comité de finanzas João Lebello, como gobernante de facto.

A pesar de que a Lebello le preocupaba la gravedad de la situación, aceptó la nominación, pero una vez que se hicieron públicas estas estipulaciones, su amigo Huang Rui las leyó con ojo crítico.

“Se ha atado una soga alrededor de su cuello y solo sus uñas de los pies tocan el suelo. Un lugar difícil para estar, Lebello”.

Y si no se despertara pronto, los otros altos funcionarios, cuyas expresiones francas eran de todo menos triunfo, estarían derramando lágrimas de resentimiento en su nombre. ¿Por qué Ahle Heinessen había tomado ese viaje de diez mil años luz tan lleno de dificultades hace dos siglos y medio, solo para poner en marcha los eventos que llevaron a la desgracia de hoy? ¡Y de las manos de un representante de su propia gente, para arrancar!

Como Trünicht había imaginado, la furia y el odio de la gente desviaron sus puntas de lanza de Reinhard y hacia Trünicht por aceptar este tratado humillante.

El 26 de mayo, un día después de la firma del tratado, Reinhard escuchó de su secretaria privada Hilda que Trünicht estaba buscando una audiencia con él. Al escuchar el nombre del ex presidente, conocido por todos como una desgracia andante, las llamas de odio lamieron el rostro blanco de Reinhard.

“¡Me niego a reunirme con él!”

“Eso dices, pero no es tan fácil”.

Reinhard volvió los ojos, brillando como un niño terco, hacia Hilda.

“Después de alcanzar la máxima autoridad en este planeta, ¿por qué debo encontrarme con un hombre que no deseo conocer?”

“Su excelencia…”

“Si pudiera, arrojaría ese pedazo de basura humana a la guarida de los extremistas cuyos corazones arden con un deseo de venganza”.

“Entiendo cómo se siente, pero usted juró por su buen nombre por pasar por alto los crímenes de las partes más responsables. Sé que no le agrada, pero si cumple con su palabra, incurrirá en desconfianza en su capacidad para cumplir sus promesas y adherirse a los términos del tratado”.

Cuando Reinhard chasqueó la lengua con furia, golpeó el escritorio con la palma de la mano. Aunque dejó olas entrecortadas en su línea de flotación

emocional, volvió su mirada hacia Hilda.

“Entonces, ¿qué quiere ese bastardo de mí de todos modos?”

“Garantía de que se mantienen su vida y sus bienes, así como su derecho a residir en el continente imperial. Él dice que si pudiera obtener algún tipo de publicación, entonces con gusto trabajará para Su Excelencia”.

Una sonrisa desagradable adornaba las comisuras de la boca del dictador.

“Parece que no puede manejar vivir con las mismas personas que traicionó. ¿Y qué le hace pensar que recibiría mi protección al vivir en territorio imperial? Muy bien, por la presente le concedo su petición. Y ahora que lo tengo, no hay necesidad de reunirme con él. Envíalo lejos”.

Sabiendo que era imposible comprometerse más, Hilda hizo que se fuera. Mientras lo hacía, Reinhard la detuvo, vaciló un momento y luego se la quitó.

“Fräulein von Mariendorf, soy consciente de que soy un hombre de mente estrecha. Y aunque sé que te debo mi vida, no puedo darte las gracias en este momento. Solo dame un poco más de tiempo”.

Hilda no tenía objeciones. De hecho, no pudo evitar sentirse conmovida por la expresión incómoda de gratitud del joven de cabello rubio. Debajo de esa máscara de estratega indiferente y de cabeza fría, estaba el rostro de un niño levantado sobre los afectos suaves de su hermana mayor, Annerose.

“Es mi culpa por exceder mis instrucciones. No importa qué regaño reciba, es natural, pero escucharte hablar así me da vergüenza. Si puedo ser tan atrevida, tengo una petición — que por favor recompense a Mittermeier y von Reuentahl lo suficiente por su meritorio servicio”.

“Ah, considéralo hecho”.

Reinhard levantó una mano ligeramente, y entonces Hilda hizo una reverencia y se fue. Cuando salió de la habitación, su cabeza de cabello

rubio recortado giró mientras miraba por encima de sus hombros a la figura de Reinhard reflejada en su campo de visión que se estrechaba rápidamente, descansando su barbilla en sus manos y entregándose a la contemplación.

Cuando se trató de nombrar a un alto comisionado para enviar a la capital de la alianza de Heinessen, Reinhard consideró a von Reuentahl como candidato. El alto comisionado sería más que una simple figura diplomática y tendría que supervisar el gobierno nacional de la alianza y defender al máximo los intereses del imperio. El comisionado también sería responsable de lidiar con la resistencia y la oposición en todas las formas y suprimir cualquier insurrección armada. Si bien las habilidades de Reinhard eran aparentemente suficientes para lidiar con tales cosas, su jefe de personal, von Oberstein, no estuvo de acuerdo. Su subordinado, el capitán Ferner, era el único al tanto de las verdaderas razones detrás de su desacuerdo.

"Von Reuentahl es un ave de presa. Sería extremadamente peligroso dejarlo vagar libremente. Un hombre como él debería estar encadenado a un lugar donde uno pueda vigilarlo en todo momento".

De hecho, las futuras obras literarias dirían lo mismo. En cualquier caso, Reinhard quitó a von Reuentahl de la candidatura y nombró a Lennenkamp en su lugar. Debido a que la dictadura de von Lohengramm había institucionalizado esencialmente el gobierno político de un militar, era impensable llevar a un funcionario civil a este importante cargo. Naturalmente, sin embargo, los muchos funcionarios civiles entre los seguidores de Lennenkamp— incluyendo expertos en diplomacia, asuntos financieros y administración— fueron asignados a él.

Por cierto, von Oberstein también se oponía a la selección personal de Lennenkamp. La razón era, por supuesto, diferente de la de von Reuentahl. Lennenkamp era demasiado del tipo militar, y como tal su pensamiento era demasiado rígido. Y debido a que había sufrido una derrota infame contra Yang Wen-li, su actitud hacia la alianza era inflexible. Al oír esto, Reinhard sonrió.

“Si Lennenkamp falla, lo echaré. Y si la alianza es responsable, también los acusaré de ese delito. Eso es todo. No hay nada más que considerar”.

Von Oberstein se inclinó y aplazó la sabiduría de su maestro. Al igual que con la ocupación de Phezzan, von Oberstein respetó el genio y la magnanimidad de su joven maestro.

Reinhard además nombró a Steinmetz como comandante de la base del sistema estelar de Gandharva, ahora bajo control imperial directo. Era mejor que el alto comisionado y el comandante en residencia tuvieran cargos concurrentes, pero eso era un asunto para un día posterior, cuando la alianza estaba bajo subyugación total.

El legítimo gobierno galáctico imperial, restos de los antiguos nobles con otro nombre, fue naturalmente considerado por la Armada Imperial como hostil. El Secretario de Defensa, Merkatz, ya se había dicho que había sido asesinado en acción en Vermillion, y su muerte enderezó los cuellos de los oficiales de alto rango de la Armada Imperial.

El legítimo primer ministro del gobierno galáctico imperial, el conde Jochen von Remscheid, se envenenó hasta morir. Esto fue justo después de que los soldados de von Reuentahl hubieran rodeado su residencia privada. El almirante heterocromático presentó sus respetos al conde von Remscheid y le dio el tiempo suficiente para hacer la escritura. Y con eso, el gobierno en el exilio desapareció tan fugazmente como se había formado.

Sin embargo, el niño emperador bajo su cuidado no estaba en ninguna parte. Los resultados de la investigación revelaron que el conde Alfred von Lansberg, el criminal que había huido con el emperador a la capital imperial de Odín y el siguiente al mando después del legítimo secretario de defensa del gobierno, había desaparecido junto con el niño de ocho años.

Este giro de los eventos estuvo a gusto con von Reuentahl y Mittermeier, quienes solo pudieron ampliar su red de búsqueda. Se lo dijeron a Reinhard, pero el joven dictador no los reprendió por su supervisión.

“Él puede ir a donde quiera. Cuando algo destinado a perecer no lo hace, ya sea una persona o una nación, está destinado a morir en la oscuridad”.

En algún lugar detrás de la indiferencia de la voz de Reinhard había una partícula de compasión.

“Si quieren soñar con una reaparición de la familia Goldenbaum, entonces son bienvenidos a meterse en sus camas y cerrar los ojos ante la realidad. ¿Por qué deberíamos asociarnos seriamente con personas así?”

Reinhard, de hecho, no tuvo tiempo para los delirios de los románticos poco realistas. Tuvo que prepararse para su entronización y coronación, y pensar cómo planificar una fusión inminente con el territorio de la alianza y la reubicación predeterminada de la capital a Phezzan. Además, la asignación de recursos humanos tras el establecimiento del nuevo imperio se estaba convirtiendo en un tema extremadamente apremiante. Debido a que el nuevo imperio estaría bajo el dominio imperial directo, un primer ministro sería innecesario, pero él necesitaba ministros del gabinete, y también era necesario reformar el ejército. Von Oberstein le advirtió que ordenara una búsqueda de una buena medida, pero fue arrojado a un pozo de olvido y sellado.

La gente de la alianza tampoco puede permitirse el lujo de preocuparse por el pasado y hacer frente al futuro. Alexandor Bucock liberó su cuerpo de la oficina pública y decidió curar su corazón herido por el lado de su anciana esposa.

Yang Wen-li se retiró del servicio militar, y una vida militar no intencional de doce años se detuvo por completo y repentinamente — o al menos eso parecía. Su jubilación bastante cómoda había comenzado, y durante los últimos días, había estado trabajando en los detalles de su matrimonio con Frederica Greenhill, que también se había retirado. El hecho de que ahora tuviera la vida que siempre había esperado estaba atemperado por el conocimiento de las muchas otras vidas humanas que se habían sacrificado por esta modesta fortuna — era un pensamiento que nunca abandonaría su

cerebro. Pero incluso mientras se preocupaba por estar bajo la vigilancia constante de la Armada Imperial, los aspectos prácticos de la planificación de su vida futura con Frederica eran abrumadores. De hecho, era como si no tuviera ninguna habilidad conceptual cuando se trataba de la casa, por lo que no era más que un zalamero que estaba de acuerdo con las modestas propuestas de Frederica.

Julian, mientras tanto, se estaba preparando en secreto para infiltrarse en Terra, en lo profundo del territorio imperial, motivado por esa pequeña información que había obtenido del obispo Degsby de la Iglesia de Terra. Si existía un discípulo eclesial con suficiente poder clandestino para lograr el golpe de estado del Presidente Trünicht, entonces incluso si las palabras de Degsby— "Todo tendrá sentido una vez que vayas a Terra"— fueron exageradas, tenía que haber algo de verdad para ellos. Seguramente no hubo daño en la investigación.

Además, como había declarado a Caselnes, Julian no tenía intención de interponerse en el camino de la vida de los recién casados de Yang y Frederica. Sabía que los dos no se interpondrían en su camino. Aunque — si no, porque él lo sabía — Julian quería desaparecer durante al menos seis meses. Su corta vida en Phezzan lo había madurado hasta cierto punto. Y no quería nada más que reunirse con las dos personas que más amaba después de este viaje, más de un hombre.

Louis Machungo, el alférez de piel oscura y ojos redondos, se estaba preparando para ir a Terra con Julian como si fuera la cosa más natural del mundo. Cuando dijo: "Uno no puede evitar su destino", ni una sola persona creyó que estaba siendo obligado a aceptar un destino que no quería. Tanto Julian como Machungo habían presentado sus cartas de renuncia, indiferentes sobre si serían aceptadas. En cualquier caso, justo después de regresar a Heinessen, Machungo se había convertido en un empleado residente en una residencia privada cohabitada por Yang y Julian en la calle Silverbridge, y desde ese momento, incluso los soldados imperiales que vinieron para la inspección creyeron que había estado viviendo, en la casa Yang todo el tiempo.

Yang se encogió de hombros y aceptó la presencia de Machungo, pero no

dudó en confiar al gigante para proteger a Julian con su vida. Además, Yang fue el responsable de la desaparición social de Merkatz y el resto, y parecía imposible ser un ermitaño total. Si las fuerzas imperiales supieran esto, entonces la posición de Yang en el nuevo orden se volvería problemática.

Boris Konev, una vez conocido por Yang como “Boris, el alborotador”, se reunió con el oficial administrativo Marinesk, que había llegado de Phezzan. Cuando se enteró de la pérdida de su amada *Beryozka* , le fue imposible recurrir a su optimismo ilimitado habitual.

Mientras tanto, los que se quedaron en Phezzan se reunieron en la oficina del alto comisionado, que había perdido su base legal de existencia, compartiendo con inquietud las escasas noticias que tenían, pero Boris Konev se fue temprano para visitar la residencia oficial de Yang Wen-li. Los soldados imperiales ya estaban vigilando la puerta principal, ya que Yang estaba bajo arresto domiciliario, pero después de exagerar un poco el gran amigo que tenía del almirante, Yang llegó a la entrada y los convenció de que lo dejaran entrar. Konev no había visto su viejo amigo en dieciséis o diecisiete años. Saboreando el té negro de Julian, supo que su primo más joven, Ivan, había muerto en la batalla.

“No puedo agradecerte lo suficiente por tu ayuda, Julian. *Beryozka* , ¿verdad? Oigo que todos en esa nave les deben sus vidas”.

“El honor es todo de Marinesk, por lo que no hay necesidad de agradecerme. El problema es que esa era mi nave. El gobierno de la alianza está a punto de desaparecer, y no es como si pudiera tratar esto con las fuerzas imperiales”.

“Déjamelo a mí”, prometió Yang despreocupadamente, volviéndose hacia su viejo amigo con una sonrisa de complicidad.

“Pero primero, voy a necesitar que hagas algo por mí…”

Entre los generales que siguieron a Yang de regreso a la capital, von

Schönkopf y Attenborough presentaron sus cartas de renuncia y dejaron el servicio del gobierno. La renuncia de Caselnes fue rechazada, y se vio obligado a ocupar un puesto como gerente general interino de los servicios de retaguardia. Fischer, Murai, Patrichev y Carlsen fueron despedidos temporalmente. Sobre todos ellos, la sombra del tiempo se fue moviendo poco a poco, pero nadie sabía qué tan largo o corto sería el invierno.

IV

El sol se hundió en el horizonte y la luz que se desvanecía se reflejaba de manera difusa en las partículas atmosféricas, empapando al mundo en ondas naranjas. La tierra, que una vez había prometido una cosecha abundante como si se avergonzara de su propia esterilidad, rogaba por las alas de la noche para darle refugio.

Esta misma tierra, que la senilidad y la fatiga habían devastado con profundas arrugas, alguna vez había sido el corazón de este planeta llamado Terra y, de hecho, el centro del universo. Eso había sido hace mucho tiempo, treinta generaciones en el pasado.

“Gran obispo…” El hombre que tan reverentemente se dirigió al obispo en silencio continuó. “Reinhard von Lohengramm ha conquistado la Alianza de Planetas Libres”.

Al escuchar esto, el obispo vestido de negro levantó su rostro por fin y le hizo una seña al hombre con una mano árida. La puerta detrás del hombre estaba cerrada.

“¿Y qué va a hacer ahora?”, Dijo con voz áspera.

“Escuché que le ha confiado a un hombre llamado Lennenkamp la vigilancia no solo de la tierra conquistada, sino también de la gran armada, y él mismo ha regresado a la parte continental imperial, acompañado por un

tal Trünicht…”

“Parece que el hombre también ha cumplido su propósito. ¿Piensas usarlo como una manzana podrida dentro del imperio?”

“No, ya preparamos a alguien más en el imperio hace más de un año. Un barón llamado Heinrich von Kümmel. Solo necesito un poco más de tiempo”.

“Escuché que está muy enfermo, pero ¿estás seguro de que te será de utilidad?”

“Si él puede aguantar otros seis meses, nuestro objetivo se llevará a cabo. Los médicos han sido enviados, y si está celoso de la buena apariencia y la salud de von Lohengramm, no será difícil de manipular”.

“Muy bien entonces. Lo dejo en tus manos. ¿Qué será de Phezzan?”

“Sí, con respecto a Phezzan, todavía hay demasiadas incertidumbres”.

La voz del hombre por primera vez perdió su exceso de confianza. Un aura de duda vaciló sobre sus ojos agrios. El gran obispo le preguntó más a él.

“¿Estás en contacto con Rubinsky?”

“Por el momento. Pero las profundidades del corazón de ese hombre son desconocidas para mí…”

A pesar de que nadie escuchaba, el subordinado del gran obispo bajó la voz y se inclinó hacia delante sobre sus rodillas.

“No es solo que dudo del espíritu de su obediencia. Es que tengo razones para creer que podría estar abrigando alguna ambición insubordinada hacia nosotros. Tendremos que estar en guardia…”

“Siempre lo he sabido”.

La voz del anciano era indiferente.

“No me importa qué tipo de estilo baila, siempre y cuando lo haga en la palma de mi mano. Más importante aún, ¿qué ha pasado con ese tonto incompetente Degsby?”

“Puedo confirmar que Degsby está muerto. El problema es si derramó algún secreto antes de morir…”

Muy lejos de donde estos dos hombres hablaban en secreto acerca de querer cambiar la corriente de la historia, la profusa luz de las estrellas comenzó a manchar el cielo.

Reinhard, habiendo regresado triunfalmente al imperio, comenzó actividades vigorosas por el bien de la formalidad. Varias cosas que necesitaban ser tratadas estaban esperando su juicio y decisión.

La primera tarea que realizó fue por su propio deber personal y tímida insatisfacción. A su hermana Annerose, que ahora lleva el título de Condesa von Grünewald, le dio el título de archiduquesa. Decoró a Siegfried Kircheis con el título póstumo de archiduque y estableció una medalla en su honor. Von Oberstein levantó una ceja ante estas medidas, pero fue puesto en su lugar cuando le dijeron que no había ningún daño en tomarlas.

Con eso decidido, Reinhard se puso su sombrero de negocios, enfocando sus atenciones en los recursos humanos, la organización y las instituciones. En el lado militar de las cosas, von Reuentahl, Mittermeier y von Oberstein se convirtieron en oficiales, y von Oberstein asumió el papel adicional de secretario de defensa. Diez almirantes se convirtieron en almirantes mayores, pero el más joven, Müller, se convirtió en su líder como recompensa por el meritorio servicio de salvar a Reinhard de una derrota segura en Vermillion. Se decidieron los recursos humanos para funcionarios civiles, y el padre de Hilda, el conde Franz von Mariendorf, fue nombrado secretario de estado. Eugen Richter se convirtió en secretario de finanzas y Karl Bracke, el recién establecido secretario de asuntos civiles.

El 20 de junio, el padre de la emperatriz infantil y el actual jefe de la familia Pegnitz, Jürgen Offer, fueron promovidos a tres rangos de vizconde a duque. Con la carga de la inquietud y la incertidumbre, fue invitado a través de las puertas del primer ministro imperial. Un joven noble de unos treinta años que había dedicado casi toda su atención a su pasión por coleccionar tallas de marfil y sus bienes, y que no tenía ningún interés en política o asuntos militares, Offer fue presentada con un trozo de papel por un cabeza fría von Oberstein: una declaración de la abdicación de la emperatriz. Esto fue seguido por una declaración que cedió el trono a Reinhard. En total, al joven noble, lleno de sudor, se le presentaron tres hojas de papel, cada una de las cuales ya llevaba la firma de Reinhard. La confianza y la seguridad de la familia Pegnitz estaban garantizadas, y se especificó que a partir de ahora la emperatriz recibiría una pensión anual de 1.500.000 reichs imperiales por el resto de su vida. El Duque Pegnitz, por su propio alivio, se secó la cara con un pañuelo, empapando su ropa cara con aún más sudor. Tomando la pluma, firmó dos documentos como la autoridad paterna de la emperatriz, ahora de un año y ocho meses de edad.

Y con eso, la Dinastía Goldenbaum, que desde la época del fundador Rudolf el Grande había acogido a treinta y ocho emperadores en su trono para gobernar a la gente durante 490 años, llegó a su fin.

El 22 de junio marcó la entronización y coronación del nuevo emperador, Reinhard. A partir de este día, dejará de ser Su Excelencia el Duque Reinhard von Lohengramm y pasará a llamarse Su Majestad el Emperador Reinhard. La familia Goldenbaum, que una vez había arrebatado a su hermana Annerose, lo había perdido todo y se había escondido en el territorio del pasado.

Miles de altos funcionarios, tanto de pluma como de espada, llenaron las amplias agallas de la Habitación de la Perla Negra de Neue Sans Souci para jurar lealtad a la nueva dinastía. Pero las dos personas que Reinhard más quería ver no estaban allí. Aquel cuya cabeza era dorada como la suya, y el otro cuya cabeza era roja como una llama ardiente.

Y mientras los gritos de “¡Viva el emperador!” Abrumaron la espaciosa habitación, Reinhard recogió la corona de oro del emperador, anidada en seda púrpura, y casualmente, pero con una elegancia que nadie podía duplicar, la colocó sobre su propia cabeza. La corona dorada se enredó con su cabello dorado mientras se proclamaba a sí mismo como su legítimo dueño.

La dinastía Lohengramm había comenzado.

SOBRE EL AUTOR

Yoshiki Tanaka nació en 1952 en la prefectura de Kumamoto y completó un doctorado en literatura en la Universidad de Gakushuin. Tanaka ganó el Premio New Writer de Gen’eijo (una revista de misterio) con su historia debut “Midori no Sogen ni…” (En el campo verde…) en 1978, luego comenzó su carrera como escritor de ciencia ficción y fantasía. Legend of the Galactic Heroes, que traduce las guerras europeas del siglo XIX a un entorno interestelar, ganó el Premio Seiun a la mejor novela de ciencia ficción en 1987. Las otras obras de Tanaka incluyen la serie de fantasía The Heroic Legend of Arslan y muchas otras películas de ciencia ficción, fantasía, históricos, y las novelas de misterio e historietas.
